



MIGUEL DE CERVANTES

*Viaje del Parnaso*  
*y otras poesías*

Edición de LAURA FERNÁNDEZ GARCÍA

Lectulandia

El presente volumen recoge la producción poética exenta de Miguel de Cervantes, es decir, el grueso de su lírica que no incluyó en novelas y obras teatrales. Destaca, de toda ella, el único poema narrativo del autor, que da título al libro, una suerte de relato mítico y autobiográfico en el que Cervantes viaja al monte Parnaso para encontrarse con el dios Apolo.

Esta edición da cuenta del aspecto menos conocido del irrepetible talento del autor más universal de nuestras letras. La investigadora de la Universidad Autónoma de Barcelona Laura Fernández García la ha dotado, además, de un impecable aparato de notas, así como del estudio que abre el volumen y los apéndices finales.

**Lectulandia**

Miguel de Cervantes Saavedra

# **Viaje del Parnaso y otras poesías**

**Penguin Clásicos**

ePub r1.0

Titivillus 06.08.16

Miguel de Cervantes Saavedra, 1614

Editora: Laura Fernández García

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# INTRODUCCIÓN

## 1. LA ÉPOCA DE CERVANTES

*Plus Ultra*. Este es el lema que Carlos V (1500-1558) incorporó a su escudo y tal vez sea uno de los que mejor muestra el espíritu de su época. Ir más allá de los límites conocidos suponía no solo colonizar territorios de ultramar, sino aspirar a una monarquía universal que traería la armonía y la paz al mundo. El humanismo lograba también traspasar los límites de lo hasta entonces conocido, rescatando libros de la Antigüedad, descubriendo leyes físicas, incluso redescubriendo a Dios. El reinado del primer Habsburgo, pese a los conflictos, fue pregonado y reconocido como una época de esplendor. En él tuvieron cabida influencias de todo tipo, como la apertura religiosa venida de los Países Bajos, sobre todo la corriente erasmista, o los modos artísticos del Renacimiento italiano. Prueba de ello, por un lado, es la gran influencia que tuvieron en la Corte pensadores como Alfonso y Juan de Valdés, o Antonio de Guevara; en lo literario, y por otro, el cultivo de la poesía italianizante, que tuvo su máximo exponente en Garcilaso y que, aun conviviendo con los metros tradicionales (poesía cancioneril, romances, lírica de corte popular, etc.), se convirtió pronto en la de mayor prestigio. En prosa perduraban los libros de caballerías y los de aventuras, y, al final del reinado, aparecieron dos libros que marcaron definitivamente el curso de la producción literaria posterior: el *Lazarillo de Tormes* (1554) y la *Diana de Montemayor* (1559).

El año en que nació Cervantes (1547-1616), Carlos V ganó la batalla de Mühlberg contra la Liga de Esmalcalda, formada por príncipes protestantes del Sacro Imperio Germánico, y murió uno de los mayores enemigos del rey, el monarca Francisco I de Francia. Sin embargo, la juventud del escritor, y de hecho la época más agitada de su vida, se desarrolló durante el reinado de Felipe II (1527-1598). Son los años de su viaje a Italia, su incorporación a los tercios, con los que participó en diferentes campañas bélicas, entre las que se cuenta la gloriosa de Lepanto, donde resultó herido, su cautiverio en Argel y su ejercicio como comisario de abastos para aprovisionar la Armada Invencible.

El Rey prudente, erigido en baluarte de la Contrarreforma, lidió con un imperio donde a pesar de no ponerse el sol, o precisamente por ello, se multiplicaban los conflictos. Consiguió ser rey consorte de Inglaterra gracias a su matrimonio con María Tudor, se anexionó Portugal, haciendo valer sus derechos dinásticos a la muerte de don Sebastián en la batalla de Alcazarquivir, y logró, junto a la Santa Liga, frenar la pujanza del Imperio otomano en la referida batalla de Lepanto. Sin embargo, perdió la influencia en Inglaterra tras la derrota de la Armada Invencible; en los Países Bajos, donde no consiguió acallar las revueltas político-religiosas; y el control de las Indias, que si bien aportaba ganancias considerables, suponía una creciente administración poco efectiva.

Con la muerte de Felipe II en 1598 irrumpe el declive del Imperio. La España de Felipe III (1578-1621), la del Cervantes maduro, se desvive por hallar una fórmula que solucione la crisis o que permita evadirse de ella. Es una época de continuidad en la que se agravan conflictos anteriores y donde los remedios pasan por extremar la ortodoxia, expulsar a los moriscos u otorgar poder a los arbitristas. Refleja también un cambio de valores: de los sueños imperiales de Carlos V se ha pasado al tacitismo y el pragmatismo; del Renacimiento al Barroco; del jurista, al político; de la limpieza de sangre al honor del qué dirán...

Lo literario también vive un momento agitado. En poesía, Garcilaso se ha convertido en un clásico que merece ser glosado y anotado; los géneros tradicionales siguen cultivándose, pero con nuevos modos (así los modernos romanceros o las recopilaciones de varias poesías), hasta llegar a los grandes nombres de finales del XVI y principios del XVII: Luis de Góngora, Lope de Vega y Francisco de Quevedo; el teatro sucumbe a la comedia nueva y a su máximo defensor y exponente, Lope; y en prosa, tras el triunfo en un extremo de la picaresca, sobre todo de la mano del *Guzmán de Alfarache*, y de la novela pastoril en el otro, se ha abierto la puerta al ensayo de nuevos géneros, temas y maneras de contar que culminarán en la creación de la novela moderna, nacimiento en el que Cervantes lleva la mayor parte.

## 2. CRONOLOGÍA

AÑO	AUTOR-OBRA	HECHOS HISTÓRICOS	HECHOS CULTURALES
1547	Miguel de Cervantes es bautizado en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor (Alcalá de Henares), el 9 de octubre. Se ha supuesto que debió de nacer el día de San Miguel (29 de septiembre).	Mueren Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia. Batalla de Mühlberg.	Se imprime en Toledo la traducción de la primera parte del <i>Palmerín de Inglaterra</i> , de Francisco de Moraes, obra salvada de la quema en el escrutinio de la biblioteca de Alonso Quijano ( <i>Quijote</i> , I-VI).
1550	Nace el cuarto hermano de Cervantes, Rodrigo (quinto hijo de Rodrigo de Cervantes y Leonor de Cortinas).	Giovanni Maria Ciocchi del Monte es nombrado Papa, y tomará el nombre de Julio III.	Se publica en Zaragoza la segunda parte de la <i>Silva de varios romances</i> de Esteban de Nájera. Se reimprime la traducción española del <i>Decamerón</i> de Boccaccio en Valladolid,

			en la imprenta de Juan de Villaquirán, a costa de Juan de Espinosa. Muere el poeta Cristóbal de Castillejo.
1551	La familia de Cervantes se traslada a Valladolid.	También se traslada a Valladolid el futuro Felipe II. Traición de Mauricio de Sajonia, que ataca a las tropas imperiales de Carlos V en Innsbruck.	La Inquisición española publica el primer <i>Index Librorum Prohibitorum</i> , con un apéndice dedicado a los libros impresos en castellano.
1553	La familia vuelve a Alcalá.		
1554		El príncipe Felipe se casa, en segundas nupcias, con la reina de Inglaterra, María Tudor.	Ediciones del <i>Lazarillo de Tormes</i> .
1555-1556		Abdicación de Carlos V en favor de su hijo Felipe, cediéndole el poder de los Países Bajos primero, y de los territorios españoles, italianos y americanos después.	
1558		Carlos V cede a su hermano Fernando el Imperio alemán. Muere en el	Se ordena la Pragmática de los impresores, libreros y libros, que centralizaba y endurecía el control de la

		<p>Monasterio de Yuste.</p> <p>Muere María Tudor, reina de Inglaterra, y esposa de Felipe II.</p>	<p>concesión de licencias para imprimir.</p>
1559		<p>Isabel I de Inglaterra es coronada reina.</p>	<p>Nace Lupercio Leonardo de Argensola.</p>
1561		<p>La Corte pasa de Toledo a Madrid.</p>	<p>Nace Luis de Góngora.</p>
1562		<p>Se abre el Monasterio de San José, en Ávila, primero de la Nueva Orden de las Carmelitas Descalzas impulsada por Santa Teresa de Jesús.</p>	<p>Nacen Lope de Vega y Bartolomé Leonardo de Argensola.</p>
1563		<p>Conclusión del Concilio de Trento, iniciado en 1545.</p>	<p>Se inicia la construcción del Monasterio de El Escorial.</p>
1564			<p>Nacen Galileo Galilei, Christopher Marlowe y William Shakespeare.</p>
1565		<p>Comienza el Gran Sitio de Malta.</p>	<p>Muere Lope de Rueda.</p>
1566	<p>Cervantes se traslada a Madrid.</p>	<p>Antonio Michele Ghislieri es nombrado Papa y toma el nombre de Pío V.</p>	<p>Muere Bartolomé de las Casas.</p>
1567	<p>Cervantes compone su primer poema conservado, para</p>	<p>Felipe II publica una pragmática contra la actitud</p>	

	celebrar el nacimiento de la infanta Catalina Micaela.	levantisca de los moriscos en Granada, origen de la guerra de las Alpujarras.	
1568	Discípulo de Juan López de Hoyos.	Rebelión de las Alpujarras. Sublevación del príncipe Guillermo de Orange.	Muere el príncipe Carlos, hijo de Felipe II y heredero del trono. Muere Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II.
1569	Viaje a Italia al servicio del cardenal Acquaviva. Publicación de los poemas dedicados a la muerte de la reina Isabel de Valois.	Juan de Austria, nombrado capitán general por Felipe II, dirige la ofensiva contra los moriscos insurrectos de las Alpujarras.	Se publica <i>La Araucana</i> de Alonso de Ercilla. Nace Guillén de Castro.
1570	Cervantes se alista en el ejército.	Cuarto matrimonio de Felipe II, con Ana de Austria.	
1571	Participa en la batalla de Lepanto, donde es herido en el pecho y en la mano izquierda. Convalecencia en el hospital de Messina.	La Santa Liga, formada por tropas españolas, venecianas y papales derrota a la armada turca el 7 de octubre en la batalla de Lepanto.	Nace Michelangelo Merisi da Caravaggio.
1572	Continúa su vida militar en Italia, asignado a la compañía del capitán Manuel Ponce de León.	El cardenal Buoncompagni es elegido Papa con el nombre de Gregorio XIII.	Fray Luis de León es encarcelado. Se publican <i>Os Lusíadas</i> de Camões.
1574	Participa en las expediciones de don Juan de Austria en Túnez y La Goleta.		Se publica la <i>Floresta española</i> de Melchor de Santa Cruz.

1575	Emprende la vuelta a España, con su hermano Rodrigo, embarcado en la galera <i>Sol</i> , que resulta apresada por corsarios berberiscos. Es llevado a Argel como prisionero.		
1576	Primer intento de fuga de Argel.	Don Juan de Austria es nombrado gobernador de los Países Bajos, tras la muerte de su mentor y anterior gobernador, don Luis de Requesens y Zúñiga.	Fray Luis de León es liberado. Muere Tiziano.
1577	Segundo intento de fuga de Argel.		Santa Teresa escribe <i>Las Moradas</i> .
1578	Tercer intento de fuga de Argel.	Muere don Juan de Austria. Muere el rey don Sebastián de Portugal, en la batalla de Alcazarquivir. Nace Felipe III.	Se publica la segunda parte de <i>La Araucana</i> de Alonso de Ercilla.
1579	Cuarto intento de fuga. Carta a Antonio Veneciano en octavas.	Caída en desgracia del secretario Antonio Pérez.	Se abre en Madrid en primer teatro permanente. Nace el dramaturgo Luis Vélez de Guevara.
1580	Es rescatado por los padres Trinitarios tras un pago de 500 escudos.	Felipe II es nombrado rey de Portugal. Felipe II declara proscrito a	Nacen Francisco de Quevedo y Hortensio Félix Paravicino. Aparece el <i>Tesoro de varias poesías</i> de Pedro

		Guillermo de Orange, y pone precio a su cabeza.	de Padilla. Se publican los dos primeros libros de <i>Ensayos</i> de Montaigne.
1582	Solicita un puesto en la administración de las Indias, sin éxito.	Se libra la batalla de la Isla Terceira, entre franceses y españoles, con victoria de estos últimos.	Se publica <i>El pastor Fílida</i> , de Luis Gálvez de Montalvo. Muere Santa Teresa.
1583	Se representan algunas de sus comedias. Un poema suyo se incluye en los preliminares del <i>Romancero</i> de Padilla.		Fray Luis de León, <i>De los nombres de Cristo</i> . Primera parte de las <i>Comedias y tragedias</i> de Juan de la Cueva.
1584	Nace su hija, Isabel de Saavedra, de su relación con Ana Franca de Rojas, pero al poco tiempo se casa con Catalina de Salazar. Se incluye un poema suyo en los preliminares de <i>La Austríada</i> de Juan Rufo.	Las tropas españolas, al mando de Alejandro Farnesio, inician el asedio de Amberes, que durará hasta agosto de 1585. Muere Guillermo de Orange.	Se finaliza la construcción de El Escorial. Publicación de <i>La Austríada</i> , de Juan Rufo.
1585	Muere su padre. Se publica <i>La Galatea</i> .	El cardenal Peretti es elegido Papa y escoge el seudónimo de Sixto V.	Pedro de Padilla, <i>Jardín espiritual</i> , con varios poemas laudatorios de Cervantes.
1587	Se traslada a Sevilla, como comisario real de Abastos para la Armada Invencible.		<i>Filosofía cortesana moralizada</i> (1587) de Alonso de Barros, con un poema de Cervantes en los preliminares. <i>Grandezas y excelencias de la Virgen señora</i>

			<i>nuestra, compuestas en octava rima, de Pedro de Padilla, con un poema de Cervantes en los preliminares.</i>
1588		Fracaso de la Armada Invencible.	<i>Tratado nuevamente impreso de las enfermedades de los riñones, vejiga, y carnosidades de la verga y urina, de Francisco Díaz, con un poema laudatorio de Cervantes.</i>
1590	Vuelve a solicitar una plaza al Consejo de Indias, que le es de nuevo denegada.		
1592	Es encarcelado por venta ilegal de trigo.	Muere la princesa de Éboli.	
1593	Muere su madre.		Nace Juan Rana, actor cómico.
1595	Gana las justas poéticas en honor de San Jacinto que se organizaron en Zaragoza.		Muere Torquato Tasso.
1596	Soneto satírico sobre el saqueo de Cádiz por parte de los ingleses.		Alonso López Pinciano, <i>Filosofía antigua poética.</i> Juan Rufo, <i>Las seiscientas apotegmas.</i>
1597	Es de nuevo encarcelado, esta vez en Sevilla.	Muere la infanta Catalina Micaela, hija de Felipe II e Isabel de Valois.	
1598	Soneto al túmulo de Felipe II.	Muere Felipe II. Felipe III es	Lope de Vega, <i>La Arcadia.</i>

		coronado rey de España.	
1599		Boda de Felipe III y Margarita de Austria.	Mateo Alemán, <i>Primera parte del Guzmán de Alfarache</i> . Lope de Vega, <i>El Isidro</i> .
1600	Muere su hermano Rodrigo.	La Corte se traslada a Valladolid.	Nace Pedro Calderón de la Barca. <i>Romancero general de 1600</i> .
1602	Se incluye un soneto suyo en la edición de <i>La hermosura de Angélica, con otras diversas rimas</i> , de Lope de Vega.		Mateo Luján de Sayavedra, <i>Segunda parte del Guzmán de Alfarache</i> (apócrifo).
1603	Se traslada a Valladolid.	Muere Isabel I de Inglaterra.	Agustín de Rojas Villandrando, <i>El viaje entretenido</i> .
1604	El <i>Quijote</i> está componiéndose en la imprenta.	El Tratado de Londres establece la paz entre Inglaterra y España.	Mateo Alemán, <i>Segunda parte del Guzmán de Alfarache</i> . Lope de Vega, <i>Primera parte de Comedias y El peregrino en su patria</i> .
1605	Publicación del <i>Quijote</i> . Breve encarcelamiento a causa de un homicidio ocurrido a la puerta de su casa en Valladolid.	Nace el futuro Felipe IV.	Francisco López de Úbeda, <i>La pícaro Justina</i> . Pedro de Espinosa, <i>Flores de poetas ilustres</i> . Se estrena <i>El rey Lear</i> , de Shakespeare.
1606	Regresa a Madrid.	La Corte se traslada a Madrid.	Nace Pierre Corneille. Nace Rembrandt.
1609	Ingresa en la Congregación de los	Se decreta la expulsión de los	Lope de Vega, <i>Arte nuevo de hacer</i>

	Esclavos del Santísimo Sacramento del Olivar. Su mujer y su hermana Andrea ingresan en la Orden Tercera. Muere Andrea de Cervantes.	moriscos. Tregua de los doce años, que cesa temporalmente la guerra de Flandes.	<i>comedias.</i>
1610	Solicitud de Cervantes para acompañar al conde de Lemos a Nápoles, denegada por Lupercio Leonardo de Argensola.	El conde de Lemos es nombrado virrey de Nápoles. Enrique IV, rey de Francia, es asesinado.	<i>Obras del insigne caballero don Diego de Mendoza, con un poema laudatorio de Cervantes.</i>
1611	Muere su hermana Magdalena.	Muere la reina Margarita de Austria.	Covarrubias, <i>Tesoro de la lengua castellana o española.</i>
1612	Muere su nieta Isabel Sanz del Águila.		Diego de Haedo, <i>Topographía e historia general de Argel.</i> Luis de Góngora, <i>El Polifemo.</i>
1613	Publicación de las <i>Novelas ejemplares.</i> Ingresan en la Orden Tercera de San Francisco, en Alcalá.		Luis de Góngora, <i>Soledades.</i> Muere Lupercio Leonardo de Argensola.
1614	Publicación del <i>Viaje del Parnaso.</i>	El príncipe Felipe se casa con Isabel de Borbón.	Alonso Fernández de Avellaneda, <i>Segunda parte del ingenioso hidalgo...</i> Lope de Vega, <i>Rimas sacras.</i>
1615	Publicación de la segunda parte del <i>Quijote y Ocho comedias y ocho entremeses.</i>	Luis XIII de Francia se casa con Ana de Austria, hija de Felipe III.	

1616	Muere en Madrid, el 22 de abril.		Muere William Shakespeare.
1617	Publicación póstuma de <i>Los trabajos de Persiles y Sigismunda</i> .		

### 3. LA CULTURA DE CERVANTES

La cronología de Cervantes da cuenta de lo poco que sabemos en realidad de su vida. Carecemos, por ejemplo, de datos exactos sobre su infancia y juventud, período en que podría haber estado en Sevilla y Córdoba, además de en Alcalá, Valladolid y Madrid, siguiendo la vida errante de su padre, o quedándose con su madre. Así que muchas veces lo único que se ha podido hacer es suponer, colmar esas lagunas con interpretaciones que, en la mayoría de los casos, se fundan en los escritos del autor: posiblemente fiables, ciertamente refutables como argumento; verosímiles, pero no demostrables. Cualquier biografía de Cervantes es, pues, una hipótesis y a día de hoy existen dos que despuntan sobre las demás y que han desbrozado y expuesto todo lo que podemos saber de momento: se trata de la clásica de Jean Cannavaggio y de la reciente y magnífica de Jorge García.

Aunque sepamos poco del hombre, sí podemos intentar caracterizar al autor. El perfil cultural de Cervantes se inicia con sus años de formación. No queda constatado que hubiera cursado las primeras letras en un colegio jesuita, aunque de haber acompañado a su padre en su periplo andaluz sería factible. Sí sabemos que fue alumno del Estudio de la Villa de Madrid, escuela en la que se preparaba a los estudiantes para su entrada en la universidad. No se conserva el plan de estudios de esa institución, pero se suele suponer que no podía variar demasiado del que se impartía en los análogos jesuitas, la *ratio studiorum*. Su currículum debió concretarse en estudios de Gramática grecolatina, Humanidades y Retórica.<sup>[1]</sup> Por norma general, el maestro leía una selección de textos, que glosaba ampliando su lectura. Después analizaba cada una de sus partes, explicaba sus propiedades y resaltaba las características más importantes. A continuación citaba ejemplos similares, de estilo o argumento. También podía comentar las fuentes mitológicas, históricas, etc. Y acababa realizando una valoración del conjunto. El alumno, por su parte, memorizaba los textos, los copiaba y realizaba ejercicios de imitación.

Cervantes debió despuntar como alumno. Así lo dice su maestro, Juan López de Hoyos, reputado humanista que en 1568 había sido nombrado rector del Estudio de la Villa de Madrid. Cuando se le recuerda como ingenio lego, simplemente se constata que no cursó estudios universitarios pero, desde luego, se le puede suponer un buen conocimiento del latín y haber leído, al menos en traducciones, los clásicos griegos: la *Odisea* y las *Etiópicas* de Heliodoro, el *Asno de Oro* de Apuleyo y las *Fábulas* de

Esopo, por ejemplo.<sup>[2]</sup>

Si reunimos las referencias y opiniones esparcidas por sus obras, podemos hacer un recuento de sus lecturas y, a veces, hasta de sus preferencias: la lírica española, desde los cancioneros hasta comienzos del siglo XVII, con Garcilaso de la Vega como predilecto; poetas italianos como Petrarca, Bembo, Ariosto y Tasso; *La Celestina*, el *Lazarillo* y las dos partes del *Guzmán*; el *Amadís* de Garcí Rodríguez de Montalvo y el *Tirant* de Joanot Martorell; la novela pastoril con la *Diana* al frente; los *novellieri* italianos, sobre todo Boccaccio y Bandello; también de Italia, los *Diálogos de amor* de León Hebreo; libros didácticos, de varias procedencias, temas y estilos, como el *Galateo español* de Gracián Dantisco (y posiblemente su inspirador italiano, *Il Galateo* de Giovanni della Casa), las *Epístolas familiares* de Antonio de Guevara, la *Filosofía antigua poética*, del Pinciano, la *Silva de varia lección* de Pero Mejía, etc.; y, de manera especial, el teatro de su época, sobre todo Lope de Vega.

Cervantes, lo vemos, fue un lector incansable, capaz de asimilar y mezclar fuentes clásicas y modernas, géneros y temas distintos, y, como ha dicho algún investigador, capaz de sintetizar su entorno y su bagaje literario para crear algo nuevo.

#### 4. CERVANTES, POETA

Cervantes no forma parte del canon de poetas de su época. La poesía y sobre todo el teatro eran una fuente de prestigio e incluso de ganancias materiales y por eso mismo resultaba importante destacar en esos géneros. Él trabajó para despuntar tanto con sus poemas como con su teatro, pero su éxito fue mediano. Eso sí, mediano como el de tantos otros. Fue un poeta de segunda fila, como muchos de los recordados en su *Canto de Calíope* y su *Viaje del Parnaso*. La crítica es caprichosa y, como la Fortuna, suele subir o bajar a los autores según los tiempos y los gustos. No olvidemos, por ejemplo, que el libro más estimado de Cervantes hasta el siglo XIX fue el *Persiles* y no el *Quijote*. Y la crítica ha denostado al Cervantes poeta sobre todo por contraposición a la grandeza del Cervantes prosista. Pero la valoración suele resultar poco productiva, y es mejor intentar colocar al autor en su época.

Suele decirse que Cervantes, por su edad, llega tarde a la segunda generación de petrarquistas, nacidos entre los años veinte y treinta del siglo XVI, como Acuña, Baltasar del Alcázar, Cetina, Gregorio Silvestre o Montemayor, y pronto a la quinta de los años sesenta que traerá los nuevos modos barrocos, con Góngora y Lope a la cabeza. También suele ponerse de manifiesto que nunca pretendió crear un cancionero, ni siquiera reunir sus poesías. Cervantes fue, como muchos, un poeta circunstancial, habitual de las academias literarias y de los certámenes de poesía; de los preliminares de libros y de actos públicos. Sabemos que estrenó con éxito alguna comedia, pero no fue un dramaturgo reconocido, y a duras penas consiguió dar a la imprenta sus *Ocho comedias y ocho entremeses*.

Entre su repertorio, destacaron la «Epístola a Mateo Vázquez», las canciones a la

derrota de la Armada Invencible, y sobre todo su «Romance de los celos» y su soneto al «Túmulo de Felipe II en Sevilla» (desgraciadamente, como era habitual en la época, copiados a menudo sin atribución). Esto apunta a que sus versos tuvieron cierta relevancia, comparable, como queda dicho, a la de tantos poetas de segunda fila.

Cuestión aparte es la teoría sobre la poesía y los poetas, donde Cervantes tiene mucho que decir y dice mucho. El *Viaje del Parnaso* podría ser, a este propósito, no solo un «ajuste de cuentas», como ha apuntado algún crítico (no sin razón), sino una exposición pormenorizada del horizonte poético de la época; casi un traslado de la picaresca al verso, con su narración en primera persona y su crítica social; la expresión de una «mente lúcida, capaz de juzgar el panorama contemporáneo, su situación en él, y velar tras la ironía y el humor la denuncia por el estado de cosas presente —y causa entre otras de su propia marginación—. A través de un anecdótico andamiaje mitológico —y desmitificador— enhebra Cervantes no el ya consabido panorama crítico de sus contemporáneos poetas, sino más bien un irritado reproche que reparte en tres órdenes muy estrechamente vinculados: el social, el moral y el literario» (Jordi Gracia, 1989, p. 81). Tendríamos, así, en el *Viaje*, el análisis del mundillo literario madrileño, en el que el éxito dependía más de la adulación y la hipocresía que de la propia valía de las obras. De esta forma, el *Viaje* se entiende como una reivindicación de la propia obra de Cervantes frente a la injusticia de ese círculo madrileño:

«Adiós», dije a la humilde choza mía;  
«adiós, Madrid; adiós tu Prado y fuentes,  
que manan néctar, llueven ambrosía;  
adiós, conversaciones suficientes  
a entretener un pecho cuidadoso  
y a dos mil desvalidos pretendientes;  
adiós, sitio agradable y mentiroso,  
do fueron dos gigantes abrasados  
con el rayo de Júpiter fogoso;  
adiós, teatros públicos, honrados  
por la ignorancia, que ensalzada veo  
en cien mil disparates recitados;  
adiós, de San Felipe el gran paseo,  
donde si baja o sube el turco galgo,  
como en gaceta de Venecia leo;  
adiós, hambre sutil de algún hidalgo,  
que por no verme ante tus puertas muerto,  
hoy de mi patria y de mí mismo salgo».

Como es sabido y anunciado por Cervantes en los primeros versos del *Viaje*, la obra de referencia es el *Viaggio in Parnaso* (1582) de Cesare Caporali, con quien apenas comparte la idea inicial y algunos detalles. El italiano narra en primera persona cómo el protagonista huye de la Corte y decide viajar a Grecia para ponerse al servicio de Apolo. Una vez allí, halla muchos otros poetas que desean subir al monte. Tras una escena burlesca en la que Pegaso intenta abusar de la mula del poeta, abandona el monte y escribe unos «Avvisi del Parnaso», una serie de noticias recibidas de Apolo sobre una batalla que, capitaneada por Bembo, se había llevado a cabo contra los malos poetas. Sin duda, los puntos en común existen, hasta se puede relacionar la «Adjunta» con esos «Avvisi» finales, pero el yo narrativo tiene una dimensión autobiográfica en Cervantes y, sobre todo, el *Viaje* está dotado de una teoría poética que lo hace superior.

Ambos se incluyen en una tradición que va desde el libro de Caporali (1582), hasta *I ragguagli di Parnaso* de Boccalini (1612), el *Viaje* cervantino (1614), el *Viaggio di Parnaso* de Giulio Cesare Cortese (1621), las *Coronas del Parnaso* de Salas Barbadillo (1635) o el *Vejamen* de Jerónimo de Cáncer (hacia 1640).

En el *Viaje del Parnaso* se unen varias tradiciones. La epístola satírica, en tercetos, y los capítulos burlescos deben señalarse aquí. Como explica Rivers (1989), los tercetos de la *Divina comedia* de Dante habían sido emulados en los «capitoli» de los *Trionfi* de Petrarca y más tarde en la sátira clásica del siglo XVI, en especial en las *Satire* de Ariosto. Francesco Berni convierte el capítulo en un género plenamente satírico. Caporali supondría el desarrollo final de esa tradición, convirtiendo el capítulo en poema alegórico donde se parodia la cultura literaria de forma global.

En estrecha relación con la anterior, debe señalarse la tradición de la sátira menipea, género que le brindaba los elementos burlescos e imaginarios que necesitaba: desde los dioses transformados en calabazas de Séneca, hasta el viaje de Menipo de Luciano, pasando por la carta en prosa de Aretino a Gianiacopo Leonardi, donde también se narra un viaje imaginario al Parnaso. No deben olvidarse tampoco las ironías de Erasmo ni las «Premáticas del Desengaño contra los poetas güeros» (1600 y 1608) de Quevedo, que influyeron especialmente en la *Adjunta*.

Desde Cartagena, el poeta peregrino, antes soldado, que siempre trabaja y se desvela por parecer que tiene de poeta la gracia que no quiso darle el cielo (I, vv. 25-28), se embarca con Mercurio en una nave que lo llevará a Parnaso, donde será recibido por Apolo. Allí se desatará una batalla entre los buenos y los malos poetas. Y, tras ella, el protagonista volverá a su tierra de origen. El barco capitaneado por Mercurio, que recoge al protagonista cervantino, formado alegóricamente por elementos poéticos, nos lleva al mundo de los sueños a la vez que nos brinda las primeras reflexiones poéticas: los sonetos son legítimos (I, v. 254), los tercetos,

valientes (I, v. 256), las redondillas, ligeras (I, v. 272), las estancias, honestas (I, v. 277), las sextinas, graves (I, v. 287), etc.

En realidad, son poquísimos los poetas que no reciben algún reproche, porque lo que se defiende sobre todo en el *Viaje* es la Poesía y lo que se critica es a los poetas que no le hacen justicia. Y así lo vemos en el elogio que hallamos en el capítulo IV (vv. 160-225):

«Esta, que es la Poesía verdadera,  
la grave, la discreta, la elegante»,  
dijo Mercurio, «la alta y la sincera,  
siempre con vestidura rozagante  
se muestra en cualquier acto que se halla,  
cuando a su profesión es importante.

Nunca se inclina o sirve a la canalla  
trovadora, maligna y trafalmeja,  
que en lo que más ignora menos calla.

Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,  
amiga de sonaja y morteruelo,  
que ni tabanco ni taberna deja;

no se alza dos ni aun un coto del suelo,  
grande amiga de bodas y bautismos,  
larga de manos, corta de cerbelo.

[...]

Pero aquesta que ves es el aseo,  
la gala de los cielos y la tierra,  
con quien tienen las Musas su bureo;

ella abre los secretos y los cierra,  
toca y apunta de cualquiera ciencia  
la superficie y lo mejor que encierra.

Mira con más ahínco su presencia:  
verás cifrada en ella la abundancia  
de lo que en bueno tiene la excelencia;  
moran con ella en una misma estancia  
la divina y moral filosofía,  
el estilo más puro y la elegancia;

[...]

En fin, ella es la cifra do se apura  
lo provechoso, honesto y deleitable,  
partes con quien se aumenta la ventura.

Es de ingenio tan vivo y admirable,  
que a veces toca en puntos que suspenden,  
por tener no sé qué de inescrutable.

Alábanse los buenos, y se ofenden  
los malos con su voz, y de estos tales  
unos la adoran, otros no la entienden.

Son sus obras heroicas inmortales;  
las líricas, süaves de manera  
que vuelven en divinas las mortales.

Si alguna vez se muestra lisonjera,  
es con tanta elegancia y artificio,  
que no castigo sino premio espera.

Gloria de la virtud, pena del vicio  
son sus acciones, dando al mundo en ellas  
de su alto ingenio y su bondad indicio».

Para Cervantes la poesía es una ciencia universal, la disciplina superior, que engloba a todas las demás, y así lo dice de nuevo en el capítulo IV (vv. 250-252): «¿Puede ninguna ciencia compararse / con esta universal de la Poesía, / que límites no tiene do encerrarse?». Y la única forma seria de afrontar su estado era la parodia.

## 5. BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

### *Ediciones consultadas*

- Canto de Calíope y otros poemas*, ed. Jenaro Talens, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.
- Don Quijote de la Mancha*, dir. Francisco Rico, edición del Instituto Cervantes, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2004 (2 vols.).
- Obras menores. Redondillas, odas, elegías, romances, sonetos, etc. seguidos del Viaje al [sic] Parnaso*, ed. Juan Givanel Mas, Barcelona, Antonio López Editor, 1905.
- Poesía*, ed. Adriana Lewis Galanes, Zaragoza, Ebro, 1972.
- Poesía*, ed. e introducción de Alberto Blecua y notas de Antonio Pérez Lasheras, Zaragoza, Olifante, 2005.
- Poesía*, ed. José Manuel Caballero Bonald, Barcelona, Seix-Barral, 2005.
- Poesías completas, I*, ed. Vicente Gaos, Madrid, Castalia, 1974.
- Poesías completas, II*, ed. Vicente Gaos, Madrid, Castalia, 1981.
- Poesías*, ed. Eduardo Martín de la Cámara, Madrid, Rivadeneyra, 1923.
- Poesías*, ed. Vicente Gaos, Madrid, Taurus, 1970.
- Viaje del Parnaso. Poesías varias*, ed. Elías Riveres, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
- Viaje del Parnaso*, ed. José Toribio Medina, Chile, Imprenta Universitaria, 1925-1926 (2 vols.).
- Viaje del Parnaso*, ed. Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Bermejo, 1935.

- Viaje del Parnaso*, ed. Agustín del Campo, Madrid, Castilla, 1948.
- Viaje del Parnaso*, ed. Miguel Herrero García, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983.
- Viaje del Parnaso*, ed. Rafael Seco, Madrid, CIAP, [s. a.].

### Estudios

- ANDINO SÁNCHEZ, Antonio de Padua, *Las fuentes grecolatinas en el «Quijote»*. Tesis doctoral, Granada, Universidad de Granada, 2008.
- BAJONA OLIVERAS, Ignacio, «La amistad de Cervantes con Pedro de Padilla», *Anales Cervantinos*, V (1955-1956), pp. 231-248.
- BLANCO-BELMONTE, M. R., *Las mejores poesías de Cervantes. Prologadas y recopiladas por...*, Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos, 1916.
- BOUZA ÁLVAREZ, Fernando, «Dásele licencia y privilegio». *Don Quijote y la aprobación de libros en el Siglo de Oro*, Madrid, Akal, 2012.
- CANAVAGGIO, Jean, *Cervantes*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987.
- C[OTARELO], E[milio], *Epístola a Mateo Vázquez dirigida en 1577 desde Argel por Miguel de Cervantes Saavedra. Con introducción y algunas notas*, Madrid, Baena Hermanos, 1905.
- CLOSE, Anthony, «Cervantes: pensamiento, personalidad, cultura», en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, dir. Francisco Rico, edición del Instituto Cervantes, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2004 (2 vols.), I, pp. LXXIII-XCIV.
- D'ONOFRIO, Julia, «“... fuese y no hubo nada”. Cervantes frente a la manipulación y la dilapidación simbólica», *Anales Cervantinos*, XLVI (2014), pp. 161-178.
- GARCÍA LÓPEZ, Jorge, *Cervantes: la figura en el tapiz*, Barcelona, Pasado y Presente, 2015.
- GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis, «La “Epístola a Mateo Vázquez”, redescubierta y reivindicada», *Cervantes*, 27:2 (2007), pp. 181-211.
- GRACIA, Jordi, «Intención y crítica del *Viaje del Parnaso*: en torno a la adulación y la vanagloria», *Anthropos*, 98-99 (1989), pp. 81-84.
- LOPE DE VEGA, *Pastores de Belén, prosas y versos divinos*, ed. Antonio Carreño, Barcelona, PPU, 1991.
- MATA INDURÁIN, Carlos, «El soneto de Cervantes “A la entrada del Duque de Medina en Cádiz”. Análisis y anotación filológica», en *Cervantes y Andalucía: biografía, escritura y recepción. Actas del Coloquio Internacional, Estepa, diciembre de 1998*, ed. Pedro Ruiz Pérez, Ayuntamiento de Estepa, 1998, pp. 143-163.
- , «Los dos sonetos a la pérdida de La Goleta (*Quijote*, I-XL) en el contexto de la historia del Capitán cautivo», *RILCE. Revista de Filología Hispánica*, 23:1 (2007):

- «*Calamo currente*». *Homenaje a Juan Bautista de Avalle-Arce*, ed. Miguel Zugasti), pp. 169-183.
- , «Elementos religiosos en la poesía de Cervantes», en *Cervantes y las religiones. Actas del Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas (Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel, 19-21 de diciembre de 2005)*, eds. Ruth Fine y Santiago López Navia, Madrid-Fráncfort del Meno, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2008, pp. 175-198.
- MELE, EUGENIO, «Miguel de Cervantes y Antonio Veneziano», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXIX (1913), pp. 82-90.
- MICÓ, José María, «La poesía de Cervantes», conferencia inédita impartida durante el congreso *Los textos de Cervantes*, Madrid, Biblioteca Nacional, 2005.
- RICO, Francisco, «Vislumbres de un poema autógrafo: de Miguel de Cervantes a Antonio Veneziano», en *Aurea poesis: estudios para Begoña López Bueno*, eds. Luis Gómez Canseco, Juan Montero Delgado y Pedro Ruiz Pérez, Sevilla-Córdoba-Huelva, Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones-Universidad de Córdoba-Universidad de Huelva, 2014, pp. 141-148.
- RIVERS, ELÍAS L., «Viaje del Parnaso: una posible introducción», en *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 727-730.
- ROJAS, RICARDO, *Poesías de Cervantes*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos, 1916.
- RUIZ PÉREZ, Pedro, «Contexto crítico de la poesía cervantina», *Cervantes*, 17:1 (1997), pp. 62-86.
- RUTA, Maria Caterina, «Le ottave di Cervantes per Antonio Veneziano», *Bollettino del Centro di studi filologici e linguistici siciliani*, XIV (1979), pp. 171-185.
- SOLÍS DE LOS SANTOS, José, «Una edición crítica del soneto “Voto a Dios” de Cervantes», *Philologica Hispalensis*, 18:2 (2004), pp. 237-261.
- TORO VALENZUELA, Bernardo, «La variedad epistolar en Pedro de Padilla», en *La epístola*, ed. Begoña López Bueno, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, pp. 221-231.
- VACALEBRE, Natale, «“Specchii di bellezza”. Note sulle prime edizioni a stampa del *Canzoniere* di Antonio Veneziano», *Paratesto*, 12 (2015), en prensa.
- VALLADARES REGUERO, Aurelio, «La revalorización crítica del poeta linarense Pedro de Padilla», *Revista 7 Esquinas*, 2 (2011), pp. 67-84.

## 6. LA EDICIÓN

La transcripción de los textos se ha realizado respetando las formas con valor fonológico, y modernizando aquellas que solo suponen preferencias gráficas o fonéticas. Se ha modernizado asimismo la puntuación. Los testimonios utilizados se

ofrecen en la bibliografía y en las notas introductorias a cada poema. La anotación, sin ser exhaustiva, intenta dar cuenta de los lugares problemáticos más significativos y aclarar el mayor número de referencias a personajes y sucesos de la época.

VIAGE  
DEL PARNASO,  
COMPUESTO POR  
Miguel de Ceruantes  
Saauedra.

*Dirigido a don Rodrigo de Tapia,  
Cavallero del Habito de Santiago,  
hijo del señor Pedro de Tapia Oy-  
dor de Consejo Real, y Consultor  
del Santo Oficio de la Inqui-  
sicion Suprema.*

Año



1614

CON PRIVILEGIO

EN MADRID,

Por la viuda de Alonso Martin.

VIAJE  
DEL PARNASO,<sup>[1]</sup>  
COMPUESTO POR  
Miguel de Cervantes  
Saavedra.

*Dirigido a don Rodrigo de Tapia,  
Caballero del Hábito de Santiago,  
hijo del señor Pedro de Tapia, Oi-  
dor del<sup>[2]</sup> Consejo Real, y Consultor  
del Santo Oficio de la Inqui-  
sición Suprema.<sup>[3]</sup>*

Año [Grabado]<sup>[4]</sup> 1614  
CON PRIVILEGIO  
EN MADRID,  
Por la viuda de Alonso Martín.

LICENCIA<sup>[5]</sup>

Por comisión y mandado de los señores del Consejo he hecho ver el libro contenido en este memorial.<sup>[6]</sup> No tiene cosa contra la fe, ni buenas costumbres, es libro curioso y se puede imprimir. Fecho en Madrid, a 16 de setiembre de 1614.

El doctor Gutierre de Cetina<sup>[7]</sup>

LICENCIA

Por mandado y comisión de los señores del Consejo, he visto el<sup>[8]</sup> *Viaje del Parnaso*, de Miguel de Cervantes Saavedra, y después de no tener cosa contra lo que tiene y enseña nuestra santa fe católica, ni buenas costumbres, tiene muchas, muy apacibles y entretenidas y muy conformes a las que del mismo autor honran la nación y celebra el mundo. Este es mi parecer, salvo, etc. En Madrid, a 20 de setiembre, 1614.

El maestro Josef de Valdivielso<sup>[9]</sup>

## PRIVILEGIO<sup>[10]</sup>

Por quanto por parte de vos, Miguel de Cervantes Saavedra, nos fue fecha relación que habíades compuesto un libro intitulado *Viaje del Parnaso*, de que hacíades presentación, y porque os había costado algún trabajo, y ser curioso y deleitable, nos suplicasteis vos mandásemos dar licencia para le imprimir y privilegio por veinte años o como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los del nuestro Consejo, por quanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la premática por nos sobre ello fecha dispone, fue acordado que debíamos de mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón y nos tuvímoslo por bien. Por la cual vos damos licencia y facultad para que por tiempo y espacio de seis años cumplidos primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha de esta nuestra cédula, en adelante, vos o la persona que para ello vuestro poder hubiere y no otra alguna, podáis imprimir y vender el dicho libro, que de suso se hace mención. Y por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor de nuestros reinos que nombráredes para que durante el dicho tiempo le pueda imprimir por el original que en el nuestro Consejo se vio, que va rubricado y firmado al fin de Hernando de Vallejo, nuestro escribano de cámara, y uno de los que en él residen; con que<sup>[11]</sup> antes y primero que se venda lo traigáis ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él, o traigáis fe en pública forma, como por corretor por nos nombrado se vio y corrigió la dicha impresión por el dicho original. Y mandamos al dicho impresor que ansí imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego de él, ni entregue más de un solo libro con el original al autor y persona a cuya costa lo imprimiere, ni a otro alguno, para efeto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo; y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual inmediatamente ponga esta nuestra licencia y la aprobación, tasa y erratas, ni lo podáis vender ni vendáis vos ni otra persona alguna hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros reinos, que sobre ello disponen; y mandamos que durante el dicho tiempo persona alguna sin vuestra licencia no le pueda imprimir ni vender so pena que el que lo imprimiere y vendiere haya perdido y pierda cualesquiera libros, moldes y aparejos que de él tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís por cada vez que lo contrario hiciere, de la cual dicha pena sea la tercera parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para el que lo denunciare. Y mandamos a los del nuestro Consejo, presidente y oidores de las nuestras Audiencias, alcaldes, alguaciles de la nuestra Casa y Corte y Chancillerías y otras cualesquiera justicias de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos y a cada uno en su jurisdicción, ansí a los que agora son como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan esta cédula y merced que así

vos hacemos y contra ella no vayan ni pasen ni consientan ir ni pasar en manera alguna so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en Ventosilla, a diez y ocho días del mes de octubre de mil y seiscientos y catorce años.

YO, EL REY.

Por mandado del Rey, nuestro señor,  
Jorge de Tovar<sup>[12]</sup>

### TASA<sup>[13]</sup>

Yo, Hernando de Vallejo,<sup>[14]</sup> escribano de Cámara del Rey, nuestro señor, de los que residen en su Consejo, doy fe que habiéndose visto por los señores de él un libro que compuso Miguel de Cervantes Saavedra, intitulado *Viaje del Parnaso*, que con su licencia fue impreso, le tasaron a cuatro maravedís el pliego, el cual tiene once pliegos, que al dicho respeto suma y monta cuarenta y cuatro maravedís cada volumen de papel; y mandaron que a este precio se haya de vender y venda, y no a más, y que esta tasa se ponga al principio de cada volumen del dicho libro, para que por él se sepa y entienda lo que se ha de pedir y llevar, sin que se haya de exceder, ni exceda de ella en manera alguna. Y para que de ello conste, de pedimiento del dicho Miguel de Cervantes y mandamiento de los dichos señores del Consejo, di la presente en la villa de Madrid, a diez y siete días del mes de noviembre de mil y seiscientos y catorce años.

Hernando de Vallejo

### ERRATAS<sup>[15]</sup>

Fojas 4, plana 1,<sup>[16]</sup> terceto tercero, donde dice *y cen*, diga *y con*.

Fojas 11, plana 2, terceto 6, donde dice *inceso*, diga *Enciso*.

Fojas 14, plana 1, terceto 6, donde dice *palma lleva*, diga *y palma lleva*.

Fojas 14, plana 2, terceto primero, donde dice *quenta*, diga *quinta*.

Este libro, intitulado *Viaje del Parnaso*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, con estas erratas corresponde con su original. Dada en Madrid, a diez días del mes de noviembre de 1614.

DEDICATORIA<sup>[18]</sup>

Dirijo a vuesa merced este *Viaje* que hice al *Parnaso*, que no desdice a su edad florida, ni a sus loables y estudiosos ejercicios. Si vuesa merced le hace el acogimiento que yo espero de su condición ilustre, él quedará famoso en el mundo y mis deseos premiados. Nuestro Señor, etc.

Miguel de Cervantes Saavedra

PRÓLOGO AL LECTOR

Si por ventura, lector curioso, eres poeta y llegare a tus manos (aunque pecadoras) este *Viaje*, si te hallares en él escrito y notado entre los buenos poetas, da gracias a Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, también se las puedes dar. Y Dios te guarde.

DON AUGUSTINI DE CASANATE ROJAS

*Epigramma*<sup>[19]</sup>

Excute caeruleum, proles Saturnia, tergum,  
Verbera quadrigae sentiat alma Tetis.  
Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,  
Carmineis ratibus per freta tendit iter.  
Proteus aequoreas pecudes, modulamina Triton,  
Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.  
At caveas tantae torquent quae mollis habenas,  
Carmina, si excipias nulla tridentis ope.  
Hesperii Michael claros conduxit ab oris  
In pelagus vates; delphica castra petit.  
Imo age, pone metus, mediis subsiste carinis,  
Parnasi in litus vela secunda gere.

## EL AUTOR A SU PLUMA

### *Soneto*<sup>[20]</sup>

Pues veis que no me han dado algún soneto  
que ilustre de este libro la portada,  
venid vos, pluma mía mal cortada,  
y hacedle, aunque carezca de discreto.

Haréis que excuse el temerario aprieto  
de andar de una en otra encrucijada,  
mendigando alabanzas, excusada  
fatiga e impertinente, yo os prometo.

Todo soneto y rima allá se avenga,  
y adorne los umbrales de los buenos,  
aunque la adulación es de ruin casta.

Y dadme vos que este *Viaje* tenga  
de sal un panecillo por lo menos,  
que yo os le marco por vendible, y basta.

## DEL VIAJE DEL PARNASO

### CAPÍTULO PRIMERO

Un quídam Caporal italiano,<sup>[21]</sup>  
de patria perusino, a lo que entiendo,<sup>[22]</sup>  
de ingenio griego y de valor romano,  
llevado de un capricho reverendo,<sup>[23]</sup>  
le vino en voluntad de ir a Parnaso,  
por huir de la Corte el vario estrüendo.

Solo y a pie partiose, y paso a paso,  
llegó donde compró una mula antigua,<sup>[24]</sup>  
de color parda y tartamudo paso.

Nunca a medroso pareció estantigua<sup>[25]</sup>  
mayor, ni menos buena para carga;  
grande en los huesos, y en la fuerza exigua,  
corta de vista, aunque de cola larga,  
estrecha en los ijares, y en el cuero  
más dura que lo son los de una adarga.

Era de ingenio cabalmente entero:  
caía en cualquier cosa fácilmente,<sup>[26]</sup>  
así en abril como en el mes de enero.

En fin, sobre ella el poetón valiente<sup>[27]</sup>  
llegó al Parnaso, y fue del rubio Apolo  
agasajado con serena frente.

Contó, cuando volvió el poeta solo  
y sin blanca a su patria, lo que en vuelo  
llevó la fama de este al otro polo.

Yo, que siempre trabajo y me desvelo  
por parecer que tengo de poeta  
la gracia que no quiso darme el cielo,

quisiera despachar a la estafeta<sup>[28]</sup>  
mi alma, o por los aires, y ponella  
sobre las cumbres del nombrado Oeta.<sup>[29]</sup>

Pues descubriendo desde allí la bella  
corriente de Aganipe, en un saltico<sup>[30]</sup>  
pudiera el labio remojarse en ella,  
y quedar del licor süave y rico  
el pancho lleno, y ser de allí adelante  
poeta ilustre, o al menos magnífico.

Mas mil inconvenientes al instante  
se me ofrecieron, y quedó el deseo  
en cierne, desvalido e ignorante.

Porque en la piedra que en mis hombros veo,<sup>[31]</sup>  
que la fortuna me cargó pesada,  
mis mal logradas esperanzas leo.

Las muchas leguas de la gran jornada  
se me representaron, que pudieran  
torcer la voluntad aficionada,

si en aquel mesmo instante no acudieran  
los humos de la fama a socorrerme  
y corto y fácil el camino hicieran.

Dije entre mí: si yo viniese a verme  
en la difícil cumbre de este monte,

y una guirnalda de laurel ponerme,  
no envidiaría el bien decir de Aponte,<sup>[32]</sup>  
ni del muerto Galarza la agudeza,<sup>[33]</sup>  
en manos blando, en lengua Rodomonte.<sup>[34]</sup>

Mas como de un error otro se empieza,<sup>[35]</sup>  
creyendo a mi deseo, di al camino  
los pies, porque di al viento la cabeza.

En fin, sobre las ancas del Destino,  
llevando a la elección puesta en la silla,  
hacer el gran vïaje determino.

Si esta cabalgadura maravilla,  
sepa el que no lo sabe que se usa  
por todo el mundo, no solo en Castilla.

Ninguno tiene o puede dar excusa  
de no oprimir de esta gran bestia el lomo,

ni mortal caminante lo rehúsa.

Suele tal vez ser tan ligera como  
va por el aire el águila o saeta,  
y tal vez anda con los pies de plomo.

Pero para la carga de un poeta,  
siempre ligera, cualquier bestia puede<sup>[36]</sup>  
llevarla, pues carece de maleta;

que es caso ya infalible, que, aunque herede  
riquezas un poeta, en poder suyo  
no aumentarlas, perderlas le sucede.

De esta verdad ser la ocasión arguyo,  
que tú, ¡oh gran padre Apolo!, les infundes  
en sus intentos el intento tuyo;

y como no le mezclas ni confundes  
en cosas *de agilibus* rateras,<sup>[37]</sup>

ni en el mar de ganancia vil le hundes,

ellos, o traten burlas, o sean veras,  
sin aspirar a ganancia en cosa,  
sobre el convexo van de las esferas,<sup>[38]</sup>

pintando en la palestra rigurosa<sup>[39]</sup>

las acciones de Marte, o entre flores<sup>[40]</sup>  
las de Venus, más blanda y amorosa.

Llorando guerras, o cantando amores,  
la vida como en sueño se les pasa,  
o como suele el tiempo a jugadores.

Son hechos los poetas de una masa  
dulce, süave, correosa y tierna,  
y amiga del hogar de ajena casa.

El poeta más cuerdo se gobierna  
por su antojo baldío y regalado,<sup>[41]</sup>

de trazas lleno y de ignorancia eterna.

Absorto en sus quimeras y admirado  
de sus mismas acciones, no procura  
llegar a rico como a honroso estado.

Vayan, pues, los leyentes con letura,<sup>[42]</sup>  
cual dice el vulgo mal limado y bronco,  
que yo soy un poeta de esta hechura:

cisne en las canas, y en la voz un ronco  
y negro cuervo, sin que el tiempo pueda<sup>[43]</sup>  
desbistar de mi ingenio el duro tronco;<sup>[44]</sup>

y que en la cumbre de la varia rueda  
jamás me pude ver solo un momento,  
pues cuando subir quiero, se está queda.<sup>[45]</sup>

Pero por ver si un alto pensamiento  
se puede prometer feliz suceso,<sup>[46]</sup>

seguí el viaje a paso tardo y lento.

Un candel con ocho mis de queso<sup>[47]</sup>  
fue en mis alforjas mi repostería,  
útil al que camina, y leve peso.

«Adiós», dije a la humilde choza mía;  
«adiós, Madrid; adiós tu Prado y fuentes,  
que manan néctar, llueven ambrosía;  
adiós, conversaciones suficientes  
a entretener un pecho cuidadoso  
y a dos mil desvalidos pretendientes;

adiós, sitio agradable y mentiroso,  
do fueron dos gigantes abrasados  
con el rayo de Júpiter fogoso;<sup>[48]</sup>

adiós, teatros públicos, honrados  
por la ignorancia, que ensalzada veo  
en cien mil disparates recitados;<sup>[49]</sup>

adiós, de San Felipe el gran paseo,  
donde si baja o sube el turco galgo,  
como en gaceta de Venecia leo;<sup>[50]</sup>

adiós, hambre sutil de algún hidalgo,  
que por no verme ante tus puertas muerto,  
hoy de mi patria y de mí mismo salgo».

Con esto, poco a poco llegué al puerto  
a quien los de Cartago dieron nombre,<sup>[51]</sup>  
cerrado a todos vientos y encubierto,

a cuyo claro y sin igual renombre  
se postran cuantos puertos el mar baña,  
descubre el sol y ha navegado el hombre.<sup>[52]</sup>

Arrojose mi vista a la campaña

rasa del mar, que trujo a mi memoria  
del heroico don Juan la heroica hazaña;  
    donde con alta de soldados gloria,  
y con propio valor y airado pecho<sup>[53]</sup>  
tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.<sup>[54]</sup>  
    Allí, con rabia y con mortal despecho,  
el otomano orgullo vio su brío  
hollado y reducido a pobre estrecho.  
    Lleno, pues, de esperanzas y vacío  
de temor, busqué luego una fragata  
que efetuase el alto intento mío,  
    cuando por la, aunque azul, líquida plata  
vi venir un bajel a vela y remo,  
que tomar tierra en el gran puerto trata.  
    Del más gallardo y más vistoso extremo  
de cuantos las espaldas de Neptuno  
oprimieron jamás, ni más supremo,  
    cual este, nunca vio bajel alguno  
el mar, ni pudo verse en el armada  
que destruyó la vengativa Juno;<sup>[55]</sup>  
    no fue del vellocino a la jornada  
Argos tan bien compuesta y tan pomposa,  
ni de tantas riquezas adornada.<sup>[56]</sup>  
    Cuando entraba en el puerto, la hermosa  
Aurora por las puertas del Oriente  
salía en trenza blanda y amorosa.<sup>[57]</sup>  
    Oyose un estampido de repente,  
haciendo salva la real galera,  
que despertó y alborotó la gente.<sup>[58]</sup>  
    El son de los clarines la ribera  
llenaba de dulcísima armonía,  
y el de la chusma alegre y placentera.<sup>[59]</sup>  
    Entrábanse las horas por el día,  
a cuya luz, con distinción más clara,  
se vio del gran bajel la bizarría.  
    Áncoras echa, y en el puerto para,  
y arroja un ancho esquite al mar tranquilo

con música, con grita y algazara.

Usan los marineros de su estilo:  
cubren la popa con tapetes tales,  
que es oro y sirgo de su trama el hilo.<sup>[60]</sup>

Tocan de la ribera los umbrales;  
sale del rico esquife un caballero  
en hombros de otros cuatro principales,  
en cuyo traje y ademán severo  
vi de Mercurio al vivo la figura,  
de los fingidos dioses mensajero;  
en el gallardo talle y compostura,  
en los alados pies, y el caduceo,  
símbolo de prudencia y de cordura,<sup>[61]</sup>  
digo que al mismo paraninfo veo,<sup>[62]</sup>

que trujo mentirosas embajadas  
a la tierra del alto Coliseo.

Vile, y apenas puso las aladas  
plantas en las arenas, venturosas  
por verse de divinos pies tocadas,

cuando yo, revolviendo cien mil cosas  
en la imaginación, llegué a postrarme  
ante las plantas por adorno hermosas.

Mandome el dios parlero luego alzarme,<sup>[63]</sup>  
y, con medidos versos y sonantes,

de esta manera comenzó a hablarme:

«¡Oh Adán de los poetas, oh Cervantes!  
¿Qué alforjas y qué traje es este, amigo,  
que así muestra discursos ignorantes?».

Yo, respondiendo a su demanda, digo:

«Señor: voy al Parnaso, y, como pobre,  
con este aliño mi jornada sigo».

Y él a mí dijo: «¡Oh sobrehumano y sobre  
espíritu cilenio levantado,<sup>[64]</sup>  
toda abundancia y todo honor te sobre!

Que, en fin, has respondido a ser soldado  
antiguo y valeroso, cual lo muestra  
la mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra

perdiste el movimiento de la mano  
izquierda, para gloria de la diestra;<sup>[65]</sup>  
y sé que aquel instinto sobrehumano  
que de raro inventor tu pecho encierra<sup>[66]</sup>  
no te le ha dado el padre Apolo en vano.  
Tus obras los rincones de la tierra,  
llevándolas en grupa Rocinante,<sup>[67]</sup>  
descubren y a la envidia mueven guerra.<sup>[68]</sup>  
Pasa, raro inventor, pasa adelante  
con tu sutil disinio, y presta ayuda  
a Apolo, que la tuya es importante,  
antes que el escuadrón vulgar acuda  
de más de veinte mil sietemesinos  
poetas que de serlo están en duda.  
Llenas van ya las sendas y caminos  
de esta canalla inútil contra el monte<sup>[69]</sup>  
que aun de estar a su sombra no son dignos.  
Ármate de tus versos luego, y ponte<sup>[70]</sup>  
a punto de seguir este viaje  
conmigo, y a la gran obra disponte;  
conmigo segurísimo pasaje  
tendrás, sin que te empaches, ni procures  
lo que suelen llamar matalotaje;<sup>[71]</sup>  
y, porque esta verdad que digo apures,<sup>[72]</sup>  
entra conmigo en mi galera y mira  
cosas con que te asombres y asegures».  
Yo, aunque pensé que todo era mentira,  
entré con él en la galera hermosa  
y vi lo que pensar en ello admira:  
de la quilla a la gavia, ¡oh estraña cosa!,<sup>[73]</sup>  
toda de versos era fabricada,  
sin que se entremetiese alguna prosa;  
las ballesteras eran de ensalada  
de glosas, todas hechas a la boda  
de la que se llamó malmaridada;<sup>[74]</sup>  
era la chusma de romances toda,  
gente atrevida, empero necesaria,

pues a todas acciones se acomoda;  
la popa, de materia extraordinaria,  
bastarda, y de legítimos sonetos,  
de labor peregrina en todo y varia;<sup>[75]</sup>

eran dos valentísimos tercetos  
los espalderes de la izquierda y diestra,<sup>[76]</sup>  
para dar boga larga muy perfectos;<sup>[77]</sup>

hecha ser la crujía se me muestra<sup>[78]</sup>  
de una lengua y tristísima elegía,  
que no en cantar sino en llorar es diestra  
(por esta entiendo yo que se diría  
lo que suele decirse a un desdichado  
cuando lo pasa mal: «pasó crujía»);<sup>[79]</sup>  
el árbol, hasta el cielo levantado,<sup>[80]</sup>

de una dura canción prolija estaba  
de canto de seis dedos embreado;<sup>[81]</sup>  
él y la entena que por él cruzaba,<sup>[82]</sup>  
de duros estrambotes la madera<sup>[83]</sup>  
de que eran hechos claro se mostraba;

la racamenta, que es siempre parlera,<sup>[84]</sup>  
toda la componían redondillas,<sup>[85]</sup>  
con que ella se mostraba más ligera;

las jarcias parecían seguidillas<sup>[86]</sup>  
de disparates mil y más compuestas,

que suelen en el alma hacer cosquillas;  
las rumbadas, fortísimas y honestas<sup>[87]</sup>  
estancias eran, tablas poderosas<sup>[88]</sup>  
que llevan un poema y otro a cuestras.

Era cosa de ver las bulliciosas  
banderillas que al aire tremolaban,  
de varias rimas algo licenciosas;<sup>[89]</sup>  
los grumetes, que aquí y allí cruzaban,  
de encadenados versos parecían,<sup>[90]</sup>  
puesto que como libres trabajaban;

todas las obras muertas componían<sup>[91]</sup>  
o versos sueltos, o sestinas graves,<sup>[92]</sup>  
que a la galera más gallarda hacían.

En fin, con modos blandos y süaves,  
viendo Mercurio que yo visto había  
el bajel, que es razón, lector, que alabes,  
junto a sí me sentó, y su voz envía  
a mis oídos en razones claras  
y llenas de suavísima armonía,  
diciendo: «Entre las cosas que son raras  
y nuevas en el mundo y peregrinas,  
verás, si en ello adviertes y reparas,  
que es una este bajel de las más dignas  
de admiración, que llegue a ser espanto<sup>[93]</sup>  
a naciones remotas y vecinas.

No le formaron máquinas de encanto,  
sino el ingenio del divino Apolo,  
que puede, quiere y llega y sube a tanto.  
Formole, ¡oh nuevo caso!, para solo  
que yo llevase en él cuantos poetas  
hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.<sup>[94]</sup>  
De Malta el gran maestro, a quien secretas  
espías dan aviso que en Oriente<sup>[95]</sup>  
se aperciben las bárbaras saetas,  
teme, y envía a convocar la gente  
que sella con la blanca cruz el pecho,<sup>[96]</sup>  
porque en su fuerza su valor se aumente;  
a cuya imitación, Apolo ha hecho  
que los famosos vates al Parnaso  
acudan, que está puesto en duro estrecho.

Yo, condolido del doliente caso,  
en el ligero casco, ya instrüido  
de lo que he de hacer, aguijo el paso:  
de Italia las riberas he barrido;  
he visto las de Francia y no tocado,  
por venir solo a España dirigido.  
Aquí, con dulce y con felice agrado,  
hará fin mi camino, a lo que creo,  
y seré fácilmente despachado.  
Tú, aunque en tus canas tu pereza veo,  
serás el paraninfo de mi asunto

y el solicitador de mi deseo.

Parte, y no te detengas solo un punto,  
y a los que en esta lista van escritos  
dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto».

Sacó un papel, y en él casi infinitos  
nombres vi de poetas, en que había  
yangüeses, vizcaínos y coritos;<sup>[97]</sup>

allí famosos vi de Andalucía,  
y entre los castellanos vi unos hombres

en quien vive de asiento la poesía.

Dijo Mercurio: «Quiero que me nombres  
de esta turba gentil, pues tú lo sabes,  
la alteza de su ingenio, con los nombres».

Yo respondí: «De los que son más graves  
diré lo que supiere, por moverte  
a que ante Apolo su valor alabes».  
Él escuchó. Yo dije de esta suerte...

## DEL VIAJE DEL PARNASO

### CAPÍTULO SEGUNDO

Colgado estaba de mi antigua boca<sup>[98]</sup>  
el dios hablante, pero entonces mudo  
(que al que escucha, el guardar silencio toca),  
cuando di de improviso un estornudo,  
y, haciendo cruces por el mal agüero,  
del gran Mercurio al mandamiento acudo.

Miré la lista, y vi que era el primero  
el licenciado Juan de Ochoa, amigo<sup>[99]</sup>  
por poeta y cristiano verdadero;  
de este varón en su alabanza digo

que puede acelerar y dar la muerte  
con su claro discurso al enemigo,  
y que si no se aparta y se divierte<sup>[100]</sup>  
su ingenio en la gramática española,  
será de Apolo sin igual la suerte;

pues de su poesía, al mundo sola,  
puede esperar poner el pie en la cumbre  
de la incostante rueda o varia bola.

Este que de los cómicos es lumbre,  
que el licenciado Poyo es su apellido,<sup>[101]</sup>

no hay nube que a su sol claro deslumbre;<sup>[102]</sup>

pero, como está siempre entretenido  
en trazas, en quimeras e invenciones,  
no ha de acudir a este marcial rüido.

Este que en lista por tercero pones,  
que Hipólito se llama de Vergara,<sup>[103]</sup>  
si llevarle al Parnaso te dispones,

haz cuenta que en él llevas una jara,  
una saeta, un arcabuz, un rayo  
que contra la ignorancia se dispara.

Este que tiene como mes de mayo  
florido ingenio, y que comienza ahora  
a hacer de sus comedias nuevo ensayo,

Godínez es. Y estotro que enamora<sup>[104]</sup>  
las almas con sus versos regalados,

cuando de amor ternezas canta o llora,  
es uno que valdrá por mil soldados  
cuando a la estraña y nunca vista empresa  
fueren los escogidos y llamados;

digo que es don Francisco, el que profesa  
las armas y las letras con tal nombre,  
que por su igual Apolo le confiesa;  
es de Calatayud su sobrenombre;  
con esto queda dicho todo cuanto  
puedo decir con que a la invidia asombre.<sup>[105]</sup>

Este que sigue es un poeta santo,  
digo famoso: Miguel Cid se llama,<sup>[106]</sup>  
que al coro de las Musas pone espanto.<sup>[107]</sup>

Estotro que sus versos encarama  
sobre los mismos hombros de Calisto,<sup>[108]</sup>

tan celebrado siempre de la fama,  
es aquel agradable, aquel bienquisto,  
aquel agudo, aquel sonoro y grave  
sobre cuantos poetas Febo ha visto;<sup>[109]</sup>

aquel que tiene de escribir la llave  
con gracia y agudeza en tanto extremo,  
que su igual en el orbe no se sabe:<sup>[110]</sup>  
es don Luis de Góngora, a quien temo<sup>[111]</sup>  
agraviar en mis cortas alabanzas,  
aunque las suba al grado más supremo.

¡Oh tú, divino espíritu, que alcanzas  
ya el premio merecido a tus deseos  
y a tus bien colocadas esperanzas;  
ya en nuevos y justísimos empleos,  
divino Herrera, tu caudal se aplica,

aspirando del cielo a los trofeos!<sup>[112]</sup>

Ya de tu hermosa Luz, y clara, y rica,<sup>[113]</sup>  
el bello resplandor miras seguro,  
en la que el alma tuya beatifica;<sup>[114]</sup>

y, arrimada tu hiedra al fuerte muro  
de la inmortalidad, no estimas cuanto  
mora en las sombras de este mundo oscuro.

Y tú, don Juan de Jáurigui, que a tanto<sup>[115]</sup>  
el sabio curso de tu pluma aspira,  
que sobre las esferas le levanto,

aunque Lucano por tu voz respira,<sup>[116]</sup>  
déjale un rato y, con piadosos ojos,  
a la necesidad de Apolo mira,<sup>[117]</sup>

que te están esperando mil despojos<sup>[118]</sup>  
de otros mil atrevidos que procuran  
fértiles campos ser, siendo rastrojos.

Y tú, por quien las Musas aseguran  
su partido, don Félix Arias, siente<sup>[119]</sup>  
que por su gentileza te conjuran  
y ruegan que defiendas de esta gente

*non sancta* su hermosura, y de Aganipe<sup>[120]</sup>  
y de Hipocrene la inmortal corriente.<sup>[121]</sup>

¿Consentirás tú a dicha partícipe<sup>[122]</sup>  
del licor suavísimo un poeta  
que al hacer de sus versos sude y hipe?

No lo consentirás, pues tu discreta  
vena, abundante y rica, no permite  
cosa que sombra tenga de imperfecta.

«Señor, este que aquí viene se quite»,  
dije a Mercurio, «que es un chacho necio<sup>[123]</sup>

que juega, y es de sátiras su envite.

Este sí que podrás tener en precio,  
que es Alonso de Salas Barbadillo,<sup>[124]</sup>  
a quien me inclino y sin medida aprecio.

Este que viene aquí, si he de decillo,<sup>[125]</sup>  
no hay para qué le embarques; y así, puedes  
borrarle». Dijo el dios: «Gusto de oílo».

«Es un cierto rapaz, que a Ganimedes<sup>[126]</sup>  
quiere imitar, vistiéndose a lo godo;<sup>[127]</sup>  
y así, aconsejo que sin él te quedes.

No lo harás con este de ese modo,  
que es el gran Luis Cabrera, que, pequeño,<sup>[128]</sup>  
todo lo alcanza, pues lo sabe todo;  
es de la historia conocido dueño,  
y en discursos discretos tan discreto,  
que a Tácito verás si te le enseño.<sup>[129]</sup>

Este que viene es un galán sujeto  
de la varia fortuna a los vaivenes  
y del mudable tiempo al duro aprieto:  
un tiempo rico de caducos bienes,  
y ahora de los firmes e inmutables  
más rico, a tu mandar firme le tienes;  
pueden los altos riscos siempre estables  
ser tocados del mar, mas no movidos  
de sus ondas en cursos variables;

ni menos a la tierra trae rendidos  
los altos cedros Bóreas, cuando, airado,<sup>[130]</sup>  
quiere humillar los más fortalecidos.

Y este que vivo ejemplo nos ha dado  
de esta verdad con tal filosofía,

don Lorenzo Ramírez es de Prado.<sup>[131]</sup>

De este que se le sigue aquí diría  
que es don Antonio de Monroy, que veo<sup>[132]</sup>  
en él lo que es ingenio y cortesía;  
satisfacción al más alto deseo

puede dar de valor heroico y ciencia,  
pues mil descubro en él y otras mil creo.

Este es un caballero de presencia  
agradable y que tiene de Torcato<sup>[133]</sup>  
el alma sin alguna diferencia;

de don Antonio de Paredes trato,<sup>[134]</sup>  
a quien dieron las Musas, sus amigas,  
en tierna edad anciano ingenio y trato.

Este que por llevarle te fatigas,

es don Antonio de Mendoza, y veo<sup>[135]</sup>  
cuánto en llevarle al sacro Apolo obligas.

Este que de las Musas es recreo,  
la gracia y el donaire y la cordura,  
que de la discreción lleva el trofeo,  
es Pedro de Morales, propia hechura<sup>[136]</sup>  
del gusto cortesano, y es asilo  
adonde se repara mi ventura.

Este, aunque tiene parte de Zoílo,<sup>[137]</sup>  
es el grande Espinel, que en la guitarra<sup>[138]</sup>  
tiene la prima y en el raro estilo.<sup>[139]</sup>

Este que tanto allá tira la barra<sup>[140]</sup>  
que las cumbres se deja atrás de Pindo,<sup>[141]</sup>  
que jura, que vocea y que desgarras,<sup>[142]</sup>  
tiene más de poeta que de lindo,  
y es Jusepe de Vargas, cuyo astuto<sup>[143]</sup>  
ingenio y rara condición deslindo.

Este, a quien pueden dar justo tributo  
la gala y el ingenio que más pueda  
ofrecer a las Musas flor y fruto,  
es el famoso Andrés de Balmaseda,<sup>[144]</sup>  
de cuyo grave y dulce entendimiento  
el magno Apolo satisfecho queda.

Este es Enciso, gloria y ornamento<sup>[145]</sup>  
del Tajo, y claro honor de Manzanares,  
que con tal hijo aumenta su contento.

Este, que es escogido entre millares,  
de Guevara Luis Vélez es el bravo,<sup>[146]</sup>  
que se puede llamar quitapesares;  
es poeta gigante, en quien alabo  
el verso numeroso, el peregrino<sup>[147]</sup>

ingenio, si un Gnatón nos pinta, o un Davo.<sup>[148]</sup>

Este es don Juan de España, que es más digno<sup>[149]</sup>  
de alabanzas divinas que de humanas,  
pues en todos sus versos es divino.

Este, por quien de Luso están ufanas<sup>[150]</sup>

las Musas, es Silveira, aquel famoso<sup>[151]</sup>  
que por llevarle con razón te afanas.

Este que se le sigue es el curioso  
gran don Pedro de Herrera, conocido<sup>[152]</sup>  
por de ingenio elevado en punto honroso.

Este que de la cárcel del olvido  
sacó otra vez a Proserpina hermosa,  
con que a España y al Dauro ha enriquecido,  
verasle, en la contienda rigurosa  
que se teme y se espera en nuestros días  
(culpa de nuestra edad poco dichosa),  
mostrar de su valor las lozanías;  
pero ¿qué mucho, si es aqueste el docto  
y grave don Francisco de Farías?<sup>[153]</sup>

Este, de quien yo fui siempre devoto,  
oráculo y Apolo de Granada,  
y aun de este clima nuestro y del remoto,  
Pedro Rodríguez es. Este es Tejada,<sup>[154]</sup>  
de altitonantes versos y sonoros,  
con majestad en todo levantada.

Este que brota versos por los poros  
y halla patria y amigos dondequiera,  
y tiene en los ajenos sus tesoros,  
es Medinilla, el que la vez primera  
cantó el *Romance de la tumba oscura*,<sup>[155]</sup>  
entre cipreses puestos en hilera.

Este que en verdes años se apresura  
y corre al sacro lauro, es don Fernando  
Bermúdez, donde vive la cordura.<sup>[156]</sup>

Este es aquel poeta memorando  
que mostró de su ingenio la agudeza,  
en las selvas de Erífile cantando.<sup>[157]</sup>

Este que la coluna nueva empieza,  
con estos dos que con su ser convienen,  
nombrarlos aun lo tengo por bajeza.

Miguel Cejudo y Miguel Sánchez vienen<sup>[158]</sup>  
juntos aquí, ¡oh par sin par!; en estos

las sacras Musas fuerte amparo tienen;  
que en los pies de sus versos bien compuestos,  
lentos de erudición rara y doctrina,

al ir al grave caso serán presto.

Este gran caballero, que se inclina  
a la lección de los poetas buenos,  
y al sacro monte con su luz camina,  
don Francisco de Silva es por lo menos:<sup>[159]</sup>

¿qué será por lo más? ¡Oh edad madura  
en verdes años de cordura llenos!

Don Gabriel Gómez viene aquí; segura<sup>[160]</sup>  
tiene con él Apolo la victoria  
de la canalla siempre necia y dura.

Para honor de su ingenio, para gloria  
de su florida edad, para que admire  
siempre de siglo en siglo su memoria,  
en este gran sujeto se retire  
y abrevie la esperanza de este hecho,<sup>[161]</sup>

y Febo al gran Valdés atento mire.<sup>[162]</sup>

Verá en él un gallardo y sabio pecho,  
un ingenio sutil y levantado,  
con que le deje en todo satisfecho.

Figueroa es estotro, el doctorado,<sup>[163]</sup>  
que cantó de Amarili la costancia  
en dulce prosa y verso regalado.

Cuatro vienen aquí en poca distancia,  
con mayúsculas letras de oro escritos,  
que son del alto asunto la importancia;

de tales cuatro, siglos infinitos  
durará la memoria, sustentada  
en la alta gravedad de sus escritos;

del claro Apolo la real morada,  
si viniere a caer de su grandeza,

será por estos cuatro levantada;

en ellos nos cifró Naturaleza  
el todo de las partes, que son dignas  
de gozar celsitud, que es más que alteza.

Esta verdad, gran conde de Salinas,<sup>[164]</sup>

bien la acreditas con tus raras obras,  
que en los términos tocan de divinas.

Tú, el de Esquilache príncipe, que cobras<sup>[165]</sup>  
de día en día crédito tamaño,  
que te adelantas a ti mismo y sobras,<sup>[166]</sup>

serás escudo fuerte al grave daño  
que teme Apolo, con ventajas tantas,  
que no te espere el escuadrón tacaño.<sup>[167]</sup>

Tú, conde de Saldaña, que con plantas<sup>[168]</sup>  
tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,<sup>[169]</sup>

y en alas de tu ingenio te levantas,  
hacha has de ser de inestinguible lumbre,<sup>[170]</sup>  
que guíe al sacro monte al deseoso  
de verse en él, sin que la luz deslumbre.

Tú, el de Villamediana, el más famoso<sup>[171]</sup>

de cuantos entre griegos y latinos  
alcanzaron el lauro venturoso,

cruzarás por las sendas y caminos  
que al monte guían, porque más seguros  
lleguen a él los simples peregrinos;

a cuya vista de estos cuatro muros  
de Parnaso, caerán las arrogancias  
de los mancebos, sobre necios, duros.

¡Oh cuántas y cuán graves circunstancias  
dijera de estos cuatro, que felices

aseguran de Apolo las ganancias!

Y más, si se les llega el de Alcañices<sup>[172]</sup>  
marqués insigne, harán (puesto que hay una  
en el mundo no más) cinco fenices;<sup>[173]</sup>

cada cual de por sí será coluna  
que sustente y levante el idificio<sup>[174]</sup>  
de Febo sobre el cerco de la luna.<sup>[175]</sup>

Este, puesto que acude al grave oficio  
en que se ocupa, el lauro y palma lleva,<sup>[176]</sup>  
que Apolo da por honra y beneficio;

en esta ciencia es maravilla nueva,  
y en la jurispericia único y raro:

su nombre es don Francisco de la Cueva.<sup>[177]</sup>

Este, que con Homero le comparo,  
es el gran don Rodrigo de Herrera,<sup>[178]</sup>

insigne en letras y en virtudes raro.

Este que se le sigue es el de Vera  
don Juan, que por su espada y por su pluma<sup>[179]</sup>  
le honran en la quinta y cuarta esfera.<sup>[180]</sup>

Este que el cuerpo y aun el alma bruma  
de mil, aunque no muestra ser cristiano,  
sus escritos el tiempo no consuma.»<sup>[181]</sup>

Cayóseme la lista de la mano  
en este punto, y dijo el dios: «Con estos  
que has referido está el negocio llano.»<sup>[182]</sup>

Haz que con pies y pensamientos prestos  
vengan aquí, donde aguardando quedo  
la fuerza de tan válidos supuestos».

«Mal podrá don Francisco de Quevedo<sup>[183]</sup>  
venir», dije yo entonces; y él me dijo:

«Pues partirme sin él de aquí no puedo.

Ese es hijo de Apolo, ese es hijo  
de Calíope Musa; no podemos<sup>[184]</sup>  
irnos sin él, y en esto estaré fijo;  
es el flagelo de poetas memos,

y echará a puntillazos del Parnaso  
los malos que esperamos y tememos».<sup>[185]</sup>

«¡Oh señor», repliqué, «que tiene el paso  
corto y no llegará en un siglo entero!».<sup>[186]</sup>

«De eso», dijo Mercurio, «no hago caso,

que el poeta que fuere caballero,<sup>[187]</sup>  
sobre una nube entre pardilla y clara  
vendrá muy a su gusto caballero».

«Y el que no», pregunté, «¿qué le prepara  
Apolo? ¿Qué carrozas, o qué nubes?

¿Qué dromerio, o alfana en paso rara?».<sup>[188]</sup>

«Mucho», me respondió, «mucho te subes  
en tus preguntas; calla y obedece».

«Sí haré, pues no es infando lo que *jubes*».<sup>[189]</sup>

Esto le respondí, y él me parece  
que se turbó algún tanto; y en un punto  
el mar se turba, el viento sopla y crece.  
Mi rostro entonces, como el de un difunto  
se debió de poner; y sí haría,  
que soy medroso, a lo que yo barrunto.

Vi la noche mezclarse con el día;  
las arenas del hondo mar alzarse  
a la región del aire, entonces fría.

Todos los elementos vi turbarse:  
la tierra, el agua, el aire, y aun el fuego  
vi entre rompidas nubes azorarse.

Y, en medio de este gran desasosiego,  
llovían nubes de poetas llenas  
sobre el bajel, que se anegara luego,<sup>[190]</sup>  
si no acudieran más de mil sirenas

a dar de azotes a la gran borrasca,  
que hacía el saltarel por las antenas.<sup>[191]</sup>

Una, que ser pensé Juana la Chasca,<sup>[192]</sup>  
de dilatado vientre y luengo cuello,  
pintiparado a aquel de la tarasca,<sup>[193]</sup>

se llegó a mí, y me dijo: «De un cabello  
de este bajel estaba la esperanza  
colgada, a no venir a socorrello.

Traemos, y no es burla, a la Bonanza,  
que estaba descuidada oyendo atenta  
los discursos de un cierto Sancho Panza».

En esto, sosegose la tormenta,  
volvió tranquilo el mar, serenó el cielo,  
que al regañón el céfiro le ahuyenta.<sup>[194]</sup>

Volví la vista, y vi en ligero vuelo  
una nube romper el aire claro,  
de la color del condensado hielo.<sup>[195]</sup>  
¡Oh maravilla nueva! ¡Oh caso raro!  
Vilo, y he de decillo, aunque se dude  
del hecho que por brújula declaro.<sup>[196]</sup>

Lo que yo pude ver, lo que yo pude

notar fue que la nube, dividida  
en dos mitades, a llover acude.

Quien ha visto la tierra prevenida  
con tal disposición que, cuando llueve  
(cosa ya averiguada y conocida),  
de cada gota en un instante breve  
del polvo se levanta o sapo o rana,  
que a saltos o despacio el paso mueve,<sup>[197]</sup>  
tal se imagine ver, ¡oh soberana

virtud!, de cada gota de la nube  
saltar un bulto, aunque con forma humana.

Por no creer esta verdad estuve  
mil veces; pero vira con la vista,  
que entonces clara y sin legañas tuve.

Eran aquestos bultos de la lista  
pasada los poetas referidos,  
a cuya fuerza no hay quien la resista.

Unos por hombres buenos conocidos,  
otros de rumbo y hampo y Dios es Cristo,<sup>[198]</sup>  
poquitos bien y muchos mal vestidos.

Entre ellos pareciome de haber visto  
a don Antonio de Galarza el bravo,<sup>[199]</sup>  
gentilhombre de Apolo y muy bienquisto.

El bajel se llenó de cabo a cabo,  
y su capacidad a nadie niega  
copioso asiento, que es lo más que alabo.

Llovió otra nube al gran Lope de Vega,<sup>[200]</sup>  
poeta insigne, a cuyo verso o prosa  
ninguno le aventaja, ni aun le llega.

Era cosa de ver maravillosa  
de los poetas la apretada enjambre,  
en recitar sus versos muy melosa:  
este muerto de sed, aquel de hambre.  
Yo dije, viendo tantos, con voz alta:

«¡Cuerpo de mí con tanta poetambre!».<sup>[201]</sup>

Por tantas sobras conoció una falta  
Mercurio, y, acudiendo a remedialla,  
ligero en la mitad del bajel salta;

y con una zaranda que allí halla,<sup>[202]</sup>  
no sé si antigua o si de nuevo hecha,  
zarandó mil poetas de gramalla.<sup>[203]</sup>  
Los de capa y espada no desecha,  
y de estos zarandó dos mil y tantos;  
que fue de guilla entonces la cosecha.<sup>[204]</sup>  
colábanse los buenos y los santos,  
y quedábanse arriba los granzones,<sup>[205]</sup>  
más duros en sus versos que los cantos;  
y, sin que les valiesen las razones  
que en su disculpa daban, daba luego  
Mercurio al mar con ellos a montones.  
Entre los arrojados, se oyó un ciego,  
que murmurando entre las ondas iba  
de Apolo con un «pésete y reniego».  
Un sastre, aunque en sus pies flojos estriba,  
abriendo con los brazos el camino,  
dijo: «¡Sucio es Apolo, así yo viva!».<sup>[206]</sup>  
Otro, que al parecer iba mohíno,  
con ser un zapatero de obra prima,<sup>[207]</sup>  
dijo dos mil, no un solo desatino.  
Trabaja un tundidor, suda y se anima  
por verse a la ribera conducido,  
que más la vida que la honra estima.  
El escuadrón nadante, reducido  
a la marina, vuelve a la galera<sup>[208]</sup>  
el rostro, con señales de ofendido;  
y uno por todos dijo: «Bien pudiera<sup>[209]</sup>  
ese chocante embajador de Febo<sup>[210]</sup>  
tratarnos bien, y no de esta manera.  
Mas oigan lo que digo: Yo me atrevo  
a profanar del monte la grandeza  
con libros nuevos y en estilo nuevo».  
Calló Mercurio, y a poner empieza  
con gran curiosidad seis camarines,<sup>[211]</sup>  
dando a la gracia ilustre rancho y pieza.<sup>[212]</sup>  
De nuevo resonaron los clarines;

y así, Mercurio, lleno de contento,  
sin darle mal agüero los delfines,<sup>[213]</sup>  
remos al agua dio, velas al viento.

## DEL VIAJE DEL PARNASO

### CAPÍTULO TERCERO

Eran los remos de la real galera  
de esdrújulos, y de ellos compelida<sup>[214]</sup>  
se deslizaba por el mar ligera.

Hasta el tope la vela iba tendida,  
hecha de muy delgados pensamientos,  
de varios lizos por amor tejida.<sup>[215]</sup>

Soplaban dulces y amorosos vientos,  
todos en popa, y todos se mostraban  
al gran viaje solamente atentos.

Las sirenas en torno navegaban,  
dando empellones al bajel lozano,  
con cuya ayuda en vuelo le llevaban.

Semejaban las aguas del mar cano  
colchas encarrujadas, y hacían<sup>[216]</sup>  
azules visos por el verde llano.

Todos los del bajel se entretenían:  
unos glosando pies dificultosos,  
otros cantaban, otros componían;  
otros, de los tenidos por curiosos,  
referían sonetos, muchos hechos

a diferentes casos amorosos;  
otros, alfeñicados y deshechos  
en puro azúcar, con la voz süave,  
de su melifluidad muy satisfechos,  
en tono blando, sosegado y grave,

églogas pastorales recitaban,  
en quien la gala y la agudeza cabe;

otros de sus señoras celebraban,  
en dulces versos, de la amada boca  
los escrementos que por ella echaban.

Tal hubo a quien amor así le toca,  
que alabó los riñones de su dama  
con gusto grande y no elegancia poca.

Uno cantó que la amorosa llama  
en mitad de las aguas le encendía,  
y como toro agarrochado brama.<sup>[217]</sup>

De esta manera andaba la Poesía  
de en uno en otro, haciendo que hablase  
este latín, aquel algarabía.<sup>[218]</sup>

En esto, sesga la galera, vase  
rompiendo el mar con tanta ligereza,  
que el viento aun no consiente que la pase;<sup>[219]</sup>

y, en esto, descubriose la grandeza  
de la escombrada playa de Valencia,<sup>[220]</sup>  
por arte hermosa y por naturaleza.

Hizo luego de sí grata presencia  
el gran don Luis Ferrer, marcado el pecho  
de honor y el alma de divina ciencia;<sup>[221]</sup>

desembarcose el dios, y fue derecho  
a darle cuatro mil y más abrazos,  
de su vista y su ayuda satisfecho.

Volvió la vista, y reiteró los lazos  
en don Guillén de Castro, que venía  
deseoso de verse en tales brazos.<sup>[222]</sup>

Cristóbal de Virués se le seguía,<sup>[223]</sup>  
con Pedro de Aguilar, junta famosa<sup>[224]</sup>  
de las que Turia en sus riberas cría.

No le pudo llegar más valerosa  
escuadra al gran Mercurio, ni él pudiera  
desearla mejor ni más honrosa.

Luego se descubrió por la ribera  
un tropel de gallardos valencianos,  
que a ver venían la sin par galera;  
todos con instrumentos en las manos  
de estilos y librillos de memoria,<sup>[225]</sup>

por bizzarría y por ingenio ufanos,  
codiciosos de hallarse en la vitoria,  
que ya tenían por segura y cierta,  
de las heces del mundo y de la escoria.

Pero Mercurio les cerró la puerta,  
digo, no consintió que se embarcasen,  
y el porqué no lo dijo, aunque se acierta.  
Y fue, porque temió que no se alzasen,  
siendo tantos y tales, con Parnaso,  
y nuevo imperio y mando en él fundasen.

En esto, viose con brioso paso  
venir al magno Andrés Rey de Artieda,<sup>[226]</sup>  
no por la edad descaecido o laso;<sup>[227]</sup>  
hicieron todos espaciosa rueda,  
y, cogiéndole en medio, le embarcaron,  
más rico de valor que de moneda.

Al momento las áncoras alzaron,  
y las velas, ligadas a la entena,  
los grumetes apriesa desataron.

De nuevo por el aire claro suena  
el son de los clarines, y de nuevo  
vuelve a su oficio cada cual sirena.

Miró el bajel por entre nubes Febo,  
y dijo en voz que pudo ser oída:  
«Aquí mi gusto y mi esperanza llevo».

De remos y sirenas impelida,  
la galera se deja atrás el viento,  
con milagrosa y próspera corrida.

Leíase en los rostros el contento  
que llevaban los sabios pasajeros,  
durable por no ser nada violento.

Unos por el calor iban en cueros;  
otros, por no tener godescas galas,<sup>[228]</sup>  
en traje se vistieron de romeros.<sup>[229]</sup>

Hendía en tanto las neptúneas salas  
la galera, del modo como hiende  
la grulla el aire con tendidas alas.

En fin, llegamos donde el mar se estiende

y ensancha y forma el golfo de Narbona,  
que de ningunos vientos se defiende.

Del gran Mercurio la cabal persona,  
sobre seis resmas de papel sentada,  
iba con cetro y con real corona;  
cuando una nube, al parecer preñada,  
parió cuatro poetas en crujía,  
o los llovió (razón más concertada).

Fue el uno aquel de quien Apolo fía  
su honra: Juan Luis de Casanate,<sup>[230]</sup>  
poeta insigne de mayor cuantía;  
el mismo Apolo de su ingenio trate,  
él le alabe, él le premie y recompense,  
que el alabarle yo seria dislate.<sup>[231]</sup>

Al segundo llovido, el uticense  
Catón no le igualó, ni tiene Febo<sup>[232]</sup>  
que tanto por él mire ni en él piense;

del contador Gaspar de Barrionuevo,<sup>[233]</sup>  
mal podrá el corto flaco ingenio mío  
loar el suyo así como yo debo.

Llenó del gran bajel el gran vacío  
el gran Francisco de Rioja, al punto<sup>[234]</sup>  
que saltó de la nube en el navío.

A Cristóbal de Mesa vi allí junto<sup>[235]</sup>  
a los pies de Mercurio, dando fama  
a Apolo, siendo de él propio trasunto.

A la gavia un grumete se encarama,  
y dijo a voces: «La ciudad se muestra  
que Génova, del dios Jano, se llama».<sup>[236]</sup>

«Déjese la ciudad a la siniestra  
mano», dijo Mercurio; «el bajel vaya,  
y siga su derrota por la diestra».

Hacer al Tíber vimos blanca raya  
dentro del mar, habiendo ya pasado  
la ancha, romana y peligrosa playa.<sup>[237]</sup>

De lejos viose el aire condensado  
del humo que el Estrómbalo vomita,<sup>[238]</sup>

de azufre y llamas y de horror formado.

Huyen la isla infame, y solicita<sup>[239]</sup>  
el süave poniente así el vïaje,  
que lo acorta, lo allana y facilita.

Vímonos en un punto en el paraje  
do la nutriz de Eneas piadoso  
hizo el forzoso y último pasaje.<sup>[240]</sup>

Vimos desde allí a poco el más famoso  
monte que encierra en sí nuestro hemisfero,<sup>[241]</sup>  
más gallardo a la vista y más hermoso;

las cenizas de Títiro y Sincero  
están en él, y puede ser por esto  
nombrado entre los montes por primero.<sup>[242]</sup>

Luego se descubrió donde echó el resto  
de su poder Naturaleza, amiga  
de formar de otros muchos un compuesto.

Viose la pesadumbre sin fatiga  
de la bella Parténope, sentada  
a la orilla del mar, que sus pies liga,  
de castillos y torres coronada,

por fuerte y por hermosa en igual grado  
tenida, conocida y estimada.<sup>[243]</sup>

Mandome el del alígero calzado  
que me aprestase y fuese luego a tierra  
a dar a los Lupercios un recado,<sup>[244]</sup>

en que les diese cuenta de la guerra  
temida, y que a venir les persuadiese  
al duro y fiero asalto, al ¡cierra, cierra!<sup>[245]</sup>

«Señor», le respondí, «si acaso hubiese  
otro que la embajada les llevase,

que más grato a los dos hermanos fuese  
que yo no soy, sé bien que negociase  
mejor». Dijo Mercurio: «No te entiendo,  
y has de ir antes que el tiempo más se pase».

«Que no me han de escuchar estoy temiendo»,  
le repliqué; «y así, el ir yo no importa,<sup>[246]</sup>  
puesto que en todo obedecer pretendo.

Que no sé quién me dice y quién me exhorta  
que tienen para mí, a lo que imagino,  
la voluntad, como la vista, corta.

Que si esto así no fuera, este camino  
con tan pobre recámara no hiciera,  
ni diera en un tan hondo desatino.

Pues si alguna promesa se cumpliera  
de aquellas muchas que al partir me hicieron,  
lléveme Dios si entrara en tu galera.

Mucho esperé, si mucho prometieron,  
mas podía ser que ocupaciones nuevas<sup>[247]</sup>  
les obligue a olvidar lo que dijeron.<sup>[248]</sup>

Muchos, señor, en la galera llevas  
que te podrán sacar el pie del lodo:  
parte, y excusa de hacer más pruebas».

«Ninguno», dijo, «me hable de ese modo,  
que si me desembarco y los embisto,  
voto a Dios, que me traiga al Conde y todo.

Con estos dos famosos me enemisto,  
que, habiendo levantado a la Poesía  
al buen punto en que está, como se ha visto,  
quieren con perezosa tiranía  
alzarse, como dicen, a su mano<sup>[249]</sup>

con la ciencia que a ser divinos guía.

¡Por el solio de Apolo soberano<sup>[250]</sup>  
juro...! Y no digo más». Y, ardiendo en ira,  
se echó a las barbas una y otra mano,  
y prosiguió diciendo: «El doctor Mira,

apostaré, si no lo manda el Conde,  
que también en sus puntos se retira.<sup>[251]</sup>

Señor galán, parezca: ¿a qué se asconde?  
Pues a fe, por llevarle, si él no gusta,  
que ni le busque, aseche ni le ronde.

¿Es esta empresa acaso tan injusta  
que se esquiven de hallar en ella cuantos  
tienen conciencia limitada y justa?

¿Carece el cielo de poetas santos,  
puesto que brote a cada paso el suelo

poetas, que lo son tantos y tantos?

¿No se oyen sacros himnos en el cielo?  
¿La arpa de David allá no suena,  
causando nuevo accidental consuelo?

¡Fuera melindres! ¡Ícese la antena,<sup>[252]</sup>

que llegue al tope!». Y luego obedecido  
fue de la chusma, sobre buenas buena.

Poco tiempo pasó, cuando un rüido  
se oyó, que los oídos atronaba:  
era de perros áspero ladrido.

Mercurio se turbó, la gente estaba  
suspensa al triste son, y en cada pecho  
el corazón más válido temblaba.

En esto descubriose el corto estrecho  
que Escila y que Caribdis espantosas

tan temeroso con su furia han hecho.<sup>[253]</sup>

«Estas olas que veis presuntüosas<sup>[254]</sup>  
en visitar las nubes de contino,  
y aun de tocar el cielo codiciosas,  
venciolas el prudente peregrino

amante de Calipso, al tiempo cuando  
hizo», dijo Mercurio, «este camino.<sup>[255]</sup>

Su prudencia nosotros imitando,  
echaremos al mar en qué se ocupen,  
en tanto que el bajel pasa volando,

que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen<sup>[256]</sup>  
el mísero que al mar ha de entregarse,  
seguro estoy que el paso desocupen.

Miren si puede en la galera hallarse  
algún poeta desdichado, acaso,

que a las fieras gargantas pueda darse». <sup>[257]</sup>

Buscáronle y hallaron a Lofraso,  
poeta militar, sardo, que estaba  
desmayado a un rincón, marchito y laso;  
que a sus *Diez libros de Fortuna* andaba

añadiendo otros diez, y el tiempo escoge  
que más desocupado se mostraba. <sup>[258]</sup>

Gritó la chusma toda: «¡Al mar se arroje;

vaya Lofraso al mar sin resistencia!».  
«Por Dios», dijo Mercurio, «que me enoje.

¿Cómo, y no será cargo de conciencia,  
y grande, echar al mar tanta poesía,  
puesto que aquí nos hunda su inclemencia?

Viva Lofraso, en tanto que dé al día  
Apolo luz, y en tanto que los hombres  
tengan discreta alegre fantasía.

Tócante a ti, ¡oh Lofraso!, los renombres  
y epítetos de agudo y de sincero,  
y gusto que mi cómitre te nombres». [259]

Esto dijo Mercurio al caballero,  
el cual en la cruz en pie se puso  
con un rebenque despiadado y fiero. [260]

Creo que de sus versos le compuso,  
y no sé cómo fue, que, en un momento  
(o ya el cielo, o Lofraso lo dispuso),

salimos del estrecho a salvamento,  
sin arrojar al mar poeta alguno:  
¡tanto del sardo fue el merecimiento!

Mas luego otro peligro, otro importuno  
temor amenazó, si no gritara

Mercurio cual jamás gritó ninguno,  
diciendo al timonero: «¡A orza, para, [261]  
amáñese de golpe!». Y todo a un punto  
se hizo, y el peligro se repara.

«Estos montes que veis, que están tan junto,  
son los que Acroceraunos son llamados,  
de infame nombre, como yo barrunto». [262]

Asieron de los remos los honrados,  
los tiernos, los melifluos, los godescos,  
y los de a cantimplora acostumbrados; [263]

los fríos los asieron y los frescos;  
asiéronlos también los calurosos,  
y los de calzas largas y greguescos; [264]

del sopraestante daño temerosos, [265]  
todos a una la galera empujan

con flacos y con brazos poderosos.

Debajo del bajel se somurmulan<sup>[266]</sup>  
las sirenas, que de él no se apartaron,  
y a sí mismas en fuerzas sobrepujan,<sup>[267]</sup>  
y en un pequeño espacio le llevaron<sup>[268]</sup>

a vista de Corfú, y a mano diestra  
la isla inexpugnable se dejaron;<sup>[269]</sup>

y, dando la galera a la siniestra,  
discurría de Grecia las riberas,  
adonde el cielo su hermosura muestra.

Mostrábanse las olas lisonjeras,  
impeliendo el bajel suavemente,  
como burlando con alegres veras.

Y luego, al parecer por el Oriente  
rayando el rubio sol nuestro horizonte  
con rayas rojas, hebras de su frente,  
gritó un grumete y dijo: «El monte, el monte;  
el monte se descubre donde tiene  
su buen rocín el gran Belorofonte».<sup>[270]</sup>

Por el monte se arroja, y a pie viene  
Apolo a recibimos. «Yo lo creo»,  
dijo Lofraso, «y llega a la Hipocrene».<sup>[271]</sup>

Yo desde aquí columbro, miro y veo  
que se andan solazando entre unas matas  
las Musas con dulcísimo recreo:

unas antiguas son, otras novatas,  
y todas con ligero paso y tardo  
andan las cinco en pie, las cuatro a gatas».

«Si tú tal ves», dijo Mercurio, «¡oh sardo  
poeta!, que me corten las orejas,

o me tengan los hombres por bastardo.

Dime: ¿por qué algún tanto no te alejas  
de la ignorancia, pobretón, y adviertes  
lo que cantan tus rimas en tus quejas?

¿Por qué con tus mentiras nos diviertes<sup>[272]</sup>  
de recibir a Apolo cual se debe,  
por haber mejorado vuestras suertes?».

En esto, mucho más que el viento leve,  
bajó el lucido Apolo a la marina,  
a pie, porque en su carro no se atreve.

Quitó los rayos de la faz divina,<sup>[273]</sup>  
mostrose en calzas y en jubón vistoso,<sup>[274]</sup>  
porque dar gusto a todos determina.

Seguíale detrás un numeroso  
escuadrón de doncellas bailadoras,  
aunque pequeñas, de ademán brïoso.

Supe poco después que estas señoras,  
sanas las más, las menos malparadas,  
las del tiempo y del sol eran las Horas:<sup>[275]</sup>

las medio rotas eran las menguadas;<sup>[276]</sup>

las sanas, las felices, y con esto  
eran todas en todo apresuradas.

Apolo luego con alegre gesto  
abrazó a los soldados que esperaba  
para la alta ocasión que se ha propuesto;

y no de un mismo modo acariciaba  
a todos, porque alguna diferencia  
hacía con los que él más se alegraba;

que a los de señoría y excelencia  
nuevos abrazos dio, razones dijo,

en que guardó decoro y preeminencia.

Entre ellos abrazó a don Juan de Arguijo,<sup>[277]</sup>  
que no sé en qué, o cómo, o cuándo hizo  
tan áspero viaje y tan prolijo;

con él a su deseo satisfizo

Apolo, y confirmó su pensamiento:  
mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.

Hecho, pues, el sin par recibimiento,  
do se halló don Luis de Barahona,<sup>[278]</sup>  
llevado allí por su merecimiento,

del siempre verde lauro una corona  
le ofrece Apolo en su intención, y un vaso  
del agua de Castalia y de Helicon;<sup>[279]</sup>

y luego vuelve el majestoso paso,<sup>[280]</sup>  
y el escuadrón pensado y de repente<sup>[281]</sup>

le sigue por las faldas del Parnaso.

Llegose, en fin, a la Castalia fuente,  
y, en viéndola, infinitos se arrojaron,  
sedientos, al cristal de su corriente:

unos no solamente se hartaron,

sino que pies y manos y otras cosas  
algo más indecentes se lavaron;

otros, más advertidos, las sabrosas  
aguas gustaron poco a poco, dando  
espacio al gusto, a pausas melindrosas.

El bríndez y el caraos se puso en bando,<sup>[282]</sup>  
porque los más de bruces, y no a sorbos,  
el süave licor fueron gustando;

de ambas manos hacían vasos corvos  
otros, y algunos de la boca al agua  
temían de hallar cien mil estorbos.

Poco a poco la fuente se desagua,  
y pasa en los estómagos bebientes,  
y aún no se apaga de su sed la fragua.

Mas díjoles Apolo: «Otras dos fuentes  
aún quedan, Aganipe e Hipocrene,  
ambas sabrosas, ambas excelentes;  
cada cual de licor dulce y perene,  
todas de calidad aumentativa  
del alto ingenio que a gustarlas viene».

Beben, y suben por el monte arriba,  
por entre palmas y entre cedros altos  
y entre árboles pacíficos de oliva;

de gusto llenos y de angustia faltos,  
siguiendo a Apolo el escuadrón camina,

unos a pedicoj, otros a saltos.<sup>[283]</sup>

Al pie sentado de una antigua encina,  
vi a Alonso de Ledesma, componiendo  
una canción angélica y divina;<sup>[284]</sup>

conocile, y a él me fui corriendo  
con los brazos abiertos como amigo,  
pero no se movió con el estruendo.

«¿No ves», me dijo Apolo, «que consigo

no está Ledesma agora? ¿No ves claro  
que está fuera de sí y está conmigo?»

A la sombra de un mirto, al verde amparo,  
Jerónimo de Castro seстеaba,  
varón de ingenio peregrino y raro;  
un motete imagino que cantaba  
con voz süave; yo quedé admirado

de verle allí, porque en Madrid quedaba.<sup>[285]</sup>

Apolo me entendió y dijo: «Un soldado  
como este no era bien que se quedara  
entre el ocio y el sueño sepultado.<sup>[286]</sup>

Yo le truje, y sé cómo, que a mi rara  
potencia no la impide otra ninguna,  
ni inconveniente alguno la repara».

En esto, se llegaba la oportuna  
hora, a mi parecer, de dar sustento  
al estómago pobre, y más si ayuna.

Pero no le pasó por pensamiento  
a Delio, que el ejército conduce,<sup>[287]</sup>  
satisfacer al mísero hambriento.

Primero a un jardín rico nos reduce,  
donde el poder de la Naturaleza  
y el de la industria más campea y luce.<sup>[288]</sup>

Tuvieron los Hespérides belleza  
menor; no le igualaron los Pensiles  
en sitio, en hermosura y en grandeza;  
en su comparación, se muestran viles  
los de Alcinoos, en cuyas alabanzas<sup>[289]</sup>  
se han ocupado ingenios bien sotiles.<sup>[290]</sup>

No sujeto del tiempo a las mudanzas,  
que todo el año primavera ofrece  
frutos en posesión, no en esperanzas,

Naturaleza y arte allí parece  
andar en competencia, y está en duda  
cuál vence de las dos, cuál más merece.

Muéstrase balbuciente y casi muda,  
si le alaba, la lengua más experta,

de adulación y de mentir desnuda.<sup>[291]</sup>

Junto con ser jardín, era una huerta,  
un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,  
que en todos estos títulos concierto,  
de tanta gracia y hermosura lleno,

que una parte del cielo parecía  
el todo del bellissimo terreno.

Alto en el sitio alegre Apolo hacía,  
y allí mandó que todos se sentasen  
a tres horas después de mediodía;

y, porque los asientos señalasen  
el ingenio y valor de cada uno,  
y unos con otros no se embarazasen,  
a despecho y pesar del importuno  
ambicioso deseo, les dio asiento

en el sitio y lugar más oportuno.

Llegaban los laureles casi a ciento,  
a cuya sombra y troncos se sentaron  
algunos de aquel número contento;  
otros los de las palmas ocuparon;

de los mirtos y hiedras y los robles  
también varios poetas albergaron.

Puesto que humildes, eran de los nobles  
los asientos cual troncos levantados,  
porque tú, ¡oh Envidia!, aquí tu rabia dobles.<sup>[292]</sup>

En fin, primero fueron ocupados  
los troncos de aquel ancho círculo,  
para honrar a poetas dedicados,  
antes que yo en el número infinito  
hallase asiento; y así en pie quedeme,  
despechado, colérico y marchito.

Dije entre mí: «¿Es posible que se estreme  
en perseguirme la Fortuna airada,  
que ofende a muchos y a ninguno teme?».

Y, volviéndome a Apolo, con turbada  
lengua le dije lo que oírás que gusta  
saber, pues la tercera es acabada,  
la cuarta parte de esta empresa justa.

## DEL VIAJE DEL PARNASO

### CAPÍTULO CUARTO

Suele la indignación componer versos;<sup>[293]</sup>  
pero si el indignado es algún tonto,  
ellos tendrán su todo de perversos.<sup>[294]</sup>

De mí yo no sé más sino que pronto  
me hallé para decir en tercia rima  
lo que no dijo el desterrado a Ponto;<sup>[295]</sup>  
y así le dije a Delio: «No se estima,  
señor, del vulgo vano el que te sigue  
y al árbol sacro del laurel se arrima;  
la envidia y la ignorancia le persigue,  
y así, envidiado siempre y perseguido,  
el bien que espera por jamás consigue.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido  
con que al mundo la hermosa *Galatea*  
salió para librarse del olvido.

Soy por quien *La Confusa*, nada fea,<sup>[296]</sup>  
pareció en los teatros admirable,  
si esto a su fama es justo se le crea.

Yo, con estilo en parte razonable,  
he compuesto comedias que en su tiempo  
tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo  
al pecho melancólico y mohíno,  
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino  
por do la lengua castellana puede  
mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invención excede  
a muchos; y al que falta en esta parte,  
es fuerza que su fama falta quede.

Desde mis tiernos años amé el arte  
dulce de la agradable poesía,  
y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la pluma humilde mía  
por la región satírica: bajeza  
que a infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza,  
por honra principal de mis escritos:  
*Voto a Dios, que me espanta esta grandeza.* [297]

Yo he compuesto romances infinitos,  
y el de *Los celos* es aquel que estimo, [298]  
entre otros que los tengo por malditos.

Por esto me congojo y me lastimo  
de verme solo en pie, sin que se aplique  
árbol que me conceda algún arrimo.

Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique [299]  
para dar a la estampa al gran *Pirsiles*,  
con que mi nombre y obras multiplique.

Yo, en pensamientos castos y sotiles,  
dispuestos en sonetos de a docena, [300]

he honrado tres sujetos fregoniles. [301]

También, al par de Filis, mi Silena [302]  
resonó por las selvas, que escucharon  
más de una y otra alegre cantilena,  
y en dulces varias rimas se llevaron

mis esperanzas los ligeros vientos,  
que en ellos y en la arena se sembraron.

Tuve, tengo y tendré los pensamientos,  
merced al cielo que a tal bien me inclina,  
de toda adulación libres y esentos.

Nunca pongo los pies por do camina  
la mentira, la fraude y el engaño, [303]  
de la santa virtud total rüina.

Con mi corta fortuna no me ensaño,  
aunque por verme en pie como me veo,

y en tal lugar, pondero así mi daño.

Con poco me contento, aunque deseo mucho». A cuyas razones enojadas, con estas blandas respondió Timbreo:<sup>[304]</sup>

«Vienen las malas suertes atrasadas,  
y toman tan de lejos la corriente,  
que son temidas, pero no excusadas.

El bien les viene a algunos de repente,  
a otros poco a poco y sin pensallo,  
y el mal no guarda estilo diferente.

El bien que está adquirido, conservallo  
con maña, diligencia y con cordura,  
es no menor virtud que el granjeallo.<sup>[305]</sup>

Tú mismo te has forjado tu ventura,  
y yo te he visto alguna vez con ella,  
pero en el imprudente poco dura.

Mas, si quieres salir de tu querella,  
alegre y no confuso, y consolado,  
dobla tu capa y siéntate sobre ella;  
que tal vez suele un venturoso estado,

cuando le niega sin razón la suerte,  
honrar más merecido que alcanzado».

«Bien parece, señor, que no se advierte»,  
le respondí, «que yo no tengo capa».  
Él dijo: «Aunque sea así, gusto de verte.

La virtud es un manto con que tapa  
y cubre su indecencia la estrechez,<sup>[306]</sup>  
que esenta y libre de la envidia escapa».

Incliné al gran consejo la cabeza;  
quedeme en pie, que no hay asiento bueno  
si el favor no le labra o la riqueza.

Alguno murmuró, viéndome ajeno  
del honor que pensó se me debía,  
del planeta de luz y virtud lleno.

En esto pareció que cobró el día  
un nuevo resplandor, y el aire oyose  
herir de una dulcísima armonía.

Y, en esto, por un lado descubriose

del sitio un escuadrón de ninfas bellas,  
con que infinito el rubio dios holgose.

Venía en fin y por remate de ellas  
una resplandeciendo, como hace  
el sol ante la luz de las estrellas;

la mayor hermosura se deshace  
ante ella, y ella sola resplandece

sobre todas, y alegre y satisface.

Bien así semejaba cual se ofrece  
entre líquidas perlas y entre rosas  
la Aurora que despunta y amanece;

la rica vestidura, las preciosas  
joyas que la adornaban, competían  
con las que suelen ser maravillosas.

Las ninfas que al querer suyo asistían,  
en el gallardo brío y bello aspecto,  
las artes liberales parecían;

todas con amoroso y tierno afecto,  
con las ciencias más claras y escondidas,  
le guardaban santísimo respecto;  
mostraban que en servirla eran servidas,  
y que por su ocasión de todas gentes  
en más veneración eran tenidas.

Su influjo y su reflujo las corrientes  
del mar y su profundo le mostraban,  
y el ser padre de ríos y de fuentes.

Las hierbas su virtud la presentaban;  
los árboles, sus frutos y sus flores;  
las piedras, el valor que en sí encerraban.

El santo amor, castísimos amores;  
la dulce paz, su quietud sabrosa;  
la guerra amarga, todos sus rigores.

Mostrábasele clara la espaciosa  
vía por donde el sol hace contino  
su natural carrera y la forzosa.

La inclinación o fuerza del destino,  
y de qué estrellas consta y se compone,  
y cómo influye este planeta o signo,

todo lo sabe, todo lo dispone  
la santa y hermosísima doncella,  
que admiración como alegría pone.

Preguntele al parlero si en la bella  
ninfa alguna deidad se disfrazaba  
que fuese justo el adorar en ella;  
porque en el rico adorno que mostraba,  
y en el gallardo ser que descubría,  
del cielo y no del suelo semejaba.

«Descubres», respondió, «tu bobería;  
que ha que la tratas infinitos años,  
y no conoces que es la Poesía».

«Siempre la he visto envuelta en pobres paños»,  
le repliqué; «jamás la vi compuesta  
con adornos tan ricos y tamaños;  
parece que la he visto descompuesta,  
vestida de color de primavera  
en los días de cutio y los de fiesta».<sup>[307]</sup>

«Esta, que es la Poesía verdadera,  
la grave, la discreta, la elegante»,  
dijo Mercurio, «la alta y la sincera,  
siempre con vestidura rozagante»<sup>[308]</sup>  
se muestra en cualquier acto que se halla,  
cuando a su profesión es importante.

Nunca se inclina o sirve a la canalla  
trovadora, maligna y trafalmeja,<sup>[309]</sup>  
que en lo que más ignora menos calla.

Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,  
amiga de sonaja y morteruelo,<sup>[310]</sup>

que ni tabanco ni taberna deja;<sup>[311]</sup>  
no se alza dos ni aun un coto del suelo,<sup>[312]</sup>  
grande amiga de bodas y bautismos,  
larga de manos, corta de cerbelo.

Tómanla por momentos parasismos;  
no acierta a pronunciar, y, si pronuncia,  
absurdos hace y forma solecismos.<sup>[313]</sup>

Baco, donde ella está, su gusto anuncia,<sup>[314]</sup>  
y ella derrama en coplas el poleo,<sup>[315]</sup>

con pa y vereda, y el mastranzo y juncia.<sup>[316]</sup>

Pero aquesta que ves es el aseo,  
la gala de los cielos y la tierra,<sup>[317]</sup>  
con quien tienen las Musas su bureo;<sup>[318]</sup>

ella abre los secretos y los cierra,  
toca y apunta de cualquiera ciencia  
la superficie y lo mejor que encierra.

Mira con más ahínco su presencia:  
verás cifrada en ella la abundancia  
de lo que en bueno tiene la excelencia;  
moran con ella en una misma estancia

la divina y moral filosofía,  
el estilo más puro y la elegancia;  
puede pintar en la mitad del día<sup>[319]</sup>  
la noche, y en la noche más oscura  
el alba bella que las perlas cría;

el curso de los ríos apresura,  
y le detiene; el pecho a furia incita,  
y le reduce luego a más blandura;  
por mitad del rigor se precipita  
de las lucientes armas contrapuestas,  
y da vitorias y vitorias quita.

Verás cómo le prestan las florestas  
sus sombras, y sus cantos los pastores,  
el mal sus lutos y el placer sus fiestas,  
perlas el Sur, Sabea sus olores,<sup>[320]</sup>

el oro Tíbar, Hibla su dulzura,<sup>[321]</sup>  
galas Milán y Lusitania amores.

En fin, ella es la cifra do se apura  
lo provechoso, honesto y deleitable,  
partes con quien se aumenta la ventura.

Es de ingenio tan vivo y admirable,  
que a veces toca en puntos que suspenden,  
por tener no sé qué de inescrutable.

Alábanse los buenos, y se ofenden  
los malos con su voz, y de estos tales  
unos la adoran, otros no la entienden.

Son sus obras heroicas inmortales;  
las líricas, süaves de manera  
que vuelven en divinas las mortales.

Si alguna vez se muestra lisonjera,  
es con tanta elegancia y artificio,  
que no castigo sino premio espera.

Gloria de la virtud, pena del vicio  
son sus acciones, dando al mundo en ellas  
de su alto ingenio y su bondad indicio».

En esto estaba, cuando por las bellas  
ventanas de jazmines y de rosas  
(que Amor estaba, a lo que entiendo, en ellas),  
divisé seis personas religiosas,  
al parecer de honroso y grave aspecto,  
de luengas togas, limpias y pomposas.

Preguntele a Mercurio: «¿Por qué efecto  
aquellos no parecen y se encubren,  
y muestran ser personas de respeto?».

A lo que él respondió: «No se descubren,  
por guardar el decoro al alto estado  
que tienen, y así el rostro todos cubren».

«¿Quién son», le repliqué, «si es que te es dado  
decirlo?». Respondiome: «No, por cierto,  
porque Apolo lo tiene así mandado».

«¿No son poetas?» «Sí.» «Pues yo no acierto  
a pensar por qué causa se desprecian  
de salir con su ingenio a campo abierto.

¿Para qué se embobecen y se anecian,  
escondiendo el talento que da el cielo

a los que más de ser suyos se precian?

¡Aquí del rey! ¿Qué es esto? ¿Qué recelo<sup>[322]</sup>  
o celo les impele a no mostrarse  
sin miedo ante la turba vil del suelo?

¿Puede ninguna ciencia compararse  
con esta universal de la Poesía,  
que límites no tiene do encerrarse?

Pues, siendo esto verdad, saber querría,  
entre los de la carda, cómo se usa<sup>[323]</sup>

este miedo, o melindre, o hipocresía.

Hace monseñor versos y rehúsa  
que no se sepan, y él los comunica  
con muchos, y a la lengua ajena acusa;  
y más que, siendo buenos, multiplica  
la fama su valor, y al dueño canta

con voz de gloria y de alabanza rica.

¿Qué mucho, pues, si no se le levanta  
testimonio a un pontífice poeta,  
que digan que lo es? Por Dios, que espanta.

Por vida de Lanfusa la discreta,<sup>[324]</sup>

que si no se me dice quién son estos  
togados de bonete y de muceta,<sup>[325]</sup>

que con trazas y modos descompuestos  
tengo de reducir a behetría<sup>[326]</sup>  
estos tan sosegados y compuestos.»

«Por Dios», dijo Mercurio, «y a fe mía,  
que no puedo decirlo, y si lo digo,  
tengo de dar la culpa a tu porfía».<sup>[327]</sup>

«Dilo, señor, que desde aquí me obligo  
de no decir que tú me lo dijiste»,

le dije, «por la fe de buen amigo».

Él dijo: «No nos cayan en el chiste,<sup>[328]</sup>  
llégate a mí, diréte lo al oído,  
pero creo que hay más de los que viste:

aquel que has visto allí del cuello erguido,

lozano, rozagante y de buen talle,  
de honestidad y de valor vestido,

es el doctor Francisco Sánchez; dalle<sup>[329]</sup>  
puede, cual debe, Apolo la alabanza,  
que pueda sobre el cielo levantalle;

y aun a más su famoso ingenio alcanza,  
pues en las verdes hojas de sus días  
nos da de santos frutos esperanza.

Aquel que en elevadas fantasías  
y en éstasis sabrosos se regala,  
y tanto imita las acciones mías,

es el maestro Hortensio, que la gala<sup>[330]</sup>  
se lleva de la más rara elocuencia  
que en las aulas de Atenas se señala;  
su natural ingenio con la ciencia

y ciencias aprendidas le levanta  
al grado que le nombra la excelencia.

Aquel de amarillez marchita y santa,  
que le encubre de lauro aquella rama  
y aquella hojosa y acopada planta,

fray Juan Baptista Capataz se llama:<sup>[331]</sup>  
descalzo y pobre, pero bien vestido  
con el adorno que le da la fama.

Aquel que del rigor fiero de olvido  
libra su nombre con eterno gozo,

y es de Apolo y las Musas bien querido,  
anciano en el ingenio y nunca mozo,  
humanista divino, es, según pienso,  
el insigne doctor Andrés del Pozo.<sup>[332]</sup>

Un licenciado de un ingenio inmenso  
es aquel, y, aunque en traje mercenario,  
como a señor le dan las Musas censo;

Ramón se llama, auxilio necesario<sup>[333]</sup>  
con que Delio se esfuerza y ve rendidas  
las obstinadas fuerzas del contrario.

El otro, cuyas sienes ves ceñidas  
con los brazos de Dafne en triunfo honroso,<sup>[334]</sup>  
sus glorias tiene en Alcalá esculpidas;

en su ilustre teatro vitorioso  
le nombra el cisne, en canto no funesto,

siempre el primero, como a más famoso;  
a los donaires suyos echó el resto  
con propiedades al gorrón debidas,  
por haberlos compuesto o descompuesto.<sup>[335]</sup>

Aquestas seis personas referidas,  
como están en divinos puestos puestas,  
y en sacra religión constitüidas,  
tienen las alabanzas por molestas  
que les dan por poetas, y holgarían

llevar la loa sin el nombre a cuestras».

«¿Por qué», le pregunté, «señor, porfían los tales a escribir y dar noticia de los versos que paren y que crían?

También tiene el ingenio su codicia, y nunca la alabanza se desprecia que al bueno se le debe de justicia.

Aquel que de poeta no se precia, ¿para qué escribe versos y los dice? ¿Por qué desdeña lo que más aprecia?

Jamás me contenté ni satisfice de hipócritos melindres: llanamente quise alabanzas de lo que bien hice».

«Con todo, quiere Apolo que esta gente religiosa se tenga aquí secreta», dijo el dios que presume de elocuente.

Oyose, en esto, el son de una corneta, y un «¡trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,<sup>[336]</sup> que viene un gallardísimo poeta!».

Volví la vista y vi por la ladera del monte un postillón y un caballero<sup>[337]</sup>

correr, como se dice, a la ligera;<sup>[338]</sup>

servía el postillón de pregonero,<sup>[339]</sup> mucho más que de guía, a cuyas voces en pie se puso el escuadrón entero.

Preguntome Mercurio: «¿No conoces quién es este gallardo, este brioso? Imagino que ya le reconoces».

«Bien sé», le respondí, «que es el famoso gran don Sancho de Leiva, cuya espada y pluma harán a Delio venturoso;<sup>[340]</sup>

vencerase sin duda esta jornada con tal socorro». Y, en el mismo instante, cosa que parecía imaginada,

otro favor no menos importante para el caso temido se nos muestra, de ingenio y fuerzas y valor bastante:

una tropa gentil por la siniestra  
parte del monte se descubre, ¡oh cielos,  
que dais de vuestra providencia muestra!

Aquel discreto Juan de Vasconcelos<sup>[341]</sup>

venía delante en un caballo bayo,<sup>[342]</sup>  
dando a las musas lusitanas celos.

Tras él, el capitán Pedro Tamayo<sup>[343]</sup>  
venía, y, aunque enfermo de la gota,  
fue al enemigo asombro, fue desmayo;

que por él se vio en fuga y puesto en rota,<sup>[344]</sup>  
que en los dudosos trances de la guerra  
su ingenio admira y su valor se nota.

También llegaron a la rica tierra,  
puestos debajo de una blanca seña,

por la parte derecha de la sierra,

otros, de quien tomó luego reseña<sup>[345]</sup>  
Apolo; y era de ellos el primero  
el joven don Fernando de Lodeña,<sup>[346]</sup>

poeta primerizo, insigne empero,  
en cuyo ingenio Apolo deposita  
sus glorias para el tiempo venidero.

Con majestad real, con inaudita  
pompa llegó, y al pie del monte para  
quien los bienes del monte solicita:

el licenciado fue Juan de Vergara<sup>[347]</sup>  
el que llegó, con quien la turba ilustre  
en sus vecinos miedos se repara,

de Esculapio y de Apolo gloria ilustre,<sup>[348]</sup>  
si no, dígalo el santo bien partido,<sup>[349]</sup>  
y su fama la misma envidia ilustre.

Con él, fue con aplauso recibido  
el docto Juan Antonio de Herrera,<sup>[350]</sup>  
que puso en fil el desigual partido.<sup>[351]</sup>

¡Oh, quién con lengua en nada lisonjera,  
sino con puro afecto en grande exceso,  
dos que llegaron alabar pudiera!

Pero no es de mis hombros este peso:

fueron los que llegaron los famosos,  
los dos maestros Calvo y Valdivieso.<sup>[352]</sup>

Luego se descubrió por los undosos  
llanos del mar una pequeña barca  
impelida de remos presurosos;  
llegó, y al punto de ella desembarca  
el gran don Juan de Argote y de Gamboa,<sup>[353]</sup>

en compañía de don Diego Abarca,<sup>[354]</sup>  
sujetos dignos de incesable loa;  
y don Diego Jiménez y de Anciso<sup>[355]</sup>  
dio un salto a tierra desde la alta proa.

En estos tres la gala y el aviso  
cifró cuanto de gusto en sí contienen,  
como su ingenio y obras dan aviso.

Con Juan López del Valle otros dos vienen<sup>[356]</sup>  
juntos allí, y es Pamónés el uno,<sup>[357]</sup>  
con quien las Musas ojeriza tienen,

porque pone sus pies por do ninguno  
los puso, y con sus nuevas fantasías  
mucho más que agradable es importuno.

De lejas tierras por incultas vías<sup>[358]</sup>  
llegó el bravo irlandés don Juan Bateo,<sup>[359]</sup>

Jerjes nuevo en memoria en nuestros días.<sup>[360]</sup>

Vuelvo la vista, a Mantüano veo,<sup>[361]</sup>  
que tiene al gran Velasco por mecenas,  
y ha sido acertadísimo su empleo;  
dejarán estos dos en las ajenas

tierras, como en las propias, dilatados  
sus nombres, que tú, Apolo, así lo ordenas.

Por entre dos fructíferos collados  
(¿habrá quien esto crea, aunque lo entienda?)  
de palmas y laureles coronados,

el grave aspecto del abad Maluenda<sup>[362]</sup>  
pareció, dando al monte luz y gloria  
y esperanzas de triunfo en la contienda;  
pero, ¿de qué enemigos la vitoria<sup>[363]</sup>  
no alcanzará un ingenio tan florido

y una bondad tan digna de memoria?

Don Antonio Gentil de Vargas, pido<sup>[364]</sup>  
espacio para verte, que llegaste  
de gala y arte y de valor vestido;  
y, aunque de patria ginovés, mostraste

ser en las musas castellanas docto,  
tanto, que al escuadrón todo admiraste.

Desde el indio apartado del remoto  
mundo, llegó mi amigo Montesdoca,<sup>[365]</sup>  
y el que anudó de Arauco el nudo roto;

dijo Apolo a los dos: «A entrambos toca  
defender esta vuestra rica estancia  
de la canalla de vergüenza poca,

la cual, de error armada y de arrogancia,  
quiere canonizar y dar renombre

inmortal y divino a la ignorancia;

que tanto puede la afición que un hombre  
tiene a sí mismo, que, ignorante siendo,<sup>[366]</sup>  
de buen poeta quiere alcanzar nombre».

En esto, otro milagro, otro estupendo  
prodigio se descubre en la marina,  
que en pocos versos declarar pretendo.

Una nave a la tierra tan vecina  
llegó, que desde el sitio donde estaba  
se ve cuanto hay en ella y determina;

de más de cuatro mil salmas pasaba  
(que otros suelen llamarlas toneladas),<sup>[367]</sup>  
ancho de vientre y de estatura brava:

así como las naves que cargadas  
llegan de la oriental India a Lisboa,

que son por las mayores estimadas,

esta llegó desde la popa a proa  
cubierta de poetas, mercancía  
de quien hay saca en Calicut y en Goa.<sup>[368]</sup>

Tomole al rojo dios alferecía<sup>[369]</sup>  
por ver la muchedumbre impertinente  
que en socorro del monte le venía,

y en silencio rogó devotamente  
que el vaso naufragase en un momento<sup>[370]</sup>  
al que gobierna el húmido tridente.

Uno de los del número hambriento  
se puso en esto al borde de la nave,  
al parecer mohíno y malcontento;  
y, en voz que ni de tierna ni süave  
tenía un solo adárame, gritando<sup>[371]</sup>  
dijo, tal vez colérico y tal grave,  
lo que impaciente estuve yo escuchando,  
porque vi sus razones ser saetas  
que iban mi alma y corazón clavando.

«¡Oh tú», dijo, «traidor, que los poetas  
canonizaste de la larga lista,  
por causas y por vías indirectas!

¿Dónde tenías, magancés, la vista<sup>[372]</sup>  
aguda de tu ingenio, que, así ciego,  
fuiste tan mentiroso coronista?<sup>[373]</sup>

Yo te confieso, ¡oh bárbaro!, y no niego<sup>[374]</sup>  
que algunos de los muchos que escogiste  
sin que el respeto te forzase o el ruego,  
en el debido punto los pusiste;  
pero con los demás, sin duda alguna,  
pródigo de alabanzas anduviste.

Has alzado a los cielos la fortuna  
de muchos que en el centro del olvido,  
sin ver la luz del sol ni de la luna,  
yacían; ni llamado ni escogido  
fue el gran *Pastor de Iberia*, el gran Bernardo  
que de la Vega tiene el apellido.<sup>[375]</sup>

Fuiste envidioso, descuidado y tardo,  
y a las *Ninfas de Henares* y *pastores*  
como a enemigos les tiraste un dardo;<sup>[376]</sup>

y tienes tú poetas tan peores  
que estos en tu rebaño, que imagino  
que han de sudar si quieren ser mejores;  
que si este agravio no me turba el tino,  
siete trovistas desde aquí diviso,

a quien suelen llamar de torbellino,<sup>[377]</sup>  
con quien la gala, discreción y aviso  
tienen poco que ver, y tú los pones  
dos leguas más allá del Paraíso.

Estas quimeras, estas invenciones  
tuyas te han de salir al rostro un día<sup>[378]</sup>  
si más no te medidas y compones».

Esta amenaza y gran descortesía  
mi blando corazón llenó de miedo  
y dio al través con la paciencia mía.

Y, volviéndome a Apolo con denuedo  
mayor del que esperaba de mis años,  
con voz turbada y con semblante acedo<sup>[379]</sup>

le dije: «Con bien claros desengaños  
descubro que el servirte me granjea  
presentes miedos de futuros daños.

Haz, ¡oh señor!, que en público se lea  
la lista que Cilenio llevó a España,<sup>[380]</sup>  
porque mi culpa poca aquí se vea.

Si tu deidad en escoger se engaña,  
y yo solo aprobé lo que él me dijo,  
¿por qué este simple contra mí se ensaña?

Con justa causa y con razón me aflijo  
de ver cómo estos bárbaros se inclinan  
a tenerme en temor duro y prolijo:

unos, porque los puse me abominan;  
otros, porque he dejado de ponellos  
de darme pesadumbre determinan.

Yo no sé cómo me avendré con ellos:  
los puestos se lamentan, los no puestos  
gritan, yo tiemblo de estos y de aquellos.

Tú, señor, que eres dios, dales los puestos  
que piden sus ingenios; llama y nombra  
los que fueren más hábiles y prestos.

Y, porque el turbio miedo que me asombra  
no me acabe, acabada esta contienda,  
cúbreme con tu mano y con tu sombra,<sup>[381]</sup>  
o ponme una señal por do se entienda

que soy hechura tuya y de tu casa,<sup>[382]</sup>  
y así no habrá ninguno que me ofenda».

«Vuelve la vista y mira lo que pasa»,  
fue de Apolo enojado la respuesta,  
que ardiendo en ira el corazón se abrasa.

Volvila, y vi la más alegre fiesta,  
y la más desdichada y compasiva

que el mundo vio, ni aun la verá cual esta.

Mas no se espere que yo aquí la escriba,  
sino en la parte quinta, en quien espero  
cantar con voz tan entonada y viva,  
que piensen que soy cisne y que me muero.

## DEL VIAJE DEL PARNASO

### CAPÍTULO QUINTO

Oyó el señor del húmido tridente  
las plegarias de Apolo, y escucholas  
con alma tierna y corazón clemente;  
hizo de ojo y dio del pie a las olas,<sup>[383]</sup>  
y, sin que lo entendiesen los poetas,  
en un punto hasta el cielo levantolas;  
y él, por ocultas vías y secretas,  
se agazapó debajo del navío,  
y usó con él de sus traidoras tretas.

Hirió con el tridente en lo vacío  
del buco, y el estómago le llena<sup>[384]</sup>  
de un copioso corriente amargo río.

Advertido el peligro, al aire suena  
una confusa voz, la cual resulta  
de otras mil que el temor forma y la pena;

poco a poco el bajel pobre se oculta  
en las entrañas del cerúleo y cano  
vientre, que tantas ánimas sepulta.

Suben los llantos por el aire vano  
de aquellos miserables, que suspiran

por ver su irreparable fin cercano;

trepan y suben por las jarcias, miran  
cuál del navío es el lugar más alto,  
y en él muchos se apiñan y retiran.

La confusión, el miedo, el sobresalto  
les turba los sentidos, que imaginan  
que de esta a la otra vida es grande el salto;

con ningún medio ni remedio atinan;  
pero, creyendo dilatar su muerte,  
algún tanto a nadar se determinan;

saltan muchos al mar de aquella suerte,  
que al charco de la orilla saltan ranas  
cuando el miedo o el ruido las advierte.

Hienden las olas, del romperse canas,  
menudean las piernas y los brazos,<sup>[385]</sup>

aunque enfermos están y ellas no sanas;  
y, en medio de tan grandes embarazos,  
la vista ponen en la amada orilla,  
deseosos de darla mil abrazos.

Y sé yo bien que la fatal cuadrilla,  
antes que allí, holgara de hallarse  
en el Compás famoso de Sevilla;<sup>[386]</sup>

que no tienen por gusto el ahogarse  
(discreta gente al parecer en esto),  
pero valioles poco el esforzarse;

que el padre de las aguas echó el resto  
de su rigor, mostrándose en su carro  
con rostro airado y ademán funesto.

Cuatro delfines, cada cual bizarro,  
con cuerdas hechas de tejidas ovas<sup>[387]</sup>

le tiraban con furia y con desgarro.

Las ninfas en sus húmidas alcobas  
sienten tu rabia, ¡oh vengativo nume!,<sup>[388]</sup>  
y de sus rostros la color les robas.

El nadante poeta que presume  
llegar a la ribera defendida,<sup>[389]</sup>  
sus ayes pierde y su tesón consume;

que su corta carrera es impedida  
de las agudas puntas del tridente,  
entonces fiero y áspero homicida.

¿Quién ha visto muchacho diligente  
que en goloso a sí mismo sobrepuja  
(que no hay comparación más conveniente),

picar en el sombrero la granuja,<sup>[390]</sup>  
que el hallazgo le puso allí, o la sisa,

con punta alfileresca, o ya de aguja?

Pues no con menor gana o menor prisa,  
poetas ensartaba el nume airado  
con gusto infame y con dudosa risa.

En carro de cristal venía sentado,  
la barba luenga y llena de marisco,  
con dos gruesas lampreas coronado;  
hacían de sus barbas firme aprisco<sup>[391]</sup>  
la almeja, el morsillón, pulpo y cangrejo,<sup>[392]</sup>  
cual le suelen hacer en peña o risco.

Era de aspecto venerable y viejo;  
de verde, azul y plata era el vestido,  
robusto al parecer y de buen rejo,<sup>[393]</sup>  
aunque, como enojado, denegrado<sup>[394]</sup>  
se mostraba en el rostro, que la saña  
así turba el color como el sentido.

Airado, contra aquellos más se ensaña  
que nadan más, y sádeles al paso,  
juzgando a gloria tan cobarde hazaña.

En esto (¡oh nuevo y milagroso caso,  
digno de que se cuente poco a poco  
y con los versos de Torcato Taso!<sup>[395]</sup>  
Hasta aquí no he invocado, ahora invoco  
vuestro favor, ¡oh Musas!, necesario  
para los altos puntos en que toco;

descerrajad vuestro más rico almarío,<sup>[396]</sup>  
y el aliento me dad que el caso pide,  
no humilde, no ratero ni ordinario),<sup>[397]</sup>

las nubes hiende, el aire pisa y mide  
la hermosa Venus Acidalia, y baja<sup>[398]</sup>  
del cielo, que ninguno se lo impide.

Traía vestida de pardilla raja<sup>[399]</sup>  
una gran saya entera, hecha al uso,<sup>[400]</sup>  
que le dice muy bien, cuadra y encaja;<sup>[401]</sup>

luto que por su Adonis se le puso  
luego que el gran colmillo del verraco  
a atravesar sus ingles se dispuso.<sup>[402]</sup>

A fe que si el mocito fuera maco,<sup>[403]</sup>  
que él guardara la cara al colmilludo,  
que dio a su vida y su belleza saco.

¡Oh valiente garzón, más que sesudo!,  
¿cómo, estando avisado, tu mal tomas,  
entrando en trance tan horrendo y crudo?

En esto, las mansísimas palomas  
que el carro de la diosa conducían  
por el llano del mar y por las lomas,  
por unas y otras partes discurrían,  
hasta que con Neptuno se encontraron,  
que era lo que buscaban y querían.

Los dioses, que se ven, se respetaron,<sup>[404]</sup>  
y, haciendo sus zalemas a lo moro,<sup>[405]</sup>  
de verse juntos en extremo holgaron.

Guardáronse real grave decoro,  
y procuró Ciprinia en aquel punto<sup>[406]</sup>  
mostrar de su belleza el gran tesoro:

ensanchó el verdugado, y diole el punto<sup>[407]</sup>  
con ciertos puntapiés, que fueron coces  
para el dios, que las vio y quedó difunto.

Un poeta, llamado don Quincoces,<sup>[408]</sup>  
andaba semivivo en las saladas

ondas, dando gemidos y no voces;  
con todo, dijo en mal articuladas  
palabras: «¡Oh señora, la de Pafo,<sup>[409]</sup>  
y de las otras dos islas nombradas,  
muévate a compasión el verme gafo<sup>[410]</sup>

de pies y manos, y que ya me ahogo  
en otras linfas que las del garrafo.<sup>[411]</sup>

Aquí será mi pira, aquí mi rogo,<sup>[412]</sup>  
aquí será Quincoces sepultado,  
que tuvo en su crianza pedagogo!».

Esto dijo el mezquino; esto escuchado  
fue de la diosa con ternura tanta,  
que volvió a componer el verdugado;  
y luego en pie y piadosa se levanta,

y, poniendo los ojos en el viejo,  
desembudó la voz de la garganta,  
y, con cierto desdén y sobrecejo,  
entre enojada y grave y dulce, dijo  
lo que al húmido dios tuvo perplejo;  
y, aunque no fue su razonar prolijo,  
todavía le trujo a la memoria  
hermano de quién era y de quién hijo;  
representole cuán pequeña gloria  
era llevar de aquellos miserables  
el triunfo infausto y la crüel vitoria.

Él dijo: «Si los hados inmutables  
no hubieran dado la fatal sentencia  
de estos en su ignorancia siempre estables,  
una brizna no más de tu presencia  
que viera yo, bellísima señora,  
fuera de mi rigor la resistencia.

Mas ya no puede ser, que ya la hora  
llegó donde mi blanda y mansa mano  
ha de mostrar que es dura y vencedora;  
que estos, de proceder siempre inhumano,

en sus versos han dicho cien mil veces:  
“azotando las aguas del mar cano...”».

«Ni azotado ni viejo me pareces»,  
replicó Venus. Y él le dijo a ella:  
«Puesto que me enamoras, no enterneces;

que de tal modo la fatal estrella  
influye de estos tristes, que no puedo  
dar felice despacho a tu querella;  
del querer de los hados solo un dedo  
no me puede apartar, ya tú lo sabes:

ellos han de acabar, y ha de ser cedo».<sup>[413]</sup>

«Primero acabarás que los acabes»,  
le respondió madama, la que tiene  
de tantas voluntades puerta y llaves;  
«que, aunque el hado feroz su muerte ordene,  
el modo no ha de ser a tu contento,  
que muchas muertes el morir contiene».

Turbose en esto el líquido elemento,  
de nuevo renovose la tormenta,  
sopló más vivo y más apriesa el viento;

la hambrienta mesnada, y no sedienta,<sup>[414]</sup>  
se rinde al huracán recién venido  
y, por más no penar, muere contenta.

¡Oh raro caso y por jamás oído  
ni visto! ¡Oh nuevas y admirables trazas

de la gran reina obedecida en Nido!:<sup>[415]</sup>

en un instante, el mar de calabazas  
se vio cuajado, algunas tan potentes,<sup>[416]</sup>  
que pasaban de dos y aun de tres brazas;

también hinchados odres y valientes,<sup>[417]</sup>

sin deshacer del mar la blanca espuma,  
nadaban de mil talles diferentes.

Esta trasmutación fue hecha, en suma,  
por Venus, de los lánguidos poetas,  
porque Neptuno hundirlos no presuma;<sup>[418]</sup>

el cual le pidió a Febo sus saetas,  
cuya arma, arrojadiza desde aparte,<sup>[419]</sup>  
a Venus defraudara de sus tretas.

Negóselas Apolo; y veis dó parte  
enojado el vejón, con su tridente<sup>[420]</sup>

pensándolos pasar de parte a parte.

Mas este se resbala, aquel no siente  
la herida, y dando esguince se desliza,<sup>[421]</sup>  
y él queda de la cólera impaciente.

En esto Bóreas su furor atiza,<sup>[422]</sup>

y lleva antecogida la manada,  
que con la de los Cerdas simboliza.<sup>[423]</sup>

Pidióselo la diosa, aficionada  
a que vivan poetas zarabandos<sup>[424]</sup>  
de aquellos de la seta almidonada;<sup>[425]</sup>

de aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,  
de los que por momentos se dividen  
en varias setas y en contrarios bandos;

los contrapuestos vientos se comiden<sup>[426]</sup>

a complacer la bella rogadora,  
y con un solo aliento la mar miden,  
llevando a la pñara gruñidora  
en calabazas y odres convertida,  
a los reinos contrarios del Aurora.

De esta dulce semilla referida,  
España, verdad cierta, tanto abunda,  
que es por ella estimada y conocida;  
que, aunque en armas y en letras es fecunda  
más que cuantas provincias tiene el suelo,  
su gusto en parte en tal semilla funda.

Después de esta mudanza que hizo el cielo,  
o Venus, o quien fuese, que no importa  
guardar puntualidad como yo suelo,  
no veo calabaza, o luenga o corta,  
que no imagine que es algún poeta  
que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.

Pues, ¿qué cuando veo un cuero? ¡Oh mal discreta  
y vana fantasía, así engañada,  
que a tanta liviandad estás sujeta!:  
pienso que el piezgo de la boca atada

es la faz del poeta, transformado  
en aquella figura mal hinchada;  
y cuando encuentro algún poeta honrado  
(digo poeta firme y valedero,  
hombre vestido bien y bien calzado),

luego se me figura ver un cuero,  
o alguna calabaza, y de esta suerte  
entre contrarios pensamientos muero.<sup>[427]</sup>

Y no sé si lo yerre o si lo acierte  
en que a las calabazas y a los cueros  
y a los poetas trate de una suerte.

Cernícalos que son lagartijeros,  
no esperen de gozar las preeminencias  
que gozan gavilanes no pecheros.<sup>[428]</sup>

Puestas en paz, pues, ya las diferencias  
de Delio, y los poetas transformados  
en tan vanas y huecas apariencias,

los mares y los vientos sosegados,  
sumergiose Neptuno malcontento  
en sus palacios de cristal labrados.

Las mansísimas aves por el viento  
volaron, y a la bella Cipriana  
pusieron en su reino a salvamento.

Y, en señal que del triunfo quedó ufana  
(lo que hasta allí nadie acabó con ella),

del luto se quitó la saboyana,

quedando en cuezo, tan briosa y bella,<sup>[429]</sup>  
que se supo después que Marte anduvo  
todo aquel día y otros dos tras ella.

Todo el cual tiempo, el escuadrón estuvo  
mirando atento la fatal rüina  
que la canalla transformada tuvo;  
y, viendo despejada la marina,  
Apolo, del socorro mal venido,  
de dar fin al gran caso determina.

Pero en aquel instante un gran rüido  
se oyó, con que la turba se alborozaba  
y pone vista alerta y presto oído;

y era quien le formaba una carroza  
rica, sobre la cual venía sentado

el grave don Lorenzo de Mendoza,<sup>[430]</sup>

de su felice ingenio acompañado,  
de su mucho valor y cortesía,  
joyas inestimables, adornado.

Pedro Juan de Rejaule le seguía<sup>[431]</sup>

en otro coche, insigne valenciano  
y grande defensor de la poesía.

Sentado viene a su derecha mano  
Juan de Solís, mancebo generoso,<sup>[432]</sup>  
de raro ingenio, en verdes años cano.

Y Juan de Carvajal, doctor famoso,<sup>[433]</sup>

les hace tercio, y no por ser pesado  
dejan de hacer su curso presuroso,

porque al divino ingenio, al levantado  
valor de aquestos tres que el coche encierra,

no hay impedirle monte ni collado.

Pasan volando la empinada sierra,  
las nubes tocan, llegan casi al cielo,  
y alegres pisan la famosa tierra.

Con este mismo honroso y grave celo,

Bartolomé de Mola y Gabriel Laso<sup>[434]</sup>  
llegaron a tocar del monte el suelo.

Honra las altas cimas de Parnaso  
don Diego, que de Silva tiene el nombre,<sup>[435]</sup>  
y por ellas alegre tiende el paso.

A cuyo ingenio y sin igual renombre  
toda ciencia se inclina y le obedece,  
y le levanta a ser más que de hombre.

Dilátanse las sombras y descrece  
el día, y de la noche el negro manto

guarnecido de estrellas aparece;

y el escuadrón, que había esperado tanto  
en pie, se rinde al sueño perezoso  
de hambre y sed, y de mortal quebranto.

Apolo, entonces poco luminoso,

dando hasta los antípodas un brinco,  
siguió su occidental curso forzoso;<sup>[436]</sup>

pero primero licenció a los cinco  
poetas titulados, a su ruego,  
que lo pidieron con estraño ahínco,

por parecerles risa, burla y juego  
empresas semejantes; y así, Apolo  
concedió con sus deseos luego;

que es el galán de Dafne único y solo  
en usar cortesía sobre cuantos

descubre el nuestro y el contrario polo.

Del lóbrego lugar de los espantos  
sacó su hisopo el lánguido Morfeo,<sup>[437]</sup>  
con que ha rendido y embocado a tantos;

y del licor que dicen que es leteo,

que mana de la fuente del olvido,  
los párpados bañó a todos arreo.

El más hambriento se quedó dormido;

dos cosas repugnantes, hambre y sueño,  
privilegio a poetas concedido.

Yo quedé, en fin, dormido como un leño,  
llena la fantasía de mil cosas,  
que de contallas mi palabra empeño,  
por más que sean en sí dificultosas.

## DEL VIAJE DEL PARNASO

### CAPÍTULO SEXTO

De una de tres causas los ensueños  
se causan, o los sueños, que este nombre  
les dan los que del bien hablar son dueños;  
primera, de las cosas de que el hombre  
trata más de ordinario; la segunda  
quiere la medicina que se nombre  
del humor que en nosotros más abunda;  
toca en revelaciones la tercera,  
que en nuestro bien más que las dos redunda.<sup>[438]</sup>  
Dormí, y soñé, y el sueño la primera<sup>[439]</sup>

causa le dio principio suficiente  
a mezclar el ahíto y la dentera.<sup>[440]</sup>  
Sueña el enfermo, a quien la fiebre ardiente  
abrasa las entrañas, que en la boca  
tiene de las que ha visto alguna fuente,

y el labio al fugitivo cristal toca,  
y el dormido consuelo imaginado  
crece el deseo, y no la sed apoca.

Pelea el valentísimo soldado  
dormido casi al modo que despierto  
se mostró en el combate fiero armado.

Acude el tierno amante a su concierto,  
y en la imaginación, dormido, llega,  
sin padecer borrasca, a dulce puerto.

El corazón el avariento entrega  
en la mitad del sueño a su tesoro,  
que el alma en todo tiempo no le niega.

Yo, que siempre guardé el común decoro  
en las cosas dormidas y despiertas,  
pues no soy troglodita ni soy moro,<sup>[441]</sup>

de par en par del alma abrí las puertas,  
y dejé entrar al sueño por los ojos  
con premisas de gloria y gusto ciertas.<sup>[442]</sup>

Gocé durmiendo cuatro mil despojos  
(que los conté sin que faltase alguno)

de gustos que acudieron a manojos;  
el tiempo, la ocasión, el oportuno  
lugar correspondían al efecto,  
juntos y por sí solo cada uno.

Dos horas dormí y más a lo discreto,<sup>[443]</sup>

sin que imaginaciones ni vapores  
el cerebro tuviesen inquieto;

la suelta fantasía entre mil flores  
me puso de un pradillo, que exhalaba  
de Pancaya y Sabea los olores;<sup>[444]</sup>

el agradable sitio se llevaba  
tras sí la vista, que, durmiendo, viva  
mucho más que despierta se mostraba.

Palpable vi..., mas no sé si lo escriba,  
que a las cosas que tienen de imposibles

siempre mi pluma se ha mostrado esquiva;<sup>[445]</sup>

las que tienen vislumbre de posibles,  
de dulces, de süaves y de ciertas,  
explican mis borrones apacibles.

Nunca a disparidad abre las puertas<sup>[446]</sup>

mi corto ingenio, y hállalas contino  
de par en par la consonancia abiertas.<sup>[447]</sup>

¿Cómo pueda agradar un desatino,  
si no es que de propósito se hace,  
mostrándole el donaire su camino?

Que entonces la mentira satisface  
cuando verdad parece y está escrita  
con gracia, que al discreto y simple aplace.

Digo, volviendo al cuento, que infinita  
gente vi discurrir por aquel llano,

con algazara placentera y grita;<sup>[448]</sup>

con hábito decente y cortesano  
algunos, a quien dio la hipocresía  
vestido pobre, pero limpio y sano;  
otros, de la color que tiene el día

cuando la luz primera se aparece  
entre las trenzas de la Aurora fría.

La variada primavera ofrece  
de sus varias colores la abundancia,  
con que a la vista el gusto alegre crece;

la prodigalidad, la exorbitancia  
campean juntas por el verde prado  
con galas que descubren su ignorancia.

En un trono, del suelo levantado,  
do el arte a la materia se adelanta,

puesto que de oro y de marfil labrado,  
una doncella vi, desde la planta  
del pie hasta la cabeza así adornada,  
que el verla admira y el oírla encanta.

Estaba en él con majestad sentada,  
giganta al parecer en la estatura,  
pero, aunque grande, bien proporcionada;  
parecía mayor su hermosura  
mirada desde lejos, y no tanto  
si de cerca se ve su compostura.

Lleno de admiración, colmo de espanto,<sup>[449]</sup>  
puse en ella los ojos, y vi en ella  
lo que en mis versos desmayados canto.

Yo no sabré afirmar si era doncella,<sup>[450]</sup>  
aunque he dicho que sí, que en estos casos

la vista más aguda se atropella:

son, por la mayor parte, siempre escasos  
de razón los jüicios maliciosos  
en juzgar rotos los enteros vasos.

Altaneros sus ojos y amorosos  
se mostraban con cierta mansedumbre,  
que los hacía en todo extremo hermosos;  
ora fuese artificio, ora costumbre,

los rayos de su luz tal vez crecían,  
y tal vez daban encogida lumbre.

Dos ninfas a sus lados asistían,  
de tan gentil donaire y apariencia,  
que, miradas, las almas suspendían;  
de la del alto trono en la presencia  
desplegaban sus labios en razones  
ricas en suavidad, pobres en ciencia;  
levantaban al cielo sus blasones,  
que estaban, por ser pocos o ninguno,<sup>[451]</sup>  
escritos del olvido en los borrones;  
al dulce murmurar, al oportuno

razonar de las dos, la del asiento  
que en belleza jamás le igualó alguno,  
luego se puso en pie, y en un momento,  
me pareció que dio con la cabeza  
más allá de las nubes, y no miento;

y no perdió por esto su belleza;  
antes, mientras más grande, se mostraba  
igual su perfección a su grandeza;  
los brazos de tal modo dilataba,  
que de do nace a donde muere el día

los opuestos extremos alcanzaba;  
la enfermedad llamada hidropesía  
así le hincha el vientre, que parece  
que todo el mar caber en él podía;<sup>[452]</sup>  
al modo de estas partes, así crece

toda su compostura; y no por esto,  
cual dije, su hermosura desfallece.

Yo, atónito, esperaba ver el resto  
de tan grande prodigio, y diera un dedo  
por saber la verdad segura y presto.

Uno, y no sabré quién, bien claro y quedo  
al oído me habló, y me dijo: «Espera,  
que yo decirte lo que quieres puedo.

Esta que ves, que crece de manera  
que apenas tiene ya lugar do quepa,  
y aspira en la grandeza a ser primera;

esta que por las nubes sube y trepa  
hasta llegar al cerco de la luna  
(puesto que el modo de subir no sepa),  
es la que, confiada en su fortuna,

piensa tener de la inconstante rueda  
el eje quedo y sin mudanza alguna.

Esta que no halla mal que le suceda,  
ni le teme, atrevida y arrogante,  
pródiga siempre, venturosa y leda,<sup>[453]</sup>

es la que con disignio extravagante  
dio en crecer poco a poco hasta ponerse,  
cual ves, en estatura de gigante.

No deja de crecer por no atreverse  
a emprender las hazañas más notables,  
adonde puedan sus extremos verse.

¿No has oído decir los memorables  
arcos, anfiteatros, templos, baños,  
termas, pórticos, muros admirables,  
que, a pesar y despecho de los años,  
aún duran sus reliquias y entereza,  
haciendo al tiempo y a la muerte engaños?».

«Yo», respondí por mí, «ninguna pieza  
de esas que has dicho dejo de tenella  
clavada y remachada en la cabeza:

tengo el sepulcro de la viuda bella  
y el Coloso de Rodas allí junto,  
y la lanterna que sirvió de estrella.<sup>[454]</sup>

Pero vengamos de quién es al punto  
esta, que lo deseo». «Harase luego»,  
me respondió la voz en bajo punto.

Y prosiguió diciendo: «A no estar ciego,  
hubieras visto ya quién es la dama;  
pero, en fin, tienes el ingenio lego.<sup>[455]</sup>

Esta que hasta los cielos se encarama,  
preñada, sin saber cómo, del viento,  
es hija del Deseo y de la Fama.

Esta fue la ocasión y el instrumento,  
el todo y parte de que el mundo viese

no siete maravillas, sino ciento.

Corto número es ciento; aunque dijese  
cien mil y más millones, no imagines  
que en la cuenta del número excediese.

Esta condujo a memorables fines  
edificios que asientan en la tierra  
y tocan de las nubes los confines.

Esta tal vez ha levantado guerra  
donde la paz süave reposaba,  
que en límites estrechos no se encierra.

Cuando Mucio en las llamas abrasaba<sup>[456]</sup>  
el atrevido fuerte brazo y fiero,  
esta el incendio horrible resfría;<sup>[457]</sup>  
esta arrojó al romano caballero  
en el abismo de la ardiente cueva,  
de limpio armado y de luciente acero;<sup>[458]</sup>

esta tal vez con maravilla nueva,  
de su ambiciosa condición llevada,  
mil imposibles atrevida prueba.

Desde la ardiente Libia hasta la helada  
Citia, lleva la fama su memoria,  
en grandiosas obras dilatada.

En fin, ella es la altiva Vanagloria,  
que en aquellas hazañas se entremete  
que llevan de los siglos la vitoria.

Ella misma a sí misma se promete  
triumfos y gustos, sin tener asida  
a la calva Ocasión por el copete.<sup>[459]</sup>

Su natural sustento, su bebida,  
es aire, y así crece en un instante  
tanto, que no hay medida a su medida.

Aquellas dos del plácido semblante  
que tiene a sus dos lados, son aquellas  
que sirven a su máquina de Atlante.

Su delicada voz, sus luces bellas,  
su humildad aparente, y las lozanas  
razones, que el amor se cifra en ellas,  
las hacen más divinas que no humanas,

y son (con paz escucha y con paciencia)  
la Adulación y la Mentira, hermanas.

Estas están contino en su presencia,  
palabras ministrándola al oído<sup>[460]</sup>  
que tienen de prudentes apariencia.

Y ella, cual ciega del mejor sentido,  
no ve que entre las flores de aquel gusto  
el áspid ponzoñoso está escondido.<sup>[461]</sup>

Y así, arrojada con deseo injusto,  
en cristalino vaso prueba y bebe  
el veneno mortal, sin ningún susto.

Quien más presume de advertido, pruebe<sup>[462]</sup>  
a dejarse adular, verá cuán presto  
pasa su gloria como el viento leve».

Esto escuché, y en escuchando aquesto,  
dio un estampido tal la Gloria vana,  
que dio a mi sueño fin dulce y molesto.

Y en esto descubriose la mañana,  
vertiendo perlas y esparciendo flores,  
lozana en vista y en virtud lozana:

los dulces pequeñuelos ruiseñores,  
con cantos no aprendidos, le decían,<sup>[463]</sup>  
enamorados de ella, mil amores;

los silgueros el canto repetían,  
y las diestras calandrias entonaban  
la música que todos componían.

Unos del escuadrón priesa se daban  
porque no los hallase el dios del día  
en los forzosos actos en que estaban.

Y luego se asomó su señoría,  
con una cara de tudesco roja,  
por los balcones de la Aurora fría,  
en parte gorda, en parte flaca y floja,  
como quien teme el esperado trance  
donde verse vencido se le antoja.

En propio toledano y buen romance  
les dio los buenos días cortésmente,<sup>[464]</sup>  
y luego se aprestó al forzoso lance;

y encima de un peñasco puesto enfrente  
del escuadrón, con voz sonora y grave  
esta oración les hizo de repente:

«¡Oh espíritus felices, donde cabe<sup>[465]</sup>  
la gala del decir, la sutileza

de la ciencia más docta que se sabe;  
donde en su propia natural belleza  
asiste la hermosa Poesía<sup>[466]</sup>  
entera de los pies a la cabeza!

No consintáis, por vida vuestra y mía  
(mirad con qué llaneza Apolo os habla),  
que triunfe esta canalla que porfía.

Esta canalla, digo, que se endiabló,  
que, por darles calor su muchedumbre,<sup>[467]</sup>  
ya su rüina, o ya la nuestra entabla.

Vosotros, de mis ojos gloria y lumbre,  
faroles do mi luz de asiento mora,  
ya por naturaleza o por costumbre,  
¿habéis de consentir que esta embaidora,<sup>[468]</sup>  
hipócrita gentalla se me atreva,  
de tantas necedades inventora?

Haced famosa y memorable prueba  
de vuestro gran valor en este hecho,  
que a su castigo y vuestra gloria os lleva.

De justa indignación armad el pecho,  
acometed intrépidos la turba,  
ociosa, vagamunda y sin provecho.

No se os dé nada, no se os dé una burba  
(moneda berberisca, vil y baja)<sup>[469]</sup>  
de aquesta gente que la paz nos turba.

El son de más de una templada caja,  
y el del pífaro triste, y la trompeta,<sup>[470]</sup>  
que la cólera sube y flema abaja,  
así os incite con virtud secreta,  
que despierte los ánimos dormidos

en la fación que tanto nos aprieta.

Ya retumba, ya llega a mis oídos  
del escuadrón contrario el rumor grande,

formado de confusos alaridos;  
ya es menester, sin que os lo ruegue o mande,  
que cada cual, como guerrero experto,  
sin que por su capricho se desmande,  
la orden guarde y militar concierto,  
y acuda a su deber como valiente  
hasta quedar o vencedor o muerto».

En esto, por la parte de poniente  
pareció el escuadrón casi infinito  
de la bárbara, ciega y pobre gente.

Alzan los nuestros al momento un grito  
alegre, y no medroso; y gritan: «¡Arma!».

«¡Arma!» resuena todo aquel distrito;  
y, aunque mueran, correr quieren al arma.

## DEL VIAJE DEL PARNASO

### CAPÍTULO SÉPTIMO

Tú, belígera musa, tú, que tienes  
la voz de bronce y de metal la lengua,  
cuando a cantar del fiero Marte vienes;  
tú, por quien se aniquila siempre y mengua  
el gran género humano; tú, que puedes  
sacar mi pluma de ignorancia y mengua;  
tú, mano rota y larga de mercedes,  
digo en hacellas, una aquí te pido,<sup>[471]</sup>  
que no hará que menos rica quedes.

La soberbia y maldad, el atrevido  
intento de una gente malmirada,<sup>[472]</sup>  
ya se descubre con mortal rüido.

Dame una voz al caso acomodada,  
una sutil y bien cortada pluma,  
no de afición ni de pasión llevada,

para que pueda referir en suma,  
con purísimo y nuevo sentimiento,  
con verdad clara y entereza suma,  
el contrapuesto y desigual intento  
de uno y otro escuadrón, que, ardiendo en ira,

sus banderas descoge al vago viento.<sup>[473]</sup>

El del bando católico, que mira  
al falso y grande al pie del monte puesto,  
que de subir al alta cumbre aspira;

con paso largo y ademán compuesto,  
todo el monte coronan, y se ponen  
a la furia, que en loca ha echado el resto;

las ventajas tantean, y disponen  
los ánimos valientes al asalto,  
en quien su gloria y su venganza ponen.<sup>[474]</sup>

De rabia lleno y de paciencia falto,  
Apolo su bellísimo estandarte  
mandó al momento levantar en alto;  
arbolole un marqués, que el propio Marte<sup>[475]</sup>  
su brüosa presencia representa

naturalmente, sin industria y arte;<sup>[476]</sup>  
poeta celebérrimo y de cuenta,  
por quien y en quien Apolo soberano  
su gloria y gusto y su valor aumenta.

Era la insinia un cisne hermoso y cano,  
tan al vivo pintado, que dijeras  
la voz despide alegre al aire vano;  
siguen al estandarte sus banderas,  
de gallardos alféreces llevadas,  
honrosas por no estar todas enteras.

Las cajas a lo bélico templadas  
al mílite más tardo vuelven presto,  
de voces de metal acompañadas.

Jerónimo de Mora llegó en esto,<sup>[477]</sup>  
pintor excelentísimo y poeta:

Apeles y Virgilio en un supuesto;  
y con la autoridad de una jineta<sup>[478]</sup>  
(que de ser capitán le daba nombre)  
al caso acude y a la turba aprieta.

Y, porque más se turbe y más se asombre,  
el enemigo desigual y fiero,  
llegó el gran Biedma, de inmortal renombre;<sup>[479]</sup>

y con él Gaspar de Ávila, primero<sup>[480]</sup>  
secuaz de Apolo, a cuyo verso y pluma  
Iciar puede envidiar, temer Sincero.<sup>[481]</sup>

Llegó Juan de Meztanza, cifra y suma<sup>[482]</sup>  
de tanta erudición, donaire y gala,  
que no hay muerte ni edad que la consuma.

Apolo le arrancó de Guatimala,  
y le trujo en su ayuda para ofensa

de la canalla en todo extremo mala.

Hacer milagros en el trance piensa  
Cepeda, y acompaña Meja,<sup>[483]</sup>  
poetas dignos de alabanza inmensa.

Clarísimo esplendor de Andalucía  
y de la Mancha, el sin igual Galindo<sup>[484]</sup>  
llegó con majestad y bizarría.

De la alta cumbre del famoso Pindo<sup>[485]</sup>  
bajaron tres bizarros lusitanos,  
a quien mis alabanzas todas rindo,

con prestos pies y con valientes manos,  
con Fernando Correa de la Cerda,<sup>[486]</sup>  
pisó Rodríguez Lobo monte y llanos;<sup>[487]</sup>

y porque Febo su razón no pierda,  
el grande don Antonio de Ataíde<sup>[488]</sup>

llegó con furia alborotada y cuerda.

Las fuerzas del contrario ajusta y mide  
con las suyas Apolo, y determina  
dar la batalla, y la batalla pide.

El ronco son de más de una bocina,  
instrumento de caza y de la guerra,  
de Febo a los oídos se avecina;  
tiembla debajo de los pies la tierra  
de infinitos poetas oprimida,  
que dan asalto a la sagrada sierra.

El fiero general de la atrevida  
gente, que trae un cuervo en su estandarte,  
es Arbolánchez, muso por la vida.<sup>[489]</sup>

Puestos estaban en la baja parte  
y en la cima del monte, frente a frente,  
los campos, de quien tiembla el mismo Marte,  
cuando una al parecer discreta gente  
del católico bando al enemigo  
se pasó, como en número de veinte.<sup>[490]</sup>

Yo con los ojos su carrera sigo,  
y, viendo el paradero de su intento,  
con voz turbada al sacro Apolo digo:

«¿Qué prodigio es aqueste? ¿Qué portentoso?  
O, por mejor decir: ¿Qué mal agüero,  
que así me corta el brío y el aliento?

Aquel transfuga que partió primero,<sup>[491]</sup>  
no solo por poeta le tenía,  
pero también por bravo churrullero;<sup>[492]</sup>  
aquel ligero que tras él corría,  
en mil corrillos en Madrid le he visto  
tiernamente hablar en la poesía;  
aquel tercero que partió tan listo,  
por satírico, necio y por pesado  
sé que de todos fue siempre malquisto.  
No puedo imaginar cómo ha llevado

Mercurio estos poetas en su lista».  
«Yo fui», respondió Apolo, «el engañado;  
que de su ingenio la primera vista  
indicios descubrió que serian buenos<sup>[493]</sup>  
para facilitar esta conquista».

«Señor», repliqué yo, «creí que ajenos  
eran de las deidades los engaños;  
digo, engañarse en poco más ni menos;  
la prudencia, que nace de los años  
y tiene por maestra la esperiencia,  
es la deidad que advierte de estos daños».

Apolo respondió: «Por mi conciencia,  
que no te entiendo», algo turbado y triste  
por ver de aquellos veinte la insolencia.

Tú, sardo militar, Lofraso, fuiste<sup>[494]</sup>  
uno de aquellos bárbaros corrientes  
que del contrario el número creciste.

Mas no por esta mengua los valientes  
del escuadrón católico temieron,  
poetas madrigados y excelentes;<sup>[495]</sup>

antes, tanto coraje concibieron  
contra los fugitivos corredores,  
que riza en ellos y matanza hicieron.<sup>[496]</sup>

¡Oh falsos y malditos trovadores,  
que pasáis plaza de poetas sabios,

siendo la hez de los que son peores:  
entre la lengua, paladar y labios  
anda contino vuestra poesía,  
haciendo a la virtud cien mil agravios!

Poetas de atrevida hipocresía,  
esperad, que de vuestro acabamiento  
ya se ha llegado el temeroso día.

De las confusas voces el conuento<sup>[497]</sup>  
confuso por el aire resonaba,  
de espesas nubes condensando el viento.

Por la falda del monte gateaba  
una tropa poética, aspirando  
a la cumbre, que bien guardada estaba;  
hacían hincapié de cuando en cuando,  
y con hondas de estallo y con ballestas<sup>[498]</sup>

iban libros enteros disparando;  
no del plomo encendido las funestas  
balas pudieran ser dañosas tanto,  
ni al disparar pudieran ser más prestas.

Un libro mucho más duro que un canto  
a Jusepe de Vargas dio en las sienes,<sup>[499]</sup>  
causándole terror, grima y espanto.

Gritó, y dijo a un soneto: «Tú, que vienes  
de satírica pluma disparado,  
¿por qué el infame curso no detienes?».

Y, cual perro con piedras irritado,  
que deja al que las tira y va tras ellas,  
cual si fueran la causa del pecado,  
entre los dedos de sus manos bellas  
hizo pedazos al soneto altivo,

que amenazaba al sol y a las estrellas.

Y díjole Cilenio: «¡Oh rayo vivo<sup>[500]</sup>  
donde la justa indignación se muestra  
en un grado y valor superlativo,

la espada toma en la temida diestra,  
y arrójate valiente y temerario  
por esta parte, que el peligro adiestra!».

En esto, del tamaño de un breviario

volando un libro por el aire vino,  
de prosa y verso, que arrojó el contrario;

de verso y prosa el puro desatino  
nos dio a entender que de Arbolanches eran  
las *Habidas*, pesadas de continuo.<sup>[501]</sup>

Unas *Rimas* llegaron que pudieran  
desbaratar el escuadrón cristiano

si acaso vez segunda se imprimieran.

Diole a Mercurio en la derecha mano  
una sátira antigua licenciosa,<sup>[502]</sup>  
de estilo agudo, pero no muy sano.

De una intrincada y mal compuesta prosa,  
de un asunto sin jugo y sin donaire,  
cuatro novelas disparó Pedrosa.<sup>[503]</sup>

Silbando recio y desgarrando el aire,  
otro libro llegó de *Rimas* solas,  
hechas al parecer como al desgaire.

Violas Apolo, y dijo, cuando violas:  
«Dios perdone a su autor, y a mí me guarde  
de algunas *Rimas* sueltas españolas».

Llegó el *Pastor de Iberia*, aunque algo tarde,<sup>[504]</sup>  
y derribó catorce de los nuestros

haciendo de su ingenio y fuerza alarde;  
pero dos valerosos, dos maestros,  
dos lumbreras de Apolo, dos soldados,  
únicos en hablar y en obrar diestros,  
del monte puestos en opuestos lados,

tanto apretaron a la turbamulta,<sup>[505]</sup>  
que volvieron atrás los encumbrados.

Es Gregorio de Angulo el que sepulta<sup>[506]</sup>  
la canalla, y con él Pedro de Soto,<sup>[507]</sup>  
de prodigioso ingenio y vena culta.

Doctor aquel, estotro único y docto  
licenciado, de Apolo ambos secuaces,  
con raras obras y ánimo devoto.

Las dos contrarias indignadas haces  
ya miden las espadas, ya se cierran,<sup>[508]</sup>

duras en su tesón y pertinaces;  
con los dientes se muerden, y se aferran  
con las garras, las fieras imitando,  
que toda piedad de sí destierran.

Haldeando venía y trasudando<sup>[509]</sup>

el autor de *La Pícaro Justina*,<sup>[510]</sup>  
capellán lego del contrario bando;  
y cual si fuera de una culebrina,<sup>[511]</sup>  
disparó de sus manos su librazo,  
que fue de nuestro campo la ruina.

Al buen Tomás Gracián mancó de un brazo,<sup>[512]</sup>  
a Medinilla derribó una muela<sup>[513]</sup>  
y le llevó de un muslo un gran pedazo.

Una despierta nuestra centinela  
gritó: «¡Todos abajen la cabeza,  
que dispara el contrario otra novela!».

Dos pelearon una larga pieza,  
y el uno al otro con instancia loca,  
de un enviñon, con arte y con destreza,<sup>[514]</sup>  
seis seguidillas le encajó en la boca,

con que le hizo vomitar el alma,  
que salió libre de su estrecha roca.

De la furia el ardor, del sol la calma  
tenía en duda de una y otra parte  
la vencedora y pretendida palma.

Del cuervo, en esto, el lóbrego estandarte  
cede al del cisne, porque vino al suelo,  
pasado el corazón de parte a parte;

su alférez, que era un andaluz mozuelo,  
trovador repentista, que subía

con la soberbia más allá del cielo;<sup>[515]</sup>

helósele la sangre que tenía;  
murióse, cuando vio que muerto estaba,  
la turba, pertinaz en su porfía.

Puesto que ausente el gran Lupercio estaba,<sup>[516]</sup>

con un solo soneto suyo hizo  
lo que de su grandeza se esperaba:

descuadernó, desencajó, deshizo  
del opuesto escuadrón catorce hileras,  
dos críollos mató, hirió un mestizo.

De sus sabrosas burlas y sus veras  
el magno cordobés un cartapacio<sup>[517]</sup>  
disparó, y aterró cuatro banderas.

Daba ya indicios de cansado y lacio  
el brío de la bárbara canalla,

peleando más flojo y más despacio;  
mas renovose la fatal batalla,  
mezclándose los unos con los otros;  
ni vale arnés, ni presta dura malla.

Cinco melifluos sobre cinco potros  
llegaron, y embistieron por un lado,  
y lleváronse cinco de nosotros;  
cada cual como moro ataviado,  
con más letras y cifras que una carta  
de príncipe enemigo y recatado.

De romances moriscos una sarta,  
cual si fuera de balas enramadas,<sup>[518]</sup>  
llega con furia y con malicia harta;  
y, a no estar dos escuadras avisadas  
de las nuestras, del recio tiro y presto  
era fuerza quedar desbaratadas.

Quiso Apolo, indignado, echar el resto  
de su poder y de su fuerza sola,  
y dar al enemigo fin molesto,

y una sacra canción, donde acrisola<sup>[519]</sup>  
su ingenio, gala, estilo y bizarría  
Bartolomé Leonardo de Argensola,

cual si fuera un petarte, Apolo envía<sup>[520]</sup>  
adonde está el tesón más apretado,  
más dura y más furiosa la porfía.

*Cuando me paro a contemplar mi estado,*<sup>[521]</sup>  
comienza la canción que Apolo pone  
en el lugar más noble y levantado.

Todo lo mira, todo lo dispone  
con ojos de Argos; manda, quita y veda,

y del contrario a todo ardid se opone.

Tan mezclados están, que no hay quien pueda discernir cuál es malo o cuál es bueno, cuál es garcilasista o timoneda.<sup>[522]</sup>

Pero un mancebo, de ignorancia ajeno,  
grande escudriñador de toda historia,  
rayo en la pluma y en la voz un trueno,  
llegó, tan rica el alma de memoria,  
de sana voluntad y entendimiento,  
que fue de Febo y de las Musas gloria;

con este acelerose el vencimiento,  
porque supo decir: «Este merece gloria, pero aquel no, sino tormento».

Y, como ya con distinción parece el justo y el injusto combatiente,<sup>[523]</sup>

el gusto al peso de la pena crece.<sup>[524]</sup>

Tú, Pedro Mantüano el excelente,<sup>[525]</sup>  
fuiste quien distinguió de la confusa máquina el que es cobarde del valiente.

Julián de Almendárez no rehúsa,<sup>[526]</sup>  
puesto que llegó tarde, en dar socorro al rubio Delio con su ilustre musa.<sup>[527]</sup>

Por las rucias que peino, que me corro<sup>[528]</sup>  
de ver que las comedias endiabladas por divinas se pongan en el corro;

y, a pesar de las limpias y atildadas del cómico mejor de nuestra Hesperia,<sup>[529]</sup>  
quieren ser conocidas y pagadas.

Mas no ganaron mucho en esta feria, porque es discreto el vulgo de la Corte, aunque le toca la común miseria.

De llano no le deis, dadle de corte,<sup>[530]</sup>  
estancias polifemas, al poeta<sup>[531]</sup>  
que no os tuviere por su guía y norte.

Inimitables sois, y a la discreta gala que descubrés en lo escondido, toda elegancia puede estar sujeta.

Con estas municiones el partido  
nuestro se mejoró de tal manera,  
que el contrario se tuvo por vencido.

Cayó su presunción soberbia y fiera,  
derrúmbanse del monte abajo cuantos  
presumieron subir por la ladera.

La voz prolija de sus rancos cantos  
el mal suceso con rigor la vuelve  
en interrotos y funestos llantos.<sup>[532]</sup>

Tal hubo, que cayendo se resuelve  
de asirse de una zarza o cabrahígo,<sup>[533]</sup>  
y en llanto, a lo de Ovidio, se disuelve.<sup>[534]</sup>

Cuatro se arracimaron a un quejigo<sup>[535]</sup>  
como enjambre de abejas desmandada,  
y le estimaron por el lauro amigo.

Otra cuadrilla, virgen por la espada,<sup>[536]</sup>  
y adúltera de lengua, dio la cura  
a sus pies, de su vida almidonada.

Bartolomé llamado de Segura<sup>[537]</sup>  
el toque casi fue del vencimiento:  
tal es su ingenio y tal es su cordura.

Resonó en esto por el vago viento  
la voz de la vitoria, repetida  
del número escogido en claro acento.

La miserable, la fatal caída,  
de las Musas del limpio Tagarete<sup>[538]</sup>  
fue largos siglos con dolor plañida;  
a la parte del llanto, ¡ay me!, se mete<sup>[539]</sup>

Zapardiel, famoso por su pesca,<sup>[540]</sup>  
sin que un pequeño instante se quieta.<sup>[541]</sup>

La voz de la vitoria se refresca;  
«¡vitoria!» suena aquí y allí, vitoria  
adquirida por nuestra soldadesca,  
que canta alegre la alcanzada gloria.

## DEL VIAJE DEL PARNASO

### CAPÍTULO OCTAVO

Al caer de la máquina excesiva  
del escuadrón poético arrogante  
que en su no vista muchedumbre estriba,  
un poeta, mancebo y estudiante,  
dijo: «Caí, paciencia; que algún día  
será la nuestra, mi valor mediante.

De nuevo afilaré la espada mía,  
digo mi pluma, y cortaré de suerte  
que dé nueva excelencia a la porfía;  
que ofrece la comedia, si se advierte,  
largo campo al ingenio, donde pueda  
librar su nombre del olvido y muerte.

Fue de esto ejemplo Juan de Timoneda,  
que, con solo imprimir, se hizo eterno,  
las comedias del gran Lope de Rueda.<sup>[542]</sup>

Cinco vuelcos daré en el propio infierno  
por hacer recitar una que tengo  
nombrada *El gran bastardo de Salerno*».<sup>[543]</sup>

¡Guarda, Apolo, que baja (guarte, Rengo)<sup>[544]</sup>  
el golpe de la mano más gallarda

que ha visto el tiempo en su discurso luengo!

En esto, el claro son de una bastarda<sup>[545]</sup>  
alas pone en los pies de la vencida  
gente del mundo perezosa y tarda;  
con la esperanza del vencer perdida,

no hay quien no atienda con ligero paso,  
si no a la honra, a conservar la vida.

Desde las altas cumbres de Parnaso,  
de un salto uno se puso en Guadarrama,  
nuevo, no visto y verdadero caso;

y al mismo paso la parlera Fama  
cundió del vencimiento la alta nueva,  
desde el claro Caístro hasta Jarama.<sup>[546]</sup>

Lloró la gran vitoria el turbio Esgueva,<sup>[547]</sup>  
Pisuerga la rio, riola Tajo,

que en vez de arena granos de oro lleva.

Del cansancio, del polvo y del trabajo  
las rubicundas hebras de Timbreo,<sup>[548]</sup>  
del color se pararon de oro bajo;  
pero, viendo cumplido su deseo,

al son de la guitarra mercuriesca  
hizo de la gallarda un gran paseo,<sup>[549]</sup>

y de Castalia en la corriente fresca  
el rostro se lavó, y quedó luciente  
como de acero la segur turquesca.<sup>[550]</sup>

Puliose luego, y adornó su frente  
de majestad mezclada con dulzura,  
indicios claros del placer que siente.

Las reinas de la humana hermosura  
salieron de do estaban retiradas

mientras duraba la contienda dura;

del árbol siempre verde coronadas,<sup>[551]</sup>  
y en medio la divina Poesía,  
todas de nuevas galas adornadas.

Melpómene, Tersícore y Talía,  
Polimnia, Urania, Erato, Euterpe y Clío,<sup>[552]</sup>  
y Calíope, hermosa en demasía,<sup>[553]</sup>

muestran ufanas su destreza y brío,  
tejiendo una entricada y nueva danza  
al dulce son de un instrumento mío.

Mío, no dije bien; mentí a la ausanza  
de aquel que dice propios los ajenos<sup>[554]</sup>  
versos que son más dignos de alabanza.

Los anchos prados y los campos llenos  
están de las escuadras vencedoras

(que siempre van a más y nunca a menos),  
esperando de ver de sus mejoras  
el colmo con los premios merecidos  
por el sudor y aprieto de seis horas,  
piensan ser los llamados escogidos,  
todos a premios de grandeza aspiran,  
tiénense en más de lo que son tenidos;  
ni a calidades ni a riquezas miran:  
a su ingenio se atiene cada uno,  
y si hay cuatro que acierten, mil deliran.

Mas Febo, que no quiere que ninguno  
quede quejoso de él, mandó a la Aurora  
que vaya y coja *in tempore oportuno*,<sup>[555]</sup>  
de las faldas floríferas de Flora  
cuatro tabaques de purpúreas rosas<sup>[556]</sup>  
y seis de perlas de las que ella llora;  
y de las nueve por extremo hermosas  
las coronas pidió, y al darlas ellas  
en nada se mostraron perezosas.

Tres, a mi parecer, de las más bellas  
a Parténope sé que se enviaron,<sup>[557]</sup>  
y fue Mercurio el que partió con ellas;  
tres sujetos las otras coronaron,  
allí en el mismo monte peregrinos,  
con que su patria y nombre eternizaron;

tres cupieron a España, y tres divinos<sup>[558]</sup>  
poetas se adornaron la cabeza,  
de tanta gloria justamente dignos.

La Envidia, monstruo de naturaleza,<sup>[559]</sup>  
maldita y carcomida, ardiendo en saña,  
a murmurar del sacro don empieza.

Dijo: «¿Será posible que en España  
haya nueve poetas laureados?  
Alta es de Apolo, pero simple hazaña».

Los demás de la turba, defraudados  
del esperado premio, repetían  
los himnos de la Envidia mal cantados;

todos por laureados se tenían  
en su imaginación, antes del trance,  
y al cielo quejas de su agravio envían.

Pero ciertos poetas de romance,  
del generoso premio hacer esperan,  
a despecho de Febo, presto alcance;  
otros, aunque latinos, desesperan  
de tocar del laurel solo una hoja,  
aunque del caso en la demanda mueran.

Véngase menos el que más se enoja,  
y alguno se tocó sienes y frente,  
que de estar coronado se le antoja.

Pero todo deseo impertinente  
Apolo resfrió, premiando a cuantos  
poetas tuvo el escuadrón valiente;  
de rosas, de jazmines y amarantos  
Flora le presentó cinco cestones,  
y la Aurora, de perlas, otros tantos;

estos fueron, lector dulce, los dones  
que Delio repartió con larga mano  
entre los poetísimos varones,  
quedando alegre cada cual y ufano  
con un puño de perlas y una rosa,  
estimando el premio sobrehumano.<sup>[560]</sup>

Y porque fuese más maravillosa  
la fiesta y regocijo que se hacía  
por la vitoria insigne y prodigiosa,  
la buena, la importante Poesía

mandó traer la bestia cuya pata  
abrió la fuente de Castalia fría;  
cubierta de finísima escarlata,  
un lacayo la trujo en un instante,  
tascando un freno de bruñida plata.

Envidiarle pudiera Rocinante  
al gran Pegaso de presencia brava,  
y aun Brilladoro, el del señor de Anglante.<sup>[561]</sup>

Con no sé cuántas alas adornaba  
manos y pies, indicio manifiesto

que en ligereza al viento aventajaba;  
y, por mostrar cuán ágil y cuán presto  
era, se alzó del suelo cuatro picas,<sup>[562]</sup>  
con un denuedo y ademán compuesto.

Tú, que me escuchas, si el oído aplicas  
al dulce cuento de este gran *Viaje*,  
cosas nuevas oirás de gusto ricas.

Era del bel trotón todo el herraje<sup>[563]</sup>  
de durísima plata diamantina,  
que no recibe del pisar ultraje;

de la color que llaman columbina<sup>[564]</sup>  
de raso en una funda trae la cola,  
que, suelta, con el suelo se avecina;  
del color del carmín o de amapola  
eran sus clines, y su cola gruesa,  
ellas solas al mundo, y ella sola.

Tal vez anda despacio, y tal aprieta,  
vuela tal vez, y tal hace corvetas,<sup>[565]</sup>  
tal quiere relinchar, y luego cesa.

Nueva felicidad de los poetas:  
uno sus escrementos recogía  
en dos de cuero grandes barjuletas.<sup>[566]</sup>  
Pregunté para qué lo tal hacía.<sup>[567]</sup>  
Respondiome Cilenio a lo bellaco,  
con no sé qué vislumbres de ironía:<sup>[568]</sup>

«Esto que se recoge es el tabaco,  
que a los váguidos sirve de cabeza  
de algún poeta de cerebro flaco;  
Urania de tal modo lo adereza,<sup>[569]</sup>  
que, puesto a las narices del doliente,  
cobra salud y vuelve a su entereza».

Un poco entonces arrugué la frente,  
ascos haciendo del remedio extraño,  
tan de los ordinarios diferente.

«Recibes», dijo Apolo, «amigo, engaño»  
(leyome el pensamiento). «Este remedio  
de los váguidos cura y sana el daño.

No come este rocín lo que en asedio  
duro y penoso comen los soldados,  
que están entre la muerte y hambre en medio;

son de este tal los piensos regalados  
ámbar y almizcle entre algodones puesto,  
y bebe del rocío de los prados;

tal vez le damos de almidón un cesto,  
tal de algarrobas, con que el vientre llena,  
y no se estriñe ni se va por esto». [570]

«Sea», le respondí, «muy norabuena;  
tieso estoy de cerebro por ahora,  
váguido alguno no me causa pena». [571]

La nuestra, en esto, universal señora,  
digo la Poesía verdadera,  
que con Timbreo y con las Musas mora,  
en vestido sucinto, a la ligera,  
el monte discurrió y abrazó a todos,  
hermosa sobremodo y placentera.

«¡Oh sangre vencedora de los godos!»,  
dijo, «de aquí adelante ser tratada  
con más süaves y discretos modos  
espero ser, y siempre respectada [572]  
del ignorante vulgo, que no alcanza

que, puesto que soy pobre, soy honrada.

Las riquezas os dejo en esperanza,  
pero no en posesión, premio seguro  
que al reino aspira de la inmensa holganza.

Por la belleza de este monte os juro  
que quisiera al más mínimo entregalle  
un privilegio de cien mil de juro.

Mas no produce minas este valle;  
aguas sí, salutíferas y buenas,  
y monas que de cisnes tienen talle.

Volved a ver, ¡oh amigos!, las arenas  
del aurífero Tajo en paz segura  
y en dulces horas de pesar ajenas.

Que esta inaudita hazaña os asegura  
eterno nombre en tanto que dé Febo

al mundo aliento y luz serena y pura».

¡Oh maravilla nueva, oh caso nuevo,  
digno de admiración que cause espanto,  
cuya estrañeza me admiró de nuevo!

Morfeo, el dios del sueño, por encanto  
allí se apareció, cuya corona  
era de ramos de beleño santo.<sup>[573]</sup>

Flojísimo de brío y de persona,  
de la Pereza torpe acompañado,  
que no le deja a vísperas ni a nona;

traía al Silencio a su derecho lado,  
el Descuido al siniestro, y el vestido  
era de blanda lana fabricado.

De las aguas que llaman del olvido  
traía un gran caldero, y de un hisopo  
venía como aposta prevenido.

Asía a los poetas por el hopo,<sup>[574]</sup>  
y, aunque el caso los rostros les volvía  
en color encendida de piropo,

él nos bañaba con el agua fría,  
causándonos un sueño de tal suerte,  
que dormimos un día y otro día.

Tal es la fuerza del licor, tan fuerte  
es de las aguas la virtud, que pueden  
competir con los fueros de la muerte.

Hace el ingenio alguna vez que queden  
las verdades sin crédito ninguno,  
por ver que a toda contingencia exceden.

Al despertar del sueño así importuno,  
ni vi monte ni monta, dios ni diosa,  
ni de tanto poeta vide alguno.<sup>[575]</sup>

Por cierto, estraña y nunca vista cosa:  
despabilé la vista, y pareciome  
verme en medio de una ciudad famosa.

Admiración y grima el caso diome;  
torné a mirar, porque el temor o engaño  
no de mi buen discurso el paso tome.

Y díjeme a mí mismo: «No me engaño;

esta ciudad es Nápoles la ilustre,  
que yo pisé sus rúas más de un año;

de Italia gloria, y aun del mundo lustre,  
pues de cuantas ciudades él encierra,  
ninguna puede haber que así le ilustre:

apacible en la paz, dura en la guerra,  
madre de la abundancia y la nobleza,

de elíseos campos y agradable sierra.

Si váguidos no tengo de cabeza,  
paréceme que está mudada, en parte,  
de sitio, aunque en aumento de belleza.

¿Qué teatro es aquel, donde reparte  
con él cuanto contiene de hermosura  
la gala, la grandeza, industria y arte?

Sin duda, el sueño en mis pálpabras dura,<sup>[576]</sup>  
porque este es edificio imaginado,  
que excede a toda humana compostura».

Llegose en esto a mí disimulado  
un mi amigo, llamado Promontorio,  
mancebo en días, pero gran soldado.

Creció la admiración viendo notorio  
y palpable que en Nápoles estaba,  
espanto a los pasados acesorio.

Mi amigo tiernamente me abrazaba,  
y, con tenerme entre sus brazos, dijo  
que del estar yo allí mucho dudaba;

llamome padre, y yo llamele hijo;<sup>[577]</sup>  
quedó con esto la verdad en punto,  
que aquí puede llamarse punto fijo.

Díjome Promontorio: «Yo barrunto,  
padre, que algún gran caso a vuestras canas  
las trae tan lejos, ya semidifunto».

«En mis horas más frescas y tempranas  
esta tierra habité, hijo», le dije,  
«con fuerzas más bríosas y lozanas.

Pero la Voluntad, que a todos rige,  
digo el querer del cielo, me ha traído  
a parte que me alegra más que aflige».

Dijera más, sino que un gran rüido  
de pífaros, clarines y tambores  
me azoró el alma y alegró el oído;  
volví la vista al son, vi los mayores

aparatos de fiesta que vio Roma  
en sus felices tiempos y mejores.

Dijo mi amigo: «Aquel que ves que asoma  
por aquella montaña contrahecha,  
cuyo brío al de Marte oprime y doma,

es un alto sujeto que deshecha  
tiene a la Envidia en rabia, porque pisa  
de la virtud la senda más derecha;  
de gravedad y condición tan lisa,  
que suspende y alegra a un mismo instante,

y con su aviso al mismo aviso avisa.

Mas quiero, antes que pases adelante  
en ver lo que verás, si estás atento,  
darte del caso relación bastante.

Será don Juan de Tasis de mi cuento  
principio, por que sea memorable,  
y lleguen mis palabras a mi intento.

Este varón, en liberal notable,  
que una mediana villa le hace conde,  
siendo rey en sus obras admirable;<sup>[578]</sup>

este, que sus haberes nunca esconde,  
pues siempre las reparte o las derrama,<sup>[579]</sup>  
ya sepa adónde, o ya no sepa adónde;

este, a quien tiene tan en fil la fama<sup>[580]</sup>  
puesta la alteza de su nombre claro,

que liberal y pródigo le llama,

quiso, pródigo aquí y allí no avaro,  
primer mantenedor ser de un torneo  
que a fiestas sobrehumanas le comparo.

Responden sus grandezas al deseo  
que tiene de mostrarse alegre, viendo  
de España y Francia el regio himineo;<sup>[581]</sup>

y este que escuchas, duro, alegre estruendo,  
es señal que el torneo se comienza,

que admira por lo rico y estupendo.

Arquímedes el grande se avergüenza<sup>[582]</sup>  
de ver que este teatro milagroso  
su ingenio apoque y a sus trazas venza.

Digo, pues, que el mancebo generoso  
que allí deciende, de encarnado y plata,

sobre todo mortal curso brioso,  
es el conde de Lemos, que dilata<sup>[583]</sup>

su fama con sus obras por el mundo,  
y que lleguen al cielo en tierra trata;  
y, aunque sale el primero, es el segundo

mantenedor, y en buena cortesía  
esta ventaja califico y fundo.

El duque de Nocera, luz y guía<sup>[584]</sup>  
del arte militar, es el tercero  
mantenedor de este festivo día.

El cuarto, que pudiera ser primero,  
es de Santelmo el fuerte castellano,  
que al mismo Marte en el valor prefiero.<sup>[585]</sup>

El quinto es otro Eneas el troyano,  
Arrociolo, que gana en ser valiente<sup>[586]</sup>

al que fue verdadero, por la mano».

El gran concurso y número de gente  
estorbó que adelante prosiguiese  
la comenzada relación prudente;  
por esto le pedí que me pusiese  
adonde sin ningún impedimento  
el gran progreso de las fiestas viese;  
porque luego me vino al pensamiento  
de ponerlas en verso numeroso,  
favorecido del febeo aliento.

Hízolo así, y yo vi lo que no oso  
pensar, no que decir, que aquí se acorta  
la lengua y el ingenio más curioso.

Que se pase en silencio es lo que importa,  
y que la admiración supla esta falta,  
el mismo grandioso caso exhorta,

puesto que después supe que con alta  
magnífica elegancia y milagrosa,  
donde ni sobra punto ni le falta,  
el curioso don Juan de Oquina en prosa<sup>[587]</sup>

la puso y dio a la estampa para gloria  
de nuestra edad, por esto venturosa.

Ni en fabulosa o verdadera historia  
se halla que otras fiestas hayan sido  
ni puedan ser más dignas de memoria.

Desde allí, y no sé cómo, fui traído  
adonde vi al gran duque de Pastrana<sup>[588]</sup>  
mil parabienes dar de bienvenido,  
y que la fama, en la verdad ufana,  
contaba que agradó con su presencia

y con su cortesía sobrehumana;  
que fue nuevo Alejandro en la excelencia  
del dar, que satisfizo a todo cuanto<sup>[589]</sup>  
puede mostrar real magnificencia.

Colmo de admiración, lleno de espanto,  
entré en Madrid en traje de romero,  
que es granjería el parecer ser santo;  
y desde lejos me quitó el sombrero<sup>[590]</sup>  
el famoso Acevedo, y dijo: «A Dio,<sup>[591]</sup>  
*voi siate il ben venuto, cavaliero.*

*So parlar zenoese, e tusco anch'io*». <sup>[592]</sup>  
Y respondí: «*La vostra signoria  
sia la ben trovata, patron mio*».

Topé a Luis Vélez, lustre y alegría<sup>[593]</sup>  
y discreción del trato cortesano,  
y abracele en la calle a mediodía.

El pecho, el alma, el corazón, la mano  
di a Pedro de Morales, y un abrazo,<sup>[594]</sup>  
y alegre recibí a Justiniano.<sup>[595]</sup>

Al volver de una esquina sentí un brazo  
que el cuello me ceñía, miré cuyo,<sup>[596]</sup>  
y más que gusto me causó embarazo,  
por ser uno de aquellos (no rehúyo

decirlo) que al contrario se pasaron,  
llevados del cobarde intento suyo;

otros dos al del Layo se llegaron,<sup>[597]</sup>  
y con la risa falsa del conejo  
y con muchas zalemas me hablaron.<sup>[598]</sup>

Yo, socarrón; yo, poetón ya viejo,  
volviles a lo tierno las saludes,

sin mostrar mal talante o sobrecejo.

No dudes, ¡oh lector caro!, no dudes,  
sino que suele el disimulo a veces<sup>[599]</sup>  
servir de aumento a las demás virtudes;

dínoslo tú, David, que, aunque pareces

loco en poder de Aquís, de tu cordura,  
fingiendo el loco, la grandeza ofreces.<sup>[600]</sup>

Dejelos, esperando coyuntura  
y ocasión más secreta para dalles  
vejamen de su miedo o su locura.

Si encontraba poetas por las calles,  
me ponía a pensar si eran de aquellos  
hüidos, y pasaba sin hablalles.

Poníanseme yertos los cabellos  
de temor no encontrase algún poeta,

de tantos que no pude conocellos,

que, con puñal buido o con secreta<sup>[601]</sup>  
almarada me hiciese un abujero<sup>[602]</sup>  
que fuese al corazón por vía recta,

aunque no es este el premio que yo espero  
de la fama que a tantos he adquerido  
con alma grata y corazón sincero.

Un cierto mancebito cuellierguido,<sup>[603]</sup>  
en profesión poeta, y en el traje  
a mil leguas por godó conocido,

lleno de presunción y de coraje  
me dijo: «Bien sé yo, señor Cervantes,  
que puedo ser poeta, aunque soy paje.

Cargastes de poetas ignorantes,  
y dejástesme a mí, que ver deseo

del Parnaso las fuentes elegantes;  
que caducáis sin duda alguna creo.  
¿Creo? No digo bien; mejor diría  
que toco esta verdad y que la veo».

Otro, que, al parecer, de argentería,  
de nácar, de cristal, de perlas y oro  
sus infinitos versos componía,  
me dijo, bravo cual corrido toro:  
«No sé yo para qué nadie me puso  
en lista con tan bárbaro decoro».

«Así el discreto Apolo lo dispuso»,  
a los dos respondí, «y en este hecho,  
de ignorancia o malicia no me acuso».

Fuime con esto, y, lleno de despecho,  
busqué mi antigua y lóbrega posada,  
y arrojeme molido sobre el lecho;  
que cansa, cuando es larga, una jornada.

## ADJUNTA AL *PARNASO*

Algunos días estuve reparándome<sup>[604]</sup> de tan largo viaje, al cabo de los cuales salí a ver y a ser visto, y a recibir parabienes de mis amigos y malas vistas de mis enemigos; que, puesto que pienso que no tengo ninguno, todavía no me aseguro de la común suerte.

Sucedió, pues, que, saliendo una mañana del monesterio de Atocha, se llegó a mí un mancebo, al parecer de veinte y cuatro años, poco más o menos, todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgaranes,<sup>[605]</sup> pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de otro Adlante. Hijos de este cuello eran dos puños chatos, que, comenzando de las muñecas, subían y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecía que iban a dar asalto a las barbas. No he visto yo yedra tan codiciosa de subir desde el pie de la muralla donde se arrima hasta las almenas, como el ahínco que llevaban estos puños a ir a darse de puñadas con los codos.<sup>[606]</sup> Finalmente, la exorbitancia del cuello y puños era tal, que en el cuello se escondía y sepultaba el rostro y en los puños los brazos.

Digo, pues, que el tal mancebo se llegó a mí, y con voz grave y reposada me dijo:

—¿Es, por ventura, vuesa merced el señor Miguel de Cervantes Saavedra, el que ha pocos días que vino del Parnaso?

A esta pregunta creo, sin duda, que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé y dije entre mí: «¿Si es este alguno de los poetas que puse o dejé de poner en mi *Viaje*, y viene ahora a darme el pago que él se imagina se me debe?». Pero, sacando fuerzas de flaqueza, le respondí:

—Yo, señor, soy el mesmo que vuesa merced dice; ¿qué es lo que se me manda?

Él, luego en oyendo esto, abrió los brazos y me los echó al cuello, y sin duda me besara en la frente si la grandeza del cuello no lo impidiera, y díjome:

—Vuesa merced, señor Cervantes, me tenga por su servidor y por su amigo, porque ha muchos días que le soy muy aficionado, así por sus obras como por la fama de su apacible condición.

Oyendo lo cual, respiré, y los espíritus,<sup>[607]</sup> que andaban alborotados, se sosegaron; y, abrazándole yo también, con recato de no ahajarle el cuello, le dije:

—Yo no conozco a vuesa merced si no es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce que vuesa merced es muy discreto y muy principal: calidades que obligan a tener en veneración a la persona que las tiene.

Con estas pasamos otras corteses razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y, de lance en lance, me dijo:

—Vuesa merced sabrá, señor Cervantes, que yo, por la gracia de Apolo, soy poeta, o lo menos deseo serlo, y mi nombre es Pancraccio de Roncesvalles.

MIGUEL. —Nunca tal creyera, si vuesa merced no me lo hubiera dicho por su mesma boca.

PANCRACIO. —Pues, ¿por qué no lo creyera vuesa merced?

MIGUEL. —Porque los poetas por maravilla andan tan atildados como vuesa merced, y es la causa que, como son de ingenio tan altaneros y remontados, antes atienden a las cosas del espíritu que a las del cuerpo.

—Yo, señor —dijo él—, soy mozo, soy rico y soy enamorado; partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la poesía. Por la mocedad, tengo brío; con la riqueza, con qué mostrarle; y con el amor, con qué no parecer descuidado.

—Las tres partes del camino —le dije yo— se tiene vuesa merced andadas para llegar a ser buen poeta.

PANCRACIO. —¿Cuáles son?

MIGUEL. —La de la riqueza y la del amor. Porque los partos de los partos<sup>[608]</sup> de la persona rica y enamorada son asombros de la avaricia y estímulos de la liberalidad, y en el poeta pobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame vuesa merced,<sup>[609]</sup> por su vida: ¿de qué suerte de menestra poética gasta o gusta más?

A lo que respondió:

—No entiendo eso de *menestra poética*.

MIGUEL. —Quiero decir que a qué género de poesía es vuesa merced más inclinado: ¿al lírico, al heroico o al cómico?

—A todos estilos me amaño —respondió él—; pero en el que más me ocupo es en el cómico.

MIGUEL. —De esa manera, habrá vuesa merced compuesto algunas comedias.

PANCRACIO. —Muchas; pero sola una se ha representado.

MIGUEL. —¿Pareció bien?

PANCRACIO. —Al vulgo, no.

MIGUEL. —¿Y a los discretos?

PANCRACIO. —Tampoco.

MIGUEL. —¿La causa?

PANCRACIO. —La causa fue que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos y desmayada en la invención.

—Tachas son esas —respondí yo— que pudieran hacer parecer mal a las del mismo Plauto.

—Y más —dijo él—, que no pudieron juzgalla, porque no la dejaron acabar, según la gritaron. Con todo esto, la echó el autor para otro día; pero, porfiar que porfiar, cinco personas vinieron apenas.

—Créame vuesa merced —dije yo— que las comedias tienen días, como algunas mujeres hermosas; y que esto de acertarlas bien va tanto en la ventura como en el ingenio: comedia he visto yo apedreada en Madrid que la han laureado en Toledo, y no por esta primer desgracia deje vuesa merced de proseguir en componerlas, que podrá ser que, cuando menos lo piense, acierte con alguna que le dé crédito y dineros.

—De los dineros no hago caso —respondió él—: más preciaría la fama que cuanto hay. Porque es cosa de grandísimo gusto y de no menos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos, y estar el poeta que la compuso a la puerta del teatro recibiendo parabienes de todos.

—Sus descuentos tienen esas alegrías<sup>[610]</sup> —le dije yo—; que tal vez suele ser la comedia tan pésima, que no hay quien alce los ojos a mirar al poeta, ni aun él para cuatro calles del coliseo,<sup>[611]</sup> ni aun los alzan los que la recitaron, avergonzados y corridos de haberse engañado y escogídola por buena.

—¿Y vuesa merced, señor Cervantes —dijo él—, ha sido aficionado a la carátula? ¿Ha compuesto alguna comedia?

—Sí —dije yo—, muchas; y, a no ser mías, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron *Los tratos de Argel*, *La Numancia*, *La gran turquesca*, *La batalla naval*, *La Jerusalem*, *La Amaranta o la del mayo*, *El bosque amoroso*, *La única* y *La bizarra Arsinda*, y otras muchas de que no me acuerdo. Mas la que yo más estimo y de la que más me precio fue y es de una llamada *La confusa*,<sup>[612]</sup> la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores.

PANCRACIO. —¿Y agora tiene vuesa merced algunas?

MIGUEL. —Seis tengo, con otros seis entremeses.

PANCRACIO. —Pues, ¿por qué no se representan?

MIGUEL. —Porque ni los autores me buscan,<sup>[613]</sup> ni yo los voy a buscar a ellos.

PANCRACIO. —No deben de saber que vuesa merced las tiene.

MIGUEL. —Sí saben; pero, como tienen sus poetas paniaguados y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo. Pero yo pienso darlas a la estampa, para que se vea despacio lo que pasa apriesa y se disimula, o no se entiende, cuando las representan. Y las comedias tienen sus sazones y tiempos, como los cantares.

Aquí llegábamos con nuestra plática, cuando Pancracio puso la mano en el seno y sacó de él una carta con su cubierta,<sup>[614]</sup> y, besándola, me la puso en la mano. Leí el sobrescrito<sup>[615]</sup> y vi que decía de esta manera: «A Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas, frontero de las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos, en Madrid. Al porte, medio real, digo, diecisiete maravedís».

Escandalizome el porte, y de la declaración del medio real, digo diecisiete; y, volviéndosela, le dije:

—Estando yo en Valladolid, llevaron una carta a mi casa para mí, con un real de porte; recibíola y pagó el porte una sobrina mía, que nunca ella le pagara; pero diome por disculpa que muchas veces me había oído decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico y en el porte de las cartas, ora sean de amigos o de enemigos; que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algún indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal de *Don Quijote*;

y de lo que me pesó fue del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte. Así que, si vuesa merced le quiere llevar de esta, bien se la puede volver; que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide.

Riose muy de gana el señor Roncesvalles, y díjome:

—Aunque soy poeta, no soy tan mísero que me aficionen diez y siete maravedís. Advierta vuesa merced, señor Cervantes, que esta carta por lo menos es del mismo Apolo: él la escribió no ha veinte días en el Parnaso, y me la dio para que a vuesa merced la diese. Vuesa merced la lea, que yo sé que le ha de dar gusto.

—Haré lo que vuesa merced me manda —respondí yo—, pero quiero que, antes de leerla, vuesa merced me la haga de decirme cómo, cuándo y a qué fue al Parnaso.

Y él respondió:

—Cómo fui, fue por mar, y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona; cuándo fui, fue seis días después de la batalla que se dio entre los buenos y los malos poetas; a qué fui, fue a hallarme en ella, por obligarme a ello la profesión mía.

—A buen seguro —dije yo— que fueron vuestras mercedes bien recibidos del señor Apolo.

PANCRACIO. —Sí fuimos, aunque le hallamos muy ocupado a él y a las señoras Piérides,<sup>[616]</sup> arando y sembrando de sal todo aquel término del campo donde se dio la batalla. Preguntele para qué se hacía aquello, y respondiome que, así como de los dientes de la serpiente de Cadmo habían nacido hombres armados,<sup>[617]</sup> y de cada cabeza cortada de la Hidra que mató Hércules habían renacido otras siete,<sup>[618]</sup> y de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se había llenado de serpientes toda la Libia,<sup>[619]</sup> de la misma manera, de la sangre podrida de los malos poetas que en aquel sitio habían sido muertos comenzaban a nacer, del tamaño de ratones, otros poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente; y que por esto se araba aquel lugar y se sembraba de sal, como si fuera casa de traidores.

En oyendo esto, abrí luego la carta y vi que decía:

## APOLO DÉLFICO A MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA SALUD

El señor Pancracio Roncesvalles, llevador de esta, dirá a vuesa merced, señor Miguel de Cervantes, en qué me halló ocupado el día que llegó a verme con sus amigos. Y yo digo que estoy muy quejoso de la descortesía que conmigo se usó en partirse vuesa merced de este monte sin despedirse de mí ni de mis hijas, sabiendo cuánto le soy aficionado, y las Musas por el consiguiente; pero si se me da por disculpa que le llevó el deseo de ver a su mecenas el gran conde de Lemos, en las fiestas famosas de Nápoles, yo la acepto y le perdono.

Después que vuesa merced partió de este lugar, me han sucedido muchas desgracias y me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir y acabar los poetas que iban naciendo de la sangre de los

malos que aquí murieron; aunque ya, gracias al cielo y a mi industria, este daño está remediado.

No sé si del ruido de la batalla o del vapor que arrojó de sí la tierra empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos váguidos de cabeza, que verdaderamente me tienen como tonto, y no acierto a escribir cosa que sea de gusto ni de provecho; así, si vuesa merced viere por allá que algunos poetas, aunque sean de los más famosos, escriben y componen impertinencias y cosas de poco fruto, no los culpe ni los tenga en menos, sino que disimule con ellos; que, pues yo, que soy el padre y el inventor de la poesía, deliro y parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

Envío a vuesa merced unos privilegios, ordenanzas y advertimientos tocantes a los poetas; vuesa merced los haga guardar y cumplir al pie de la letra, que para todo ello doy a vuesa merced mi poder cumplido, cuanto de derecho se requiere.

Entre los poetas que aquí vinieron con el señor Pancracio Roncesvalles,<sup>[620]</sup> se quejaron algunos de que no iban en la lista de los que Mercurio llevó a España, y que así, vuesa merced no los había puesto en su *Viaje*. Yo les dije que la culpa era mía y no de vuesa merced; pero que el remedio de este daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras, que ellas por sí mismas les darían fama y claro renombre, sin andar mendigando ajenas alabanzas.

De mano en mano, si se ofreciere ocasión de mensajero, iré enviando más privilegios y avisando de lo que en este monte pasare. Vuesa merced haga lo mismo, avisándome de su salud y de la de todos los amigos.

Al famoso Vincente Espinel dará vuesa merced mis encomiendas, como a uno de los más antiguos y verdaderos amigos que yo tengo.

Si don Francisco de Quevedo no hubiere partido para venir a Sicilia, donde le esperan, tóquele vuesa merced la mano, y dígame que no deje de llegar a verme, pues estaremos tan cerca; que cuando aquí vino, por la súbita partida, no tuve lugar de hablarle.

Si vuesa merced encontrare por allá algún tráfuga de los veinte que se pasaron al bando contrario, no les diga nada, ni los aflija; que harta mala ventura tienen, pues son como demonios, que se llevan la pena y la confusión con ellos mismos doquiera que vayan.

Vuesa merced tenga cuenta con su salud, y mire por sí, y guárdese de mí, especialmente en los caniculares; que, aunque le soy amigo, en tales días no va en mi mano, ni miro en obligaciones ni en amistades.

Al señor Pancracio Roncesvalles téngale vuesa merced por amigo, y comuníquelo; y pues es rico, no se le dé nada que sea mal poeta.

Y con esto, nuestro Señor guarde a vuesa merced como puede y yo deseo.

Del Parnaso, a 22 de julio, el día que me calzo las espuelas para subirme sobre la Canícula, 1614.

*Servidor de vuesa merced,  
Apolo Lúcido.*

En acabando la carta, vi que en un papel aparte venía escrito:

## PRIVILEGIOS, ORDENANZAS Y ADVERTENCIAS QUE APOLO ENVÍA A LOS POETAS ESPAÑOLES

Es el primero, que algunos poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas como por la fama de sus versos.

Ítem, que si algún poeta dijere que es pobre, sea luego creído por su simple palabra, sin otro juramento o averiguación alguna.

Ordénase que todo poeta sea de blanda y de suave condición, y que no mire en puntos, aunque los traiga sueltos en sus medias.

Ítem, que si algún poeta llegare a casa de algún su amigo o conocido, y estuvieren comiendo, y le convidare, que, aunque él jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande.

Ítem, que el más pobre poeta del mundo, como no sea de los Adanes y Matusalenes, pueda decir que es

enamorado, aunque no lo esté, y poner el nombre a su dama como más le viniere a cuento: ora llamándola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Filis, ora Fílida, o ya Juana Téllez, o como más gustare, sin que de esto se le pueda pedir ni pida razón alguna.

Ítem, se ordena que todo poeta, de cualquiera calidad y condición que sea, sea tenido y le tengan por hijodalgo, en razón del generoso ejercicio en que se ocupa, como son tenidos por cristianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Ítem, se advierte que ningún poeta sea osado de escribir versos en alabanzas de príncipes y señores, por ser mi intención y advertida voluntad que la lisonja ni la adulación no atraviesen los umbrales de mi casa.

Ítem, que todo poeta cómico que felizmente hubiere sacado a luz tres comedias, pueda entrar sin pagar en los teatros, si ya no fuere la limosna de la segunda puerta, y aun esta, si pudiere ser, la escuse.

Ítem, se advierte que si algún poeta quisiere dar a la estampa algún libro que él hubiere compuesto, no se dé a entender que por dirigirle a algún monarca el tal libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adobará la dirección, aunque sea hecha al prior de Guadalupe.

Ítem, se advierte que todo poeta no se desprecie de decir que lo es; que si fuere bueno, será digno de alabanza; y si malo, no faltará quien lo alabe; que cuando nace la escoba, etc.<sup>[621]</sup>

Ítem, que todo buen poeta pueda disponer de mí y de lo que hay en el cielo a su beneplácito; conviene a saber: que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar y aplicar a los cabellos de su dama, y hacer dos soles sus ojos, que conmigo serán tres, y así andará el mundo más alumbrado; y de las estrellas, signos y planetas puede servirse de modo que, cuando menos lo piense, la tenga hecha una esfera celeste.

Ítem, que todo poeta a quien sus versos le hubieren dado a entender que lo es, se estime y tenga en mucho, ateniéndose a aquel refrán: «Ruin sea el que por ruin se tiene».

Ítem, se ordena que ningún poeta grave haga corrillo en lugares públicos recitando sus versos; que los que son buenos, en las aulas de Atenas se habían de recitar, que no en las plazas.

Ítem, se da por aviso particular que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos traviosos y llorones, los pueda amenazar y espantar con el coco, diciéndoles: «Guardaos, niños, que viene el poeta fulano, que os echará con sus malos versos en la sima de Cabra o en el pozo Airón».

Ítem, que los días de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.

Ítem, se ordena que todo poeta que diere en ser espadachín, valentón y arrojado, por aquella parte de la valentía se le desague y vaya la fama que podía alcanzar por sus buenos versos.

Ítem, se advierte que no ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare algún verso ajeno y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladrón es como Caco.

Ítem, que todo buen poeta, aunque no haya compuesto poema heroico, ni sacado al teatro del mundo obras grandes, con cualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de divino, como le alcanzaron Garcilaso de la Vega, Francisco de Figueroa, el capitán Francisco de Aldana y Hernando de Herrera.

Ítem, se da aviso que si algún poeta fuere favorecido de algún príncipe, ni le visite a menudo ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua,<sup>[622]</sup> la tendrá de alimentar a un poeta, por sabandija que sea.

En suma, estos fueron los privilegios, advertencias y ordenanzas que Apolo me envió y el señor Pancracio de Roncesvalles me trujo, con quien quedé en mucha amistad; y los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la respuesta al señor Apolo, con las nuevas de esta Corte. Darase noticia del día, para que todos sus aficionados le escriban.

# Otras poesías

[I]<sup>[1]</sup>

Serenísima Reina, en quien se halla  
lo que Dios pudo dar a un ser humano;  
amparo universal del ser cristiano,  
de quien la santa fama nunca calla;  
arma feliz, de cuya fina malla

se viste el gran Felipe soberano,  
ínclito rey del ancho suelo hispano,  
a quien fortuna y mundo se avasalla.

¿Cuál ingenio podría aventurarse  
a pregonar el bien que estás mostrando,  
si ya en divino viese convertirse?

Que, en ser mortal, habrá de acobardarse,  
y así le va mejor sentir callando  
aquello que es difícil de decirse.

[II]<sup>[2]</sup>

Aquí el valor de la española tierra;  
aquí la flor de la francesa gente;  
aquí quien concordó lo diferente,  
de oliva coronando aquella guerra;<sup>[3]</sup>  
aquí, en pequeño espacio, veis se encierra

nuestro claro lucero de occidente,  
aquí yace enterrada la excelente  
causa que nuestro bien todo destierra.

¡Mirad quién es el mundo y su pujanza,  
y cómo, de la más alegre vida,

la muerte lleva siempre la victoria!

También mirad la bienaventuranza  
que goza nuestra reina esclarecida  
en el eterno reino de la gloria.

[III]<sup>[4]</sup>

Cuando dejaba la guerra  
libre nuestro hispano suelo,  
con un repentino vuelo,  
la mejor flor de la tierra  
fue trasplantada en el cielo.

Y, al cortarla de su rama,  
el mortífero accidente  
fue tan oculto a la gente,  
como el que no ve la llama  
hasta que quemar se siente.

[IV]<sup>[5]</sup>

Cuando un estado dichoso  
esperaba nuestra suerte,  
bien como ladrón famoso,  
vino la invencible muerte,<sup>[6]</sup>  
a robar nuestro reposo.

Y metió tanto la mano  
aqueste fiero tirano,  
por orden del alto cielo,  
que nos llevó de este suelo  
el valor del ser humano.

¡Cuán amarga es tu memoria,  
oh dura y terrible faz!  
Pero, en aquesta victoria,  
si llevaste nuestra paz,  
fue para darte más gloria.

Y aunque el dolor nos desvela,  
una cosa nos consuela:  
ver que al reino soberano  
ha dado un vuelo temprano  
nuestra muy cara Isabela.

Una alma tan limpia y bella,  
tan enemiga de engaños,<sup>[7]</sup>  
¿qué pudo merecer ella,  
para que, en tan tiernos años,

dejase el mundo de vella?

Dirás, muerte, en quien se encierra  
la causa de nuestra guerra,  
para nuestro desconsuelo,  
que, cosas que son del cielo,  
no las merece la tierra.

Tanto de punto subiste  
en el amor que mostraste,  
que, ya que al cielo te fuiste,  
en la tierra nos dejaste  
las prendas que más quesiste.

¡Oh Isabela Eugenia Clara,  
Catalina, a todos cara,  
claros luceros los dos!<sup>[8]</sup>  
¡No quiera y permita Dios  
se os muestre fortuna avara!

[V]<sup>[9]</sup>

¿A quién irá mi doloroso canto,  
o en cuya oreja sonará su acento,  
que no deshaga el corazón en llanto?

A ti, gran Cardenal, yo le presento,  
pues vemos te ha cabido tanta parte  
del hado secutivo violento.<sup>[10]</sup>

Aquí verás que el bien no tiene parte:  
todo es dolor, tristeza y desconsuelo  
lo que en mi triste canto se reparte.

¡Quién dijera, señor, que un solo vuelo  
de una ánima beata al alta cumbre<sup>[11]</sup>  
pusiera en confusion al bajo suelo!

Mas ¡ay! que yaze muerta nuestra lumbre;  
el alma goza de perpetua gloria,  
y el cuerpo de terrena pesadumbre.

No se pase, señor, de tu memoria  
cómo en un punto la invincible muerte  
lleva de nuestras vidas la victoria.

Al tiempo que esperaba nuestra suerte  
poderse mejorar, la santa mano  
mostró por nuestro mal su furia fuerte.

Entristeció a la tierra su verano,  
secó su paraíso fresco y tierno,  
el ornato anubló del ser cristiano.

Volvió la primavera en frío invierno,  
trocó en pesar su gusto y alegría,  
tornó de arriba abajo su gobierno.

Pasose ya aquel ser que ser solía  
a nuestra oscuridad claro lucero,  
sosiego del antigua tiranía.

A más andar el término postrero  
llegó, que dividió con furia insana  
del alma sancta el corazón sincero.

Cuando ya nos venía la temprana  
dulce fruta del árbol deseado,  
vino sobre él la frígida mañana.

¿Quién detuvo el poder de Marte airado,  
que no pasase más el alto monte,  
con prisiones de nieve aherrojado?<sup>[12]</sup>

No pisará ya más nuestro horizonte,  
que a los Campos Elíseos es llevada,<sup>[13]</sup>  
sin ver la oscura barca de Caronte.<sup>[14]</sup>  
A ti, fiel pastor de la manada  
Seguntina, es justo y te conviene<sup>[15]</sup>  
aligerarnos carga tan pesada.

Mira el dolor que el gran Filipo tiene.  
Allí tu discreción muestre el alteza  
que en tu divino ingenio se contiene.

Bien sé que le dirás que, a la bajeza  
de nuestra humanidad, es cosa cierta  
no tener solo un punto de firmeza.

Y que si yace su esperanza muerta,  
y el dolor vida y alma le lastima,  
que, a do la cierra, Dios abre otra puerta.

Mas ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima  
algún tanto sus lágrimas cansadas,

si una prenda perdió de tanta estima?

Y más si considera las amadas  
prendas que le dejó en la dulce vida,  
y con su amarga muerte lastimadas.

Alma bella, del cielo merecida,  
¡mira cuál queda el miserable suelo,  
sin la luz de tu vista esclarecida!

Verás que en árbol verde no hace vuelo  
el ave más alegre, antes ofrece

en su amoroso canto triste duelo.

Contino en grave llanto se anochece  
el triste día que te imaginamos  
con aquella virtud que no perece.

Mas de este imaginar nos consolamos,  
en ver que merecieron tus deseos  
que goces ya del bien que deseamos.

Acá nos quedarán por tus trofeos,  
tu cristiandad, valor, y gracia estraña,  
de alma sancta, sanctísimos arreos.<sup>[16]</sup>

De hoy más, la sola y afligida España,  
cuando más sus clamores levantare  
al sumo hacedor, y alta compañía,  
cuando más por salud le importunare  
al término postrero que perezca,

y en el último trance se hallare,  
solo podrá pedirle que le ofrezca  
otra paz, otro amparo, otra ventura,  
que en obras y virtudes le parezca.

El vano confiar y la hermosura  
¿de qué nos sirve, si en pequeño instante  
damos en manos de la sepultura?

Aquel firme esperar, santo, y constante,  
que concede a la fe su cierto asiento,  
y a la querida hermana ir adelante,

adonde mora Dios, en su aposento  
nos puede dar lugar dulce y sabroso,  
libre de tempestad y humano viento.

Aquí, señor, el último reposo

no puede perturbarse, ni la vida  
temer más otro trance doloroso.

Aquí con nuevo ser es conducida,<sup>[17]</sup>  
entre las almas del inmenso coro,  
nuestra Isabela, reina esclarecida.

Con tal sinceridad guardó el decoro  
do al precepto divino más se aspira,  
que merece gozar de tal tesoro.

¡Ay muerte! ¿Contra quién, tu amarga ira  
quesiste ejecutar para templarme  
con profundo dolor mi triste lira?

Si no os cansáis, señor, ya de escucharme,  
anudaré de nuevo el roto hilo,<sup>[18]</sup>  
que la ocasión es tal, que ha de esforzarme.

Lágrimas pediré al corriente Nilo;  
un nuevo corazón, al alto cielo;

y a las más tristes Musas, triste estilo.

Diré que al duro mal, al grave duelo  
que a España en brazos de la muerte tiene,  
no quiso Dios dejarle sin consuelo.

Dejole al gran Filipo, que sostiene,  
cual firme basa, al alto firmamento,  
el bien o desventura que le viene.

De aquesto vos lleváis el vencimiento,  
pues deja en vuestros hombros él la carga  
del cielo y de la tierra, y pensamiento.

La vida, que en la vuestra ansí se encarga,  
muy bien puede vivir leda y segura,<sup>[19]</sup>  
pues de tanto cuidado se descarga.

Gozando como goza tal ventura  
el gran señor del ancho suelo hispano,  
su mal es menos, y nuestra desventura.<sup>[20]</sup>

Si el ánimo real, si el soberano  
tesoro le robó en un solo día  
la muerte airada con esquiva mano,  
regalos son que el sumo Dios envía  
a aquel que ya le tiene aparejado  
sublime asiento en la alta hierarquía.

Quien goza quietud siempre en su estado,  
y el efecto le acude a la esperanza,  
y a lo que quiere nada le es trocado,

arguyese que poca confianza  
se puede tener de él, que goce y vea  
con claros ojos bienaventuranza.

Cuando más favorable el mundo sea,  
cuando nos ría el bien todo delante

y venga al corazón lo que desea,

tiénese de esperar que en un instante  
dará con ello la fortuna en tierra,  
que no fue ni será jamás constante.

Y aquel que no ha gustado de la guerra,  
a do se aflige el cuerpo y la memoria,  
parece Dios del cielo le destierra;<sup>[21]</sup>

porque no se coronan en la gloria,  
si no es los capitanes valerosos,  
que llevan de sí mismos la victoria.

Los amargos suspiros dolorosos,  
las lágrimas sin cuento que ha vertido,  
¿quién nos puede en su vista hacer dichosos?<sup>[22]</sup>

El perder a su hijo tan querido,  
aquel mirarse y verse cual se halla

de todo su placer desposeído,

¿qué se puede decir, sino batalla  
adonde le hemos visto siempre armado  
con la paciencia, que es muy fina malla?

Del alto cielo ha sido consolado  
con concederle acá vuestra persona,  
que mira por su honra y por su estado.

De aquí saldrá a gozar de una corona  
más rica, más preciosa, y muy más clara  
que la que ciñe al hijo de Latona.<sup>[23]</sup>

Con él vuestra virtud, al mundo rara,  
se tiene de estender de gente en gente,  
sin poderlo estorbar fortuna avara.

Resonará el valor tan excelente<sup>[24]</sup>  
que os ciñe, cubre, ampara y os rodea,

de donde sale el sol hasta occidente.

Y allá en el alto alcázar do se pasea<sup>[25]</sup>  
en mil contentos nuestra reina amada,  
si puede desear, solo desea<sup>[26]</sup>  
que sea por mil siglos levantada

una grandeza, pues que se engrandece  
el valor de su prenda deseada.

Que en vuestro poderío se parece  
del católico rey la suma alteza,  
que desde un polo al otro resplandece.<sup>[27]</sup>

De hoy más deje del llanto la fiereza  
el afligida España, levantando  
con verde lauro hornada la cabeza.

Que, mientras fuere el cielo mejorando  
del soberano rey la larga vida,

no es bien que se consuma lamentando.

Y, en tanto que arribare a la subida  
de la inmortalidad vuestra alma pura,  
no se entregue al dolor tan de corrida,  
y más que el grave rostro de hermosura,

por cuya ausencia vive sin consuelo,  
goza de Dios en la celeste altura.

¡Oh trueco glorioso, oh santo celo,  
pues con gozar la tierra has merecido  
tender tus pasos por el alto cielo!<sup>[28]</sup>

Con esto cese el canto dolorido<sup>[29]</sup>  
magnánimo señor, que, por mal diestro,  
queda tan temeroso, y tan corrido,  
cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro.

[VI]<sup>[30]</sup>

¡Oh cuán claras señales habéis dado,  
alto Bartolomeo de Rufino,  
que de Parnaso y Ménalo el camino<sup>[31]</sup>  
habéis dichosamente paseado!

Del siempre verde lauro coronado

seréis, si yo no soy mal adivino,  
si ya vuestra fortuna y cruel destino  
os saca de tan triste y bajo estado.

Pues, libre de cadenas vuestra mano,  
reposando el ingenio, al alta cumbre  
os podéis levantar seguramente,  
oscureciendo al gran Livio romano,<sup>[32]</sup>  
dando de vuestras obras tanta lumbre,  
que bien merezca el lauro vuestra frente.

### [VII]<sup>[33]</sup>

Si así como de nuestro mal se canta  
en esta verdadera, clara historia,  
se oyera de cristianos la victoria,  
¿cuál fuera el fruto de esta rica planta?

Ansí cual es, al cielo se levanta,  
y es digna de inmortal, larga memoria,  
pues, libre de algún vicio y baja escoria,  
al alto ingenio admira, al bajo espanta.

Verdad, orden, estilo claro y llano,  
cual a perfecto historiador conviene,  
en esta breve suma está cifrado.

¡Felice ingenio! ¡Venturosa mano  
que, entre pesados hierros apretado,<sup>[34]</sup>  
tal arte y tal virtud en sí contiene!

### [VIII]<sup>[35]</sup>

Si el bajo son de la zampona mía,  
señor, a vuestro oído no ha llegado  
en tiempo que sonar mejor debía,

no ha sido por la falta de cuidado,  
sino por sobra del que me ha traído  
por estraños caminos desviado.

También, por no adquirirme de atrevido

el nombre odioso, la cansada mano  
ha encubierto las faltas del sentido.

Mas ya que el valor vuestro sobrehumano,  
de quien tiene noticia todo el suelo,  
la graciosa altivez, el trato llano,  
aniquilan el miedo y el recelo  
que ha tenido hasta aquí mi humilde pluma  
de no quereros descubrir su vuelo,

de vuestra alta bondad y virtud suma  
diré lo menos, que lo más no siento  
quien de cerrarlo en verso se presuma.

Aquel que os mira en el subido asiento  
do el humano favor puede encumbrarse,

y que no cesa el favorable viento,  
y él se ve entre las ondas anegarse  
del mar de la privanza, do procura,  
o por fas o por nefás, levantarse,  
¿quién duda que no dice «La ventura

ha dado en levantar este mancebo,  
hasta ponerle en la más alta altura:  
ayer le vimos inexperto y nuevo  
en las cosas que agora mide y trata  
tan bien, que tengo envidia y las apruebo»?

De esta manera se congoja y mata  
el envidioso, que la gloria ajena  
le destruye, marchita y desbarata.

Pero aquel que, con mente más serena,  
contempla vuestro trato y vida honrosa,

y el alma dentro, de virtudes llena,  
no la inconstante rueda presurosa  
de la falsa fortuna, suerte o hado,  
signo, ventura, estrella ni otra cosa  
dice que es causa que en el buen estado

que agora poseéis os haya puesto,  
con esperanza de más alto grado;

mas solo el modo del vivir honesto,  
la virtud escogida, que se muestra  
en vuestras obras y apacible gesto,

esta dice, señor, que os da su diestra  
y os tiene asido con sus fuertes lazos,  
y a más y a más subir siempre os adiestra.

¡Oh santos, oh agradables dulces brazos  
de la santa virtud, alma y divina,<sup>[36]</sup>

y santo quien recibe sus abrazos!

Quien con tal guía como vos camina,  
¿de qué se admira el ciego vulgo bajo,  
si a la silla más alta se avecina?

Y puesto que no hay cosa sin trabajo,  
quien va sin la virtud, va por rodeo,  
y el que la lleva, va por el atajo.

Si no me engaña la experiencia, creo  
que se ve mucha gente fatigada  
de un solo pensamiento y un deseo.

Pretenden más de dos llave dorada;  
muchos, un mismo cargo, y quién aspira  
a la fidelidad de una embajada.

Cada cual por sí mismo al blanco tira  
do asestan otros mil, y solo es uno  
cuya saeta dio do fue la mira.

Y este quizá que a nadie fue importuno,  
ni a la soberbia puerta del privado  
se halló, después de vísperas, ayuno,  
ni dio, ni tuvo a quien pedir prestado:

solo con la virtud se entretenía,  
y en Dios y en ella estaba confiado.

Vos sois, señor, por quien decir podría,  
y lo digo y diré sin estar mudo,  
que sola la virtud fue vuestra guía,

y que ella sola fue bastante y pudo  
levantaros al bien do estáis agora,  
privado humilde, de ambición desnudo.

¡Dichosa y felicísima la hora  
donde tuvo el real conocimiento

noticia del valor que anida y mora

en vuestro reposado entendimiento,  
cuya fidelidad, cuyo secreto,

es de vuestras virtudes el cimiento!

Por la senda y camino más perfeto

van vuestros pies, que es la que el medio tiene,  
y la que alaba el seso más discreto.

Quien por ella camina vemos viene  
a aquel dulce, süave paradero,  
que la felicidad en sí contiene.

Yo, que el camino más bajo y grosero  
he caminado en fría noche oscura,  
he dado en manos del atolladero,  
y en la esquivada prisión, amarga y dura,  
adonde agora quedo, estoy llorando

mi corta, infelicísima ventura,  
con quejas tierra y cielo importunando,  
con suspiros el aire escureciendo,  
con lágrimas el mar acrecentando.

Vida es esta, señor, do estoy muriendo,  
entre bárbara gente descreída,  
la mal lograda juventud perdiendo.<sup>[37]</sup>

No fue la causa aquí de mi venida,  
andar vagando por el mundo acaso,  
con la vergüenza y la razón perdida.

Diez años ha que tiendo y mudo el paso<sup>[38]</sup>  
en servicio del gran Filipo nuestro,  
ya con descanso, ya cansado y laso;<sup>[39]</sup>

y, en el dichoso día que, siniestro  
tanto fue el hado a la enemiga armada,  
cuanto a la nuestra favorable y diestro,  
de temor y de esfuerzo acompañada,  
presente estuvo mi persona al hecho,  
más de esperanza que de hierro armada.<sup>[40]</sup>

Vi el formado escuadrón roto y deshecho,  
y de bárbara gente y de cristiana  
rojo en mil partes de Neptuno el lecho;  
la muerte airada, con su furia insana,  
aquí y allí con priesa discurriendo,  
mostrándose a quién tarda, a quién temprana;  
el son confuso, el espantable estruendo,

los gestos de los tristes miserables  
que entre el fuego y el agua iban muriendo;

los profundos suspiros lamentables  
que los heridos pechos despedían,

maldiciendo sus hados detestables.

Helóseles la sangre que tenían,  
cuando, en el son de la trompeta nuestra,  
su daño y nuestra gloria conocían.

Con alta voz, de vencedora muestra,  
rompiendo el aire claro, el son mostraba  
ser vencedora la cristiana diestra.

A esta dulce sazón, yo, triste, estaba  
con la una mano de la espada asida,  
y sangre de la otra derramaba.

El pecho mío, de profunda herida  
sentía llagado, y la siniestra mano  
estaba por mil partes ya rompida.<sup>[41]</sup>

Pero el contento fue tan soberano  
que a mi alma llegó, viendo vencido  
el crudo pueblo infiel por el cristiano,  
que no echaba de ver si estaba herido,  
aunque era tan mortal mi sentimiento,  
que a veces me quitó todo el sentido.

Y en mi propia cabeza el escarmiento  
no me pudo estorbar que, el segundo año,  
no me pusiese a discreción del viento;<sup>[42]</sup>

y al bárbaro, medroso, pueblo extraño,  
vi recogido, triste, amedrentado,  
y con causa temiendo de su daño;

y al reino tan antiguo y celebrado,  
a do la hermosa Dido fue rendida  
al querer del troyano desterrado,<sup>[43]</sup>

también, vertiendo sangre aún la herida  
mayor, con otras dos, quise hallarme,

por ver ir la morisma de vencida.

¡Dios sabe si quisiera allí quedarme  
con los que allí quedaron esforzados,  
y perderme con ellos, o ganarme!<sup>[44]</sup>

Pero mis cortos, implacables hados,  
en tan honrosa empresa no quisieron  
que acabase la vida y los cuidados,  
y, al fin, por los cabellos me trujeron  
a ser vencido por la valentía  
de aquellos que después no la tuvieron.

En la galera *Sol*, que escurecía  
mi ventura su luz, a pesar mío,  
fue la pérdida de otros y la mía.<sup>[45]</sup>

Valor mostramos al principio y brío;  
pero después, con la experiencia amarga,  
conocimos ser todo desvarío.

Sentí de ajeno yugo la gran carga,  
y en las manos sacrílegas malditas  
dos años ha que mi dolor se alarga.<sup>[46]</sup>

Bien sé que mis maldades infinitas,  
y la poca atrición que en mí se encierra,  
me tiene entre estos falsos ismaelitas.<sup>[47]</sup>

Cuando llegué vencido, y vi la tierra,<sup>[48]</sup>  
tan nombrada en el mundo, que en su seno  
tantos piratas cubre, acoge y cierra,

no pude al llanto detener el freno,  
que, a mi despecho, sin saber lo que era,  
me vi el marchito rostro de agua lleno.

Ofreciose a mis ojos la ribera  
y el monte donde el grande Carlos tuvo

levantada en el aire su bandera,

y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,  
pues, movido de envidia de su gloria,  
airado entonces más que nunca estuvo.<sup>[49]</sup>

Estas cosas volviendo en mi memoria,  
las lágrimas trujeron a los ojos,  
movidas de desgracia tan notoria.

Pero si el alto cielo en darme enojos  
no está con mi ventura conjurado,  
y aquí no lleva muerte mis despojos,

cuando me vea en más alegre estado,

si vuestra intercesión, señor, me ayuda  
a verme ante Filipo arrodillado,  
mi lengua balbuciente y cuasi muda  
pienso mover en la real presencia,  
de adulación y de mentir desnuda,<sup>[50]</sup>  
diciendo: «Alto señor, cuya potencia  
sujetas trae mil bárbaras naciones  
al desabrido yugo de obediencia:  
a quien los negros indios, con sus dones,  
reconocen honesto vasallaje,  
trayendo el oro acá de sus rincones:  
despierte en tu real pecho el gran coraje,  
la gran soberbia con que una bicoca<sup>[51]</sup>  
aspira de contino a hacerte ultraje.

La gente es mucha, mas su fuerza es poca,  
desnuda, mal armada, que no tiene  
en su defensa fuerte, muro o roca.

Cada uno mira si tu armada viene,  
para dar a sus pies el cargo y cura  
de conservar la vida que sostiene.

Del amarga prisión, triste y oscura,  
adonde mueren veinte mil cristianos,  
tienes la llave de su cerradura.

Todos, cual yo, de allá puestas las manos,  
las rodillas por tierra, sollozando,  
cercados de tormentos inhumanos,  
valeroso señor, te están rogando  
vuelvas los ojos de misericordia  
a los suyos, que están siempre llorando;

y, pues te deja agora la discordia  
que hasta aquí te ha oprimido y fatigado,  
y gozas de pacífica concordia,<sup>[52]</sup>

haz, ¡oh buen rey! que sea por ti acabado  
lo que con tanta audacia y valor tanto  
fue por tu amado padre comenzado.

Solo el pensar que vas, pondrá un espanto  
en la enemiga gente, que adevino  
ya desde aquí su pérdida y quebranto».

¿Quién duda que el real pecho benigno<sup>[53]</sup>

no se muestre, escuchando la tristeza  
en que están estos míseros continuo?

Bien parece que muestro la flaqueza  
de mi tan torpe ingenio, que pretende  
hablar tan bajo ante tan alta alteza;

pero el justo deseo la defiende.  
Mas a todo silencio poner quiero,  
que temo que mi pluma ya os ofende,  
y al trabajo me llaman donde muero.

[IX]<sup>[54]</sup>

Si el lazo, el fuego, el dardo, el puro hielo<sup>[55]</sup>  
que os tiene, abrasa, hiere y pone fría<sup>[56]</sup>  
vuestra alma, trae su origen desde el cielo,  
ya que os aprieta, enciende, mata, enfría,  
¿qué nudo, llama, llaga, nieve o celo,<sup>[57]</sup>

ciñe, arde, traspasa o hiela hoy día,<sup>[58]</sup>  
con tan alta ocasión como aquí muestro,  
un tierno pecho, Antonio, como el vuestro?

El cielo, que el ingenio vuestro mira,  
en cosas que son de él quiso emplearos,  
y, según lo que hacéis, vemos que aspira  
por Celia, al cielo empíreo levantaros;  
ponéis en tal objeto vuestra mira,<sup>[59]</sup>  
que dais materia al mundo de envidiaros:  
¡dichoso el desdichado a quien se tiene<sup>[60]</sup>

envidias de las ansias que sostiene!<sup>[61]</sup>

En los conceptos que la pluma vuestra  
de la alma en el papel ha trasladado,  
nos dais, no solo indicio, pero muestra<sup>[62]</sup>  
de que estáis en el cielo sepultado,  
y allí os tiene de amor la fuerte destra<sup>[63]</sup>  
vivo en la muerte, a vida reservado,  
que no puede morir quien no es del suelo,

teniendo el alma en Celia, que es un cielo.<sup>[64]</sup>

Solo me admira el ver que aquel divino  
cielo de Celia encierre un vivo infierno,<sup>[65]</sup>  
y que la fuerza de su fuerza y sino  
os tenga en pena y llanto sempiterno.  
Al cielo encamináis vuestro camino;  
mas, según vuestra suerte, yo dicierno<sup>[66]</sup>  
que al cielo sube el alma y se apresura,<sup>[67]</sup>  
y en el suelo se queda la ventura.

Si con benino y favorable aspecto<sup>[68]</sup>  
a alguno mira el cielo acá en la tierra,  
obra ascondidamente un bien perfeto,<sup>[69]</sup>  
en el que cualquier mal de sí destierra;  
mas si los ojos pone en el objeto<sup>[70]</sup>  
airados, le consume en llanto y guerra,  
ansí como a vos hace vuestro cielo:  
ya os da guerra, ya paz, y fuego y hielo.<sup>[71]</sup>

No se ve el cielo en claridad serena<sup>[72]</sup>  
de tantas luces claro y alumbrado,  
cuantas con rica habéis y fértil vena  
el vuestro de virtudes adornado;  
ni hay tantos granos de menuda arena<sup>[73]</sup>  
en el desierto líbico apartado,  
cuantos loores creo que merece<sup>[74]</sup>  
el cielo que os abaja y engrandece.

En Scitia ardéis, sentís en Libia frío,  
contraria operación y nunca vista;<sup>[75]</sup>  
flaqueza al bien mostráis, al daño brío;  
más que un lince miráis, sin tener vista;  
mostráis con discreción un desvarío,<sup>[76]</sup>  
que el alma prende, a la razón conquista,<sup>[77]</sup>  
y esta contrariedad nace de aquella  
que es vuestro cielo, vuestro sol y estrella.<sup>[78]</sup>

Si fuera un caos, una materia unida  
sin forma vuestro cielo, no espantara  
de que del alma vuestra entristecida<sup>[79]</sup>  
las continuas querellas no escuchara;

pero, estando ya en partes esparcida,  
que un todo forman de virtud tan rara,<sup>[80]</sup>  
es maravilla tenga los oídos  
sordos a vuestros tristes alaridos.

Si es lícito rogar por el amigo  
que en estado se halla peligroso,  
yo, como vuestro, desde aquí me obligo  
de no mostrarme en esto perezoso;<sup>[81]</sup>  
mas, si me he de oponer a lo que digo,  
y conducirlo a término dichoso,

no me deis la ventura, que es muy poca,  
mas las palabras sí de vuestra boca.

Diré: «Celia gentil, en cuya mano  
está la muerte y vida y pena y gloria  
de un mísero captivo que, temprano  
ni aun tarde, no saldrás de su memoria:  
vuelve el hermoso rostro, blando, humano,<sup>[82]</sup>  
a mirar de quien llevas la victoria;  
verás el cuerpo en dura cárcel triste  
del alma que primero tú rendiste.<sup>[83]</sup>

Y pues un pecho en la virtud constante  
se mueve en casos de honra y muestra airado,  
muévale al tuyo el ver que de delante  
te han un firme amador arrebatado;<sup>[84]</sup>  
y, si quiere pasar más adelante

y hacer un hecho heroico y estremado,  
rescata allá su alma con querella,<sup>[85]</sup>  
que el cuerpo, que está acá, se irá tras ella.

El cuerpo acá y el alma allá captiva  
tiene el mísero amante que padece  
por ti, Celia hermosa, en quien se aviva  
la luz que al cielo alumbra y esclarece;  
mira que el ser ingrata, cruda, esquiva,<sup>[86]</sup>  
mal con tanta beldad se compadece:  
muéstrate agradecida y amorosa  
al que te tiene por su cielo y diosa».

[X]<sup>[87]</sup>

Ya que del ciego dios habéis cantado  
el bien y el mal, la dulce fuerza y arte,  
en la primera y la segunda parte,  
do está de amor el todo señalado,  
ahora, con aliento descansado

y con nueva virtud, que en vos reparte  
el cielo, nos cantáis del duro Marte  
las fieras armas y el valor sobrado.

Nuevos ricos mineros se descubren  
de vuestro ingenio en la famosa mina,  
que al más alto deseo satisfacen,  
y, con dar menos de lo más que encubren,  
a este menos lo que es más se inclina  
del bien que Apolo y que Minerva hacen.

[XI]<sup>[88]</sup>

¡Oh venturosa, levantada pluma,  
que en la empresa más alta te ocupaste  
que el mundo pudo dar, y al fin mostraste  
al recibo y al gasto igual la suma!

Calle de hoy más el escritor de Numa,<sup>[89]</sup>  
que nadie llegará donde llegaste,  
pues en tan raros versos celebraste  
tan raro capitán, virtud tan suma.<sup>[90]</sup>

¡Dichoso el celebrado y quien celebra,  
y no menos dichoso todo el suelo,  
que de tanto bien goza en esta historia,  
en quien invidia o tiempo no harán quiebra,  
antes hará, con justo celo, el cielo  
eterna más que el tiempo su memoria!

[XII]<sup>[91]</sup>

Hoy el famoso Padilla,  
con las muestras de su celo,  
causa contento en el cielo  
y en la tierra maravilla;

    porque, llevado del cebo  
de amor, temor y consejo,  
se despoja el hombre viejo,  
para vestirse de nuevo.<sup>[92]</sup>

    Cual prudente sierpe ha sido,  
pues, con nuevo corazón,  
en la piedra de Simón<sup>[93]</sup>  
se deja el viejo vestido.

    Y esta mudanza que hace  
lleva tan cierto compás,  
que en ella asiste lo más  
de cuanto a Dios satisface.

    Con las obras y la fe  
hoy para el cielo se embarca  
en mejor jarciada barca<sup>[94]</sup>  
que la que libró a Noé.

    Y para hacer tal pasaje  
ha muchos años que ha hecho,  
con sano y cristiano pecho,  
cristiano matalotaje.

    Y no teme el mal tempero,<sup>[95]</sup>  
ni anegarse en el profundo,  
porque en el mar de este mundo  
es plático marinero.<sup>[96]</sup>

    Y así, mirando el aguja  
divina, cual se requiere,  
si el demonio a orza diere,<sup>[97]</sup>  
él dará al instante a puja.<sup>[98]</sup>

    Y llevando este concierto  
con las ondas de este mar,  
a la fin vendrá a parar  
a seguro y dulce puerto,  
    donde, sin áncoras, ya  
estará la nave en calma,

con la eternidad del alma,  
que nunca se acabará.

En una verdad me fundo,  
y mi ingenio aquí no yerra,  
que en siendo sal de la tierra,  
habéis de ser luz del mundo.

Luz de gracia rodeada,  
que alumbre nuestro horizonte,  
y sobre el Carmelo monte  
fuerte ciudad levantada.<sup>[99]</sup>

Para alcanzar el trofeo  
de estas santas profecías,

tendréis el carro de Elías  
con el manto de Eliseo,<sup>[100]</sup>

y, ardiendo en amor divino,  
donde nuestro bien se fragua,  
apartando el manto al agua,

por el fuego haréis camino;  
porque el voto de humildad  
promete segura alteza,  
y castidad y pobreza,  
bienes de divinidad.

Y así los cielos serenos  
verán, cuando acabarás,<sup>[101]</sup>  
un cortesano allá más,  
y en la tierra un sabio menos.

[XIII]<sup>[102]</sup>

Cual vemos que renueva  
el águila real la vieja y parda  
pluma, y, con otra nueva,  
la detenida y tarda  
pereza arroja, y con subido vuelo  
rompe las nubes y se llega al cielo,  
tal, famoso Padilla,  
has sacudido tus humanas plumas,

porque con maravilla  
intentos y presumas

llegar con nuevo vuelo al alto asiento  
donde aspiran las alas de tu intento.

Del sol el rayo ardiente,  
alza del duro rostro de la tierra,  
con virtud excelente,

la humedad que en sí encierra,  
la cual después, en lluvia convertida,  
alegra al suelo, y da a los hombres vida.

Y, de esta misma suerte,  
el sol divino te regala y toca,

y en tal humor convierte,  
que con tu pluma apoca  
la sequedad de la ignorancia nuestra,  
y a ciencia santa y santa vida adiestra.

¡Qué santo truco y cambio,

por las humanas, las divinas musas!  
¡Qué interés y recambio!  
¡Qué nuevos modos usas  
de adquirir en el suelo una memoria  
que dé fama a tu nombre, al alma gloria!

Que, pues es tu Parnaso  
el monte del Calvario, y son tus fuentes  
de Aganipe y Pegaso<sup>[103]</sup>  
las sagradas corrientes  
de las benditas llagas del Cordero,  
eterno nombre de tu nombre espero.

[XIV]<sup>[104]</sup>

Muestra su ingenio el que es pintor curioso,  
cuando pinta al desnudo una figura,  
donde la traza, el arte y compostura,  
ningún velo la cubra artificioso.

Vos, seráfico padre, y vos, hermoso

retrato de Jesús, sois la pintura,  
al desnudo pintada, en tal hechura,  
que Dios nos muestra ser pintor famoso.

Las sombras, de ser mártir descubristes;  
los lejos, en que estáis allá en el cielo<sup>[105]</sup>  
en soberana silla colocado.

Las colores, las llagas que tuvistes<sup>[106]</sup>  
tanto las suben, que se admira el suelo,  
y el pintor en la obra se ha pagado.

### [XV]<sup>[107]</sup>

El casto ardor de una amorosa llama  
un sabio pecho a su rigor sujeto,  
un desdén sacudido, y un afecto  
blando, que al alma en dulce fuego inflama;  
el bien y el mal a que convida y llama  
de amor la fuerza y poderoso efecto,  
eternamente, en son claro y perfecto,  
con estas rimas cantará la fama,  
llevando el nombre único y famoso  
vuestro, felice López Maldonado,  
del moreno etiope al cita blanco,<sup>[108]</sup>  
y hará que en balde del laurel honroso  
espere alguno verse coronado,  
si no os imita y tiene por su blanco.

### [XVI]<sup>[109]</sup>

Bien donado sale al mundo  
este libro, do se encierra  
la paz de amor y la guerra,  
y aquel fruto sin segundo  
de la castellana tierra;  
que, aunque le da Maldonado,

va tan rico y bien donado  
de ciencia y de discreción,  
que me afirmo en la razón  
de decir que es bien donado.

El sentimiento amoroso  
del pecho más encendido  
en fuego de amor, y herido  
de su dardo ponzoñoso,  
y en la red suya cogido;

el temor y la esperanza,  
con que el bien y el mal se alcanza  
en las empresas de amor,  
aquí muestra su valor  
su buena o su mala andanza.

Sin flores, sin praderías,  
y sin los faunos silvanos,  
sin hierbas, sin aguas frías,  
sin ninfas, sin dioses vanos,<sup>[110]</sup>  
y sin apacibles llanos,

en agradables conceptos,  
profundos, altos, discretos,  
con verdad llana y distinta,  
aquí el sabio autor nos pinta<sup>[111]</sup>  
del ciego dios los efetos.

Con declararnos la mengua  
y el bien de su ardiente llama,  
ha dado a su nombre fama  
y enriquecido su lengua,  
que ya la mejor se llama,

y hanos mostrado que es solo  
favorecido de Apolo  
con dones tan infinitos,  
que su fama en sus escritos  
irá de este al otro polo.

[XVII]<sup>[112]</sup>

Cual vemos del rosado y rico oriente  
la blanca y dura piedra señalarse,  
y en todo, aunque pequeña, aventajarse  
a la mayor del Cáucaso eminente,  
tal este, humilde al parecer, presente  
puede y debe mirarse y admirarse,  
no por la cantidad, mas por mostrarse  
ser en su calidad tan excelente.

El que navega por el golfo insano  
del mar de pretensiones verá al punto  
del cortesano laberintio el hilo.

¡Felice ingenio y venturosa mano,  
que el deleite y provecho puso junto  
en juego alegre, en dulce y claro estilo!

[XVIII]<sup>[113]</sup>

De la Virgen sin par, santa y bendita,  
(digo de sus loores), justamente,  
haces el rico, sin igual presente,  
a la sin par cristiana Margarita.

Dándole, quedas rico, y queda escrita  
tu fama en hojas de metal luciente,  
que, a despecho y pesar del diligente  
tiempo, será en sus fines infinita.

Felice en el sujeto que escogiste,  
dichoso en la ocasión que te dio el cielo  
de dar a virgen el virgíneo canto.

Venturoso también porque heciste  
que den las musas del hispano suelo  
admiración al griego, al tusco espanto.<sup>[114]</sup>

[XIX]<sup>[115]</sup>

Tú, que con nuevo y sin igual decoro,  
tantos remedios para un mal ordenas,

bien puedes esperar de estas arenas  
del sacro Tajo las que son de oro;  
y el lauro que se debe al que un tesoro

halla de ciencia, con tan ricas venas  
de raro advertimiento y salud llenas,  
contento y risa del enfermo lloro.

Que, por tu industria, una deshecha piedra,  
mil mármoles, mil bronzes a tu fama

dará, sin invidiosas competencias.

Darate el cielo palma, el suelo hiedra,  
pues que el uno y el otro ya te llama  
espíritu de Apolo en ambas ciencias.

[XX]<sup>[116]</sup>

Bate, fama veloz, las prestas alas;  
rompe del norte las cerradas nieblas;  
aligera los pies, llega y destruye  
el confuso rumor de nuevas malas,  
y con tu luz desparce las tinieblas  
del crédito español, que de ti huye;  
esta preñez concluye  
en un parto dichoso que nos muestre  
un fin alegre de la ilustre empresa,  
cuyo fin nos suspende, alivia y pesa,  
ya en contienda naval, ya en la terrestre,  
hasta que, con tus ojos y tus lenguas  
diciendo ajenas menguas,  
de los hijos de España el valor cantes,  
con que admires al cielo, al suelo espantes.

Di con firme verdad, firme y sigura:  
«¿Hizo el que pudo la victoria vuestra?  
¿Sentenciado ha su causa el Padre eterno?  
¿Bañada queda en roja sangre y pura  
la católica espada y fuerte diestra?

En fin ¿de aquel que asiste a su gobierno  
poblado ha el hondo infierno

de nuevas almas, y de cuerpos lleno<sup>[117]</sup>  
el mar, que a los despojos y banderas  
de las naciones pertinaces, fieras,  
apenas dio lugar su inmenso seno,  
del pirata mayor del Occidente  
ya inclinada la frente,  
y puesto al cuello altivo y indomable  
del vencimiento el yugo miserable?».

Di (que al fin lo dirás): «Allí volaron  
por el aire los cuerpos, impelidos  
de las fogosas máquinas de guerra;  
aquí las aguas su color cambiaron,  
y la sangre de pechos atrevidos  
humedecieron la contraria tierra;  
cómo huye o si afierra  
este y aquel navío; en cuántos modos  
se aparecen las sombras de la muerte;  
cómo juega fortuna con la suerte,  
no mostrándose igual ni firme a todos,  
hasta que, por mil varios embarazos,  
los españoles brazos  
rompiendo por el aire, tierra y fuego,  
declararon por suyo el mortal juego».

Píntanos ya un diluvio con razones,  
causado de un conflicto temeroso  
y que le pinta la contraria parte;  
mil cuerpos sobreaguados y en montones  
confusos otros naden, codiciosos  
de entretener la vida en cualquier parte;  
al descuido y con arte  
pinta rotas entenas, jarcias rotas,  
quillas sentidas, tablas desclavadas,  
y de impaciencia y de rigor armadas  
las dos, y no en valor, iguales flotas.  
Exprime los gemidos excesivos  
de aquellos semivivos  
que, ardiendo, al agua fría se arrojaban,  
y, en la muerte del fuego, muerte hallaban.<sup>[118]</sup>

Después de esto dirás: «En espaciosas  
concertadas hileras va marchando  
nuestro cristiano ejército invencible,  
las cruzadas banderas victoriosas  
al aire con donaire tremolando,  
haciendo vista fiera y apacible.  
Forma aquel son horrible<sup>[119]</sup>  
que el cóncavo metal despide y forma,  
y aquel del atambor que engendra y cría  
en el cobarde pecho valentía,  
y el temor natural trueca y reforma;  
haz los reflejos y vislumbres bellas  
que, cual claras estrellas,  
en las lucidas armas el sol hace,  
cuando mirar este escuadrón le place».

Esto dicho, revuelve presurosa,  
y, en los oídos de los dos prudentes  
famosos generales, luego envía<sup>[120]</sup>  
una voz que les diga la gloriosa  
estirpe de sus claros ascendientes,  
cifra de más que humana valentía;  
al que las naves guía,  
muéstrale sobre un muro un caballero,  
más que de hierro, de valor armado,  
y, entre la turba mora, un niño atado  
cual entre hambrientos lobos un cordero,  
y al segundo Abraham que dé la daga  
con que el bárbaro haga  
el sacrificio horrendo que en el suelo  
le dio fama y inmortal gloria en el cielo.<sup>[121]</sup>

Dirás al otro, que en sus venas tiene  
la sangre de Austria, que con esto solo  
le dirás cien mil hechos señalados  
que, en cuanto el ancho mar cerca y contiene,  
y en lo que mira el uno y otro polo,  
fueron por sus mayores acabados.  
Estos así informados,  
entra en el escuadrón de nuestra gente,

y allá verás, mirando a todas partes,  
mil Cides, mil Roldanes y mil Martes,  
valiente aquel, a queste más valiente;  
a estos solos les dirás que miren,  
para que luego aspiren  
a concluir la más dudosa hazaña:  
«¡Hijos, mirad que es vuestra madre España!».

La cual, desde que al viento y mar os distes,<sup>[122]</sup>  
cual viuda llora vuestra ausencia larga,  
contrita, humilde, tierna, mansa y justa,  
los ojos bajos, húmidos y tristes,  
cubierto el cuerpo de una tosca sarga,  
que de sus galas poco o nada gusta,  
hasta ver en la injusta  
cerviz inglesa puesto el suave yugo,  
y sus puertas abrir, de horror cargadas,  
con las romanas llaves dedicadas  
abrir el cielo como al cielo plugo.  
Justa es la empresa, y vuestro brazo fuerte;  
aun de la misma muerte  
quitara la vitoria de la mano,  
cuanto más del vicioso luterano.

Muéstrales, si es posible, un verdadero  
retrato del católico monarca,  
y verán de David la voz y el pecho,  
las rodillas por el suelo, y un cordero<sup>[123]</sup>  
mirando, a quien encierra y guarda un arca  
mejor que aquella quisiera haber hecho;<sup>[124]</sup>  
puestos de trecho a trecho,  
doce descalzos ángeles mortales,  
en quien tanta virtud el cielo encierra,  
que, con humilde voz, desde la tierra  
pasan del mismo cielo los umbrales.  
Con tal cordero, tal monarca, y luego  
de tales doce el ruego,  
diles que está siguro el triunfo y gloria,  
y que ya España canta la victoria.

Canción, si vas despacio do te envío,

en todo el cielo fío  
que has de cambiar por nuevas de alegría  
el nombre de canción y profecía.<sup>[125]</sup>

[XXI]<sup>[126]</sup>

Madre de los valientes de la guerra,  
archivo de católicos soldados,  
crisol donde el amor de Dios se apura,  
tierra donde se ve que el cielo entierra  
los que han de ser al cielo trasladados  
por defensores de la fe más pura:  
no te parezca acaso desventura,  
¡oh España, madre nuestra!,  
ver que tus hijos vuelven a tu seno,  
dejando el mar de sus desgracias lleno,  
pues no los vuelve la contraria diestra;<sup>[127]</sup>  
vuélvelos la borrasca icontrastable  
del viento, mar, y el cielo, que consiente  
que se alce un poco la enemiga frente,  
odiosa al cielo, al suelo detestable,  
porque entonces es cierta la caída,  
cuando es soberbia y vana la subida.  
Abre tus brazos, y recoge en ellos  
los que vuelven confusos, no rendidos,  
pues no se escusa lo que el cielo ordena,  
ni puede en ningún tiempo los cabellos  
tener alguno con la mano asidos  
de la calva ocasión en suerte buena,<sup>[128]</sup>  
ni es de acero o diamante la cadena  
con que se enlaza y tiene  
el buen suceso en los marciales casos,  
y los más fuertes bríos quedan lasos  
del que a los brazos con el viento viene;  
y esta vuelta que ves desordenada,  
sin duda entiendo que ha de ser la vuelta  
del toro, para dar mortal revuelta

a la gente con cuerpos desalmada;  
que el cielo, aunque se tarda, no es amigo  
de dejar las maldades sin castigo.

A tu león, pisado le han la cola;

las vedijas sacude; ya revuelve  
a la justa venganza de su ofensa,  
no solo suya, que, si fuera sola,  
quizá la perdonara; solo vuelve  
por la de Dios, y en restaurarla piensa;<sup>[129]</sup>

único es su valor, su fuerza inmensa,  
claro su entendimiento,  
indignado con causa, y tal, que a un pecho<sup>[130]</sup>  
cristiano, aunque de mármol fuese hecho,  
moviera a justo y vengativo intento,

y más que el gallo, el tusco, el moro, mira,  
con vista aguda y ánimos perplejos,  
cuales son los comienzos y los dejos,  
y donde pone este león la mira,  
porque entonces su suerte está lozana,

en cuanto tiene este león quartana.

¡Ea, pues!, ¡oh Felipe, señor nuestro,  
segundo en nombre y hombre sin segundo,  
coluna de la fe segura y fuerte!

Vuelve en suceso más felice y diestro

este designio que fabrica el mundo,  
que piensa manso y sin coraje verte,  
como si no bastasen a moverte  
tus puertos salteados  
en las remotas Indias apartadas,

y en tus casas tus naves abrasadas,  
y en la ajena los templos profanados;  
tus mares llenos de piratas fieros;  
por ellos tus armadas encogidas,  
y en ellos mil haciendas y mil vidas

sujetos a mil bárbaros aceros,  
cosas que cada cual por sí es posible  
a hacer que se intente aun lo imposible.

Pide, toma, señor; que todo aquello

que tus vasallos tienen se te ofrece  
con liberal y valerosa mano,  
a trueco que al inglés pérfido cuello  
pongas al justo yugo que merece  
su injusto pecho y proceder insano.  
No solo el oro que se adora en vano,  
sino sus hijos caros  
te darán, cual el suyo dio don Diego,  
que, en propia sangre y en ajeno fuego,  
acrisoló los hechos siempre raros  
de la casa de Córdoba, que ha dado  
catorce mayorazgos a las lanzas  
moriscas, y, con firmes confianzas,<sup>[131]</sup>  
sus obras y su nombre han dilatado<sup>[132]</sup>  
por la espaciosa redondez del suelo,<sup>[133]</sup>  
que, al que así muere, vive y gana el cielo<sup>[134]</sup>

En tanto que los brazos levantares,<sup>[135]</sup>  
gran capitán de Dios, espera, espera<sup>[136]</sup>  
ver vencedor tu pueblo, y no vencido;  
pero si, de cansado, los bajas,  
los suyos alzara la gente fiera,  
que, para el mal, el malo es atrevido,  
y en tu perseverancia está incluido  
un felice suceso  
de la empresa justísima que tomas,  
y no con ella un solo reino domas,  
que a muchos pones de temor el peso;  
aseguras los tuyos, fortaleces  
lo que la buena fama de ti canta,  
que eres un justo horror que al malo espanta,  
y mano que a los justos favoreces;  
alza los brazos, pues, Moisés cristiano,  
y pondralos por tierra el luterano.

Vosotros, que, llevados de un deseo  
justo y honroso, al mar os entregastes,  
y el ocio blando y el regalo huistes,  
puesto que os imagino ahora y veo

entre el viento y el mar que contrastastes  
y los mortales daños que sufristes  
dentre Scila y Caribdis, no tan tristes  
salís, que no se vea

en vuestro bravo, varonil semblante,  
que romperéis por montes de diamante,<sup>[137]</sup>  
hasta igualar la desigual pelea;  
que los bríos y brazos españoles,  
quilatan su valor, su fuerza y brío,<sup>[138]</sup>

con la hambre, la sed, calor y frío,<sup>[139]</sup>  
cual se quilata el oro en los crisoles,<sup>[140]</sup>  
y, apurados así, son cual la planta,<sup>[141]</sup>  
que al cielo con la carga se levanta.

El diestro esgrimidor, cuando le toca  
quien sabe menos que él, se enciende en ira  
y con facilidad se desagravia;  
y, en la orilla del mar, la fuerte roca,  
mientras su furia a deshacerla aspira,  
muy poco, o nada, su rigor la agravia;  
y es común opinión de gente sabia  
que, cuanto más ofende  
el malo al bueno, tanto más aumenta  
el temor del alcance de la cuenta,  
que siempre es malo del que mal espende.

Triunfe el pirata, pues, agora, y haga  
júbilo y fiestas, porque el mar y el viento<sup>[142]</sup>  
han respondido al justo de su intento,  
sin acordarse si el que debe, paga,  
que, al sumar de la cuenta, en el remate,  
se hará un alcance que le alcance y mate.

¡Oh España, oh Rey, o milites famosos!,  
ofrece, manda, obedeced, que el cielo  
en fin ha de ayudar al justo celo,  
puesto que los principios sean dudosos,  
y en la justa ocasión y en la porfía,  
encierra la vitoria su alegría.

Yaze donde el sol se pone,  
entre dos tajadas peñas,  
una entrada de un abismo,  
quiero decir, una cueva  
profunda, lóbrega, oscura,  
aquí mojada, allí seca,  
propio albergue de la noche,  
del horror y las tinieblas.  
Por la boca sale un aire  
que al alma encendida hiela,  
y un fuego, de cuando en cuando,  
que el pecho de hielo quema.  
Óyese dentro un rüido  
como crujir de cadenas,  
y unos ayes luengos, tristes,  
envueltos en tristes quejas.  
Por las funestas paredes,  
por los resquicios y quiebras,  
mil víboras se descubren  
y ponzoñosas culebras.

A la entrada tiene puestos,<sup>[144]</sup>  
en una amarilla piedra,  
huesos de muerto, encajados  
en modo que forman letras,  
las cuales, vistas del fuego  
que arroja de sí la cueva,  
dicen: «Esta es la morada  
de los celos y sospechas».  
Y un pastor contaba a Lauso<sup>[145]</sup>  
esta maravilla cierta  
de la cueva, fuego y hielo,  
aullidos, sierpes y piedra;  
el cual oyendo, le dijo:  
«Pastor, para que te crea  
no has menester juramentos,  
ni hacer la vista experiencia.

Un vivo traslado es ese  
de lo que mi pecho encierra,  
el cual, como en cueva oscura,  
no tiene luz, ni la espera.

Seco le tienen desdenes,  
bañado en lágrimas tiernas,  
aire, fuego, y los suspiros  
le abrasan contino y hielan.  
Los lamentables aullidos,

son mis continuas querellas,  
víboras mis pensamientos,  
que en mis entrañas se ceban.  
La piedra escrita, amarilla,  
es mi sin igual firmeza,

que mis huesos en la muerte  
mostrarán que son de piedra.  
Los celos son los que habitan  
en esta morada estrecha,  
que engendraron los descuidos  
de mi querida Silena».

En pronunciando este nombre,  
cayó como muerto en tierra,  
que, de memorias de celos,  
aquestos fines se esperan.

[XXIII]<sup>[146]</sup>

*El Cielo a la Iglesia ofrece  
hoy una piedra tan fina,  
que en la Corona Divina  
del mismo Dios resplandece.*

Tras los dones primitivos  
que, en el fervor de su celo,  
ofreció la Iglesia al Cielo,  
a sus edificios vivos  
dio nuevas piedras el suelo.

Estos dones agradece

a su esposa, y la ennoblece,  
pues, de parte del Esposo,  
un Jacinto, el más precioso,  
*el Cielo a la Iglesia ofrece;*  
    porque el hombre, de su gracia

tantas veces se retira,  
y el Jacinto, al que le mira,  
es tan grande su eficacia,  
que le sosiega la ira.<sup>[147]</sup>

    Su misma piedad lo inclina  
a darlo por medicina,  
que, en su jüizio profundo,  
ve que ha menester el mundo  
*hoy una piedra tan fina.*

    Obró tanto esta virtud,  
viviendo Jacinto en él,  
que, a los vivos rayos de él,  
en una y otra salud  
se restituyó por él.

    Crezca gloriosa la mina  
que de su luz jacintina  
tiene el cielo y tierra llenos,  
pues no mereció estar menos  
*que en la Corona Divina.*

    Allá luce ante los ojos  
del mismo autor de su gloria,  
y acá en gloriosa memoria  
de los triunfos y despojos  
que sacó de la vitoria.

    Pues si otra luz desfallece  
cuando el Sol la suya ofrece,  
¿qué tan viva y rutilante  
será aquesta, si delante  
*del mismo Dios resplandece?*

[XXIV]<sup>[148]</sup>

No ha menester el que tus hechos canta,  
¡oh gran Marqués!, el artificio humano,  
que a la más sutil pluma y docta mano  
ellos le ofrecen al que al orbe espanta.

Y este que sobre el cielo se levanta,  
llevado de tu nombre soberano,  
a par del griego y escritor toscano,  
sus sienes ciñe con la verde planta.

Y fue muy justa prevención del cielo,  
que a un tiempo ejercitases tú la espada  
y él su prudente y verdadera pluma,  
porque, rompiendo de la invidia el velo,  
tu fama, en sus escritos dilatada,  
ni olvido, o tiempo, o muerte la consume.

[XXV]<sup>[149]</sup>

Vimos en julio otra semana santa,  
atestada de ciertas cofradías<sup>[150]</sup>  
que los soldados llaman compañías,  
de quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.

Hubo de plumas muchedumbre tanta,<sup>[151]</sup>  
que, en menos de catorce o quince días,  
volaron sus pigmeos y Golías,<sup>[152]</sup>  
y cayó su edificio por la planta.

Bramó el Becerro y púsolos en sarta,<sup>[153]</sup>  
tronó la tierra, escureciose el cielo,  
amenazando una total rüina,<sup>[154]</sup>

y al cabo, en Cádiz, con medida harta,  
ido ya el Conde, sin ningún recelo,  
triunfando entró el gran duque de Medina.

[XXVI]<sup>[155]</sup>

El que subió por sendas nunca usadas,  
del sacro monte a la más alta cumbre:

el que a una Luz se hizo todo lumbre  
y lágrimas en dulce voz cantadas:  
el que, con culta vena, las sagradas  
de Helicón y Pirene en muchedumbre<sup>[156]</sup>  
(libre de toda humana pesadumbre)  
bebió, y dejó en divinas transformadas:  
aquel a quien invidia tuvo Apolo,  
porque, a par de su Luz, tiende su fama  
de donde nace a donde muere el día:  
el agradable al cielo, al suelo solo,  
vuelto en ceniza de su ardiente llama,  
yace debajo de esta losa fría.

[XXVII]<sup>[157]</sup>

«¡Voto a Dios, que me espanta esta grandeza,  
y que diera un doblón por escribilla!  
Porque ¿a quién no suspende y maravilla  
esta máquina insigne, esta braveza?  
¡Por Jesucristo vivo! ¡Cada pieza  
vale más de un millón, y que es mancilla  
que esto no dure un siglo! ¡Oh gran Sevilla,<sup>[158]</sup>  
Roma triunfante en ánimo y riqueza!  
¡Apostaré que el ánima del muerto,  
por gozar de este sitio, hoy ha dejado  
el cielo, donde vive eternamente!»  
Esto oyó un valentón y dijo: «Es cierto<sup>[159]</sup>  
lo que dice vuasé, mi so soldado,  
y el que dijere lo contrario, miente».  
Y luego en continente,<sup>[160]</sup>  
caló el chapeo, requirió la espada,<sup>[161]</sup>  
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

[XXVIII]<sup>[162]</sup>

Ya que se ha llegado el día,  
gran Rey, de tus alabanzas,  
de la humilde musa mía  
escucha, entre las que alcanzas,  
las llorosas que te envía;

que, puesto que ya caminas  
pisando las perlas finas  
de las aulas soberanas,  
tal vez palabras humanas  
oyen orejas divinas.

¿Por dónde comenzaré  
a exagerar tus blasones,  
después que te llamaré  
padre de las religiones  
y defensor de la Fe?

Sin duda habré de llamarte  
nuevo y pacífico Marte,  
pues en sosiego venciste  
lo más de cuanto quisiste,  
y es mucha la menor parte.

Tembló el cita en el Oriente,  
el bárbaro al Mediodía,  
el luterano al Poniente,  
y, en la tierra siempre fría,  
temió la indómita gente.

Arauco vio tus banderas  
vencedoras, y las fieras  
ondas del sangriento Aqueo<sup>[163]</sup>  
te dieron como en trofeo  
las otomanas banderas.

Las virtudes en su punto  
en tu pecho se hallaron,  
y el poder y el saber junto,  
y jamás no te dejaron,  
aun casi el cuerpo difunto.

Y lo que más tu valor  
sube al extremo mayor,<sup>[164]</sup>  
es que fuiste, cual se advierte,

bueno en vida, bueno en muerte,  
y bueno en tu sucesor.

Esta memoria nos dejas,  
que es la que el bueno codicia,  
que, amigables y sin quejas,  
misericordia y justicia  
corrieron en ti parejas,

como la llana humildad  
al par de la majestad,  
tan sin discrepar un tilde,  
que fuiste el rey más humilde  
y de mayor gravedad.

Quedar las arcas vacías,<sup>[165]</sup>  
donde se encerraba el oro  
que dicen que recogías,  
nos muestra que tu tesoro  
en el cielo lo escondías.

Desde ahora, en los serenos  
Elíseos Campos amenos,  
para siempre gozarás,  
sin poder desear más  
ni contentarte con menos.

## [XXIX]<sup>[166]</sup>

Yaze, en la parte que es mejor de España,  
una apacible y siempre verde Vega,  
a quien Apolo su favor no niega,  
pues con las aguas de Helicón la baña.<sup>[167]</sup>

Júpiter, labrador por grande hazaña,  
su ciencia toda en cultivar la entrega.  
Cilenio, alegre, en ella se sosiega.<sup>[168]</sup>  
Minerva, eternamente la acompaña.

Las Musas su Parnaso en ella han hecho;  
Venus, honesta, en ella aumenta y cría  
la santa multitud de los amores.

Y así, con gusto y general provecho,

nuevos frutos ofrece cada día  
de ángeles, de armas, santos y pastores.

[XXX]<sup>[169]</sup>

En la memoria vive de las gentes,  
varón famoso, siglos infinitos,  
premio que le merecen tus escritos,  
por graves, puros, castos y excelentes.

Las ansias en honesta llama ardientes,  
los Etnas, los Estigios, los Cocitos<sup>[170]</sup>  
que en ellos suavemente van descritos,  
mira si es bien, ¡oh fama!, que los cuentos,  
y aun que los lleves en ligero vuelo  
por cuanto ciñe el mar y el sol rodea,  
en láminas de bronce los esculpas;  
que así el suelo sabrá que sabe el cielo,  
que el renombre inmortal que se desea,  
tal vez le alcanzan amorosas culpas.

[XXXI]<sup>[171]</sup>

Tal secretario formáis,  
Gabriel, en vuestros escritos,  
que por siglos infinitos  
en él os eternizáis.

De la ignorancia sacáis  
la pluma, y, en presto vuelo,  
de lo más bajo del suelo,  
al cielo la levantáis.  
Desde hoy más, la discreción  
quedará puesta en su punto,  
y el hablar y escribir junto,  
en su mayor perfección,  
que en esta nueva ocasión  
nos muestre en breve distancia

Demóstenes su elegancia

y su estilo Cicerón.

España os está obligada,  
y con ella el mundo todo,  
por la sutileza y modo  
de pluma tan bien cortada.

La adulación, defraudada  
queda, y la lisonja en ella;  
la mentira se atropella,  
y es la verdad levantada.

Vuestro libro nos informa  
que solo vos habéis dado  
a la materia de Estado  
hermosa y cristiana forma.

Con la razón se conforma  
de tal suerte, que en él veo  
que, contentando al deseo,  
al que es más libre reforma.

[XXXII]<sup>[172]</sup>

Jamás en el jardín de Falerina,  
ni en la Parnasa, excesible cuesta,<sup>[173]</sup>  
se vio Rosel ni rosa cual es esta,  
por quien gimió la maga Dragontina.<sup>[174]</sup>

Atrás deja la flor que se rechina  
en la del Tronto archiducal floresta,<sup>[175]</sup>  
dejando olor por vía manifiesta,  
que a la región del cielo la avecina.

Crece ¡oh muy felice planta!, crece,  
y ocupen tus pimpollos todo el orbe,  
retumbando, crujiendo y espantando.

El Betis calle, pues el Po enmudece,  
y la muerte, que a todo humano sorbe,  
sola esta rosa vaya eternizando.

Virgen fecunda, madre venturosa,  
cuyos hijos, criados a tus pechos,  
sobre sus fuerzas la virtud alzando,  
pisan ahora los dorados techos  
de la dulce región maravillosa,  
que está la gloria de su Dios mostrando:  
tú, que ganaste obrando  
un nombre en todo el mundo,  
y un grado sin segundo,  
ahora estés ante tu Dios prostrada,  
en rogar por tus hijos ocupada,  
o en cosas dignas de tu intento santo,  
¡oye mi voz cansada,  
y esfuerzo, oh madre, el desmayado canto!

Luego que de la cuna y las mantillas  
sacó Dios tu niñez, diste señales  
que Dios para ser suya te guardaba,  
mostrando los impulsos celestiales  
en ti, con ordinarias maravillas,  
que a tu edad tu deseo aventajaba;  
y si se descuidaba  
de lo que hacer debía,  
tal vez luego volvía  
mejorado, mostrando codicioso,  
que el haber parecido perezoso,  
era un volver atrás para dar salto,  
con curso más brío,  
desde la tierra al cielo, que es más alto.

Creciste, y fue creciendo en ti la gana  
de obrar en proporción de los favores  
con que te regaló la mano eterna,  
tales que al parecer se alzó a mayores  
contigo alegre Dios, en la mañana  
de tu florida edad, humilde y tierna.  
Y así tu ser gobierna,  
que poco a poco subes

sobre las densas nubes  
de la suerte mortal, y así levantas  
tu cuerpo al cielo, sin fijar las plantas,  
que ligero tras sí el alma le lleva  
a las regiones santas,  
con nueva suspensión, con virtud nueva.

Allí su humildad te muestra santa;  
acullá se desposa Dios contigo;  
aquí misterios altos te revela.

Tierno amante se muestra, dulce amigo,  
y, siendo tu maestro, te levanta  
al cielo que señala por tu escuela.  
Parece se desvela  
en hacerte mercedes;

rompe rejas y redes  
para buscarte el Mágico divino,  
tan tu llegado siempre y tan contino,  
que, si algún afligido a Dios buscara,  
acortando camino,

en tu pecho o en tu celda le hallara.

Aunque naciste en Ávila, se puede  
decir que en Alba fue donde naciste,  
pues allí nace, donde muere el justo.  
Desde Alba, ¡oh madre!, al cielo te partiste,

alba pura, hermosa, a quien sucede  
el claro día del inmenso gusto.

Que le gozes es justo,  
en éxtasis divinos,  
por todos los caminos

por donde Dios llevar a un alma sabe,  
para darle de sí cuanto ella cabe,<sup>[177]</sup>  
y aun la ensancha, dilata y engrandece  
y, con amor süave,  
a sí y de sí la junta y enriqueze.

Como las circunstancias convenibles  
que acreditan los éxtasis, que suelen  
indicios ser de santidad notoria,  
en los tuyos se hallaron, nos impelen

a creer la verdad de los visibles,  
que nos describe tu discreta historia;  
y el quedar con vitoria,  
honroso triunfo y palma  
del infierno, y tu alma  
más humilde, más sabia y obediente  
al fin de tus arrobos, fue evidente<sup>[178]</sup>  
señal que todos fueron admirables,  
y sobrehumanamente  
nuevos, continuos, sacros, inefables.

Ahora, pues, que al cielo te retiras,  
menospreciando la mortal riqueza  
en la inmortalidad que siempre dura,  
y el visorrey de Dios nos da certeza  
que sin enigma y sin espejo miras  
de Dios la incomparable hermosura,  
colma nuestra ventura,  
oye, devota y pía,  
los balidos que envía  
el rebaño infinito que criaste,  
cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste,  
que no porque dejaste nuestra vida  
la caridad dejaste,  
que en los cielos está más estendida.

Canción, de ser humilde has de preciarte,  
cuando quieras al cielo levantarte,  
que tiene la humildad naturaleza  
de ser el todo y parte  
de alzar al cielo la mortal bajeza.

[XXXIV]<sup>[179]</sup>

De Turia el cisne más famoso hoy canta,  
y no para acabar la dulce vida,  
que, en sus divinas obras escondida,  
a los tiempos y edades se adelanta.  
Queda por él canonizada y santa

Teruel; vivos Marcilla y su homicida;<sup>[180]</sup>  
su pluma, por heroica conocida,  
en quien se admira el cielo, el suelo espanta.

Su dotrina, su voz, su estilo raro,  
que por tuyos, ¡oh Apolo!, reconoces,  
según el vuelo de sus bellas alas,  
grabadas por la Fama en mármol pario  
y en láminas de bronce, harán que goces  
siglos de eternidad, Yagüe de Salas.

[XXXV]<sup>[181]</sup>

En vuestra sin igual, dulce armonía,  
hermosísima Alfonsa, nos reserva  
la nueva, la sin par sacra Minerva  
cuanto de bueno y santo el cielo cría.

Llega el felice punto, llega el día  
en que, si os oye la infernal caterva,  
huye gimiendo al centro y, de la acerva  
región, suspiros a la tierra envía.

En fin, vos convertís el suelo en cielo,  
con la voz celestial, con la hermosura,  
que os hacen parecer ángel divino.

Y así conviene que tal vez el velo  
alcéis, y descubráis esa luz pura  
que nos pone del cielo en el camino.



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (1547-1616) ejerció las más variadas profesiones antes de dedicarse plenamente a la literatura. Entró en Roma al servicio del cardenal Acquaviva, fue soldado en la batalla de Lepanto (1571), estuvo cinco años cautivo en Argel y ejerció como comisario real de abastos para la Armada Invencible. Tales oficios le reportaron una experiencia humana que supo plasmar magistralmente en todas sus obras. De su producción poética cabe destacar *Viaje del Parnaso* (1614), un verdadero testamento literario y espiritual. En el campo teatral cultivó la tragedia, la tragicomedia, la comedia y el entremés. Pero sin duda es en el terreno de la narrativa donde Cervantes se impuso a sus contemporáneos y obtuvo logros que le valdrían el título de creador de la novela moderna, con libros como *La Galatea* (1585), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605), *Novelas ejemplares* (1613), *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (segunda parte de su obra cumbre, 1615) y, póstumamente, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617).

# Notas de la Introducción

[1] El plan de estudios de gramática latina incluía principalmente las *Cartas de Cicerón*, las *Comedias* de Terencio, las *Églogas* de Virgilio, las *Epístolas* y las *Tristia* de Ovidio, y fragmentos de Séneca y Salustio. La práctica en la composición latina, la poética y la retórica se basaba en el *De copia* y *De conscribendis epistolis* de Erasmo, el *Arte poética* de Horacio, los *Discursos* y las *Tusculanas* de Cicerón, la *Retórica a Herenio*, y la *Institución oratoria* de Quintiliano. La gramática del griego se impartía en latín. Su conocimiento era previo y preparatorio para la traducción. Los primeros textos eran las *Fábulas* de Esopo, diálogos de Luciano y preceptos de Isócrates. En un segundo momento, llegaban Aristóteles, Jenofonte, Platón, Tucídides y Demóstenes. Homero y Píndaro, de mayor complejidad, difícilmente se estudiaban en ese grado. Tomo los datos de Andino Sánchez (2008). <<

[2] A mi juicio, el mejor esbozo del pensamiento y la cultura de Cervantes lo ha realizado Anthony Close en varios estudios, entre los que destaca, por su capacidad de síntesis, el capítulo «Cervantes: pensamiento, personalidad, cultura», incluido en el prólogo a la edición del *Quijote* del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico (2004, I, pp. LXXIII-XCIV). Muchos datos de los aquí expuestos remiten a ese trabajo, donde se hallará una explicación más engarzada y completa sobre el tema. <<

# Notas del Parnaso

[1] Se transcribe aquí la portada de la primera edición, de 1614. Para el título, véase una explicación más detallada en la introducción. <<

[2] El texto de la edición príncipe lee *de Consejo Real*; se corrige en *del Consejo Real*.

<<

[3] Don Rodrigo de Tapia, en efecto, fue caballero de la Orden de Santiago y aficionado a las letras desde muy joven. Su padre, Pedro de Tapia, fue hombre de gran influencia durante el reinado de Felipe III, llegando a ser *oidor*, ‘juez’, del Consejo Real y *consultor*, ‘ministro, juez’, del Tribunal de la Inquisición, como aquí se recuerda. La familia fue reconocida mecenas de las artes como muestra esta dedicatoria, y otras como las de las comedias de Lope de Vega *El favor agradecido*, a don Pedro de Tapia, o *El soldado amante*, a su hija, y hermana de don Rodrigo, Ana de Tapia (incluidas respectivamente en la *Parte XV* y la *Parte XVII*, ambas publicadas en 1621). <<

[4] El grabado muestra un jarrón con flores, del que sobresalen dos de ellas, en forma de campanillas, a ambos lados. El mismo taco se utiliza en otras impresiones debidas a la viuda de Alonso Martín, como los *Entretenimientos y juegos honestos y recreaciones cristianas*, de fray Alonso Remón (1623), o las *Novelas ejemplares* del propio Cervantes, que se editaron en 1622 a costa de Domingo González. <<

[5] A principios del siglo XVII los permisos para la publicación de un libro suponían cumplir con un enrevesado proceso administrativo, que implicaba la petición de licencias, tanto civiles como eclesiásticas, las cuales, una vez concedidas, debían imprimirse en el primer pliego del libro. Esta primera es la del vicariado, muchas veces llamada aprobación; por regla general, como aquí, es anterior a la civil, que se incluye a continuación. <<

[6] El *memorial* era el escrito de petición con que se iniciaba el procedimiento para obtener una licencia y estaba dirigido al Rey. Aparte los datos básicos (nombre del autor, título del libro...) debía demostrarse «la utilidad común que redundaría si se concedía lo que suplicaban» (Bouza Álvarez, 2012, p. 32). <<

[7] El doctor Gutierre de Cetina fue vicario general de Madrid y firmó también las aprobaciones de las *Novelas ejemplares* y la segunda parte del *Quijote*. <<

[8] En la edición príncipe se lee *el el Viaje del Parnaso*; se corrige eliminando el artículo repetido. <<

[9] El maestro Josef de Valdivielso, conocido poeta y capellán de la catedral de Toledo, amigo de Cervantes y Lope de Vega, redactó las aprobaciones de la segunda parte del *Quijote*, las *Comedias y entremeses* y el *Persiles*. <<

[10] El privilegio, firmado por mandato del Rey, establece el permiso de imprimir y el período de validez del mismo, en este caso, de seis años. <<

[11] *con que*: ‘a condición de que’. <<

[12] Jorge de Tovar fue miembro del Consejo de Su Majestad y secretario de la Cámara y Patronato Real. <<

[13] La tasa establecía el precio oficial del libro y se otorgaba una vez el volumen estaba impreso, en función de los pliegos de papel que contenía. <<

[14] Hernando de Vallejo, escribano de Cámara del Rey, estableció también la tasa de la segunda parte del *Quijote*. En aquel caso, el libro costaba doscientos noventa y dos maravedís, frente a los cuarenta y cuatro de este. <<

[15] La fe de erratas resultaba del cotejo entre el original presentado para tramitar los permisos de impresión y el volumen ya impreso. <<

[16] La plana 1 y 2 refieren al recto y verso de la página, respectivamente. <<

[17] Murcia de la Llana, médico y escritor, fue corrector entre los años 1601 y 1635, y firma las erratas del primer y segundo *Quijote*, por ejemplo. <<

[18] La brevedad de la dedicatoria y el prólogo se ha entendido como respuesta irónica a la falta de apoyos para la impresión del libro, sobre todo a la dificultad de encontrar alguien que le ofreciera poemas laudatorios de encabezamiento, como era costumbre en muchas obras de la época. <<

[19] El texto latino está corregido según la versión de José Vallejo, y la traducción que se ofrece a continuación se debe a Francisco Maldonado de Guevara (1952, p. 435): «Epigrama de don Agustín Casanate / Hijo de Cronos, pulsa el tambor de la espalda cerúlea / hieran a Tetis nutricia tus cuatro caballos en corso. / Bando el de Apolo — nueva en afrenta del ponto sagrado— / sobre las naves, armadas de versos, hiende los mares. / Presa de pasmo, deja Proteo la fauna marina, / deja Tritón en olvido su canto, y los monstruos sus cuevas. / Cuida no sea que la mole de versos cercene tus riendas, / si los consientes a ti sin vibrar el poder del tridente. / Mas... no te alarmes, no hay tal, sigue firme al gobierno del carro, / guía al Parnaso los versos, que vuelen con viento benigno: / desde la última Hesperia conduce, a través de tu reino, / claros poetas Miguel del real en demanda de Apolo». <<

[20] Este soneto no se halla en la mayoría de ejemplares de la primera edición del *Viaje del Parnaso*. Cervantes no había encontrado quien le escribiera un poema laudatorio para los preliminares, por lo que compuso uno él mismo, «El autor a su pluma». Pero, en el último momento, con el volumen ya impreso, le llegó el epigrama copiado más arriba, por lo que decide sustituir uno por otro. Se incluyen ambos para ilustrar el caso, aunque, sin duda, una edición crítica debería optar por reflejar la última voluntad del autor y eliminar su soneto. <<

[21] *Un quídam*: ‘un cierto’. Se refiere al autor italiano Cesare Caporali, quien escribió un *Viaggio in Parnaso* (1582), y que Cervantes, desde aquí, presenta como su principal fuente de inspiración. <<

[22] En efecto, Caporali era natural de Perusa (Perugia). <<

[23] *reverendo*: 'respectable'. <<

[24] *antigua*: 'vieja'. <<

[25] *medroso*: ‘miedoso’; *estantigua*: ‘fantasma’. <<

[26] *caía*: juego con el doble significado del verbo, el recto, y el figurado, relacionado con el *ingenio* del verso anterior, ‘caer en la cuenta’. <<

[27] *poetón*: aumentativo cómico. <<

[28] *a la estafeta*: ‘rápidamente’. <<

[29] *el nombrado Oeta*: ‘el famoso Oeta’, monte de Tesalia, desde el que se pueden ver las Termópilas y donde murió abrasado Hércules. <<

[30] La fuente de Aganipe, situada al pie del monte Helicón, estaba consagrada a Apolo y a las musas; por lo que beber de sus aguas propiciaba la inspiración poética. Había brotado al paso de los cascos de Pegaso, el caballo alado de Belerofonte. <<

[31] El original lee *Porque la piedra que en mis hombros veo*. La adición de la preposición *en* resulta necesaria para la comprensión de los siguientes versos y no varía el cómputo silábico. <<

[32] Se refiere posiblemente a Marcelo de Aponte y Ávalos, jesuita y profesor de latín en Toledo. <<

[33] Posible alusión a Beltrán de Galarza, caballero sevillano de vida agitada, de quien se recogen algunos chistes en los *Cuentos de Juan de Arquijo*. Véase también la alusión a Antonio de Galarza más abajo, II, v. 383, y en el prólogo de las *Comedias y entremeses*. <<

[34] Rodomonte es un rey moro, personaje que aparece en el *Orlando enamorado* de Matteo Maria Boiardo y en el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, caracterizado como fanfarrón. <<

[35] Vicente Gaos, en su edición del texto, señala el paralelismo de este verso con otro de Garcilaso: «y como d'un dolor otro s'empieza» (*Égloga II*, v. 494). <<

[36] *siempre ligera*: referencia a la pobreza de los poetas. <<

[37] *de agilibus*: ‘de habilidad, prácticas’; *rateras*: ‘despreciables’. <<

[38] *el convexo van de las esferas: 'están en la luna'*. <<

[39] *palestra*: ‘lugar donde se lucha’, en relación con el dios Marte. Referencia a la poesía épica. Venus, a quien vemos en el verso 87, representará la poesía lírica. <<

[40] En la edición príncipe se lee «las acciones de Marte, o entre *las flores*». Aunque el verso podría leerse con una forzada sinalefa *Marte-o-en*, conservando sus once sílabas, parece más adecuado eliminar el segundo artículo *las*, que puede haber sido añadido por el componedor por atracción del primero. <<

[41] *baldío*: ‘vano, cambiante’; *regalado*: ‘placentero’. <<

[42] *con letura*: ‘con cuidado’. <<

[43] El *cisne* simboliza al buen poeta, mientras que el *cuervo* representa al malo. El narrador aquí se caracteriza, pues, como un poeta mediocre. Más allá de la interpretación que ha querido ver un trasunto de la opinión de Cervantes sobre sí mismo, no se puede olvidar que era habitual en los autores mostrarse humildes para captar la benevolencia del público. <<

[44] *desbastar*: ‘quitar lo basto, encogido y grosero que por falta de educación tienen algunas personas’. <<

[45] La *rueda* de la Fortuna, referida aquí, tradicionalmente nunca está quieta (*queda*), por lo que, si aquí lo está y no permite subir, es para exagerar la mala suerte del narrador. <<

[46] *suceso*: 'éxito'. <<

[47] Entiéndase ‘un pan (*candéal*) con ocho maravedís (*mis*) de queso’. <<

[48] Parece una alusión a la Puerta de Guadalajara de Madrid, sobre la calle Mayor y muy cerca del mentidero de los representantes (*mentiroso*), la cual estaba flanqueada por dos torres laterales, y la cual se incendió en 1582 a causa de los festejos de la victoria militar de Felipe II en la batalla de la Isla Terceira. <<

[49] Crítica evidente del teatro de la época. <<

[50] Otro mentidero, el de San Felipe, al principio de la calle Mayor, era lugar de reunión de soldados, donde se conocerían las novedades del ejército turco (*turco galgo*, por ‘perro’, apelativo despectivo para referirse a los mahometanos). La *gazzeta*, en efecto, tiene su origen en Venecia a principios del siglo XVII y se trataba de un periódico que se publicaba semanalmente con noticias políticas y de otra índole. Tenía fama de exagerar los sucesos. <<

[51] Se trata del puerto de Cartagena. <<

[52] El texto de la príncipe trae *ya navegado*; se corrige y *ha navegado*. <<

[53] El texto de la príncipe trae y *cen* en vez de y *con*. Esta errata está consignada en la fe de los preliminares. <<

[54] Referencia a don Juan de Austria y la batalla de Lepanto, en la que participó Cervantes. <<

[55] Recuerdo del ataque de Juno a la flota de Eneas cuando huía de Troya y se dirigía hacia Italia, descrita al principio de la *Eneida*. <<

[56] Argos fue el constructor del barco del mismo nombre que usaron Jasón y sus compañeros, los argonautas, para su búsqueda del vellocino de oro. <<

[57] Metáfora del alba muy usada; *en trenza*: ‘descubierta’. <<

[58] Era tradición que los barcos *hicieran la salva*, es decir, saludaran disparando sus armas sin munición cuando se acercaban a un puerto amigo. <<

[59] *chusma*: 'tripulación'. <<

[60] *sirgo*: ‘seda torcida’. <<

[61] El *caduceo* es una vara delgada, lisa y cilíndrica, rodeada de dos culebras, atributo de Mercurio, como se ha recordado, dios romano del comercio y mensajero de los dioses, considerada en la Antigüedad como símbolo de la paz. <<

[62] *paraninfo*: 'el que anuncia una buena noticia'. <<

[63] *el dios parlero*: Mercurio era también el dios de la elocuencia. <<

[64] *cilenio*: atributo de Mercurio, por el monte Cilene, en el Peloponeso, lugar de origen del dios. <<

[65] Nueva alusión a la batalla de Lepanto, donde Cervantes resultó herido y perdió el uso de su mano izquierda. <<

[66] *raro*: ‘extraordinario, fuera de lo común’. <<

[67] La edición príncipe lee *llevándola*, pero es necesaria la concordancia con *obras*, por lo que se edita el plural. <<

[68] A la altura de 1614, el *Quijote*, libro aquí referido, había conseguido un éxito considerable. La edición príncipe trae, por error gráfico, *ya* en vez de *y a*, que es nuestra lectura crítica. <<

[69] *monte*: ‘el monte Parnaso’. <<

[70] *luego*: 'inmediatamente'. <<

[71] *matalotaje*: ‘prevención de comida que se lleva en una embarcación’. <<

[72] *apures*: ‘compruebas’. <<

[73] *quilla*: ‘pieza de madera o hierro, que va de popa a proa por la parte inferior del barco y en que se asienta toda su armazón’; *gavia*: ‘vela que se coloca en el mastelero mayor de las naves, la cual da nombre a este, a su verga, a la cofa, etc.’; es decir, ‘de abajo arriba, toda la nave’. <<

[74] *ballesteras*: ‘abertura o agujero estrecho en el costado de un buque, en un muro o en otro lugar, que se utiliza para disparar con protección’; *ensalada*: ‘Composición poética en la cual se incluyen esparcidos versos de otras poesías conocidas o en la que se emplean a voluntad metros diferentes’; *glosas*: ‘composición poética a cuyo final, o al de cada una de sus estrofas, se hacen entrar rimando y formando sentido uno o más versos anticipadamente propuestos’, muy utilizada por Cervantes. La canción «La bella malmaridada» (La bella malmaridada / de las más lindas que vi, / acuérdate cuánto amada, / señora, fuese de mí), provenía de un romance viejo, y fue una de las más glosadas a lo largo de los siglos XVI y XVII, y tuvo tal éxito que fue contrahecha a lo divino y a lo humano, y fue punto de partida de, entre otras, una comedia de Lope de Vega. La *ensalada de glosas* no existe como tal, es una exageración de Cervantes, para incidir en lo asombroso de la nave y describirla no como una mezcla armónica sino como un batiburrillo de estrofas. <<

[75] *popa*: ‘parte posterior de una embarcación’; *extraordinaria*: ‘fuera de lo común’; *bastarda*: ‘aquí, heterodoxa’, pero también se usa como juego de palabras para contraponerse al cercano *legítimos*; *labor*: ‘composición, escritura’; *peregrina*: ‘extraña, pocas veces vista’. <<

[76] *espalderes*: ‘remeros que iban de espaldas a la popa de la galera para mirar y gobernar a los demás, marcando con su remo el compás de la boga’. <<

[77] Los *tercetos*, pues, son buenos para *dar boga larga*, es decir, para composiciones extensas, como esta misma. La *boga larga* es también ‘la boga pausada’, así que de nuevo tendríamos un juego de significados. <<

[78] *crujía*: ‘espacio de popa a proa en medio de la cubierta del buque’. <<

[79] «Pasar crujía» era un castigo infligido en las galeras, que consistía en asestar azotes al culpado. Véase, por ejemplo, el relato de Cristóbal Suárez de Figueroa: «Es pasar crujía tenderlos desnudos en medio de los dos lados de la galera. Amárranlos fuertemente de manos y pies, y con un grueso cordel embreado descarga el de más pujanza sobre los infelices un centenar o dos de espantosos golpes» (*El pasajero*, 1617). Por analogía, se usa para quien pasa miseria o maltrato. <<

[80] *árbol*: ‘mástil, el gran palo vertical que sujeta las velas’. <<

[81] Entiéndase ‘pintado, calafateado (*embreado*), de seis dedos de grueso (*de canto*)’; de nuevo se halla un juego de doble significado en *canto*, de cantar, y de grosor; se enfatiza, así, la prolijidad, el exceso de longitud, de la canción. <<

[82] *entena*: ‘vara o palo encorvado y muy largo al cual está asegurada la vela’. <<

[83] *estrambotes*: ‘conjunto de versos que por gracejo o bizarría suele añadirse al final de una combinación métrica, especialmente del soneto’. <<

[84] *racamenta*: ‘anilla que sujeta la vela al palo para que pueda correr a lo largo de este’; es parlera, pues suena al utilizarla. <<

[85] La *redondilla* es ‘una combinación métrica de cuatro octosílabos en que conciertan los versos primero y cuarto, tercero y segundo’. <<

[86] *jarcias*: ‘aparejos y cabos de un buque’; *seguidillas*: ‘composición métrica que puede constar de cuatro o de siete versos, de los cuales son, en ambos casos, heptasílabos y libres el primero y el tercero, y de cinco sílabas y asonantes los otros dos. Cuando consta de siete, el quinto y el séptimo tienen esta misma medida y forman también asonancia entre sí, y el sexto es, como el primero y el tercero, heptasílabo y libre’. <<

[87] La *rumbada* es el ‘corredor de proa de las galeras’. <<

[88] *estancias*: ‘estrofas formadas por más de seis versos endecasílabos y heptasílabos que riman en consonante al arbitrio del poeta, y cuya estructura se repite a lo largo del poema’. <<

[89] Las colecciones de *varias rimas* tenían su origen en el modelo petrarquista de las *rime sparse* de su *Canzoniere*, que había proliferado y evolucionado con gran éxito en la España de los siglos XVI y XVII. <<

[90] Los *versos encadenados* son aquellos que empiezan con la misma palabra con que acaba el anterior. <<

[91] En un buque se denomina *obra muerta* a la parte del casco que está fuera del agua de forma permanente, cuando el barco está a plena carga. <<

[92] *versos sueltos*: ‘sin rima’, normalmente se refiere a los endecasílabos sueltos o blancos; *sestina*: ‘sextina, forma de poesía culta que trata, generalmente, temas amorosos, y que consta de seis estrofas de seis versos endecasílabos cada una, y de otra que solo se compone de tres. En todas, menos en esta, acaban los versos con las mismas palabras, bien que no ordenadas de igual manera, por haber de concluir con la voz final del último verso de una estrofa el primero de la siguiente. En cada uno de los tres con que se da remate a esta composición entran dos de los seis vocablos repetidos de las estrofas anteriores’. <<

[93] *espanto*: ‘asombro’. <<

[94] *Pactolo*: ‘río situado en la costa turca del mar Egeo, donde en la Antigüedad estuvo el reino de Lidia; se le atribuían propiedades auríferas’. <<

[95] La palabra *espía* tenía género femenino en la época. <<

[96] Se refiere a la *cruz* de la Orden de Malta. <<

[97] *yangüeses*: ‘de Yanguas, Soria’; *coritos*: ‘asturianos’. <<

[98] *Colgado*: ‘pendiente y ansioso’. <<

[99] *El licenciado Juan de Ochoa*: posible referencia a un doctor humanista sevillano, que escribió una *Gramática castellana* (véase II, v. 14). <<

[100] *divierte*: 'desvía'. <<

[101] Se trata de Damián Salucio del Poyo, dramaturgo contemporáneo de Cervantes, alabado también por Lope de Vega y Agustín de Rojas. <<

[102] *deslumbre*: ‘ofusque’. <<

[103] Hipólito de Vergara fue un poeta y dramaturgo con residencia en Sevilla, reconocido asimismo por Lope y Andrés de Claramonte, autor de una comedia atribuida a Tirso de Molina, *La Virgen de los Reyes*. <<

[104] Referencia a Felipe Godínez, teólogo y dramaturgo, quien en 1624 fue acusado de judío y atacado por esa misma razón por Quevedo. La temática de su obra es principalmente religiosa. <<

[105] Francisco de Calatayud, poeta soldado, contador de la Casa de Contratación de Sevilla y después secretario de Felipe IV en Madrid, es autor conocido e incluido en recopilaciones como la *Segunda parte de las Flores de poetas ilustres*, reunida por Juan Antonio Calderón en 1611. <<

[106] Miguel Cid (1550-1617), poeta sevillano muy prolífico que principalmente restringió su labor a las justas poéticas. Se significó por su defensa del dogma de la Inmaculada Concepción, que había supuesto un enfrentamiento teológico en Sevilla, en especial a partir de 1613. <<

[107] *pone espanto*: ‘causa asombro, admiración’. <<

[108] Según la mitología clásica, Calisto era una cazadora del cortejo de Artemisa, la cual incumplió su voto de castidad, seducida por Zeus. Fue el mismo dios quien la convirtió en la Osa Mayor, para dotarla de inmortalidad. <<

[109] Febo es uno de los epítetos del dios Apolo. <<

[110] *sabe*: 'conoce'. <<

[111] Luis de Góngora y Argote (1561-1627), gran poeta cordobés iniciador del culteranismo. <<

[112] Se refiere a Fernando de Herrera (1534-1597), poeta sevillano de gran prestigio, conocido como «el divino». <<

[113] Luz es el nombre de la amada a la que Fernando de Herrera dedica muchos de sus poemas, áter ego de doña Leonor Fernández de Córdoba y de Milán de Aragón, que solo era su musa, pues era la mujer de su protector, el conde de Gelves. <<

[114] El texto de la edición príncipe lee *alma*; es necesario añadir el artículo: *el alma*.

<<

[115] Juan de Jáuregui (1583-1641), o Jáurigui, como en el texto, poeta, erudito y pintor, de gran prestigio (el propio Cervantes cuenta que le sacó un retrato, que, de existir, no se ha conservado). Participó en las polémicas literarias en torno al culteranismo, enemistándose con poetas como el propio Góngora o Quevedo. <<

[116] Jáuregui tradujo en octavas reales la *Farsalia* de Lucano. <<

[117] *necesidad*: ‘apuro, aprieto’. <<

[118] El discurso pediría un *le* en vez de un *te*, pero en Cervantes son habituales estos cambios de referencia. <<

[119] Félix Arias Girón (1563-1622), poeta soldado, hijo del conde de Puñonrostro. Fue protector y juez de la Academia poética de Madrid. <<

[120] La fuente Aganipe ya ha aparecido en I, v. 32. <<

[121] Hipocrene es, como Aganipe, una fuente situada en el monte Helicón, consagrada a las Musas. Su origen se debe también al paso de Pegaso. Ambas fuentes suelen citarse juntas, como en las *Metamorfosis* de Ovidio (V, 312). <<

[122] *a dicha*: 'acaso'. <<

[123] *chacho*: 'jugador'. Algún estudioso ha visto aquí una posible referencia a Castillo Solórzano. <<

[124] Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1581-1635), novelista, dramaturgo y poeta, conocido especialmente por sus colecciones de novela cortesana como *El caballero puntual* (1614) y *Corrección de vicios* (1615). <<

[125] La edición príncipe lee *decirlo*, pero debe corregirse *decillo* para restituir la rima con *Barbadillo* y *oílo*. <<

[126] En la mitología griega, Ganimedes es un hermoso príncipe troyano, hijo de Tros (o de Laedomonte, según las fuentes), quien fue raptado de la tierra y se convirtió en el amante de Zeus y en el copero de los dioses. Algunos estudiosos ven aquí una referencia al poeta Esteban Manuel de Villegas, quien, de origen hidalgo, vio mermar su fortuna y adquirió fama de vivir de préstamos. <<

[127] *a lo godo*: ‘como rico, noble’. <<

[128] Luis Cabrera de Córdoba (1559-1623), historiador famoso por su *Historia de Felipe II* (1619), y poeta seguidor del estilo gongorino. <<

[129] Comparación con Cornelio Tácito (h. 55-120), autor de los *Anales*, y referente del historiador por excelencia. <<

[130] Bóreas era, en la mitología griega, el dios del frío viento del norte que traía el invierno. Era conocido por su fuerza y mal carácter. <<

[131] Lorenzo Ramírez de Prado (1583-1658), fue un humanista, bibliófilo y escritor político español. <<

[132] Antonio de Monroy y Zúñiga, señor de la casa de Monroy, fue natural de Plasencia, hermano de la ilustrísima señora doña Leonor Pimentel, a quien dedicó Lope *La Filomena*. Escribió una *Elegía* a la muerte del poeta don Luis Carrillo y Sotomayor, impresa al frente de las *Obras póstumas* de este (Madrid, 1611-1613). <<

[133] Torcuato Tasso (1544-1595), el gran poeta italiano, autor del poema heroico la *Jerusalén liberada*. <<

[134] Antonio de Paredes, poeta gongorino, autor de unas *Rimas*, que se publicaron póstumas en Córdoba en 1622, con aprobación de Lope de Vega. <<

[135] Antonio Hurtado de Mendoza (1586-1644), escritor y dramaturgo de la escuela culterana. <<

[136] Pedro de Morales, poeta cómico alabado también por Lope de Vega y Agustín de Rojas. <<

[137] Zoílo, gramático griego, filósofo cínico y crítico literario de Anfípolis, en Macedonia. Criticó severamente a Homero. <<

[138] Vicente Espinel (1550-1624), sacerdote, escritor y músico. A partir de sus *Diversas rimas* de 1591, modificó la estructura de la décima, estrofa conocida también como *espinela* en su honor. Fue conocido también por sus sátiras, de ahí su comparación anterior con Zoílo. <<

[139] *la prima*: 'la primacía'. <<

[140] *tira la barra*: referencia al juego de lanzar una barra, cuyo objetivo es lograr la mayor distancia; pero la expresión *tirar la barra* también significa ‘realizar el máximo esfuerzo por conseguir algo’. <<

[141] Pindo es un macizo montañoso del Epiro, cordillera del norte de Grecia. A menudo era llamado en la Antigüedad la «columna vertebral de Grecia». Se trata de un monte poético, como el Parnaso. <<

[142] *desgarra*: ‘maldice’. <<

[143] Jusepe de Vargas, poeta alabado también en el *Laurel de Apolo*, de Lope de Vega, y por Pérez de Montalbán en el *Para todos*. Siempre aparece, como aquí, caracterizado como hombre irascible. <<

[144] Andrés Carlos de Balmaseda, poeta toledano. Hay un soneto suyo al frente de la *Segunda parte de las Rimas de Lope de Vega* (1605). Se sabe que colaboró en la *Fama póstuma* de Lope, publicada por Pérez de Montalbán en 1636. <<

[145] Posible referencia a Bartolomé López de Enciso, poeta de la segunda mitad del siglo XVI, quien escribió la novela pastoril *Desengaño de celos*, publicada en 1586. Según la fe de erratas de los preliminares, la edición príncipe lee incorrectamente *inceso*, pero no es así en nuestro ejemplar. <<

[146] Luis Vélez de Guevara (1579-1644), dramaturgo y novelista, autor de *El diablo cojuelo*. <<

[147] *numeroso*: ‘armonioso’. <<

[148] Gnatón y Davo son dos personajes de las comedias de Terencio, el primero un siervo y el segundo un truhán. <<

[149] Juan de España y Moncada fue contador mayor del infante cardenal don Fernando y caballero y procurador general de la Orden de Santiago. Lope de Vega lo alabó en la silva VII del *Laurel de Apolo*. <<

[150] Luso, hijo o compañero de Baco, de donde deriva Lusitania ('Portugal'). La edición príncipe trae *Lugo* y no *Luso*, pero la corrección es necesaria. <<

[151] Miguel de Silveira, judío converso portugués. Poeta famoso desde inicios del siglo XVII, compuso los poemas heroicos *El Macabeo* (1638) y *El Sol vencido* (1639). Lope de Vega lo alaba en *La Filomena*, llamándole «lusitano». <<

[152] El licenciado Pedro de Herrera, autor de la *Descripción de la Capilla de Nuestra Señora del Sagrario...* de Toledo (1617). Posiblemente se trate del mismo Pedro de Herrera a quien Lope de Vega dedicó en 1621 su comedia *El caballero del milagro*.

<<

[153] Francisco de Faría (1562-1616), natural de Granada (de ahí la referencia al río Dauro, 'Darro'), canónigo de la Santa Iglesia de Málaga y doctoral de la de Almería. Tradujo en octavas castellanas el *Robo de Proserpina*, de Claudiano (1608). <<

[154] Pedro Rodríguez de Ardila, natural de Granada, fue poeta y librero. Agustín de Tejada Páez (1567-1635), doctor en teología. Pedro de Espinosa, en *Flores de poetas ilustres* (1605) recoge poemas de ambos. <<

[155] No se trata, como han supuesto algunos editores, de Baltasar Elisio de Medinilla, poeta y gran amigo de Lope de Vega, sino de Pedro Medina Medinilla. Su romance gozó de popularidad y se imprimió ya en la *Cuarta y quinta parte de Flor de romances* (Burgos, 1592): «Funestos y altos cipreses, / frondosas y verdes hayas / cercan un campo cubierto / de abrojos y hierba larga. / En medio estaba un sepulcro, / al pie de una palma ingrata / que, como da el fruto tarde, / con la muerte se compara...». <<

[156] Fernando Bermúdez de Carvajal, poeta natural de Plasencia. Fue camarero del duque de Sessa. Escribió numerosos poemas laudatorios, como el que encabeza las *Novelas ejemplares* (1613) de Cervantes, el anteriormente citado *Robo de Proserpina* de Claudiano (1608), traducido por Faría (véase la nota 153); *Los pastores de Belén* (1612) y las *Rimas sacras* (1614) de Lope; la *Corrección de vicios* de Salas Barbadillo (1615), etc. <<

[157] Bernardo de Balbuena (1562-1627), eclesiástico y poeta. Se recuerda aquí su libro *Siglo de Oro, en las Selvas de Erifile... en que se describe una agradable y rigurosa imitación del estilo pastoril de Teócrito, Virgilio y Sanazaro* (1608). <<

[158] Alusión a fray Miguel Cejudo y del Olmo (1578-1652), humanista, fraile y poeta, primo del citado Bernardo de Balbuena (véase la nota anterior); caballero del hábito de Calatrava, muy elogiado por Lope de Vega en *La Arcadia* y el *Laurel de Apolo*. También se recuerda aquí a Miguel Sánchez, llamado «el divino» (1560-1620), poeta y dramaturgo vallisoletano, considerado uno de los padres de la comedia nueva. Es elogiado por Lope en el *Laurel de Apolo*, *La Filomena* y *La Arcadia*. <<

[159] Don Francisco de Silva y Mendoza, hijo segundo de don Rodrigo Gómez de Silva, segundo duque de Pastrana. Ilustre aficionado a las letras, organizaba en su casa la *Academia Selvaje*, de la cual formaban parte Lope de Vega y el licenciado Pedro Soto de Rojas. Estos mismos lo elogiaron por su ingenio y caballería. Tuvo una muerte heroica durante la batalla de Lombardía, en 1615, siendo aún muy joven, rasgo que recuerda aquí Cervantes. <<

[160] El licenciado Gabriel Gómez de Sanabria, poeta y jurista, que obtuvo diversos cargos en las Indias, siendo por entonces fiscal de la Audiencia de Charcas, en el Perú. Entre sus obras destaca su traducción de Marcial. Lope de Vega lo alaba en el *Laurel de Apolo*. <<

[161] La edición príncipe trae *lecho* y no *hecho*, pero la corrección es necesaria. <<

[162] Algunos autores identifican el Valdés del texto con Alonso de Valdés, poeta elogiado también en el «*Canto de Calíope*» de *La Galatea*; otros, sin embargo, creen que Cervantes se refiere aquí a Pedro de Valdés, poeta recordado por Francisco de Herrera Maldonado, en su traducción de Sannazaro (*Sanazaro Español*, 1620). <<

[163] Cristóbal Suárez de Figueroa (1571-h. 1644). Jurista, escritor, traductor y enciclopedista vallisoletano, quien marchó a Italia, siendo muy joven, y allí desempeñó varios cargos públicos, entre ellos el de auditor de la Infantería española. Su novela pastoril *La constante Amarilis, prosas y versos*, recordada aquí, se publicó en Valencia el año 1609. <<

[164] Diego de Silva y Mendoza (1564-1630), conocido como conde de Salinas, duque III de Francavilla y primer marqués de Alenquer, fue poeta reconocido y político de gran influencia durante los reinados de Felipe II y Felipe III. <<

[165] Don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache (1581-1658), conde de Mayalde y de Simari. Fue discípulo de Bartolomé Leonardo de Argensola. Desempeñó los cargos de gentilhombre de Su Majestad y de virrey del Perú (desde 1614). Es autor, entre otras, de *Obras en verso* (1630), *La pasión de Nuestro Señor Jesucristo en tercetos* (1638) y de un *poema heroico*, *Nápoles recuperada por el rey don Alonso* (1651). <<

[166] *sobras*: 'superas'. <<

[167] *tacaño*: ‘astuto y engañoso’. <<

[168] Don Diego Gómez de Sandoval y Rojas, hijo segundo del duque de Lerma. Poeta y benefactor de las artes a quien Lope de Vega dedicó su *Jerusalén conquistada* (1609). <<

[169] Nueva alusión al monte poético Pindo (véase II, v. 152). <<

[170] *hacha*: ‘mecha que se hace de esparto y alquitrán para que resista al viento sin apagarse’. <<

[171] Don Juan Bautista de Tasis y Peralta, conde de Villamediana (1582-1622), poeta de estilo muy personal, con fama de libertino, jugador y sátiro. Su talante lo abocó a dos destierros, a consecuencia de sus punzantes sátiras contra varios personajes. En 1621 fue nombrado gentilhomme de la reina doña Isabel. Murió asesinado, posiblemente por orden del conde-duque de Olivares. Sus *Obras* se publicaron 1629.

<<

[172] Don Álvaro Antonio Enríquez de Almansa, marqués de Alcañices, fue gentilhomme de cámara de Felipe IV y poeta. Los preliminares de las *Novelas ejemplares* de Cervantes (1613) incluyen un soneto laudatorio suyo. Es alabado por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* y el mismo autor le dedicó la *Segunda parte del Príncipe perfecto* (1622). <<

[173] *fenices*: es plural de fénix. <<

[174] *idificio*: 'edificio'. <<

[175] *el cerco de la luna*: o del sol, es ‘el resplandor que suele aparecer alrededor de estos planetas’; se trata de una hipérbole que enaltece el edificio de Apolo, y, en consecuencia, a los poetas citados. <<

[176] El texto de la príncipe lee *el lauro palma lleva*, pero es necesaria la introducción de la copulativa: *el lauro y palma lleva*. Lo notaba ya el corrector de la época y es error incluido en la fe de erratas. <<

[177] Francisco de la Cueva y Silva (1550-1621), poeta, dramaturgo, filólogo y jurista, fue elogiado por Quevedo, Agustín de Rojas Villandrado, Cristóbal de Mesa, Vicente Espinel y Lope, entre otros. Pese a estos elogios repetidos, no se conserva gran parte de su obra, a excepción de un tratado, algunos poemas, la tragedia *Narciso* y la *Farsa del obispo don Gonzalo y los hidalgos de Jaén y celos del rey de Granada y victoria de Reduán*. <<

[178] Rodrigo de Herrera y Ribera (1578-1641), poeta y dramaturgo español de la escuela de Lope de Vega. Este autor lo alaba en el *Laurel de Apolo*. <<

[179] Don Juan Antonio de Vera, Zúñiga y Figueroa (1583-1658), conocido como el conde de la Roca, diplomático, historiador y escritor. Fue embajador en Venecia, Roma y Saboya. Lope de Vega le dedicó sus comedias *Los esclavos libres* y *La Felisarda*, así como un poema en *El peregrino en su patria* (1604). <<

[180] Según el *Tratado de la esfera*, de Juan de Sacrobosco, el tratado astronómico más conocido en la época de Cervantes (lo fue desde su aparición en el siglo XIII hasta el XVIII), clasifica *las esferas* ('cielos') del universo. La *cuarta* era la del Sol y la *quinta* la de Marte. La edición príncipe trae *quenta* y no *quinta*, pero hay que enmendar la errata, ya vista por el corrector de la época e incluida en la fe de erratas.

<<

[181] Referencia a Francisco de Quevedo, que aparecerá enseguida. <<

[182] *llano*: ‘allanado, fácil’. <<

[183] Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), uno de los autores más destacados de la historia de la literatura española, especialmente conocido por su obra poética, aunque también escribió obras narrativas y dramáticas. <<

[184] Calíope es la musa de la elocuencia y de la poesía épica. <<

[185] El texto de la edición príncipe lee *tenemos*. Se corrige, pues, la unión de «esperar» y «temer» en contextos paralelos es muy habitual en la época, y el sentido es preferible a la posible sátira de ‘poetas malos que ya tenemos’. <<

[186] Quevedo era cojo. <<

[187] La edición príncipe lee *al poeta* y no *el poeta*, pero la corrección es necesaria. <<

[188] Algunos editores proponen la enmienda «dromedario», aunque la métrica resultaría muy forzada. Se conserva el original; *alfana*: ‘caballo corpulento, fuerte y brioso’. <<

[189] *infando*: ‘torpe e indigno de que se hable de ello’; *jubes*: ‘ordenas’. Se trata de una reminiscencia jocosa del hexámetro virgiliano «Infandum, Regina, iubes renovare dolorem» (*Eneida*, II, 3, ‘Reina, me mandas recordar un dolor que no se puede expresar’). Algún editor ha visto aquí una burla de los poetas culteranos. <<

[190] Entiéndase ‘que se hundiera inmediatamente’. <<

[191] *saltarel*: ‘saltarelo, baile de origen italiano’. <<

[192] Juana la Chasca era una famosa vendedora de embuchados de Madrid. Se la ha relacionado con unos versos del *Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando el enamorado*, de Quevedo («Hembra por quien pasó tanta borrasca / el rey Grandonio, de testuz arisco, / a quien llamaba Angélica *la chasca*, / hablando a trochimochi y abarrisco»). <<

[193] *pintiparado*: aquí, ‘similar’. La *tarasca* era una figura de serpiente que iba al frente de las procesiones, representando místicamente el vencimiento glorioso de Jesucristo sobre el demonio. Parece voz tomada del verbo griego *theracca*, que significa ‘asustar’, porque espantaba a los niños. <<

[194] Juego semántico con el nombre de los vientos: *regañón* es ‘el viento del norte’, pero también ‘la persona que regaña por cualquier cosa’; y *céfiro* es ‘el viento de poniente’, pero a la vez ‘algo suave y apacible’. <<

[195] La palabra *color* era ambigua en la época de Cervantes, por tanto, podía utilizarse en femenino o masculino indistintamente. <<

[196] *por brújula*: ‘poco a poco’. Es expresión tomada de los juegos de naipes. <<

[197] Es creencia recogida por Plinio en su *Historia natural* (VIII, 31). Compárese un fragmento de las *Sátiras menipeas* de Bartolomé Leonardo de Argensola: «ansí en las entrañas de las nubes vieras engendrarse ranas, sapos, lagartos y otras diversas sabandijas, como las que produce por acá la putrefacción o el polvo cuando lo humedece la lluvia...» (*El Dédalo*). <<

[198] *de rumbo*: ‘ostentosos’; *hampo*: ‘del hampa, pícaros’; *Dios es Cristo*: ‘tercos, que no atienden a razones’. <<

[199] En el prólogo de las *Comedias y entremeses* se cita también a un Antonio de Galarza: «... las grandezas de las comedias de Luis Vélez de Guevara, y las que agora están en jerga del agudo ingenio de don Antonio de Galarza». Se carece de noticias sobre este dramaturgo. Cayetano Alberto de la Barrera cita en su *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, un libro de Pascual de Gayangos de un tal Joseph Antonio López de Galarza, titulado *Claridiano en dos puertos*, pero no parece referir a nuestro Galarza. Véase la alusión a un homónimo en I, v. 53. <<

[200] Félix Lope de Vega y Carpio (1562-1635), uno de los más importantes poetas y dramaturgos del Siglo de Oro. Fue autor admirado por Cervantes, pero con quien no siempre mantuvo una relación cordial. <<

[201] ¡Cuerpo de mí!: ‘¡maldita sea!’, locución que denota enfado. Nótese que el sufijo *-ambre*, que hallamos en *poetambre*, indica abundancia, pero también es despectivo (como en *pelambre*). <<

[202] *zaranda*: 'cedazo'. <<

[203] *zarandó*: ‘cribó, seleccionó’; *gramalla*: ‘vestido habitual de algunos cargos públicos de la administración’. <<

[204] *de guilla*: 'abundante'. <<

[205] *granzones*: ‘pedazos gruesos que no pasan la criba’. <<

[206] Algunos editores han visto aquí una referencia al *Sastre de Toledo*, sobrenombre de un dramaturgo de mala fama, citado también por Suárez de Figueroa y Quevedo, entre otros. <<

[207] *zapatero de obra prima*: ‘el que confecciona calzado nuevo’, distinto del remendón, que solo lo repara. <<

[208] *marina*: 'costa'. <<

[209] La edición príncipe lee *y no* en vez de *y uno*, pero la corrección es necesaria. <<

[210] *chocante*: ‘agresivo, violento’. <<

[211] *curiosidad*: ‘cuidado, esmero’. <<

[212] *rancho*: 'sitio'. <<

[213] Avistar delfines saltando era símbolo de borrasca. Lo recoge, por ejemplo, Plinio en su *Historia natural* (IX, 8). <<

[214] *esdrújulos*: ‘versos esdrújulos’, es decir, que tienen la última palabra con ese tipo de acentuación. <<

[215] *lizados*: ‘tipo de hilo fuerte’. <<

[216] *encarrujadas*: ‘retorcidas, ensortijadas’. <<

[217] *agarrochado*: 'herido'. <<

[218] *algarabía*: ‘árabe’. <<

[219] Entiéndase ‘ni siquiera consiente que el viento la pase’. En la edición príncipe no se ve claramente si dice *consiente* o *consiete*, por pérdida de la tilde de abreviatura.

<<

[220] *escombrada*: ‘despejada, llana, clara’. <<

[221] Luis Ferrer de Cardona (1568-1641), poeta valenciano miembro de la Academia de los Nocturnos. <<

[222] Guillén de Castro y Bellvís (1569-1631), uno de los dramaturgos valencianos más reconocidos de la época. Su pieza más conocida fue *Las mocedades del Cid*, que inspiró a Corneille. <<

[223] Cristóbal de Virués (1550-1614), dramaturgo y poeta épico valenciano. <<

[224] Pedro de Aguilar parece un error por Gaspar de Aguilar (1561-1623), conocido poeta y dramaturgo valenciano, elogiado también en el prólogo de las *Comedias y entremeses*. En el *Quijote* (I-xxxix), en la historia del cautivo, aparece también un ficticio Pedro de Aguilar, caracterizado como soldado poeta andaluz. <<

[225] *estilos*: ‘plumillas de hierro’; *librillos de memoria*: ‘pequeños cuadernos para tomar notas’. <<

[226] Andrés Rey de Artieda (1549-1613), poeta y dramaturgo valenciano, de los más reconocidos. En los años de composición del *Viaje del Parnaso*, Rey de Artieda superaba los sesenta años, de ahí la alusión a su avanzada edad en el verso siguiente.

<<

[227] *descaecido*: ‘decaído’; *laso*: ‘cansado, débil’. <<

[228] *godescas*: ‘alegres, pero también lujosas’. <<

[229] El *traje de romero*, de peregrino, es muy sencillo, pues no debe lucir galas ni ostentar riqueza. <<

[230] Es difícil identificar a Juan Luis de Casanate. Se le emparenta con el Agustín de Casanate Rojas que firma el epigrama laudatorio que encabeza el *Viaje*. <<

[231] Para que resulte un endecasílabo, la forma *seria* debe editarse sin tilde, convirtiendo la palabra en bisílaba. <<

[232] Catón el Joven (95-46 a. C.), bisnieto de Catón el Viejo, muerto en Útica. Político romano famoso por su honestidad. <<

[233] Gaspar de Barrionuevo (1562-1624?), poeta y dramaturgo toledano, amigo de Lope de Vega; *contador*: ‘contable’, era cargo público. La edición príncipe, por error, trae *Barionuevo* en vez de *Barrionuevo*. <<

[234] Francisco de Rioja (1583-1659), eclesiástico y poeta sevillano, fue bibliotecario de Felipe IV y cronista de Castilla. <<

[235] Cristóbal de Mesa (1559-1633), poeta y traductor de origen judoconverso. <<

[236] Jano es el dios de las puertas, los principios y los finales, y se le atribuye la creación de Génova. <<

[237] Referencia al curso y la desembocadura del Tíber, al oeste de Roma. <<

[238] Estrómbalo, por Estrómboli, una de las islas Eolias, en el Tirreno, que alberga el volcán del mismo nombre. <<

[239] La *isla infame* posiblemente sea Cerdeña, conocida desde la Antigüedad como tierra insalubre, de plantas venenosas y mala gente. Difícilmente puede ser Capri, como algunos estudiosos han propuesto, pues no concuerda con el trayecto aquí descrito. <<

[240] La nodriza, *nutriz*, de Eneas es Gaeta (*Eneida*, VII, 1 y ss.). <<

[241] En el original se escribe sin *h*, posiblemente se trata de un italianismo. <<

[242] Se trata de la colina de Polisipo, en Nápoles, donde se hallan las tumbas de Virgilio (Tíiro, pastor protagonista de las *Bucólicas*) y Sannazaro (Sincero, joven protagonista de *La Arcadia*). <<

[243] Parténope es el nombre antiguo de Nápoles, tomado de la sirena homónima. <<

[244] Cita de los hermanos Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola. Otros autores los llamaban los *Lupercios* en vez de los *Leonardos*. Estos acompañaron al conde de Lemos cuando tomó el gobierno de Nápoles, en 1610. <<

[245] Entiéndase ‘¡ataca, ataca!’. <<

[246] La edición príncipe trae *ya si* en vez de *y así*, pero la corrección es necesaria. <<

[247] Algunos editores han corregido *podía* por *podrá*, pero considero la enmienda innecesaria. <<

[248] Cervantes solicitó formar parte del séquito del conde de Lemos, pero no fue escogido por los hermanos Leonardo de Argensola. Le prometieron llamarlo a la primera oportunidad, pero nunca cumplieron con ello. <<

[249] *alzarse*: ‘retirarse de un juego cuando se va ganando, sin dar ocasión a los contrarios a desquitarse’. <<

[250] *solio*: 'trono'. <<

[251] El doctor Mira de Amescua (1577-1644), poeta y dramaturgo que también se hallaba en Nápoles en esos años al servicio del conde de Lemos. De ahí que se diga que «también en sus puntos se retira», expresión que equivale al *alzarse* del verso 200. <<

[252] La edición príncipe trae y *cese* en vez de *ícese*; la corrección es necesaria. <<

[253] Escila y Caribdis son dos monstruos marinos mitológicos situados en los dos extremos de un estrecho (*Odisea*, XII); suelen situarse en el estrecho de Messina; *temeroso*: ‘temible’. <<

[254] La edición príncipe trae *presuntosas*; se corrige en *presuntüosas* y se marca el hiato, que, por lo demás, es natural, para obtener cómodamente las once sílabas del verso. <<

[255] Se refiere a Ulises (*Odisea*, V y VII). <<

[256] *tasquen*: ‘muerdan’. <<

[257] Creencia recogida desde antiguo en la literatura, como se ve, por ejemplo, en la historia de Jonás, que calma la tempestad al ser lanzado al mar. <<

[258] Antonio de Lofraso (h. 1540-h. 1600), poeta sardo famoso por la novela pastoril aquí referida *Los diez libros de fortuna de amor* (Barcelona, 1573). <<

[259] *cómitre*: ‘persona que en las galeras vigilaba y dirigía la boga y otras maniobras y a cuyo cargo estaba el castigo de remeros y forzados’; más genéricamente, también podía ser el ‘capitán de mar bajo las órdenes del almirante y a cuyo mando estaba la gente de su navío’. <<

[260] *rebenque*: 'látigo de cuero o cáñamo embreado, con el cual se castigaba a los galeotes'. <<

[261] A *orza*: ‘maniobra en la que el buque navega poniendo la proa hacia la parte de donde viene el viento’. <<

[262] Se trata de una cadena de montañas del Epiro, hoy llamada Tschika o Jimarra. Horacio los llama infames porque atraían los rayos (*Carmina*, I, Oda III). También se citan en la *Eneida* (III-506-507). <<

[263] Entiéndase ‘los acostumbrados a las bebidas frías’. <<

[264] *calzas*: ‘especie de medias’; *greguescos*: ‘prenda de origen italiano semejante a unos calzones cortos, que se vestían sobre las calzas’. <<

[265] *sopraestante*: 'inminente', es italianismo. <<

[266] *se somurmujan*: ‘se sumergen’. <<

[267] La edición príncipe trae *assí* en vez de *a sí*; la corrección es necesaria. <<

[268] El texto de la príncipe trae *la llevaron* y no *le llevaron*; corrijo aunque no creo que se trate de una errata, sino de un cruce entre *bajel* y *galera*. En Cervantes son habituales los errores de concordancia por confusión entre dos antecedentes sinónimos. <<

[269] Corfú es una isla griega del mar Jónico, situada frente a la costa noroeste del Epiro griego; es la segunda mayor de las islas Jónicas; *la isla inexpugnable* es Malta, llamada así por su resistencia al sitio que sufrió en 1565 por parte del ejército otomano. <<

[270] Como ya se ha dicho, el *rocín* de Belorofonte (o Belerofonte) es Pegaso (véanse I, v. 32; II, v. 86). <<

[271] Hipocrene es una de las fuentes inspiradoras de la poesía. Se halla en el monte Helicón, el que se refiere desde el verso 307 (ya aparecida en II, v. 87). <<

[272] *nos diviertes*: ‘nos desvías, nos impides’. <<

[273] Apolo también retira los rayos de su cara en las *Metamorfosis* de Ovidio (II, 40-41). <<

[274] *jubón*: ‘vestidura que cubría desde los hombros hasta la cintura, ceñida y ajustada al cuerpo’. <<

[275] Las Horas son las doce hijas de Cronos. <<

[276] La *hora menguada* expresaba un mal momento, una desgracia. <<

[277] Juan de Arguijo (1567-1623), poeta y músico, natural de Sevilla. De familia acaudalada, llegó a ser veinticuatro en su ciudad natal. Fue mecenas de Lope de Vega, quien le dedicó sus *Rimas*. <<

[278] Luis Barahona de Soto (1548-1595), médico y poeta de corte italianizante muy alabado. Cervantes lo elogia y salva de la quema en el escrutinio de la biblioteca en el *Quijote* (I-VI). <<

[279] De nuevo aparecen las fuentes que propician el arte poético: Castalia y Helicon.

<<

[280] La palabra *majestoso* es un italianismo. <<

[281] Los poetas *de pensado* son quienes escriben con atención y despacio; los *de repente*, los improvisadores orales. <<

[282] *bríndez*: ‘brindis’; *caraos*: ‘brindis para beber toda la copa’. Ambas son palabras de origen germánico; *poner en bando*: se ha entendido de dos maneras muy distintas: ‘se generalizó’ y ‘se desterró’. Opto por entender la segunda opción, pues el contexto indica que los poetas bebían con tal ansia que no perdían el tiempo en brindis. <<

[283] *pedicoj*: ‘a la pata coja’. <<

[284] Alonso de Ledesma (1562-1623), poeta considerado el iniciador del conceptismo. Algún estudioso lo ha postulado como autor del *Quijote* de Avellaneda.

<<

[285] Se tienen muy pocos datos sobre Jerónimo de Castro; al parecer fue poeta y músico (de ahí, tal, que aparezca cantando un motete), y albacea del testamento de Vicente Espinel. Por la caracterización de Cervantes, deducimos que era poeta amoroso, pues el mirto era desde antiguo símbolo de la elegía amorosa (véase, por ejemplo, Ovidio, *Amores*, I, 1, vv. 27-30). <<

[286] Compárese con el verso 5 de la *Noche serena* de fray Luis de León: «en sueño y en olvido sepultado». <<

[287] Delio es otro de los nombres de Apolo. <<

[288] *industria*: ‘artificio’. <<

[289] La príncipe trae *Alcinô*, ô en vez de *oo* por errata. <<

[290] Comparación con tres jardines famosos por su belleza: los jardines Hespérides, donde Hércules superó uno de sus trabajos; los Pensiles, que refieren a los jardines colgantes de Babilonia, una de las Siete Maravillas del mundo antiguo; y los jardines de Alcínoo (aquí acentuado llano), rey de los feacios, cuya hermosura es celebrada por Homero, Virgilio, Ovidio... <<

[291] El mismo verso se repite en la *Epístola a Mateo Vázquez*, v. 201. Véase el poema [VIII]. También se halla en la Jornada I de *El trato de Argel*. <<

[292] La edición príncipe trae *porque tuvo envidia* en vez de *porque tú, ¡oh Envidia!*; la corrección es necesaria. <<

[293] Recuerdo de un verso de Juvenal, «Si natura negat, facit indignatio versum» (Sátiras, I, 79). <<

[294] De nuevo, véase Juvenal, «Qualemcumque potest: quales ego vel Cluvienus» (*Sátiras*, I, 80). <<

[295] El desterrado a Ponto es Ovidio. <<

[296] Se trata de una comedia de Cervantes perdida, de la que tenemos muy pocas noticias salvo que se cita de nuevo en la *Adjunta al Parnaso* y que se representó con éxito, pues aún se incluye en el repertorio del autor de comedias Juan Acacio en 1627. <<

[297] Alusión al polémico soneto con estrambote dedicado al túmulo de Felipe II en Sevilla. Véase, más abajo, poema XXVII. <<

[298] Véase, más abajo, el poema XXII. <<

[299] *a pique*: ‘a punto’. <<

[300] *de a docena*: ‘de poco valor’. La edición príncipe trae *soneto* en vez de *sonetos*, pero es necesario restituir el plural. <<

[301] Se refiere a la protagonista de *La ilustre fregona* («Raro humilde sujeto que levantas...»), y los dos dedicados a la criada Cristina en *La entretenida*, («Pluguiera a Dios que nunca aquí viniera», y «Que de un lacá-...», Jornada II). <<

[302] Filis es nombre común de amada poética; Silena es el nombre de la pastora que enamora a Lauso (álter ego de Cervantes) en *La Galatea* y el «Romance de los celos», citado unos versos arriba (IV, v. 41) y editado en la p. 242. En la edición príncipe, por errata, se lee *Mifilena*. <<

[303] La palabra *fraude* es femenina en la época. <<

[304] Timbreo es otro de los apelativos de Apolo. <<

[305] La edición príncipe trae *granjealla* en vez de *granjeallo*, posiblemente atraída por el *ella* del verso 80, pero la corrección es necesaria por rima y por significado (concuerta con «El bien» del verso 76). <<

[306] La edición príncipe trae, por errata, *le estrechez* en vez de *la estrechez*. <<

[307] El *día de cutio* es el 'día de trabajo'. <<

[308] *rozagante*: 'vistosa'. <<

[309] *trafalmeja*: ‘bulliciosa y de poco seso’. <<

[310] La *sonaja* y el *morteruelo* son dos instrumentos rústicos. <<

[311] *tabanco*: ‘puesto ambulante de comestibles’, y también ‘casa de juego’. <<

[312] *coto*: 'medio palmo'. <<

[313] *solecismos*: ‘errores sintácticos, de lengua’. <<

[314] Baco es el dios del vino. <<

[315] *el poleo*: ‘la vanidad, la jactancia’. <<

[316] *con pa y vereda*: posiblemente, ‘con jolgorio, desenfreno’; el texto de la príncipe trae *compa y vereda*, y así se ha editado varias veces; el *mastranzo* y la *juncia* son plantas aromáticas, pero la *juncia* también significa ‘bravata’. Véase el pasaje paralelo de *La Arcadia* de Lope de Vega: «ellas con mastranzo y juncia / ellos con tejos y lauros». <<

[317] La edición príncipe trae *la ala* en vez de *la gala*; la corrección es necesaria. <<

[318] *bureo*: ‘entretenimiento’. <<

[319] El texto de la príncipe lee *pueda* en vez de *puede*; la corrección es necesaria. <<

[320] Sabea o Saba, reino conocido por sus muchos y buenos olores. <<

[321] Tíbar es un río de África, famoso por albergar oro; Hibla es un monte y ciudad de Sicilia, cuya miel tenía mucho prestigio. La edición príncipe trae *Tíber* y no *Tíbar*, pero la enmienda restituye la lectura simplificadora. <<

[322] *¡Aquí del rey!*: expresión usada para pedir favor o auxilio. <<

[323] *los de la carda*: ‘los que no llevan una vida recomendable’, pero, también, ‘los del oficio, los poetas’. <<

[324] Lanfusa es la madre del caballero Ferrau en el *Orlando furioso* de Ariosto. <<

[325] *bonete*: ‘especie de gorra, comúnmente de cuatro picos, usada por los eclesiásticos y seminaristas, y antiguamente por los colegiales y graduados’; *muceta*: ‘esclavina que cubre el pecho y la espalda, y que, abotonada por delante, usan como señal de su dignidad los prelados, doctores, licenciados y ciertos eclesiásticos’. <<

[326] *behetría*: ‘confusión, desorden’. <<

[327] *porfía*: ‘tenacidad’. <<

[328] *cayan*: ‘caigan’; *no nos cayan* significa ‘no se enteren’. <<

[329] Francisco Sánchez de Villanueva (1581-1658), poeta y predicador de Felipe III y de Felipe IV. <<

[330] Hortensio Félix Paravicino y Arteaga (1580-1633), religioso de la Orden de la Santísima Trinidad y poeta culterano. La edición príncipe lee *el maestro Orense*, no *Hortensio*, pero la corrección parece plausible. <<

[331] Fray Juan Bautista Capataz, trinitario, padre presentado y poeta. Aprobó, en 1612, las *Novelas ejemplares* de Cervantes. <<

[332] Andrés del Pozo era sacerdote y poeta, natural de Granada. <<

[333] Fray Alonso Remón (1561-1632), de la Orden de la Merced, dramaturgo y prosista. Se hizo famoso como orador sagrado. <<

[334] *los brazos de Dafne*: ‘el laurel’. <<

[335] El otro se ha identificado con fray Gabriel Téllez, ‘Tirso de Molina’, aunque es más probable que se trate de una referencia a Bernardo de Sandoval y Rojas, Inquisidor general y cardenal arzobispo de Toledo, quien fue erudito y mecenas. <<

[336] *¡trapa, trapa, aparta, afuera, afuera!*: ‘¡atención, apartaos, haced sitio!’ <<

[337] *postillón*: ‘mozo a caballo’. <<

[338] *a la ligera*: ‘con prisa, sin reflexión’; pero también ‘con menos comodidad y compañía de la que corresponde’. <<

[339] El texto de la príncipe trae *pregenero* por errata. <<

[340] Posiblemente se trate de don Sancho Martínez de Leiva, primer conde de Baños y señor de Leiva, que fue maestro de campo en 1588 y militó en los Países Bajos, Francia y otros lugares, llegando a ser capitán general de la flota de Nápoles y caballero de la Orden de Santiago. Fue poeta ocasional. <<

[341] Joao Mendes de Vasconcelos, poeta portugués que escribió un largo poema épico, *Liga deshecha, por la expulsión de los moriscos de los reinos de España*, publicado en 1612. <<

[342] *bayo*: ‘de color amarillento’. <<

[343] Es difícil establecer quién es este poeta soldado, pero varios investigadores apuntan a un homónimo que firma varios poemas en el *Cancionero* de la Academia de los Nocturnos. <<

[344] *rota*: 'derrota'. <<

[345] *tomó luego reseña*: ‘pasó revista de inmediato’. <<

[346] Don Fernando de Lodeña *el Mozo*, soldado poeta, de la Orden de Santiago, firma uno de los poemas preliminares de las *Novelas ejemplares*. <<

[347] El licenciado Juan de Vergara (1545-1620), médico y poeta, que llegó a ser cirujano de cámara de Felipe II y Felipe III. También es alabado en el *Canto de Calíope*. <<

[348] Algunos editores corrigen este *ilustre* por y *lustre* para evitar tres versos con la misma rima (392, 394 y 396). La lectura de la príncipe, sin embargo, es correcta y hay casos paralelos en Cervantes, por lo que mantenemos el texto original. Esculapio y Apolo son los dioses de la medicina y la poesía, respectivamente. <<

[349] *bien partido*: ‘generoso’. Alude a San Martín, quien compartió su capa con un pobre. <<

[350] El licenciado Juan Antonio de Herrera Temiño (1583-1634), poeta y abogado. Entre otros, desempeñó el cargo de abogado de los negocios de la encomienda mayor de Castilla de la Orden de Santiago. <<

[351] *puso en fil*: ‘equilibró, niveló’. <<

[352] El licenciado Sebastián de Nieva Calvo, poeta autor del poema sacro *La mejor mujer, madre y Virgen, sus excelencias, vida y grandezas, repartidas por sus fiestas todas* (Madrid, 1625), cuyo último canto versa sobre la batalla de Lepanto. Participó en la *Justa Poética* de San Isidro recopilada por Lope de Vega en 1620. El maestro Valdivielso (aquí Valdivieso), conocido poeta y capellán de la catedral de Toledo, amigo de Cervantes y Lope de Vega, redactó las aprobaciones de la segunda parte del *Quijote*, las *Comedias y entremeses*, este *Viaje* y el *Persiles*. Véase, más arriba, la nota 9 de los preliminares. <<

[353] No tenemos noticia de Juan de Argote y de Gamboa. <<

[354] Se tienen pocos datos sobre Diego Abarca. Podría ser el poeta que firma una décima en los preliminares de la *Historia de Nuevo México* (Alcalá, 1610) de Gaspar Pérez de Villagrà. <<

[355] Diego Jiménez de Enciso (1585-1634), poeta y dramaturgo sevillano, conocido por la comedia *El príncipe don Carlos*. <<

[356] Posiblemente se refiere al contador Juan López del Valle, poeta que firma un soneto dedicado «a la grandeza del Duque de Béjar», al frente de las *Flores de poetas ilustres* de Pedro de Espinosa. <<

[357] Francisco de Pamonés, poeta sevillano conocido por su gusto por los juegos métricos, de ahí que a continuación se diga que «pone sus pies (‘unidad métrica’) por do ninguno». <<

[358] *lejas*: ‘lejanas’; *incultas*: ‘agrestes, poco transitadas’. <<

[359] Juan Bateo, o John Bath, poeta irlandés que firma unos dísticos latinos al frente del *Pentecontarchus* de Lorenzo Ramírez de Prado, y un epigrama, también latino, al principio del poema *Liga deshecha*, de Juan Méndez de Vasconcelos. <<

[360] Referencia a Artajerjes II, rey de Persia (404-358 a. C.), a quien los griegos dieron el sobrenombre de *Memnón*, por su gran memoria. Lo cuenta Plutarco en sus *Vidas paralelas* (VII). <<

[361] Pedro Mantuano (cambió su apellido original, de Castro, por este), clérigo y poeta malagueño, que fue secretario del condestable de Castilla don Juan Fernández de Velasco (en 1613), y después (en 1616 y 1617) del conde de Lemos. Escribió las famosas *Advertencias a la Historia de Juan de Mariana* (Madrid, 1613). <<

[362] El abad don Antonio de Maluenda, eclesiástico, poeta y músico burgalés, fue conocido como el «Homero de Burgos». <<

[363] El texto de la príncipe lee, por errata, *la la vitoria* en vez de *la vitoria*. <<

[364] Antonio de Vargas Gentil, poeta genovés que participó con un soneto a la *Justa Poética* de San Isidro (1620). <<

[365] Alusión al licenciado Pedro de Oña (1570-1643), teólogo y poeta chileno, autor de la *Primera parte de Arauco domado* (1596), poema épico inspirado en la *Araucana* de Alonso de Ercilla. <<

[366] La príncipe trae *así mismo* en vez de *a sí mismo*. <<

[367] En efecto, *salma* y *tonelada* son sinónimos. <<

[368] Calicut y Goa eran dos de los puertos más importantes para el comercio con la India, controlado por Portugal. <<

[369] *Tomole... alferecía: 'le dio un patatús'*. <<

[370] *vaso*: 'barco'. <<

[371] *adárame*: ‘pizca’, es decir, que ‘la voz no tenía ni una pizca de tierna ni suave’.

<<

[372] *magancés*: 'traidor'. <<

[373] La príncipe trae la errata *mentrioso* que se restituye aquí en *mentiroso*. <<

[374] *bárbaro*: ‘inculto, grosero’. <<

[375] Bernardo de la Vega, autor andaluz conocido por la novela bucólica *El Pastor de Iberia* (1591). <<

[376] Alusión a la *Primera parte de las Ninfas y Pastores de Henares* (1587), escrita por Bernardo González de Bobadilla. Esta obra como la anterior se citan juntas en el escrutinio de la biblioteca de don Quijote, y ambas son condenadas (*Quijote*, I-VI). <<

[377] *de torbellino*: 'improvisados'. <<

[378] *salir al rostro*: ‘avergonzar’. <<

[379] *acedo*: ‘áspero, desapacible’. <<

[380] Cilenio, como se ha visto ya, es Mercurio. <<

[381] Compárese «Tu formasti me, et posuisti super me manum tuam» (Salmos, 138, 5) y «Sub umbra alarum tuarum proteges me» (Salmos, 16, 8). <<

[382] Compárese, de nuevo, «Fac mecum signum in bono et videant qui oderunt me, et confundantur» (Salmos, 85, 17) y «Pone me ut signaculum super cor tuum ut signaculum super brachium tuum» (Cantar de los cantares, 8, 6). <<

[383] *hizo de ojo*: ‘guiñó el ojo’; *dio del pie*: ‘removió’. <<

[384] *buco*: ‘concavidad de una nave’. <<

[385] *menudean*: ‘se mueven apresuradamente, se agitan’. <<

[386] *Compás de Sevilla*: lugar de reunión de la picaresca, entrada a la mancebía de Sevilla. <<

[387] *ovas*: 'tipo de algas'. <<

[388] *nume*: 'deidad'. <<

[389] *defendida*: 'prohibida'. <<

[390] *granuja*: ‘uva desgranada, separada del racimo’. <<

[391] *aprisco*: 'lugar donde guarecerse'. <<

[392] *morsillón*: ‘mejillón’. <<

[393] *rejo*: 'vigor'. <<

[394] *denegrado*: ‘oscuro, color que tira a negro’. <<

[395] Torcuato Tasso (1544-1595), poeta italiano conocido especialmente por su poema épico *Jerusalén liberada*, compuesta en octavas reales. <<

[396] *descerrajad*: ‘abrid la cerradura’; *almario*: ‘lugar donde se guarda el alma’. <<

[397] *ratero*: 'bajo, vil'. <<

[398] Acidalia es sobrenombre de Venus y significa 'la que excita el deseo'. <<

[399] *pardilla raja*: ‘tejido tosco y grueso, de color pardillo’. <<

[400] *al uso*: ‘a la moda’. <<

[401] *le dice muy bien*: ‘le sienta muy bien’. <<

[402] Según la mitología, Adonis murió a causa del ataque de un jabalí. <<

[403] *maco*: ‘astuto’, en germanía. <<

[404] *se respetaron*: ‘se saludaron respetuosamente’. <<

[405] *zalemas*: ‘reverencias’. <<

[406] Ciprinida, de Chipre, lugar en que nació Venus y donde tuvo su primer templo.

<<

[407] *verdugado*: ‘vestidura que las mujeres usaban debajo de las sayas para ahuecarlas’. <<

[408] Quincoces es nombre burlesco inventado por Cervantes. <<

[409] *Pafo*: ‘Pafos, en Chipre’. <<

[410] *gafo*: ‘tullido, paralítico’. <<

[411] *linfas*: ‘aguas’; *garrafo*: ‘garrafa’. <<

[412] *rogo*: 'hoguera, pira'. <<

[413] *cedo*: 'presto'. <<

[414] *no sedienta*: porque está tragando mucha agua. <<

[415] Nido (Gnido) es la ciudad donde Venus tenía su templo más famoso. <<

[416] *cuajado*: 'lleno'. <<

[417] *odres*: ‘cueros cosidos y empegados por todas partes menos por un extremo que sirven para contener líquidos, como vino o aceite’. <<

[418] La transformación piadosa de Venus, que convierte a los poetas en *calabazas* y *odres* para que floten, y así salvarlos, no deja de ser jocosa, pues calabaza también se dice de ‘las personas ineptas e ignorantes’ y odres de ‘los borrachos’. <<

[419] *desde aparte*: ‘desde lejos’. <<

[420] *vejón*: ‘viejo’. <<

[421] *esguince*: ‘ademán hecho con el cuerpo, hurtándolo y torciéndolo para evitar un golpe o una caída’. <<

[422] Bóreas es el frío viento del norte. <<

[423] *con... simboliza*: ‘se parece’; la familia de los Cerdas es, jocosamente, ‘la de los cerdos’. <<

[424] *poetas zarabandos*: ‘los que componen coplas para la zarabanda y otros bailes’.

<<

[425] *seta*: 'secta'. <<

[426] *se comiden*: ‘se ofrecen, se disponen’. <<

[427] Compárese este verso con el último de la *Elegía II* de Garcilaso: «y así diverso entre contrarios muero». <<

[428] Los poetas *cernícalos* ('ave de rapiña') *lagartijeros* ('que se arrastran') no pueden gozar de los privilegios de los *gavilanes* ('ave rapaz') *no pecheros* ('aristócratas, pues no pechan, no pagan impuestos'). <<

[429] *en cuezo*: ‘con poca ropa’. <<

[430] Tenemos pocos datos sobre Lorenzo de Mendoza y Figueroa, pero conservamos una composición suya al frente de *La hermosura de Angélica* de Lope de Vega. <<

[431] Pedro Juan de Rejaule y Toledo, abogado, poeta y dramaturgo valenciano. Al parecer, es el mismo poeta que, con el seudónimo de Ricardo de Turia, escribió el *Apologético de las comedias españolas* (de ahí lo de «defensor de la poesía» del verso 282). <<

[432] Carecemos de datos sobre el poeta Juan de Solís, aunque firma uno de los poemas de los preliminares de las *Novelas ejemplares* y de la *Fama póstuma* de Montalbán. <<

[433] Juan de Carvajal posiblemente se refiera a un médico poeta que fue catedrático de la Universidad de Sevilla y del que se conservan varios tratados de medicina. <<

[434] Gabriel Lobo Laso de la Vega (1559-1615), poeta, dramaturgo e historiador madrileño. Carecemos de noticias sobre Bartolomé de Mola. <<

[435] Posible referencia al licenciado Diego de Silva, de quien sabemos que colaboró en las fiestas que la imperial ciudad de Toledo hizo al nacimiento de Felipe IV y las que Madrid celebró con motivo de la canonización de san Isidro. <<

[436] La edición príncipe trae *accidental* en vez de *occidental*; la corrección es necesaria. <<

[437] *Morfeo*: el dios del sueño. <<

[438] El original trae *nustro* en vez de *nuestro*. <<

[439] El original trae *tercera* en vez de *primera*, pero la enmienda es necesaria y así la han postulado editores anteriores. <<

[440] *dentera*: aquí, ‘sentir hambre o envidia al ver comer a otro’, en contraposición con *ahíto*: ‘saciado’ o ‘empachado’. <<

[441] Es decir, 'que no es bárbaro'. <<

[442] *premisas*: 'esperanzas'. <<

[443] *a lo discreto*: ‘a discreción’. <<

[444] Sabea y Pancaya, lugares conocidos por sus muchos y buenos olores (véase, IV, v. 205). <<

[445] Se inicia aquí una reflexión sobre la verosimilitud, una de las principales y constantes preocupaciones teóricas de Cervantes. Véase, más abajo, la poesía suelta número IX. <<

[446] El original trae *disparidd* en vez de *disparidad*, por errata. <<

[447] El original trae *abierras* en vez de *abiertas*. <<

[448] *grita*: 'gritería'. <<

[449] *colmo*: 'colmado'. <<

[450] *doncella*: 'virgen'. <<

[451] El original trae *ningunos* en vez de *ninguno*; la métrica impone la corrección. <<

[452] Véase el fragmento del prólogo a *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*: «Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese». Esta enfermedad, posiblemente diabetes, es la causa más probable de la muerte de Cervantes. <<

[453] *leda*: 'alegre'. <<

[454] Referencia a tres de las siete maravillas del mundo antiguo: el Mausoleo de Halicarnaso (*el sepulcro de la viuda bella*), el Coloso de Rodas y el Faro de Alejandría (*la linterna que sirvió de estrella*). <<

[455] *lego*: ‘no cultivado’. <<

[456] El original trae *murio* en vez de *Mucio*; se trata de una banalización. <<

[457] Referencia a Cayo Mucio Escévola, quien, según cuentan Plutarco, Tito Livio y muchos otros, es uno de los patricios romanos que se enfrentó al rey etrusco Porsena. Prendido por él, Mucio pone su mano sobre un brasero como acto de valentía, por el que es perdonado y liberado. <<

[458] Alusión a la leyenda del soldado romano Marco Curcio, quien se lanzó montado en su caballo a un agujero que se había abierto en el Foro y que según el Oráculo solo se cerraría tirando en él lo más valioso de Roma. Cayo Mucio Escévola y Marco Curcio aparecen juntos también en el *Quijote* (II-VIII). <<

[459] La diosa grecorromana Ocasión se representaba como una mujer de larga cabellera cubriéndole el rostro, pero calva por detrás, colocada sobre una rueda en movimiento. Esta diosa representaba las buenas ocasiones perdidas ya que, si pasaba, lo haría rápidamente y no se la podría asir siquiera por los cabellos, ausentes en la nuca. <<

[460] *ministrándola*: ‘administrándole’, con laísmo. <<

[461] Es imagen clásica desde Virgilio (*Égloga III*, v. 93), que se halla también en Petrarca, fray Luis... <<

[462] El original trae *preve* en vez de *pruebe*. <<

[463] Compárense los versos de fray Luis de León «Despiértenme las aves / con su cantar sabroso no aprendido» (*Vida retirada*, Oda I, vv. 31-32). <<

[464] Alusión a la fama de los toledanos de hablar un buen castellano. <<

[465] Recuerdo de uno de los sonetos del *Canzoniere* de Petrarca que empieza «Spirto felice che sì dolcemente...». <<

[466] Para obtener las once sílabas del verso debe realizarse dialefa entre *la* y *hermosa*. <<

[467] *calor*: 'aliento'. <<

[468] *embaidora*: ‘embaucadora’. <<

[469] En efecto, la *burba* era un tipo de moneda de cobre, pequeña, que se acuñaba en Argel. <<

[470] *pífaro*: ‘flautín de tono muy agudo, usado en las bandas militares’. <<

[471] Entiéndase ‘una merced aquí te pido’. <<

[472] *malmirada*: ‘desconsiderada’. <<

[473] *descoge*: ‘despliega’. <<

[474] La anómala disposición tipográfica del folio 54r (vv. 31-51), que está compuesto en un cuerpo de letra mayor (de los versos 37 a 51) y contiene siete tercetos en vez de los ocho habituales, ha llevado a pensar que aquí falta una estrofa, aunque la rima encadenada no se rompe. <<

[475] Algunos editores han identificado este *marqués* con el de Montesclaros, don Juan de Mendoza y Luna. <<

[476] *industria*: ‘artificio’. <<

[477] Jerónimo de Mora, poeta y pintor que perteneció a la Academia de los Nocturnos de Valencia. <<

[478] *jineta*: 'lanza corta', distintivo de los capitanes de infantería. <<

[479] Posiblemente se refiere a Fernán Ruiz de Biedma, poeta del que sabemos que participó en la *Justa poética de San Isidro* de 1620. <<

[480] Gaspar de Ávila, poeta y dramaturgo murciano. Lo recuerda Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*. <<

[481] Referencia a Juan de Iciar, famoso calígrafo y matemático que había escrito, entre otras obras, una *Ortografía práctica* (1548), y un *Nuevo estilo de escribir cartas mensajeras* (1552); Sincero puede aludir a Gabriel López Maldonado, quien utilizaba ese pseudónimo en la Academia de los Nocturnos, o a Sannazaro, que ya ha sido llamado así más arriba (III, v. 151). <<

[482] Juan de Mestanza de Ribera, poeta ya elogiado en el *Canto de Calíope*. <<

[483] Alusión a Baltasar de Cepeda, poeta de quien se conservan composiciones en las *Flores de poetas ilustres* de Espinosa. La referencia a Mejía no está clara. Como posibilidades, otros editores han propuesto a Diego Mejía, que había escrito la *Primera parte del Parnaso antártico*, y al dramaturgo Luis Mejía de la Cerda, autor de la tragedia de *Doña Inés de Castro* y del auto sacramental *El juego del hombre*. <<

[484] Tampoco resulta clara la referencia a Galindo: podría tratarse de Martín Galindo, poeta mencionado por el duque de Estrada en sus *Comentarios del desengañado*; o Gregorio Galindo, preceptor de gramática, del cual hay versos en el libro de Joaquín Romero de Cepeda *Conserva espiritual* (1588). <<

[485] Pindo es un macizo montañoso del Epiro, cordillera del norte de Grecia. A menudo era llamado en la Antigüedad la «columna vertebral de Grecia». Se trata de un monte poético, como el Parnaso. Véase II, vv. 152 y 260. <<

[486] Fernando Correa de la Cerda, militar y abogado portugués que escribió numerosas poesías entre las que se cuentan dos poemas heroicos: *Imperio lusitano* y *el Pastor de Guadalupe*. <<

[487] Francisco Rodrigues Lobo, poeta portugués autor de varias novelas pastoriles.

<<

[488] Antonio de Ataíde, primer conde de Castro Dayro, fue militar y diplomático, del cual se conservan poesías manuscritas. <<

[489] Arbolánchez, quien aparecerá de nuevo en el v. 182, es en realidad Jerónimo Arbolanche, poeta navarro autor de *Los nueve libros de las Habidas* (1566). <<

[490] La palabra *veinte* no rima con *frente* y *gente*. <<

[491] No se acentúa *transfuga* por mantener el buen ritmo del verso. <<

[492] *churrullero*: ‘charlatán’. <<

[493] Debe conservarse el diptongo en '*serian*', y no serían, para obtener las once sílabas del verso. <<

[494] La edición príncipe trae, por errata, *Lafraso* en vez de *Lofraso* (véase III, v. 247 y ss.). <<

[495] *madrigados*: ‘expertos’. <<

[496] *riza*: 'destrozo'. <<

[497] *concento*: ‘canto acordado y armonioso de diversas voces’. Resulta paradójico llamarlo, a continuación, *confuso*. <<

[498] *hondas de estallo*: ‘hondas de estallido, que crujen cuando arrojan la piedra’. <<

[499] Ya se ha hecho referencia a este autor en II, v. 155. <<

[500] Cilenio es Mercurio. <<

[501] Nueva referencia a Jerónimo Arbolanche, aparecido en el v. 93, y a su obra *Los nueve libros de las Habidas* (1566); el término *breviario* se refiere a la pesadez de la obra, no a su tamaño. <<

[502] Posible referencia a las *Coplas del Provincial* o a las de «¡Ay, Panadera!». <<

[503] Posible alusión a Francisco Pedrosa y Ávila, poeta que participó en la *Canonización de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier*, en Madrid, 1622. <<

[504] El libro ya ha sido aludido en IV, v. 506. <<

[505] *turbamulta*: ‘multitud confusa y desordenada’. <<

[506] Gregorio de Angulo, regidor de Toledo y regente de Nápoles; mantuvo amistad con varios autores de la época, como Lope de Vega, quien lo alaba en el *Laurel de Apolo*. Sabemos que colaboró en las fiestas celebradas en Toledo con motivo del nacimiento de Felipe IV. <<

[507] La edición príncipe trae *cañalla* en vez de *canalla*. El licenciado Pedro Soto de Rojas, granadino, abogado, sacerdote y poeta. Perteneció a la *Academia Selvaje* y a la del conde de Saldaña. <<

[508] *cierran*: ‘acometen’. <<

[509] *Haldeando*: ‘moviendo las faldas, por andar deprisa’. <<

[510] *La pícara Justina* (Medina del Campo, 1605) es una novela picaresca firmada bajo el nombre de *El Licenciado Francisco de Úbeda, natural de Toledo*. <<

[511] *culebrina*: ‘antigua pieza de artillería, larga y de poco calibre’. <<

[512] Tomás Gracián Dantisco, elogiado también en el *Canto de Calíope*, era el hermano menor del autor del *Galaeto español*, Lucas Gracián Dantisco. <<

[513] Poeta ya citado en II, v. 199 y ss. <<

[514] *envión*: ‘empujón’. <<

[515] Según algunos editores, el *andaluz mozuelo* podría ser Alonso Álvarez de Soria, que murió ahorcado. <<

[516] Lupericio Leonardo de Argensola tenía muchos sonetos que podrían referirse aquí. <<

[517] El *magno cordobés* es Luis de Góngora. <<

[518] *balas enramadas*: ‘las que están unidas por una barra de hierro’. <<

[519] La edición príncipe trae *Canaon* en vez de *canción*. <<

[520] La edición príncipe trae *Petrarte* en vez de *petarte* ('petrado'). <<

[521] Primer verso, muy famoso e imitado, de un soneto de Garcilaso. <<

[522] Entiéndase ‘de Garcilaso de la Vega o de Juan de Timoneda’, es decir, ‘partidario de la poesía italianizante o de los metros españoles tradicionales’. <<

[523] La edición príncipe trae *con batiente* en vez de *combatiente*. <<

[524] *al peso*: ‘al nivel’. <<

[525] Pedro Mantuano ha aparecido antes, en IV, v. 427. <<

[526] Julián de Almedáriz, autor salmantino. Rojas Villandrando lo alaba en su *Loa de la comedia*. Concurrió a las fiestas toledanas por el nacimiento de Felipe IV (1605). <<

[527] Delio, como ya se ha visto, es uno de los nombres de Apolo. <<

[528] *por las rucias que peino*: ‘por las barbas canosas que peino’, es juramento habitual; *me corro*: ‘me avergüenzo’. <<

[529] *Hesperia*: aquí, 'España'. <<

[530] *de llano*: ‘con la parte llana de la espada’, pero también, ‘sencillo’; *de corte*: ‘con el filo de la espada’. <<

[531] Alude Cervantes a la oscuridad de la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora.

<<

[532] *interrotos*: ‘entrecortados’. Cervantes utiliza este adjetivo, por ejemplo, en *Quijote* (II-IXL). <<

[533] *cabrahígo*: ‘higuera silvestre’. <<

[534] Recuerdo de la historia de Biblis, que murió de tanto llorar y se convirtió en fuente, víctima del amor incestuoso que sentía por su hermano Cauno. Lo cuenta Ovidio en sus *Metamorfosis*, IX. <<

[535] *quejigo*: ‘tipo de roble’. <<

[536] *virgen por la espada*: ‘que no ha usado la espada’, es decir, ‘cobarde’. <<

[537] Posible alusión a fray Bartolomé de Segura, benedictino en el convento de Valladolid, alabado por Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*. Escribió en redondillas la *Amazona cristiana: Vida de la beata Madre Teresa de Jesús* (1619), dedicada a la condesa de Lemos. <<

[538] *Tagarete*: arroyo de Sevilla conocido por sus aguas sucias y malolientes. <<

[539] *¡ay me!*: ‘¡ay de mí!’. <<

[540] Como el arroyo Tagarete recién aludido, el río Zapardiel, afluente del Duero, también tenía fama de sucio. <<

[541] *quiete*: 'aquiete'. <<

[542] En efecto, Juan de Timoneda editó el teatro de Lope de Rueda, quien fue uno de los primeros actores profesionales de España y gran dramaturgo. <<

[543] Parece título inventado. <<

[544] El original trae *garde* en vez de *guarte* ('protégete'). Es alusión a *La Araucana* (XXIX), de Alonso de Ercilla: «¡Guarte, Rengo, que baja, guarda, guarda, / con gran rigor y furia acelerada / el golpe de la mano más gallarda». <<

[545] *bastarda*: ‘trompeta de sonido muy fuerte usada principalmente en la guerra’. <<

[546] Caístro es un río de Lidia que desemboca en el Egeo. <<

[547] El Esgueva, como antes el Tagarete y el Zapardiel (VII, v. 353 y ss.), es un río que nace en la provincia de Burgos y que era conocido por sus sucias aguas. <<

[548] Timbreo es otro de los apelativos de Apolo ya aparecidos (IV, v. 69). <<

[549] La *gallarda* es un ‘tipo de baile, muy airoso’, que se bailaba con el sombrero en la mano. <<

[550] *segur*: 'hacha grande'. <<

[551] El original trae *corodas* en vez de *coronadas*. El árbol siempre verde es el laurel.

<<

[552] El original trae *Euterpi* en vez de *Euterpe*. <<

[553] Son estas las nueve musas. <<

[554] La edición príncipe trae *del que dice propios los ajenos* en vez de *aquel que dice propios los ajenos*; la enmienda, propuesta por editores anteriores, recupera las once sílabas necesarias del verso. <<

[555] Expresión de origen bíblico (Salmos, 144, 15) que tiene también un uso jurídico.

<<

[556] *tabaque*: ‘cesto de mimbre’. <<

[557] Parténope, como ya se ha visto (III, v. 158) es Nápoles. Tres de los poetas que se hallaban en esa ciudad y que podrían corresponder con el texto son Quevedo y los dos hermanos Leonardo de Argensola. <<

[558] Los poetas divinos por excelencia son Francisco de Figueroa, Francisco de Aldana y Fernando de Herrera. <<

[559] Cervantes había llamado a Lope, en el prólogo a sus *Comedias y entremeses*, precisamente *monstruo de la naturaleza*; aquí la expresión se usa para caracterizar a la Envidia, lo que ha hecho pensar a varios investigadores que se trata de una pulla contra ese autor. <<

[560] Varios editores han enmendado este verso (*estimando este premio...*, *estimando el tal premio...*), para contar once sílabas, pero esto se puede conseguir realizando una dialefa entre *estimando* y *el*. <<

[561] El original trae *Billadoro* en vez de *Brilladoro*. Este es el caballo de Roldán (*el señor de Anglante*) en el *Orlando furioso* de Ariosto. <<

[562] *pica*: ‘medida equivalente a 14 pies, es decir, 3,89 metros’. <<

[563] *bel:* 'bello'. <<

[564] *columbina*: ‘rojo amoratado de algunos granates’. <<

[565] *corvetas*: ‘movimientos que se enseñan al caballo, haciéndolo andar con los brazos en el aire’. <<

[566] *barjuletas*: ‘bolsas grandes de tela o de cuero, cerradas con una cubierta, que suelen llevar a la espalda los caminantes, con ropa, utensilios o enseres’. <<

[567] El original trae *hacían* en vez de *hacía*. <<

[568] El original trae *volumbres* en vez de *vislumbres*. <<

[569] Urania es la musa de la astronomía y la astrología. <<

[570] *se va*: 'se descompone el cuerpo'. <<

[571] El original trae *vagido* en vez de *váguido*. <<

[572] El original trae *espectada* en vez de *respectada*. <<

[573] *beleño*: planta como de un metro de altura, con hojas anchas, largas, hendidas y vellosas, flores a lo largo de los tallos, amarillas por encima y rojas por debajo, y fruto capsular con muchas semillas pequeñas, redondas y amarillentas. Toda la planta, especialmente la raíz, es narcótica. Por ello se la asocia con Morfeo. <<

[574] *hopo*: ‘mechón de pelo’. <<

[575] *vide*: arcaísmo que significa 'vi'. <<

[576] *pálpebras*: ‘párpados’. <<

[577] Algunos estudiosos opinan que Cervantes tuvo realmente un hijo en Nápoles, el cual se recuerda aquí. <<

[578] Se trata de don Juan de Tasis, conde de Villamediana, ya aparecido en II, v. 265.

<<

[579] *las* remite a *haberes*, aunque concuerda con el *obras* anterior; son numerosos los casos de concordancias difíciles en Cervantes. <<

[580] *en fil*: 'equilibrado'. <<

[581] *himineo*: ‘himeneo, boda’; se alude al casamiento de Luis XIII de Francia con la infanta Ana de Austria, que se acordó en firme en 1612, y que se festejó, ese mismo año, en Nápoles. <<

[582] El original trae *avergenza* en vez de *avergüenza*. <<

[583] El conde de Lemos, entonces, virrey de Nápoles. <<

[584] Se trata en realidad del duca della Nocera, Donato Antonio di Loffredo, joven muy diestro en el arte de tornear, y no del duque de Nocera (Francisco Carafa). <<

[585] Alusión a don Antonio de Mendoza, consejero de Estado de Su Magestad y castellano de la fortaleza de San Telmo. <<

[586] Arrociolo es Troiano Caracciolo, caballero de antigua y noble familia napolitana.

<<

[587] Juan de Oquina, tesorero del virrey de Nápoles, quien se encargó de redactar la *Relación de las fiestas que el Excelentísimo señor conde de Lemos, virrey y capitán General del reino de Nápoles ordenó se hiciesen a los felices casamientos de los serenísimos Príncipes de España, con el rey e infanta de Francia, en trece de mayo de mil y seiscientos y doce año* (Madrid, 1612). <<

[588] El duque de Pastrana, embajador de España en Francia. <<

[589] Alejandro Magno era conocido por su generosidad. <<

[590] *me quitó el sombrero*: ‘se quitó el sombrero ante mí’. <<

[591] Posible alusión a Alonso de Acevedo, canónigo de la Santa Iglesia de Plasencia y autor del poema *Creación del Mundo* (1615), dedicado a don Francisco de Castro, hermano del conde de Lemos. <<

[592] La edición príncipe trae *anchio* en vez de *anch'io*; *zenoese*: 'genovés'; *tusco*: 'toscano'. <<

[593] Luis Vélez de Guevara (1579-1644), dramaturgo y novelista, autor de *El diablo cojuelo*, ya ha aparecido en II, v. 167. <<

[594] Pedro de Morales, poeta cómico alabado también por Lope de Vega y Agustín de Rojas, ya ha aparecido en II, v. 145. <<

[595] Lucas Justiniano, dramaturgo y poeta, autor de la comedia *Los ojos del cielo y martirio de Santa Lucía*. <<

[596] *cúyo*: ‘de quién era’. <<

[597] *al del Layo*: posiblemente, ‘al del carácter agrio’; algunos editores han enmendado *al soslayo*. <<

[598] *zalemas*: ‘reverencias o cortesías humildes en muestra de sumisión’. <<

[599] El original trae *disimulado* en vez de *disimulo*. <<

[600] En un pasaje de la Biblia se cuenta cómo David huyó de Aquís fingiendo estar loco (*I Samuel*, 21, 12 y 13). La edición príncipe trae *fingiendo* en vez de *fingiendo*.

<<

[601] *buido*: ‘afilado’. <<

[602] *secreta*: ‘escondida’; *almarada*: ‘puñal agudo de tres aristas y sin corte’. <<

[603] El original trae *cuelliergido* en vez de *cuellierguido*. <<

[604] *reparándome*: ‘recuperándome’. <<

[605] *gorgoranes*: 'sedas'. <<

[606] *darse de puñadas*: ‘darse de puñetazos’. <<

[607] La edición príncipe trae *espritus* en vez de *espíritus*. <<

[608] Podría haber aquí un juego de palabras que no resulta claro, más cuando la edición príncipe trae el primer Partos en mayúscula, o una repetición irónica. Algunos editores han enmendado *los frutos de los partos...* o *los partos de los ingenios...* <<

[609] La edición príncipe trae *déjeme* en vez de *dígame*. <<

[610] *descuentos*: 'contrapartidas'. <<

[611] *coliseo*: 'teatro'. <<

[612] La comedia *La confusa* ya se ha citado en IV, v. 16. <<

[613] *autores*: ‘empresarios teatrales’. <<

[614] *cubierta*: ‘sobre’. <<

[615] *sobrescrito*: 'dirección'. <<

[616] Las Piérides, hijas de Píero, eran nueve doncellas dotadas especialmente para la poesía y el canto, las cuales decidieron competir con las musas. No consiguieron ganar, y fueron convertidas en hurracas (véase Ovidio, *Metamorfosis*, V). <<

[617] Véase Ovidio, *Metamorfosis*, III. <<

[618] El segundo trabajo de Hércules fue acabar con el monstruo marino llamado Hydra, que poseía la virtud de regenerar dos cabezas por cada una que perdía o le era amputada. <<

[619] Véase Ovidio, *Metamorfosis*, IV. <<

[620] La edición príncipe trae *Pancratio* en vez de *Pancracio*. <<

[621] El refrán completo es: «Cuando nace la escoba, nace el asno que la roya», es decir, ‘nadie es tan malo que no encuentre alguien igual o que lo aprecie’. <<

[622] *gusarapos*: ‘animal de pequeño tamaño, con forma de gusano, que se cría en un líquido’. <<

## Notas de Otras poesías

[1] El poema se conserva en el manuscrito 373 de la Biblioteca Nacional de París, donde aparece bajo el título «Soneto de Miguel de Cervantes a la reina doña Isabel 2ª». En efecto, está dedicado a Isabel de Valois (1546-1568), tercera esposa de Felipe II, hija de Enrique II de Francia y Catalina de Médicis. Su matrimonio había firmado la paz entre España y Francia y al parecer brindó a Felipe II los años más felices de su vida. Se trata del primer poema que conocemos de Cervantes y se incluyó entre los que se realizaron para celebrar el nacimiento de la infanta Catalina Micaela, segunda hija del matrimonio real, en octubre de 1567. <<

[2] Este soneto y las tres composiciones siguientes se publicaron en la *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito, y suntuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España doña Isabel de Valois, nuestra Señora... Compuesto y ordenado por el Maestro Juan López, Catedrático del Estudio de esta villa de Madrid* (Madrid, Pierres Cosin, 1569), en los folios 145-146, 148-149 y 157-162. El Ayuntamiento de Madrid había designado a López de Hoyos, maestro de Cervantes, para componer los epitafios, alegorías, jeroglíficos e historias que habían de colocarse en la iglesia de las Descalzas Reales para celebrar las exequias que hizo la Villa el 24 de octubre de 1568 por la reina doña Isabel de Valois, que había fallecido el día 3 del mismo mes, a los veintidós años de edad. Como recuerda Jorge García, «López de Hoyos le pidió a Cervantes cuatro poemas para engrosar un volumen de una relación publicada en la Corte y lo llama su “caro y amado discípulo”. [...] El cariño con que trata López de Hoyos al joven Cervantes implica familiaridad y sobre todo que nuestro joven era un estudiante adelantado: se le piden poemas para una *Relación* oficial por las exequias de la Reina por parte de un personaje bien relacionado y valorado en la Corte y con amigos en el claustro complutense» (*Cervantes. La figura en el tapiz*, Pasado y presente, Barcelona, 2015, pp. 46-47). En la *Relación* se titula «Epitafio» y se halla en el folio 145. <<

[3] Recuerdo de la paz de Chateaux-Cambrésis (1559), que puso fin a la guerra entre España y Francia. <<

[4] El poema se halla en los folios 145-146 de la *Relación* citada en la composición anterior y lleva el título de «Redondilla castellana». La redondilla castellana o copla real, según Díaz Rengifo, en su *Arte poética*, consta de dos redondillas «de a cinco versos» (es decir, quintillas), las cuales pueden llevar o no unas mismas consonancias. Es un tipo de estrofa muy utilizado por Cervantes. <<

[5] El poema se halla en los folios 147-148 de la *Relación* citada en la composición anterior y se titula «Cuatro redondillas castellanas a la muerte de Su Magestad». López de Hoyos, en el folio 148v, escribe: «Estas cuatro redondillas castellanas a la muerte de Su Magestad, en las cuales, como en ellas parece, se usa de colores retóricos, y en la última se habla con Su Magestad, son, con una elegía que aquí va, de Miguel de Cervantes, nuestro caro y amado discípulo». <<

[6] El original trae *lo invencible muerte* en vez de *la invencible muerte*; aunque la puntuación podría mejorar el sentido (*lo invencible, muerte,*), opto por enmendar, como han hecho ya otros editores. <<

[7] El texto, por error, trae *enganos* en vez de *engaños*. <<

[8] Referencia a las dos infantas, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, hijas de Isabel de Valois y Felipe II. <<

[9] Última de las composiciones incluidas en la *Relación*, esta en los folios 157-162. Se encabeza por el siguiente epígrafe: «La elegía que, en nombre de todo el estudio, el sobredicho compuso. Dirigida al Ilustrísimo y Reverendísimo Cardenal don Diego de Espinosa, etc. En la cual, con bien elegante estilo, se ponen cosas dignas de memoria». Don Diego de Espinosa (1502-1572) fue presidente del Consejo de Castilla, Inquisidor general, cardenal y obispo de Sigüenza. Tomó posesión de este obispado el 1 de septiembre de 1568. <<

[10] *secutivo*: ‘ejecutivo’, pero también ‘severo’. <<

[11] *beata*: ‘feliz, dichosa’. <<

[12] *aherrojado*: ‘oprimido, subyugado’. <<

[13] Los Campos Elíseos, en la mitología griega, representan el lugar del Más Allá al que van los hombres virtuosos y los guerreros heroicos; por analogía, sobre todo en literatura, son imagen del Paraíso cristiano. <<

[14] Caronte o Carón es el barquero del Hades (el Más Allá en la mitología griega) que lleva a las almas de este al otro mundo a cambio de una moneda. <<

[15] *seguntina*: 'de Sigüenza'. <<

[16] *arreos*: ‘adornos’. <<

[17] El texto original lee por error *nuenos* en vez de *nuevos*. <<

[18] El texto del original trae *aun dare* en vez de *anudaré*; la corrección es necesaria.

<<

[19] *leda*: ‘alegre, contenta, tranquila’. <<

[20] Este verso tiene doce y no once sílabas, como debería. Algunos editores han optado por corregir *su mal es menos, y esta desventura*. <<

[21] Entiéndase ‘parece que Dios lo destierra del cielo’. <<

[22] El verso original es hipermétrico: *¿quién nos puede de su vista hacer dichosos?*; corregimos, como otros editores, la preposición *de* por *en*, que restaura el verso. <<

[23] El hijo de Latona es Apolo. <<

[24] El texto original trae *execlente* en vez de *excelente*. <<

[25] El texto original trae *do se planta* en vez de *do pasea*; la corrección es necesaria por rima. <<

[26] El texto original lee *desscar* por errata en vez de *desear*. <<

[27] El texto original trae por error *rl* en vez de *al*. <<

[28] El texto original parece leer *cirlo* en vez de *cielo*. <<

[29] El original parece leer *doiorido* o *dotorido* en vez de *dolorido*. <<

[30] Este soneto y el siguiente son dos composiciones laudatorias, incluidas en los preliminares de un manuscrito titulado: «*Di Bartholomeo Ruffino di Chiambery, in Sauoia, Dottore in l'una e l'altra legge, e Auditore in Tunisi di la Nazione Italliana, di presente schiavo del Re d'algeri - Sopra la desolatione della Goletta e forte di Tunisi. Insieme la conquista fatta da Turchi de Regni di Fezza e di Marocco*», que se hallaba primero en la biblioteca de S. A. R. el duque de Génova y después en la Biblioteca Nacional de Turín. Hoy no se conserva, debido a un incendio acaecido en esa biblioteca en 1904. Los datos apuntan a que fueron compuestos hacia 1576, durante el cautiverio de Cervantes en Argel, donde coincidió con Bartolomeo Ruffino di Chiambery, que también estaba allí preso. La pérdida de los fuertes de La Goleta y Túnez en 1574 fue uno de los desastres bélicos del reinado de Felipe II. En esa batalla, en la que Cervantes participó entre los refuerzos enviados a socorrer esas plazas, perdió a más de un amigo. Este primer poema se encabeza con el epígrafe «Soneto de Miguel de Cervantes, gentilhombre español, en loor del autor». <<

[31] Parnaso y Ménalo son dos montes poéticos. El monte Parnaso alberga la fuente Castalia, la más conocida por otorgar inspiración poética a quien bebe de sus aguas. El monte Ménalo se sitúa en la región de Arcadia, y está consagrado al dios Pan, es decir, el dios de los pastores, símbolo, pues, de la poesía bucólica. <<

[32] Alusión a Tito Livio, el gran referente de los historiadores. <<

[33] Véase el comentario introductorio al anterior poema. Este soneto se encabezaba con el epígrafe «Del mismo [Cervantes], en alabanza de la presente obra». <<

[34] Recuérdese que Bartolomeo Ruffino está preso junto a Cervantes en Argel. <<

[35] El poema, conocido como «Epístola a Mateo Vázquez», es uno de los más apreciados de Cervantes y ha tenido una vida agitada, por su descubrimiento, su atribución al autor y su pervivencia hasta nuestros días. El texto se halló en 1863 y supuso un revuelo entre los especialistas y no especialistas. No tardó en cuestionarse si era fiable o una falsificación animada por el furor cervantino del siglo XIX, animada la duda por la desaparición del texto. Tras años de investigación, José Luis Gonzalo Sánchez-Molero (2007) ha redescubierto el texto, que, según todas las pistas, es auténtico. Hoy se conserva en la Biblioteca Zabálburu de Madrid. Se trata de un poema en tercetos encadenados, compuesto por Cervantes durante su cautiverio en Argel, posiblemente hacia 1577, y dirigido a Mateo Vázquez de Leca, secretario real de Felipe II, quien, al parecer lo recibió, puesto en limpio, de Antonio de Toledo, amigo de Mateo Vázquez apresado en la galera *San Pablo* en 1577 y compañero de cautiverio de Cervantes en Argel. El poema se conserva bajo el epígrafe «De Miguel de Ceruante [*sic*] Captiuo a M. Vazquez mi Sr.». <<

[36] *alma*: ‘digna de veneración’, es adjetivo. <<

[37] *mal lograda*: ‘malograda’. <<

[38] Sabemos que Cervantes llegó a Italia en 1569, por lo que, si la epístola fue escrita hacia 1577, los *diez años* son aproximados. <<

[39] *laso*: ‘falta de fuerzas’. <<

[40] Alusión a la batalla de Lepanto, en la que Cervantes participó, en 1571. <<

[41] En efecto, Cervantes resultó herido en la mano izquierda. <<

[42] Tras la batalla de Lepanto, Cervantes guarda convalecencia hasta la primavera de 1572, momento en que vuelve al servicio activo. <<

[43] Ese *reino* es Cartago. <<

[44] Se refiere a los sitios de Túnez y La Goleta, donde podría haberse hallado. Solo participó en las misiones de refuerzo. <<

[45] Cervantes, junto a muchos otros entre los que se contaba su hermano Rodrigo, fue apresado por una flotilla comandada por Arnaut Mamí, en 1575, volviendo a España en la galera *Sol*, capitaneada por don Gaspar Pedro de Villena. <<

[46] Sabemos, como queda dicho, que Cervantes fue apresado en 1575, por lo que la fecha de la epístola puede ser 1577. <<

[47] Los árabes eran llamados *ismaelitas* por descender de Ismael, hijo de Abraham y Agar. <<

[48] El fragmento que va desde aquí hasta el final del poema se halla, con algunas variantes, en *El trato de Argel*, Jornada I. Esa tierra es Argel. <<

[49] Referencia a la expedición de Carlos V contra Argel llevada a cabo en 1541 y en la que una gran tempestad hundió más de ciento cincuenta naves, con los soldados y provisiones que en ellas iban. <<

[50] Compárense estos versos con los del *Viaje del Parnaso*, III, vv. 439-441: «Muéstrase balbuciente y casi muda, / si le alaba, la lengua más experta, / de adulación y de mentir desnuda». <<

[51] *bicoca*: ‘fortificación pequeña y de poca defensa’, pero también ‘cosa de poca estima y aprecio’. <<

[52] Alusión al Edicto Perpetuo (también conocido como Tratado de Marche-en-Famenne) firmado por don Juan de Austria en 1577 reconociendo los acuerdos de la Paz de Gante entre la Corona española y los Estados Generales de las provincias de los Países Bajos. <<

[53] *begnino*: ‘metátesis de benigno’, que propicia la rima. <<

[54] El poema se incluye como epílogo en el manuscrito XI.B.6 de la Biblioteca Centrale «Alberto Bombace» de Palermo, que contiene el primer libro de poemas de Antonio Veneziano, titulado *Celia*. Se trata de unas octavas dedicadas al autor, poeta siciliano compañero de cautiverio en Argel desde 1578, las cuales se hallan en los folios 88v-91v, acompañadas de una breve carta firmada por Cervantes (f. 88v): «Al señor Antonio Veneziani. Señor mío, prometo a vuesa merced, como cristiano, que son tantas las imaginaciones que me fatigan, que no me han dejado cumplir como quería estos versos que a vuesa merced envió, en señal del buen ánimo que tengo de [*di*, en el original] servirle, pues él me ha movido a mostrar tan presto las faltas de mi ingenio, confiado en que el subido de vuesa merced recibirá la disculpa que doy, y me animará a que, en tiempo de más sosiego, no me olvide de celebrar como pudiere el cielo que a vuesa merced tiene tan sin contento [*contiento* en el original] en esta tierra, de la cual Dios nos saque y a vuesa merced llegue a aquella donde su *Celia* vive. En Argel, los seis de noviembre 1579. De [*Di* en el original] vuesa merced verdadero amigo y servidor, Miguel de Cervantes [*Cerbantes* en el original, grafía habitual en el autor]». El cancionero *Celia* está compuesto íntegramente en octavas, de ahí probablemente que Cervantes escoja esa estrofa. En el folio 92 se halla la respuesta de Veneziano «Al signor Michele Servantes» en forma de soneto. <<

[55] Esta estrofa recuerda por sus elementos y estructura a dos de *La Galatea*, libro al que presumiblemente Cervantes ya se está dedicando en esos años. Se trata de los que empiezan: «Mientras que al triste lamentable acento» y «Afuera el fuego, el lazo, el hielo y flecha». <<

[56] El original trae vos en vez de os. <<

[57] El original trae *llega neve* en vez de *llaga, nieve*. <<

[58] El original trae vos en vez de os. <<

[59] El original trae *obgietto* en vez de *objeto*. <<

[60] El original trae *disdichado* en vez de *desdichado*. <<

[61] El original trae *embedias* en vez de *envidias*. <<

[62] El original trae *inditio* en vez de *indicio*. <<

[63] *destra*: 'diestra'. <<

[64] El original trae *tenendo* en vez de *teniendo*. <<

[65] El original trae *di* en vez de *de*. <<

[66] El original trae *sorte* en vez de *suerte*. <<

[67] El original trae *que al cielo sube y al alma y se apresura* en vez de *que al cielo sube el alma y se apresura*. <<

[68] El original trae *aspetto* en vez de *aspetto*. <<

[69] El original trae *asconditamente un ben perfetto* en vez de *ascondidamente un bien perfeto*. <<

[70] El original trae *obgetto* en vez de *objeto*. <<

[71] El original trae *y paz* en vez de *ya paz*. <<

[72] El original trae *va* en vez de *ve*. <<

[73] El original trae *minuda* en vez de *menuda*. <<

[74] El original trae *merezeçe* en vez de *merece*. <<

[75] El original trae *operation* en vez de *operación*. <<

[76] El original trae *descreçion* en vez de *discreción*. <<

[77] El original trae *prenda* en vez de *prende*. <<

[78] Se enuncia ya aquí uno de los principios básicos del pensamiento de Cervantes: la verosimilitud. Véase también *Viaje del Parnaso*, IV, v. 27, y VI, vv. 58-60. <<

[79] El original trae *entrestecida* en vez de *entristecida*. <<

[80] El original trae *tondo* en vez de *todo*. Los editores han corregido habitualmente *fondo*. <<

[81] El original trae *perechoso* en vez de *perezoso*. <<

[82] El original trae y *humano* en vez de *humano*; se debe enmendar para que el verso no resulte hipermétrico. <<

[83] El original trae *primiero* en vez de *primero*. <<

[84] El original trae *se* en vez de *te*. <<

[85] El original trae *rescatta* en vez de *rescata*. <<

[86] El original trae *y esquiv*a en vez de *esquiv*a; se debe enmendar para que el verso no resulte hipermétrico. <<

[87] Se trata de un soneto laudatorio impreso en el *Romancero de Pedro de Padilla, en el cual se contienen algunos sucesos que en la jornada de Flandes los Españoles hicieron, con otras historias y poesías diferentes* (1583), que lleva aprobación del maestro Juan López de Hoyos. Pedro de Padilla ya había publicado un *Tesoro de varias poesías* (1580) y su *Segunda parte de las poesías de P. d. P. en églogas pastoriles con algunos sonetos al cabo* (1582), obras recordadas en el primer cuarteto. Todo apunta a que era amigo de Cervantes, quien lo elogia también en el «Canto de Calíope» de *La Galatea* y en el *Quijote* (I-vi). Se cree probable que fuera el propio Padilla quien recomendará la publicación de *La Galatea* (1585) al librero madrileño Blas de Robles, con quien había contado para su *Tesoro*, este *Romancero* y el *Jardín espiritual*. Véanse además las composiciones XII y XIII, dedicadas al mismo autor. <<

[88] El presente soneto se halla entre los numerosos poemas laudatorios —hasta ocho, con firmas como las de Góngora y Lupericio Leonardo de Argensola— de los preliminares de *La Austríada* de Juan Rufo, impresa en Madrid el año 1584. Se trata de un poema épico en 24 cantos que empieza con la sublevación de las Alpujarras y culmina en la batalla de Lepanto. También es alabado en el «Canto de Calíope» de *La Galatea* y en el *Quijote* (I-vi). Rufo es más conocido hoy por sus *Apotegmas*. <<

[89] Posible alusión al poeta Quinto Ennio, quien compuso unos *Anales* sobre la historia de Roma, en 18 libros de hexámetros. En ellos se cuenta la historia de Numa Pompilio, segundo rey de Roma, sucesor de Rómulo. <<

[90] El *capitán* celebrado no es otro que don Juan de Austria, claro. <<

[91] Poema incluido en los preliminares del *Jardín espiritual* de Pedro de Padilla (1585) y dedicado a su hábito. Véanse las composiciones X y XIII. Padilla ingresaba el mismo año de la publicación de su libro en la orden carmelita. El poema está compuesto en redondillas. <<

[92] Recuerdo de la carta de San Pablo a los Colosenses, 3, donde expone cómo el descubrimiento de Dios hace al hombre nuevo. <<

[93] Referencia a San Pedro (conocido como Simón Pedro o Cefas, 'piedra') a quien Jesús dice «Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia» (Mateo, 16, 16). <<

[94] *jarciada*: ‘equipada con redes e instrumentos de pesca’. <<

[95] El *tempero* es ‘la buena disposición de la tierra para las sementeras y labores’ y con ese significado lo hallamos en muchos textos de la época, así que podría entenderse que ‘no teme una mala siembra’; sin embargo, a la luz del lenguaje marítimo del pasaje, tiendo a pensar que *el mal tempero* se refiere más bien ‘al temporal, la tempestad’. <<

[96] *plástico*: ‘práctico, experimentado’. <<

[97] *a orza*: ‘maniobra en la que el buque navega poniendo la proa hacia la parte de donde viene el viento’. <<

[98] *a puja*: posiblemente, ‘más fuerte’. <<

[99] Referencia a la Orden de los Carmelitas Descalzos, en la que ha ingresado Pedro de Padilla. <<

[100] Elías y Eliseo, su sucesor, son dos profetas cuya historia se cuenta en 2 Reyes, 1-2. Elías había derrotado a los falsos profetas en el monte Carmelo, y, más tarde, justo antes de ser arrebatado por Jehová en un carro de fuego llevado por caballos de fuego que lo llevaron al cielo, había separado las aguas del Jordán con su manto, el cual, después de desaparecer, quedó en manos de Eliseo. <<

[101] *acabarás*: ‘morirás’. <<

[102] Poema incluido, como el anterior, en los preliminares del *Jardín espiritual* de Pedro de Padilla (1585). Está compuesto en estancias. <<

[103] Se trata de las fuentes consagradas a las musas que ya han aparecido, Aganipe e Hipocrene (de Pegaso). <<

[104] El poema se incluye en el *Jardín espiritual* de Pedro de Padilla, en los folios 230v-231r. Va encabezado por el epígrafe «Soneto al mismo santo, de Miguel de Cervantes». El poema anterior es una «Canción a San Francisco» de Pedro Laínez.

<<

[105] *los lejos*: según el *Diccionario de Autoridades*, «en la pintura se llama lo que está pintado en diminución, y representa a la vista estar apartado de la figura principal»; compárese con este fragmento de los *Pastores de Belén* de Lope de Vega: «Vio en este tiempo una pintura el pastor, que cubría buena parte del lienzo del aposento. Estaban pintadas en ella no de muy grosera mano dos pirámides, cuyas bases eran dos fortísimas peñas, y parecía que tenían su asiento en las entrañas de la tierra. En los lejos que la perspectiva descubría, se veía la primera nave del mundo, que sujetó y venció la soberbia de las aguas sin jarcias, velas, aguja, marineros y pilotos...». <<

[106] Las palabras *sombras*, *lejos* y *colores* pertenecen al lenguaje pictórico. <<

[107] Este poema y el siguiente se incluyen en los preliminares del *Cancionero* (Madrid, 1586) de Gabriel López Maldonado, amigo de Cervantes y de Pedro de Padilla. Aparece en los folios \*r-v, y va encabezado con el epígrafe «De Miguel de Cervantes en loor del autor y de la obra. Soneto». Entre los poetas que ofrecen composiciones laudatorias en este volumen se encuentran nombres tan destacados como Lope de Vega, Vicente Espinel o el propio Padilla. López Maldonado había escrito, a su vez, un soneto en alabanza de *La Galatea*, y Cervantes lo había elogiado ahí en el «Canto de Calíope» y en el *Quijote* (I-vi). <<

[108] *cita*: ‘escita’, pueblo de pastores nómadas que habitaba la estepa pónica en la Antigüedad; *etiope* es voz llana en la época; se realiza dialefa entre *etiope al* para que el verso sume once sílabas. <<

[109] Segundo poema incluido en los preliminares del *Cancionero* (Madrid, 1586) de Gabriel López Maldonado, copiado a continuación del anterior, en los folios \*v-\*3r [\*2r] bajo el epígrafe «Del mismo al mismo». Se trata de coplas reales. <<

[110] Los versos 23 y 24 aparecen en orden inverso en el original. Deben intercambiarse para conservar la estructura métrica que alterna una quintilla con rima en el primer y cuarto verso, por un lado, y en el segundo, el tercero y el quinto, por otro, y otra quintilla con rima en el primero, segundo y quinto, por un lado, y tercero y cuarto, por otro. <<

[111] El original, por errata, trae *el el sabio* en vez de *el sabio*. <<

[112] El poema de nuevo se cuenta entre las composiciones laudatorias de unos preliminares, en este caso de los de la *Filosofía cortesana moralizada* (1587) de Alonso de Barros. El autor, conocido paremiólogo, también publicó *Perla de proverbios morales* (1601), obra de considerable éxito. <<

[113] Soneto en loor, de nuevo, de Pedro de Padilla, incluido en los preliminares de sus *Grandezas y excelencias de la Virgen señora nuestra, compuestas*

[*en octava rima* (1587)]. Se trata de un extenso poema de 903 octavas divididas en 9 cantos en los que se ensalzan la Concepción de la Virgen, Natividad, Presentación, Anunciación, Visitación, Expectación, Purificación, Asunción y Festividad de las Nieves. El volumen está dirigido a la serenísima infanta Margarita de Austria, hija de Maximiliano II y de doña Margarita, y nieta de Carlos V, profesa desde 1584 en el convento de la Madre de Dios de la Consolación, en las Descalzas de Madrid. Véanse los poemas X, XII y XIII, también dedicados a Padilla. <<

[114] *tusco*: 'toscano'. <<

[115] El soneto se incluye al final del *Tratado nuevamente impreso de las enfermedades de los riñones, vejiga, y carnosidades de la verga y urina* (1588), compuesto por Francisco Díaz, doctor en Medicina y maestro en Filosofía por la insigne Universidad de Alcalá de Henares, y cirujano del Rey, nuestro señor. En los preliminares del libro se halla otro soneto laudatorio, en este caso de Lope de Vega. Francisco Díaz ya aparecía en el «Canto de Calíope» de *La Galatea*. <<

[116] Esta canción y la siguiente constan en el ms. 2856 de la Biblioteca Nacional de Madrid, manuscrito que perteneció a don Luis Usóz y Ríó, y que corresponde a los últimos años del siglo XVI o principios del XVII. El poema se halla en los folios 20r-21r y lleva el epígrafe «Canción nacida de las varias nuevas que han venido de la armada que fue sobre Inglaterra», y, al parecer, de otra mano y tinta, debajo, «De Miguel de Cervantes Saavedra». La Armada Invencible fue una empresa bélica ordenada por Felipe II para destronar a Isabel I de Inglaterra llevada a cabo en 1588; no llegó a buen término, principalmente por la climatología adversa. Formaba parte de la guerra que España e Inglaterra mantuvieron de 1585 hasta 1604, momento en que se firmó el Tratado de Londres. <<

[117] El original trae *armas* en vez de *almas*; acepto la enmienda propuesta por Vicente Gaos. <<

[118] Los editores han tendido a puntuar: *y en la muerte, del fuego muerte hallaban* ('con la muerte conseguían aplacar el fuego'); prefiero, sin embargo, cambiar de lugar la coma, y entender así el pasaje: '*y en la muerte del fuego*, es decir, al matar el fuego tirándose al mar, *muerte hallaban*'. <<

[119] El manuscrito lee *sol* en vez de *son*. <<

[120] Se refiere a Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, quien capitaneaba la Armada, y a Alejandro Farnesio, duque de Parma, que debía ayudarlo zarpando desde los Países Bajos. <<

[121] Recuerdo de la hazaña de Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno* en el sitio de Tarifa (1294), quien, como Abraham, estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo, amenazado de muerte por sus enemigos (el despechado infante don Juan que capitaneaba el ejército del merení Abu Yacub), antes que rendir la plaza de su rey. <<

[122] El manuscrito trae *mares distes* en vez de *mar os distes*. <<

[123] El manuscrito trae *cor* en vez de *cordero*. <<

[124] El manuscrito trae *quisier* en vez de *quisiera haber hecho*. <<

[125] Varios investigadores han señalado el parecido con el final de la canción de Góngora, también dedicada a la Armada Invencible y que empieza «Levanta, España, tu famosa diestra»: «Canción, pues que ya aspira / a trompa militar mi tosca lira, / después me oirán (si Febo no me engaña) / el carro helado y la abrasada zona / cantar de nuestra España / las armas, los triunfos, la corona» (vv. 86-91). <<

[126] Esta canción, como la anterior, se incluye en el ms. 2856 de la Biblioteca Nacional de Madrid, en los folios 21v-22v, y lleva el epígrafe «Canción segunda de la pérdida de la Armada que fue a Inglaterra». <<

[127] El manuscrito trae *las* en vez de *los*. <<

[128] La diosa grecorromana Ocasión se representaba como una mujer de larga cabellera cubriéndole el rostro, pero calva por detrás, colocada sobre una rueda en movimiento. Esta diosa representaba las buenas ocasiones perdidas ya que, si pasaba, lo haría rápidamente y no se la podría asir siquiera por los cabellos, ausentes en la nuca. <<

[129] *vuelve por*: 'sale en defensa de'. <<

[130] El manuscrito trae *indigerado* en vez de *indignado*. <<

[131] Referencia a don Diego Fernández de Córdoba, caballero de Calatrava, comendador de Castilla y primer caballerizo de Felipe II. Fue gran amigo del Rey. Participó en la batalla de San Quintín y murió en 1598. Su hijo, aludido aquí, fue don Felipe Fernández de Córdoba y Lasso de Castilla, ahijado de Felipe II. Estuvo en la jornada de las islas Terceras y murió en la de la Invencible, el año 1588. <<

[132] El manuscrito solo trae *an* en vez de *han dilatado*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[133] El manuscrito trae *del* en vez de *del suelo*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[134] El manuscrito solo trae y *gan* en vez de y *gana el cielo*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[135] El manuscrito solo trae *levan* en vez de *levantares*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[136] El manuscrito solo trae *espira* en vez de *espera*, *espera*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[137] El manuscrito solo trae *diamantes* en vez de *diamante*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[138] El manuscrito solo trae *latan* en vez de *quilatan*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[139] El manuscrito solo trae *la hambre* en vez de *con la hambre*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[140] El manuscrito solo trae *se* en vez de *cual se*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[141] El manuscrito solo trae *purados* en vez de y *apurados*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[142] El manuscrito solo trae *juberlo* en vez de *júbilo*; adopto la enmienda ya sugerida por editores anteriores. <<

[143] Se trata del romance que Cervantes cita en el *Viaje del Parnaso*: «Yo he compuesto romances infinitos, / y el de *Los celos* es aquel que estimo, / entre otros que los tengo por malditos» (IV, vv. 40-42, véase, arriba). Se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional de Nápoles (ms. I. E. 49) en el *Cancionero* de Matías, duque de Estrada, de principios del siglo XVII, encabezado por el epígrafe «Romance a una cueva muy oscura, por Miguel de Cervantes» (f. 94r). Es el único lugar donde aparece atribuido al autor. Se recoge, asimismo, en el *Romancero general en que se contienen todos los romances que andan impresos en las nueve partes de romanceros, ahora nuevamente impreso, añadido y emendado* (Luis Sánchez, Madrid, 1600), en los folios 209v-210, con el epígrafe «Otro romance». Otra versión se había impreso en la tercera parte de la *Flor de varios y nuevos romances* (Felipe Mey, Valencia, 1593), f. 153, bajo el epígrafe «La morada de los celos». La versión que se ofrece aquí es la contenida en el *Romancero general*, y se copia a continuación la de la *Flor*: «Hacia donde el sol se pone, / entre dos partidas peñas, / una entrada de un abismo, / quiero decir, una cueva / oscura, lóbrega y triste, / aquí mojada, allí seca, / propio albergue de la noche, / del terror y de tinieblas. / Por su boca sale un aire / que al alma encendida hiela, / y un fuego, de cuando en cuando, / que al pecho de nieve quema. / Óyese dentro un rüido / con crujir de cadenas / y unos ayes luengos, tristes, / envueltos en tristes quejas; / y en las funestas paredes, / por los resquicios y quiebras / mil víboras se descubren / y ponzoñosas culebras. / A la boca tiene puestos, / en una amarilla piedra, / huesos de muerto encajados / de modo que forman letras, / las cuales, vistas al fuego / que sale de la caverna, / dicen: “Esta es la morada / de los celos y sospechas”. / Un pastor contaba a Lauso / esta maravilla cierta / de la cueva, fuego y hielo, / aullidos, sierpes y piedras, / el cual, viéndole, le dijo: / “Pastor, para que te crean, / no has menester jurallo / ni hacer de ella experiencia. / El mismo traslado es ese / de lo que mi pecho encierra, / el cual, como en cueva oscura, / ni siente luz, ni la espera. / Seco, le tienen desdenes / bañando lágrimas tiernas; / aire y fuego en los suspiros / arrójase, abrasa y hiela. / Los lamentables aullidos, / son mis continuas endechas, / víboras mis pensamientos / que en mis entrañas se ceban. / La piedra escrita, amarilla, / es mis sin igual firmezas, / que los fuegos en mi muerte / dirán cómo fui de piedra. / Los celos son los que avisan / en esta morada estrecha, / que causaron los descuidos / cuidados de Silena”. / En pronunciando este mal, / cayó como muerto en tierra, / que de memorias de celos / tales sucesos se esperan». <<

[144] Se enmienda el *puesto* del original por *puestos*, por la concordancia y el análogo de la versión de 1593. <<

[145] El texto de 1600 trae *cantaba al uso* en vez de *contaba a Lauso*, lectura que debe enmendarse, a la luz del texto de 1593, y teniendo en cuenta que Lauso y Silena, que aparecerán unos versos más tarde, son pastores de *La Galatea*, al parecer trasunto del propio Cervantes y su amada. <<

[146] Se trata de una glosa realizada en coplas reales, como tantas otras de Cervantes, presentada en las justas literarias que organizó el convento de Santo Domingo de Zaragoza con motivo de la canonización de San Jacinto, recogida en la *Relación de la fiesta que se ha hecho en el convento de Santo Domingo de la Ciudad de Zaragoza a la Canonización de San Jacinto* (1595), pp. 234-236. Sabemos que Cervantes logró el primer premio en el segundo certamen por las quintillas que hallamos en las pp. 390-391: «De la gran materna Delo, / cual otro hijo de Latona, / para hermostear nuestro suelo / y en el recibir corona / de ingenioso y sutil vuelo, / Miguel Cervantes llegó, / tan diestro, que confirmó / en el Certamen segundo / la opinión que le da el mundo, / y el primer premio llevó». <<

[147] Es conocido que el jacinto se utilizaba en medicina para calmar la cólera; lo cuenta, por ejemplo, Plinio en su *Historia natural* (XXI, 26). <<

[148] El poema se halla en los folios 177v-178r del *Comentario en breve compendio de disciplina militar, en que se escribe la jornada de las islas de los Azores*, por el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, auditor general de la Armada (Madrid, 1596), bajo el epígrafe «De Miguel de Cervantes Saavedra. Soneto». Se incluye dentro de un capítulo titulado «Elogio al retrato de don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, Señor de las villas del Viso y de Valdepeñas, Comendador Mayor de León, del Consejo de Su Majestad y su Capitán General del mar Océano y de la gente de guerra del reino de Portugal, y armada para el reino de Inglaterra». Se trataba del mejor marino de su época. Cristóbal Mosquera de Figueroa fue amigo de Cervantes, quien lo elogia en el «Canto de Calíope». <<

[149] Soneto satírico dedicado a la entrada del duque de Medina en Cádiz, que lleva el siguiente epígrafe: «El capitán Becerra vino a Sevilla a enseñar lo que habían de hacer los soldados, y a esto, y a la entrada del duque de Medina en Cádiz, hizo Cervantes este soneto». Según los editores Schevill y Bonilla: «Publicó este soneto Juan Antonio Pellicer y Saforcada, en su *Ensayo de una Biblioteca de Traductores Españoles*; Madrid, 1778; pp. 160 y 161; y lo reimprimió en su *Vida de Cervantes*; Madrid, 1800; pp. 46 y 47, citando la signatura [Est. M-cod. 163-f. 81 b] del manuscrito de la Real Biblioteca en que se contenía y que en vano hemos buscado en las del Real Palacio y Nacional». Se conserva una versión en el ms. 861, f. 627, de la Biblioteca Nacional de España. En julio de 1596, el duque de Medina Sidonia, con ayuda de las tropas que el capitán Becerra tenía en Sevilla, entró en Cádiz para socorrer a la ciudad, que había sido atacada por los ingleses, al mando del conde de Essex, pero llegó tarde, pues los saqueadores habían huido. Véase el artículo de Carlos Mata Induráin (1998) donde se comenta con extremado detalle y lucidez este soneto. <<

[150] *cofradías*: en germanía, ‘agrupación de maleantes’. <<

[151] La *muchedumbre de plumas* alude a los adornos de los soldados, pero también a que son cobardes. <<

[152] *volaron*: ‘fueron rápido’, en tono irónico, pues tardaron *catorce o quince días*. Los *pigmeos* (conocidos por reducido tamaño) y *Golías* (‘Goliat’, un gigante) juntos significan ‘todos, todo el mundo’. <<

[153] El *Becerro* alude al capitán Becerra, lugarteniente del duque de Medina Sidonia.

<<

[154] Este verso y el anterior apuntan a las señales de la muerte de Jesucristo: terremoto, ruido, escurecimiento del cielo... <<

[155] El soneto se conserva en un volumen manuscrito de la Houghton Library de la Universidad de Harvard (ms. Span. 56, f. 169) con el título de *Poesías varias, año 1631*, y es en parte autógrafo del pintor Francisco Pacheco. Lleva el siguiente epígrafe: «Miguel de Cervantes autor de D. Quijote. Este soneto hice a la muerte de Fernando de Herrera, y, para entender el primer cuarteto, advierto, que él celebraba en sus versos a una señora, debajo de este nombre de Luz. Creo que es de los buenos que he hecho en mi vida». La muerte del divino Fernando de Herrera acaeció en 1597 (véase *Viaje del Parnaso*, II, vv. 65-67). <<

[156] Helicón y Pirene son dos fuentes poéticas. <<

[157] Este es probablemente el poema más famoso de Cervantes, quien se enorgullece de haberlo escrito en el *Viaje del Parnaso*, IV, vv. 37-39: «Yo el soneto compuse que así empieza, / por honra principal de mis escritos: / *Voto a Dios, que me espanta esta grandeza*». Se reproduce aquí el texto crítico que ofrece José Solís de los Santos, en su estudio y edición del soneto, donde se hallará una descripción detallada de los veintiún testimonios que transmiten el texto (entre manuscritos e impresos), así como una explicación pormenorizada de las variantes que presentan y de la adopción de unas u otras. Se trata de un soneto con estrambote. Tras la muerte de Felipe II, acaecida el 13 de septiembre de 1598, se realizó un funeral en El Escorial, sin ostentación, pero, después, en muchos lugares del reino, se organizaron honras fúnebres, como túmulos o catafalcos en diversas catedrales. El de Sevilla, aquí ironizado, fue a todas luces exagerado: se preparó un edificio de tres pisos y estaba cargado de imágenes, esculturas, etc., dedicados a las glorias, virtudes y grandezas del rey muerto. Supuso un gasto considerable y queda constancia de las luchas entre las personas de influencia de la ciudad por conseguir los mejores asientos. <<

[158] El túmulo tardó cincuenta y dos días en ser construido para estar en pie solo una semana; al final, se conserv  durante casi cuarenta días. <<

[159] *valentón*: ‘arrogante, que se jacta de guapo o valiente’. <<

[160] *encontinente*: 'al instante'. <<

[161] *chapeo*: ‘sombrero’. <<

[162] El poema se conserva en la *Descripción del Túmulo y relación de las exequias que hizo la Ciudad de Sevilla en la muerte del rey don Felipe Segundo [1598]*, realizada por el licenciado Francisco Gerónimo Collado, y que guarda hoy la Biblioteca Colombina de Sevilla junto a otros escritos del mismo autor (manuscrito, estante B-4.<sup>a</sup>-446-11). Acompañando el texto se lee: «Algunos otros versos se pusieron sueltos, y unas *décimas* que compuso Miguel de Cervantes, que, por ser suyas, fue acordado de ponerlas aquí. Síguense». <<

[163] El original trae *Aseo* en vez de *Aqueo*, que no da sentido. Los aqueos habitaron parte de la Grecia antigua, de manera que se está refiriendo aquí a la batalla de Lepanto. <<

[164] El original lee *el* en vez de *al*. <<

[165] Curioso verso que, incluido en el panegírico, recuerda que Felipe II a su muerte dejó el Imperio casi al borde de la bancarrota. <<

[166] El soneto se publicó acompañando *La hermosura de Angélica, con otras diversas rimas*, de Lope de Vega, en su edición de Madrid de 1602, f. 348v. De hecho, aparece en los poemas preliminares de la *Tercera parte de las rimas*, que sigue a la *Hermosura*. <<

[167] Helicón es una fuente poética. <<

[168] Cilenio es Mercurio, quien, según la mitología, había nacido en Cyllene. <<

[169] El soneto se incluye entre los preliminares de las *Obras del insigne caballero don Diego de Mendoza* (Madrid, 1610). Diego Hurtado de Mendoza, poeta y diplomático español, que había muerto en 1575, es uno de los personajes encubiertos de *La Galatea* (Meliso). <<

[170] Se trata de referencias mitológicas: el Etna es el volcán de las fraguas de Vulcano; Estigio, el río o laguna del infierno; y Cocito, un afluente del Aqueronte, así que, de nuevo, se trata de un río infernal. <<

[171] El poema se cuenta entre los preliminares de la *Dirección de Secretarios de Señores, y las materias, cuidados y obligaciones que les tocan, con las virtudes de que se han de preciar, estilo y orden del despacho y expediente...* (Madrid, 1613), de Gabriel Pérez del Barrio Angulo, secretario del marqués de los Vélez, y alcaide de la fortaleza de su villa de Librilla. El libro es un tratado moral y político. Las octavillas van encabezadas por el epígrafe «Miguel de Cervantes, al Secretario Gabriel Pérez del Barrio Angulo». <<

[172] El soneto figura en los preliminares del curioso libro *Parte Primera de Varias explicaciones y transformaciones, las cuales tratan términos cortesanos, práctica militar, casos de Estado en prosa y verso con nuevos jeroglíficos y algunos puntos morales* (Nápoles, 1613), de don Diego Rosel y Fuenllana, sargento mayor en las partes de España y gobernador de la ciudad de Santa Ágata, en Italia. <<

[173] *excesible*: posiblemente, ‘excelsa, inaccesible’. <<

[174] Falerina y Dragontina son dos magas que aparecen en el *Orlando enamorado* de Mateo María Boyardo. <<

[175] Tronto es un afluente del Adriático, en la Italia central. <<

[176] Esta canción figura en el *Compendio de las solemnes fiestas que en toda España se hicieron en la Beatificación de N. B. M. Teresa de Jesús* (Madrid, 1615), de fray Diego de San José; en los folios 52-53v. La acompaña el epígrafe: «De Miguel de Cervantes, a los éxtasis de nuestra beata madre Teresa de Jesús». Su Beatificación data de 1614, y fue canonizada en 1622. El poema se había presentado y había ganado el certamen que se había organizado en octubre de 1614 en la Iglesia de los Carmelitas Descalzos de Madrid y en cuyo tribunal se habían contado, entre otros, Francisco Chacón, Rodrigo de Castro, Melchor de Moscoso y Lope de Vega, que actuó como secretario. <<

[177] El original trae *cuando* en vez de *cuanto*. <<

[178] *arrobos*: 'éxtasis'. <<

[179] El soneto se incluye en los preliminares de *Los Amantes de Teruel, epopeya trágica, con la restauración de España por la parte de Sobrarbe, y conquista del reino de Valencia* (Valencia, 1616), de Juan Yagüe de Salas, con el epígrafe «De Miguel de Cervantes Saavedra. Soneto». <<

[180] Referencia a don Juan Martínez de Marcilla, amante de Isabel de Segura; ambos son los amantes de Teruel. <<

[181] Consta este soneto en los preliminares del libro titulado *Minerva Sacra* (Madrid, 1616), del licenciado Miguel Toledano. Su epígrafe reza: «De Miguel de Cervantes Saavedra, a la señora doña Alfonsa González, monja profesa en el Monasterio de Nuestra Señora de Constantinopla, en la dirección de este libro de la Sacra Minerva». El monasterio se hallaba en Madrid, donde ahora se abre la calle de Calderón de la Barca. <<